

*El  
corazón  
del  
inspector*

O'BRIAN

*Dama*   *Beltrán*

†49536829

**EL CORAZÓN  
DEL  
INSPECTOR O'BRIAN**

# *Dama Beltrán*

©*El corazón del inspector O'Brian*

©Dama Beltrán

ASIN: B0797M4HCB

Primera edición: febrero de 2018

©Imágenes de cubierta: Adobe Stock

©Imágenes del interior: Creado por Freepik

Corrección y maquetación: Paola Álvarez

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro medio, sin el permiso previo del autor por escrito, que, como es lógico, no lo dará porque me he pasado muchas horas y he perdido muchos acontecimientos familiares por escribir la novela.

# ÍNDICE

[Portadilla](#)

[Derechos de autor](#)

[A ti, lector](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[EPÍLOGO](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Dama Beltrán](#)

[Otros títulos](#)

Mi querido/a lector/a:

Me dirijo a ti para explicarte que no podía dormir pensando en estos dos personajes. ¿Qué le había pasado a O'Brian para que actuara de la forma que explicó Roger? ¿Qué hizo para que lo sacaran del burdel de la señora Johnson? ¿Por qué agarró a April de la cintura cuando ella bajó las escaleras? ¿Por qué la llevó a la alcoba y tardó lo suficiente como para que Roger y William idearan un plan? ¿Por qué odia tanto a la aristocracia? Estas y trescientas mil preguntas más han hecho que me sienta frente al ordenador y resuelva de una vez qué les sucedió y qué les pasará. Espero que la disfrutes y, te advierto, que luego aparecerá otro personaje que, como este, también quiere su historia. En fin, que las hermanas Moore tendrán que esperar al segundo semestre del año.

Atentamente,  
Dama Beltrán.

Para Paz Fernández Fernández, Mieres (Asturias).  
Quien no crea que una amistad pueda ser real, aunque esté a cientos de  
kilómetros, es que no nos ha visto.

«Porque errar es de humanos y perdonar, de seres increíbles».

Dama Beltrán.  
25 de noviembre de 2017



# PRÓLOGO

**Londres. Julio de 1860. Habitación del señor Michael O'Brian.**

Michael se anudaba la corbata mientras fruncía el ceño. Seguía sin descubrir la razón por la que el inspector Petherson le obligaba a asistir a una de las ostentosas fiestas que ofrecía el señor Campbell. Pese a que este insistió en que debía complacer a uno de los hombres más poderosos de la ciudad, continuaba sin entender por qué, de entre todos, le encomendó dicha misión. En Scotland Yard había muchos agentes que darían el sueldo de todo un año por ir a esas grandiosas celebraciones. Sin embargo, su jefe optó por elegir a la persona más reacia a ese tipo de eventos. Odiaba con todas sus fuerzas tener que velar por la seguridad de un grupo de acaudalados que tan solo se preocupaban de lucir ropas elegantes y aparentar una educación intachable. Él conocía a muchos de los que se presentaban en sociedad como honorables lores o señores cuando eran, en realidad, criminales más dañinos que los delincuentes que vivían en Whitechapel. Pero allí se encontraba, frente al espejo y vistiendo uno de sus trajes pasados de moda, preparándose para cumplir una misión que no le satisfacía en absoluto.

Se puso la chaqueta y, maldiciendo entre dientes, salió de la habitación que alquilaba a la señora Warren, una viuda que, para sobrevivir, arrendaba dormitorios tanto a estudiantes como a solteros con poca fortuna. Caminó despacio, desganado, hacia la salida.

—¡Levante esa cabeza! —le indicó la viuda enfadada—. ¡Va a asistir a una fiesta no a su ejecución!

—Señora Warren... —la saludó con una enorme sonrisa.

—Señor O'Brian... —respondió colocando sus manos en la cintura.

—Ya sabe que no soy un hombre al que le guste asistir a ese tipo de eventos ridículos —añadió burlón.

—Algún día, jovenzuelo... —Se acercó y alargó las manos hacia la corbata para arreglarle el descuidado nudo—, será un hombre respetado en esta ciudad y tendrá que aparecer en todas que soliciten su presencia.

—¡Las rechazaré! —exclamó con mofa.

—Mientras viva bajo mi techo, asistirá, aunque tenga que hacerle llegar a patadas —le amenazó.

—¿Sabe que agredir a un agente de la ley es un delito? —inquirió enarcando la ceja izquierda.

—Siempre alegaré que ha sido en defensa propia y nadie culpará a una mujer que evitó el peligro con los únicos medios que poseía —argumentó entornando sus ojos.

—No debería volver a hablar con usted de cómo eludir a la justicia. Estoy seguro de que terminaré arrepintiéndome... —dijo bromista.

—De lo único que se arrepentirá es de no llegar a esa fiesta a tiempo —sentenció antes de hacerlo girar y empujarle hasta la puerta—. Compórtese como un buen agente y salve a los desafortunados.

—¿En una fiesta en la que me mirarán con desdén por no ser más que un mísero agente? —espetó.

—Seguro que alguien descubrirá que, algún día, se convertirá en un hombre importante y lo tratará como se merece. —Lo condujo al exterior y, para evitar una posible réplica, cerró la puerta con fuerza.

Michael soltó una carcajada cuando escuchó cómo la señora Warren cerraba tras él. Era, sin duda, una mujer de armas tomar. Ninguna fémina se atrevería a tratar de ese modo a un hombre, pero ella había vivido lo suficiente como para mantener una actitud desinhibida. Ese tipo de carácter le encantaba en una mujer. Le atraían las decididas, las que no se basaban en protocolos absurdos de conductas sociales, quizá porque él mismo no actuaba como el resto de los mortales. Eso no significaba que fuese un monstruo, ¡claro que no! Aunque de vez en cuando en su interior se despertaba una bestia exigiendo aquello que necesitaba y, muy a su pesar, la aplacaba por miedo a lo que pudiera suceder. Ningún hombre de ley debía poseer esa clase de deseos, de perversiones o de apetitos sexuales. Nadie lo aceptaría si descubriesen que el joven agente O'Brian, quien aspiraba a convertirse algún día en inspector, luchaba por salvar el alma de los demás mientras la suya era tan oscura como las alas de un cuervo.

Con paso firme y decidido caminó hasta la residencia de los Campbell. Podía haberle exigido a su jefe, como intercambio por el favor que realizaba, un digno carruaje para evitar una aparición humilde, pero no era pretencioso e iba a mostrar su verdadera imagen: la de un agente que apenas ganaba para comprarse un traje nuevo y que no deseaba levantar expectación alguna entre los invitados. Además, su presencia en aquel lugar no tenía nada que ver con

pavonearse entre los afamados caballeros londinenses. Él debía proteger al señor Campbell quien, según le informó el inspector, podría hallarse en una situación peliaguda durante la fiesta.

Cuando tocó la puerta de la mansión, un sirviente vestido con mejor atuendo que el suyo le abrió. Tras ser observado desde la cabeza a los pies, este frunció el ceño y le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Buenas noches, me llamo Michael O'Brian y soy agente de Scotland Yard —contestó sin sentirse herido por la mirada reprobatoria del lacayo.

—¿Ha sido convocado por el señor Campbell? —inquirió abriendo los ojos como platos ante la sorpresa de saber que su amo había invitado a un ejemplar como aquel.

—No exactamente —indicó adentrándose al hogar pese a la insistencia del empleado en no dejarle pasar—. En verdad, el señor Campbell invitó al inspector, pero él no puede presentarse debido a un repentino dolor abdominal —explicó con sátira. No era esa la razón que le había expuesto su jefe, pero le pareció la más divertida.

—¿Desea que haga llamar al señor? —espetó el mayordomo aturdido por el descarado comportamiento del joven.

—¿Cómo actúa la aristocracia en situaciones similares? —le preguntó arqueando la ceja izquierda—. Llevo poco tiempo en la ciudad y mucho me temo que no me he adaptado a los estirados protocolos sociales.

—Mi señor no pertenece a la aristocracia... aún —dijo el lacayo después de resoplar.

—Entonces, no me he comportado indebidamente, ¿verdad? —añadió mordaz.

—Si es tan amable de esperar aquí —apuntó dándose por vencido—. Informaré al señor de su llegada.

—¿Puedo, al menos, mover las piernas mientras aguardo su presencia? Le prometo que no tocaré nada —dijo divertido.

—Espere aquí —refunfuñó el sirviente antes de adentrarse en el pasillo.

Michael contempló la entrada del hogar con exhaustividad. Si tal como había indicado el inspector el señor Campbell se encontraba en una situación complicada, lo primero que debía hacer era examinar la zona en la que permanecería las próximas horas. Necesitaba hacer un buen trabajo y que su superior no le recriminara la confianza depositada en él. Para ello, debía obtener toda la información que pudiera para llevar a cabo dicha misión de

manera satisfactoria.

Observó su lado izquierdo, justo por dónde el lacayo se había marchado. En aquella parte de la casa advirtió cuatro puertas bastante separadas unas de otras. Al fondo, se encontraba un pasillo que rodeaba las escaleras que se hallaban frente a él. Tres pisos, aquella maldita residencia tenía tres inmensas plantas y, por lo que dedujo, aquello sumaría unas treinta o cuarenta habitaciones. «Demasiado trabajo...», se dijo. Una vez estudiada la parte izquierda continuó con la derecha. En esa zona de la casa se situaba la cocina y, por cómo se movía el servicio, debían encontrarse bien sus estancias o las habitaciones donde realizaban las tareas diarias: baños, lavandería, costura... Todo aquello que necesitara la familia Campbell lo conseguiría al momento. Michael hizo un mohín de desagrado. Aunque Campbell no poseía sangre azul vivía como tal, así que dedujo que sería un hombre tan inaguantable y soberbio como el resto y que su tiempo en aquel lugar le resultaría eterno.

Se dirigía hacia el lado derecho de la escalera cuando escuchó un pequeño ruido en el primer piso. Como buen agente, intentó ocultarse para que nadie lo descubriese antes de hacerlo él. Sus ojos de color azul intenso se quedaron clavados en el rellano y no pudo apartar la mirada hasta que ella pisó el *hall*. Con un vestido turquesa, adornado con un bonito encaje blanco en el pecho, descendía con elegancia una muchacha de no más de veinte años. Su pelo no tenía un color definido. Desde donde se encontraba, podía apreciar dos tonalidades diferentes, castaño y rubio, aunque los bucles que se liberaban del hermoso recogido parecían brillar más que el propio oro.

Michael contuvo la respiración y continuó agazapado en su escondite. Contempló, absorto, cómo deslizaba la mano derecha por la baranda con sus guantes blancos. No eran cerrados, ni de esos que le quemarían las palmas después de soportarlos durante horas. Los suyos eran de encaje y, a través de los pequeños huecos en los que podía transpirar su delicada piel, también podía ser tocada por cualquier mano atrevida. Estaba a punto de aparecer frente a la muchacha para preguntarle quién era, cuando un suave y cautivador perfume a jazmín se adentró en sus fosas nasales. Michael se quedó petrificado, atolondrado por cómo su cuerpo reaccionó ante aquella esencia. ¿Alguien podía prendarse de una mujer con tan solo su olor? Era inverosímil esa hipótesis. Nunca había escuchado a ningún hombre comentar que había enloquecido de amor por una mujer debido a su perfume. Pero a pesar de que su mente racional le ofrecía una respuesta negativa, su cuerpo contestó de manera contraria. Notó cómo el latir de su corazón empezaba a

acelerarse hasta tal punto que ansiaba salirse del pecho. Sus palmas, esas grandes manos que habían aferrado con fuerza más de un cuello de camisa, se resbalaban debido al sudor y su pecho subía y bajaba al ritmo de una respiración agitada.

Sintió, avergonzado y cabreado, cómo su sexo, apresado bajo el pantalón, se alzaba buscando a la dueña de ese aroma. ¡Era inaudito actuar de esa forma! Y mucho menos él, puesto que jamás había perdido el control con tanta facilidad. Hasta ese momento, siempre había dominado cualquier sensación lujuriosa hacia una mujer. Pero lo que dejó a Michael destrozado fue descubrir que su parte oscura, esa que ocultaba con afán, empezaba a tomar fuerza y poder sobre sus pensamientos y deseos. ¿Por qué actuaba de ese modo? ¿Qué tenía aquella muchacha que no conocía para despertar de aquella manera a su bestia?

Respiró hondo, intentando hacer regresar esa cordura y sensatez que le caracterizaba, aunque no las halló. Su mente, perturbada e irracional, le gritaba que acababa de encontrar a la mujer que había esperado toda su vida. Que ese olor, ese perfume que llegaba a su nariz, era la señal que estaba buscando. Enfadado, apretó sus puños y los dirigió hacia su pecho. Si seguía comportándose de aquella manera, si no era capaz de calmarse, él mismo se dañaría para eliminar, por las malas, su inapropiada actitud.

Ofuscado, airado y enloquecido por la desesperación, estuvo a punto de salir del escondite para gritarle a la joven cómo osaba trastornarlo de ese modo, pero, por suerte, esa idea se esfumó al escuchar que alguien más se aproximaba.

—¡Padre! —exclamó la muchacha al encontrarse con el señor Campbell.

—¡April, estás preciosa! —le dijo el hombre dándole un beso en la mejilla.

—¿Qué hace aquí? —se interesó al verlo fuera de la sala donde permanecían los invitados.

—Larson me ha informado sobre la llegada de un nuevo invitado —comentó—. Pero no sé dónde se encuentra —añadió mirando a su alrededor.

Tras escuchar la leve conversación, Michael salió de su escondite y se dirigió hacia ellos con paso lento y firme. Esperaba que, mientras se aproximaba, toda aquella agonía desapareciera, pero no fue así. Según se acercaba y disminuía la distancia, ese embelesador perfume se acentuaba, aumentando todavía más su inquietud.

—Buenas noches, señor Campbell —saludó O'Brian intentando mantener la compostura adecuada.

Norman frunció el ceño al advertir cómo iba vestida la persona que había aparecido en el lugar del inspector. No esperaba que luciera un uniforme, pero tampoco imaginó que su traje hubiera sido confeccionado dos décadas atrás.

—Cariño, si nos disculpas. He de hablar con este caballero.

—Por supuesto —respondió April mirando de reojo a la persona que permanecía detrás de su espalda. Apenas pudo apreciar con claridad de quién se trataba, tan solo descubrió que el caballero que había salido de alguna parte de su hogar vestía un traje algo gastado e inapropiado—. Le esperaré junto a madre en el salón —añadió antes de marcharse.

Hasta que ella no desapareció, el señor Campbell no se dignó a dirigirle la palabra. Lo único que hizo, mientras la joven se adentraba por una de las puertas, fue observarlo de la misma manera que, momentos atrás, lo había hecho el sirviente. Aunque tampoco le importó a Michael que le mirara de esa forma, porque toda su atención se centraba en ver cómo ella se alejaba y comenzaba a recobrar el control. Por supuesto, no le había pasado inadvertido que aquella enigmática muchacha se llamaba April y que era la hija de la persona a quien debía servir.

—El inspector no podía asistir y he acudido en su lugar —explicó de nuevo O'Brian.

—Ya he sido informado... —murmuró Norman con los dientes apretados—. Pese a no haberse dignado a mostrar cierto reparo al vestirse como era debido, no se lo tomaré en cuenta si realiza un buen trabajo. ¿Le han explicado cuál es su cometido en esta fiesta? —espetó de malhumor.

—Por supuesto —respondió Michael con firmeza—. Sin embargo, he de advertirle que la seguridad no es viable.

—¿No es viable? —repitió Campbell frunciendo el ceño.

—Usted le pidió al inspector que acudiera esta noche para protegerle de una situación comprometida, pero creo que no será posible con tan poco tiempo. Debió avisar con antelación sobre las dimensiones de su residencia —comentó inquieto.

—¿Qué tiene que ver mi hogar con...?

—Si alguien decide atentar contra su seguridad tiene más de cincuenta ventanas por las que acceder. Sin hablar de cómo está actuando esta noche el servicio. Durante el tiempo que he permanecido esperándole he contado que

han dejado la puerta abierta hasta veinte veces. Cualquiera puede acceder a ella con facilidad, así que mucho me temo que no le bastarán mis ojos para protegerle tal como desea, señor Campbell —señaló sin dudar ni en una sola palabra. Quería demostrarle que, aunque era joven y no vestía adecuadamente, estaba más que preparado para realizar la misión con eficacia.

—¿Protegerme? —clamó Norman—. ¡No es a mí a quien debe proteger, sino a mi hija!

—¿A su hija? —preguntó confuso.

De repente toda la mofa que había utilizado desapareció. Un extraño dolor en el estómago lo sacudió y notó cómo la furia se adueñaba de su persona. ¿Por qué su jefe le había dicho que era el señor Campbell el que se encontraría en una situación complicada? ¿Por qué no fue sincero y le advirtió que debía custodiar a la hija del anfitrión? «Piensa, Michael. Si te hubiera hablado sobre proteger a una mujer te habrías lanzado al Támesis para evitarlo...».

—Por si no lo sabe —empezó a decir Norman—, la mayoría de los invitados que hoy se encuentran bebiendo mi licor y llenando sus estómagos con mi comida piensan que April es el mejor trofeo que pueden obtener. No deseo que en mitad de la fiesta algún desvergonzado se acerque a mi hija y provoque una situación de la que no pueda salvarse honradamente.

«Estupendo —pensó Michael—. A eso se refería con situación complicada».

—¿Ha pensado en encerrarla en su dormitorio? Si echa la llave y pone a uno de sus sirvientes custodiando la puerta se evitaría el problema —apuntó mordaz.

—No me hable de ese modo, jovencito —declaró Campbell malhumorado.

—Disculpe, pero ha de entender que me ha sorprendido el motivo por el que hoy me encuentro ofreciendo mis servicios —dijo Michael también enojado—. Soy un agente del orden, no una dama de compañía ni una niñera. Si tan preocupado está por la virtud de su hija debió encomendarle la misión a una persona más cualificada.

—¿Cualificada? —espetó Norman frunciendo el ceño.

—Exacto —afirmó O'Brian sin vacilar.

—¿Ha atrapado ladrones? ¿Ha encarcelado criminales? ¿Ha esclarecido casos delictivos? ¿Ha velado por la seguridad de los ciudadanos? —preguntó

Norman sin respirar.

—¡Por supuesto! —exclamó al tiempo que cuadraba su gran figura.

—Entonces es la persona idónea para proteger a mi hija. Y, ahora, si me acompaña, le diré dónde debe permanecer y cómo ha de actuar frente a esos pretenciosos aristócratas —aclaró Campbell sin mermar en su tono la autoridad que le proporcionaba sus años de vida.

—Pero... —intentó decir Michael.

—¡No hay peros! —exclamó Norman de manera contundente—. Usted ha venido hasta aquí para velar por la seguridad de mi hija y eso hará. Y por su bien —dijo señalándole con el dedo—... espero que realice un excelente trabajo porque si algo le sucediera, si no le prestara la suficiente atención como para evitar un escándalo, su carrera en Scotland Yard habrá terminado antes de salir por esa puerta —sentenció.

Se había equivocado. Sí, sus conjeturas sobre el señor Campbell no eran exactas. No se trataba de un maldito hombre que actuaba como un aristócrata, sino un padre aterrorizado por el futuro de su única hija. Esa preocupación le otorgaba un carácter agrio, autoritario y severo. Mientras Michael caminaba detrás del anfitrión, recordó todo lo que sabía del empresario; un hombre que había brotado de la nada, hijo de mercaderes y que, gracias a su tesón, había conseguido posicionarse entre los hombres más poderosos de Londres. Casado a los treinta con la primogénita de un duque, no se convirtió en padre hasta dos años después. Según los rumores, la señora Campbell no era una mujer fuerte y, salvo la hija, el resto de su ansiada descendencia nació muerta.

O'Brian clavó sus ojos en aquel cuerpo rígido. No tendría sangre azul pero esa pose, esa manera de caminar, esa forma de hablar tan severa le ofrecían un puesto que por nacimiento no poseía. A pesar de su comportamiento o de cómo se había dirigido a él, Michael entendía su temor. Sin duda alguna, la hija de aquel afamado empresario sería el trofeo de cualquier aristócrata con ansias de mantener sus arcas llenas y vivir comfortable el resto de su vida. Todo su imperio quedaría destruido si la única heredera elegía al marido equivocado. Pero él no estaba cualificado para valorar a todos los lores que se acercaran a la muchacha. Él solo podía detectar cuándo un criminal le engañaba, cuándo intentaba convencerlo de una falacia, y esa cualidad que tenía como agente estaba muy alejada de una consultora matrimonial.

Michael resopló varias veces para contener su enfado. Seguía dándole



vueltas a su cometido en la residencia Campbell y a cómo abandonar ese inesperado sentimiento que había aparecido por la muchacha. Le urgía volver a ser el agente que era antes de verla. Sin embargo, no podía borrar nada de su mente. Parecía como si la imagen de ella se hubiera grabado a fuego en su cabeza. «¡Maldición!», exclamó para sí. Lo peor que podía pasarle era que alguien pusiera los ojos sobre ella porque se los arrancaría sin dudar. ¿Por qué demonios no le habrían enviado al puerto para atrapar al asaltador en vez de estar en aquella maldita fiesta? Michael frunció el ceño al reconocer la respuesta: el inspector confiaba en él. Cualquiera de sus compañeros intentaría avasallar a la joven para poder dormir en un mullido colchón mientras que él actuaría con absoluta discreción. Sin embargo, esta vez el inspector había errado en su premisa. Por supuesto que no tenía la intención de favorecer una situación comprometida, pero si podía acercarse a ella lo suficiente como para poder recordar, el resto de su vida, ese perfume seductor, lo haría sin remordimientos.

De repente, Campbell detuvo el paso, lo miró sin parpadear y le dijo:

—No aparte los ojos de ella. No quiero que se aleje ni un palmo de ese salón sin su presencia.

—Entiendo... —comentó después de tragar el nudo de saliva que se había formado en su garganta.

Sin decir ni una sola palabra más, Campbell abrió la puerta del salón y se adentró en el lugar donde había unas setenta personas. Michael se quedó parado en la entrada, observando a esos invitados, reteniendo en su mente el rostro de aquellos que ya conocía. Una vez que descubrió a varios jóvenes caballeros que miraban, con descaro, hacia su derecha, él dirigió sus ojos hacia esa zona y soltó un impropio al comprender que aquellos pérfidos observaban a la señorita Campbell. «¿Pensabas que iba a ser fácil?», se preguntó mientras pegaba su espalda a la pared y caminaba hacia el grupo en el que se encontraba la joven. No, no resultaría fácil realizar una tarea como aquella. No podría espantar a todo el que se acercara a la joven con deshonrosas intenciones con suaves amenazas. La única manera de hacerlo sería a base de golpes y, mucho se temía, que esa forma de actuar le provocaría un despido aún más rápido. Se desabrochó la chaqueta, dejando a la vista el chaleco gris perla que escondía. Michael se sintió un mendigo al contemplar la vestimenta de quienes le miraban con los ojos como platos. Sonrió maliciosamente al tiempo que se decía que no estaba siendo muy apreciado en aquel ostentoso lugar, pero tampoco le importaba qué opinaban

aquellos que empezaban a toser de sorpresa al observarlo.

«Solo lo permitido», se dijo al calcular la distancia apropiada para no entorpecer la conversación que la hija de Campbell mantenía con varias mujeres. Sin embargo, *lo permitido* se convirtió en *inapropiado*. No debería ser tan poco discreto, ni hacerse notar. Su labor era más efectiva si nadie le prestaba atención, pero fue incapaz de mantenerse alejado. Parecía un perro guardián defendiendo su territorio. Aunque, ni él era un perro ni la señorita Campbell le pertenecía. Regañándose de nuevo, intentó concentrarse en la conversación que su protegida mantenía con las demás mujeres. Solo esperaba que, el tono que había escuchado con anterioridad y que lo había dejado sin habla, no volviera a repetirse.

—Sí, eso he descubierto esta semana —afirmaba April a la señora que tenía a su derecha.

Michael clavó la mirada en la mujer que se encontraba al lado de la muchacha. La forma de vestir tan ostentosa y esos anillos que exhibía en la mano al abanicarse la delataban. Se trataba de la esposa del señor Flatman, un afamado y costoso médico que ofrecía sus servicios a la alta sociedad.

—No me gustaría encontrarme en esa situación tan poco decorosa —comentó la señora Flatman.

—¡Dios nos libre de semejante horror! —exclamó la muchacha.

O'Brian la miró sin pestañear, contemplando con minuciosidad el movimiento de sus labios, de cómo estos sonreían, y de cómo respiraba; descubrió, para su placer, que donde todo el mundo podía apreciar unas palabras llenas de pavor, ella mostraba un grandioso sarcasmo. «Bien hecho, pequeña —pensó—. No te dejes avasallar por estos petulantes». Tras analizar su propia frase se quedó inmobilizado. ¿Por qué había añadido esa palabra afectuosa? Ella no era pequeña y su mente no debía traicionarle con ningún tipo de sentimiento afectivo hacia la joven. Resopló de nuevo, procurando controlar sus pensamientos.

De repente, frunció el ceño y esas divagaciones absurdas se convirtieron en cólera al descubrir que April sonreía tímidamente. No lo hacía ante algún comentario realizado por la señora Flatman, sino que ese leve gesto iba destinado hacia un caballero que la contemplaba, de manera descarada, desde la otra punta del salón. Michael entornó sus ojos y quiso fulminarlo con la mirada. No era apropiado que ella se mostrase de ese modo ante un sinvergüenza de tal índole. ¿Acaso no sabía nada sobre la fama que precedía a lord Graves? Todo el mundo conocía no solo la reputación de dicho

caballero, sino también la de sus antecesores, hasta él, que había venido de un pequeño pueblo del norte, había oído hablar de las maldades de los vizcondes. Nadie podía dejar de cotillear acerca del futuro vizconde de Gremont y sobre lo que andaba buscando: fortuna, notoriedad, poder y, sobre todo, pasar sus años de vida holgazaneando. Según el inspector, Eric Graves era un parásito de la sociedad y un futuro criminal. Pero aquel insolente no aparentaba ser un delincuente, sino un libertino que había puesto a la hija de Campbell como su objetivo a alcanzar.

—Si me disculpan —comentó April a sus interlocutoras—. He de tomar un poco de aire fresco, aquí hace demasiado calor y puedo desmayarme en cualquier momento.

Las mujeres asintieron y continuaron parlotando como si la débil excusa de la muchacha fuera suficiente para dispensarla. Michael caminó alrededor del salón, sin poder apartar sus ojos de la joven. ¿Qué diablos pretendía hacer? ¿Quería alejarse de allí? ¿Con qué finalidad? Esquivando a los caballeros que le impedían el paso y no poseían la decencia de apartarse, avanzó hacia el balcón por el que se había marchado April. Antes de salir, echó un rápido vistazo a su alrededor, descubriendo que el maldito Graves seguía en su lugar, hablando con otros caballeros. Pero lo que dejó a Michael sin palabras fue la mirada que este le dirigió y la sonrisa maquiavélica que dibujó en su rostro. Frenando ese deseo de borrarle el gesto de la cara de un puñetazo, caminó hacia el exterior.

April estaba con los codos apoyados en la baranda de piedra. El leve alzado de su mentón le indicó que miraba hacia el cielo. O'Brian se quedó contemplando aquella figura. Se marcaban tanto sus curvas con aquel vestido, que podía adivinar qué ocultaba bajo las prendas. Intentó esconderse entre los helechos que crecían con libertad en la zona derecha de aquel balcón, pero sus pies no escucharon su orden y caminó hacia ella.

—Señorita Campbell —dijo con voz serena—, no debería permanecer sola durante mucho tiempo.

—¿Quién me lo ordena? —preguntó girándose hacia él.

—O'Brian, para servirla —respondió con un fuerte movimiento de cabeza. Lloraría, una vez que se marchara a su hogar, lloraría por el dolor causado por dicho movimiento porque, al agachar la barbilla, escuchó un leve crujido en su cuello.

—O'Brian... —murmuró divertida—. ¿Es usted el caballero que mi padre recibió cuando bajé las escaleras?

—El mismo —afirmó con rotundidad.

—¿La persona que ha contratado para que me vigile? —soltó con libertad.

—El señor Campbell no me ha contratado, señorita. Soy un agente de Scotland Yard.

—¿Un favor, quizás? —insistió burlona.

—No he tenido el placer de conocer a su padre hasta esta misma noche. Así que ninguno de los dos nos debemos favores —informó malhumorado.

—No se enoje, señor O'Brian, solo deseaba averiguar los propósitos de mi padre. Como comprenderá, su presencia aquí es alarmante.

Michael se quedó de piedra. No por las palabras de ella sino por aquello que le mostraba la luz del interior del salón. La joven había dado varios pasos hacia él y esa iluminación se reflejaba en su precioso y cautivador rostro. Ahora distinguía con mayor exactitud el contorno de sus ojos, la forma de sus labios, la dimensión de su respingona nariz y el arco de sus cejas. Era una belleza. Una mujer tan hermosa que podía poner de rodillas al mismísimo diablo. Pero... ¿él era ese diablo? ¿Sería, en el fondo, ese ser que podía arrodillarse al encontrar a la mujer de su vida? No, negó contundente. Ese era un pensamiento absurdo para un hombre que jamás había mirado a una mujer desde esa perspectiva. Ninguna de sus amantes le había aportado lo que ella le insinuaba sin saberlo. No solo era una belleza sino algo más... Algo que solo un ser con el alma oscura podía entender.

Sin poder censurar su mente, ni tampoco intentarlo, la imaginó a su lado, expectante a sus órdenes, respirando entrecortada al anticipar sus toques y sus mandatos. Esas proyecciones en su cabeza le retorcieron las entrañas. ¿Cómo podía imaginar una cosa así? ¿Cómo era capaz de pensar que ella pudiese añorar lo que él podía ofrecerle? Obnubilado y aterrorizado al comprender que estaba delirando, echó unos pasos hacia atrás. Debía apartarse de ella, debía alejarse lo suficiente como para bajar su excitación. No, aquella joven no anhelaría la presencia de un hombre que disfrutara al tenerla atada de manos mientras la penetraba, mientras la poseía con fuerza y le gritaba que le pertenecía. Ella jamás habría fantaseado con ese tipo de perversiones... Pero su olor, su manera de mirarlo, esa pose inalterable e incluso la forma de hablarle eran tan especiales... tan atrayentes, que lo estaban volviendo loco.

—¿Disculpe? —preguntó al comprender que le había hablado sobre algo y requería una respuesta.

—Deseaba averiguar la razón por la que un hombre como usted se

encuentra en esta fiesta vigilando mis actuaciones —repitió.

—¿No puede pensar que intento ser un pretendiente? —solicitó con desdén.

—¿Usted? —expresó antes de soltar una carcajada—. ¡No lo creo!

—¿Por qué motivo evitaría estar cerca de una mujer hermosa, señorita Campbell? —inquirió enojado. Agarró sus manos por la espalda y se puso más recto que una tabla.

—Señor O'Brian, no es usted la clase de hombre que me interesa —dijo con una enorme sonrisa.

—¿Acaso tiene *una clase*? —Enarcó la ceja izquierda acentuando la pregunta.

—Usted sería incapaz de hacerme feliz —susurró acercándose indebidamente a Michael que, aunque deseó agarrarla de los brazos y demostrarle allí mismo que se equivocaba, mantuvo una pose segura e inalterable.

—¿Se está refiriendo a hacerla gritar y suplicar que la posea mientras le agarro con fuerza el cabello y tiro de él hacia atrás? —dijo sin mostrar en su voz la lujuria que esa posible situación le provocaba. Si ella era descarada, él también lo sería. Además, esa pregunta le resolvería el enigma que tenía en su perversa mente.

April se quedó parada justo al lado de él. Su hombro tocaba el brazo de aquel que le hablaba con desfachatez. ¿Cómo osaba hablarle de ese modo? ¿Cómo le mostraba con libertad sus deseos lascivos? Debía enfadarse, debía enojarse y gritarle que era un perturbado. Pero su cuerpo y mente reaccionaron de una forma tan extraña, que se quedó atolondrada. Notó cómo le ardían las mejillas y cómo su respiración se entrecortaba. Su voz, ese tono altanero que empleaba para hablarle, le produjo tal insensatez que se imaginó realizando aquellas locuras. Azorada, levantó la mano para propiciarle una bofetada por su atrevimiento, pero aquel joven que la miraba con un insólito brillo en los ojos le agarró la mano.

—Yo también utilizaría esta mano, pero no para tocar mi rostro sino su cuerpo. La haría acariciarse frente a mí, desnuda, con los ojos abiertos para que fuera consciente de cómo me excitaría verla de esa manera tan espléndida. Sus pezones se pondrían duros, añorando el calor de mi boca para calmarlos. Entonces, haría que bajara esa mano hacia una zona que aún no ha sido alcanzada. Usted misma retiraría esos labios esponjosos e hinchados por la pasión y, para recompensarla por cumplir mis mandatos, me arrodillaría

frente a sus piernas, colocaría mi cabeza entre ellas y, mientras mi nariz se impregnara de esa esencia de mujer que desprendería por la excitación, mi lengua recorrería cada rincón de su sexo. Bebería de usted. Bebería tanto que calmaría mi sed para el resto de mi vida. —La miró de reojo y centró sus ojos en un precioso lunar que se escondía bajo el encaje. Esa forma de corazón que parecía llamarlo para que aproximara sus labios se quedaría en su memoria para siempre.

—¿Cómo se atreve a hablarme de esa manera? —se encaró—. Usted jamás me tendrá. No es más que un perverso, un miserable que ansía obtenerme para vivir la vida que hasta ahora no ha tenido. —Lo miró de arriba abajo, exhibiendo en su rostro la repugnancia que sentía al verlo con aquel traje.

—Yo no soy como esos hombres que usted divierte con maliciosas sonrisas. En primer lugar, jamás aceptaría la fortuna de mi esposa, para sobrevivir me basto con lo que soy y con lo que seré. Y segundo, ninguno de esos podría satisfacerla como lo haría yo —masculló apretando los dientes.

—¡Usted es un don nadie! —exclamó agitando su brazo hasta que se liberó de esa gran mano aferrándose a su muñeca—. ¡Y nunca me tendrá! —sentenció antes de poner la espalda recta y abandonarlo.

«Eso ya lo sé...», meditó sin moverse del sitio que pisaba. Michael se quedó en aquel lugar hasta que su estado de agitación se aplacó. Le costó más de lo que podía haberle sucedido con cualquier mujer, pero ya había deducido que ella no era otra, sino la única. La única que lo había llevado a una locura, la única que se había metido en su mente, la única que podía saciarlo y a la vez ser saciada. No, no habría en el mundo otra fémica como la señorita Campbell, pero, como le indicó, nunca la tendría. Despacio, se giró sobre sus talones y se adentró en el salón. En el interior buscó, desesperado, al anfitrión. Este, al cruzar la mirada con el agente, se disculpó con los caballeros con quienes hablaba y caminó hasta dónde se encontraba.

—¿Qué sucede? ¿Ha descubierto algo? —preguntó sobresaltado.

—Ya no me necesita —dijo con voz firme.

—¿Por qué? —insistió el anciano arqueando las cejas.

—Su hija no correrá peligro esta noche, pero mucho me temo que pronto se hallará en una situación bochornosa —explicó mirando de soslayo a Eric Graves que, presagiando lo que había sucedido entre él y April, sonreía con más vanagloria si cabía.

—¿Situación bochornosa? —espetó Norman temblándole los labios.

—Tenga cuidado con lord Graves. Ha puesto sus ojos en ella y no parará hasta conseguirla —sentenció antes de caminar con paso firme y decidido hacia la salida.

Tenía que salir de allí, tenía que alejarse y dejar de pensar en la mujer que le había prohibido tenerla. Enfadado, Michael no regresó a la habitación donde descansaba, sino que se dirigió hacia el burdel de la señora Johnson. Debía aplacar esa ira y excitación que su cuerpo necesitaba con afán. Sin embargo, no tuvo una buena noche. Después de emborracharse y sollozar en los brazos de la *madame* el horror que estaba padeciendo al descubrir que esa mujer sería la única que tocaría su corazón, fue arrojado a la calle como si fuera basura por un engreído llamado Roger Bennett.

# CAPÍTULO I

**Londres. Octubre de 1867.**

Michael miraba a los dos caballeros con ferocidad. Seguía enfadado por cómo habían irrumpido en su interrogatorio y cómo la presencia de estos había logrado que lord Cooper confesara dónde había estado antes de ser apresado. ¡¡Dos horas!! Él malgastó dos horas de su valioso trabajo para intentar sacar una declaración que no logró hasta que ellos aparecieron y que, para su sorpresa, no esperaba obtener. Había dado por hecho la culpabilidad del detenido, hasta se hubiese apostado su fortuna en ello, sin embargo, se equivocó. Quizá su mente, agitada por ese odio que tenía hacia la aristocracia desde años atrás, no fue capaz de discernir que el hombre que se encontraba frente a él era una persona honrosa y humilde pese a que ostentaría, en un futuro, el título de barón. La fama de respetuoso e incorruptible era la mejor presentación de lord Cooper, pero él no creía en ese tipo de etiquetas sociales. ¿Cuántos *decentes* aristócratas habían utilizado el poder que les otorgaba su sangre azul para librarse de sus maldades? Decenas. No obstante, era cierto que Federith Cooper siempre se había mantenido en un discreto segundo plano. A pesar de su afamada vida de libertino, que se aplacó tras casarse con la fallecida, no provocó ningún tipo de escándalo en Londres.

Michael se cruzó de brazos y dirigió los ojos hacia sus acompañantes. El duque, un hombre con una figura autoritaria y severa a pesar de la cicatriz en su rostro y esa mano que escondía en la espalda, no dejaba de mirar hacia el exterior de manera dubitativa. O'Brian imaginó que meditaría sobre el austero y sombrío lugar donde se encontraba su amigo y rezaría en silencio por liberarlo de su cautiverio. Todo el mundo conocía la relación que Rutland mantenía con lord Cooper y nadie dudaba que, salvo el hecho de que no tenían la misma sangre recorriendo por sus venas, ellos siempre se habían considerado hermanos.

El inspector frunció el ceño levemente al recordar un episodio en la vida del duque unos años atrás. Había estado a punto de llegar hasta él, de conseguir señalarlo como autor de un asesinato, pero nadie fue capaz de



declarar que Rutland mató al conde de Rabbitwood en un duelo. Aquellos a los que hizo hablar por la fuerza solo indicaron que el caballero se había pegado un tiro al descubrirse que había violado a una mujer que, *extrañamente*, se convirtió en la esposa del duque. «Sin pruebas, no hay caso». Su antecesor murmuraba esa frase todos los días y era tan cierta como la vida misma.

—No creo que a su excelencia le guste cómo le mira —indicó Roger divertido.

—¡Cierra esa boca, Riderland! —exclamó enfadado.

Lo desesperaba. Aquel maldito engreído lo sacaba de sus casillas cada vez que estaba a su lado y, para su padecer, en los últimos dos años sus encuentros habían sido bastante numerosos. Lógicamente, tuvo que investigar el incendio ocurrido en un terreno del marqués en el que había construido una residencia que llamó Children Saved; en aquella investigación su odio por aquel que lo miraba con burla aumentó. ¿Cómo pensaba que iba a validar su declaración sin averiguar si sus palabras eran ciertas? ¿Un héroe? ¿Su hermano había muerto salvando la vida de los niños que cuidaba *desinteresadamente*? Sin añadir que, poco después, el fallecido marqués de Riderland promulgó por todo Londres que tenía dos hijos más: un joven llamado Logan y una niña llamada Natalie. ¿De dónde habían salido? ¿Por qué los declaró hijos legítimos? No había duda de que Roger Bennett había ideado un plan para proteger a su familia y a los niños que cuidaba *por solidaridad*.

—Señores, guarden sus lenguas —señaló Rutland—. Tenemos que detener a un asesino —añadió con un tono tan frío que Michael se quedó mirándolo sin parpadear. No le cabía la menor duda de que si el duque no fuera un impedido, él mismo asfixiaría al vizconde, si de verdad era el culpable, y le haría pasar por la agonía que debió padecer lady Caroline en sus últimos momentos.

—¿Qué tal su vida, inspector? —prosiguió Roger sin hacer caso a la intervención de William.

—Como puede advertir, bastante próspera —respondió con desgana.

—¿Regresó al burdel o le prohibieron la entrada por plañidera? —soltó a bocajarro el marqués.

—¿Acaso no sabe a quién se está dirigiendo? —espetó Michael apretando los dientes.

—¡Oh, claro que lo sé, *inspector*! —exclamó Riderland acomodándose

en el asiento, cruzando las piernas y sonriendo ampliamente—. Pero siempre me he preguntado qué sucedería aquella noche para que un joven agente fuera incapaz de cesar un llanto tan agónico que desesperó a la paciente señora Johnson.

—¡Maldito bastardo! —bramó Michael levantándose del asiento y dirigiendo un puño hacia el rostro burlón del marqués.

—¡Ya basta! —gritó Rutland evitando ese impacto con un ágil movimiento de su bastón—. ¿Acaso no recuerdan el motivo por el que nos dirigimos a la residencia del vizconde? ¿Cómo puedes mantener esa compostura burlona sabiendo que nuestro amigo se encuentra encarcelado? —le preguntó a Roger con el ceño fruncido—. ¿Y usted? —Dirigió la mirada hacia el inspector—. ¿Ha olvidado sus principios como defensor de la ley?

—¡No permitiré que un cerdo aristócrata intente humillarme! —replicó O'Brian airado.

—Si se siente humillado no se debe a las palabras de Riderland, sino al comportamiento que usted mantuvo en el pasado. Pero he de advertirle una cosa, señor O'Brian, todo el mundo comete errores, aunque es de valientes sobrellevarlos con entereza —sentenció antes de mirar a ambos hombres.

—¿Usted también los cometió? ¿Hay algo de lo que pueda avergonzarse? —preguntó Michael con una enorme sonrisa y tono burlón.

En ese momento, Riderland intentó levantarse del asiento. Sus ojos no eran azules sino rojos y su mano derecha se convirtió en un puño fuerte y duro. No le cabía la menor duda al inspector que si el duque no hubiera puesto el bastón sobre las nalgas del marqués, este le habría hecho tragar sus palabras con un puñetazo.

—Cometí muchos, señor O'Brian. Y puede contemplar las consecuencias en mi cuerpo, pero por suerte puedo decir que aprendí de ellos y remendé mi vida. Actualmente, no solo soy amado por una mujer maravillosa, sino que asumo mi responsabilidad como duque y mantengo la posición y el respeto que me merezco. Y ahora, si no tiene más que añadir a mi comentario, me gustaría saber cómo ha deducido que lord Cooper asesinó a su esposa —declaró.

Michael observó con minuciosidad el rostro del duque. No mentía. Sus palabras, su tono y la forma relajada de sentarse le indicaban que no había engaño en él solo veracidad, y eso dejó impresionado al inspector. Muy pocos aristócratas podían alardear de ser honrados, salvo lord Cooper, por supuesto.

—Dígame primero por qué han dado por firme que el vizconde es el asesino —pronunció.

—Como ya escuchó, era el amante de lady Cooper —dijo William.

—Pero eso no es suficiente para matarla. Si estudiamos quién de los dos poseía más razones para hacerla desaparecer, perdería su amigo. El *distinguido* Gremont se vería en la obligación de buscar a otra amante, en cambio lord Cooper se libraría de vivir el resto de su vida con una esposa que, según tengo entendido, jamás amó —manifestó triunfante.

—Sigue siendo un inepto —añadió Roger con los dientes apretados—. No es capaz de ver con claridad lo evidente. ¿Acaso le otorgaron el cargo de inspector a dedo?

—Mi amigo —intervino con rapidez Rutland—... se casó con la señorita Midlenton por motivos que no nos incumben, pero nunca haría daño a la madre de su hijo. Sin embargo, hemos sabido, por él mismo, que pretendía romper ese matrimonio en breve.

—¿Un divorcio? —espetó asombrado—. ¿Lord Cooper pretendía divorciarse? —William afirmó con un leve movimiento de cabeza—. Entonces, la señora Cooper sería una mujer libre y podría tener la vida que deseaba... —reflexionó.

—Y vivir con su amante —apuntó Roger.

—Todo el mundo sabe que el señor Campbell, pese a que su hija se convirtió en una aristócrata tras su matrimonio, no acepta la doble moralidad inglesa —prosiguió el duque—. Según tengo entendido, antes de que se celebrara el anuncio del compromiso, obligó al vizconde a firmar un documento en el que juraba que sería fiel a su esposa; en caso contrario, la vizcondesa podía deshacer el matrimonio y llevarse consigo la fortuna de su familia.

—No sabía que el señor Campbell puso condiciones en el matrimonio de su hija... —murmuró reflexivo.

—La fama que poseen los Gremont alertaría al empresario. Como bien sabe, esa miserable estirpe tiene un solo objetivo en la vida: contraer matrimonio con una rica heredera.

—Lo sé —determinó Michael.

Él se lo había advertido siete años atrás. Le indicó que tuviera cuidado, que la apartara de aquella sabandija, pero no le escuchó. Cuando descubrió que al final April se casaba con la persona menos adecuada para ella, se obligó a no pensar más en la mujer. Le costó dolor, sufrimiento y amargura

entender que la había perdido para siempre, que no podría alcanzarla, aunque se convirtiese en un hombre importante. Por eso evitó cualquier encuentro con ella.

Para él, April Campbell era solo un recuerdo que deseaba eliminar algún día. No obstante, el destino persistía en cruzarla en su camino y allí estaba, siete años después, dirigiéndose hacia una residencia que tenía vetada para atrapar, irónicamente, al hombre que le había arrebatado la posibilidad de ser feliz.

—¿Entonces? —insistió Rutland enarcando las cejas.

—Uno de mis agentes que paseaba cerca del río descubrió un cuerpo flotando —empezó a decir—. Según su testimonio, se lanzó al agua para salvar a quien ya no podía ser salvada. Cuando me hicieron llamar, aparecí en el lugar con un médico.

—¿Flatman? —se interesó Riderland.

—No, el señor Cox. Es el médico que trabaja para Scotland Yard —señaló—. Este, tras el debido reconocimiento, nos informó que había sido estrangulada, aunque tendrá que llevarla a la morgue para confirmar su teoría. También me advirtió que, por el peso de la mujer, era necesario, como mínimo, la fuerza de dos hombres para arrojarla al Támesis.

—¿Con quién se encontraba lord Cooper en el momento que lo detuvo? —preguntó de nuevo Roger.

—Con el cochero —declaró Michael incómodo.

—¿Por qué supuso que lord Cooper era el asesino? —solicitó William.

—Porque era la única opción posible.

—*Opción posible...* —murmuró Riderland mientras miraba con ferocidad al inspector y se tocaba la barbilla—. ¡Qué manera más extraña de condenar a un inocente! —exclamó enfadado.

—Todavía no se puede declarar como inocente —replicó O'Brian—. Han de darme aquello que necesito para exculparlo, si es que lo logran...

—Lo tendrá —sentenció Roger—. Ese bastardo cantará como los ángeles cuando mis manos aprieten su garganta. Así podrá sufrir en sus carnes lo que padeció la esposa de mi amigo.

—¡No permitiré que lo agreda! —anunció O'Brian.

—¿Está seguro de eso, inspector? —contestó Roger entornando los ojos.

Por supuesto que no permitiría que Riderland estrangulase al vizconde. Si era culpable, si de verdad había matado a la mujer, la justicia debía caer

sobre el criminal y juzgarlo como requería un asesino. Aunque para su placer, la idea de hacerle pagar cada minuto y cada segundo que abarcaban los siete años de su vida era cada vez más grata.

—¡Prepárense! —les advirtió William cuando observó la residencia de Gremont—. Estamos llegando.

—Hay luz en la ventana derecha —comentó O'Brian.

—Ese bastardo nos está esperando... —murmuró Riderland con un tono de voz tan diabólico, que dejó alertados a los dos hombres.

El primero en salir fue William, después, Roger y en último lugar, Michael. El inspector sentía una fuerte presión en el pecho que se acentuó al contemplar la residencia donde había vivido April los últimos siete años. Apenas había sabido de ella, tampoco indagó sobre su vida. ¿Para qué? Conocer su felicidad tras convertirse en vizcondesa solo le provocaría más dolor. Así que evitó todo aquello que incumbía al señor Campbell y al resto de su familia. Por supuesto, ofreció los servicios pertinentes cada vez que el empresario requirió de protección o investigación, pero nunca se presentó ante él, siempre enviaba a uno de sus agentes.

Michael sopesó con rapidez qué repercusiones sufriría April si de verdad su marido había asesinado a la mujer. Miles de ideas aparecieron en su mente y, muy a su pesar, ninguna le agradó. Lo más adecuado, lo que todo el mundo hacía ante un escándalo de tal índole, era marcharse de Londres para no sufrir el calvario que padecería después. ¿Se marcharía? ¿Ella también pondría distancia para no ser humillada? De repente, al meditar sobre ello, tuvo ganas de estrangular él mismo al vizconde por ponerla en una situación tan horrenda.

Era una buena alternativa, marcharse, pero él no deseaba que actuara de ese modo. Su corazón, ese que había mantenido resguardado bajo una coraza de hierro, latía desenfrenado al imaginar que, si ella decidía vivir en la ciudad y afrontar con entereza su nueva vida, él podría retomar lo que dejó en el pasado. Ahora ya no era un simple agente de calle, se había convertido en un inspector afamado por su labor y temeridad. ¿Le bastarían a April esas cualidades para aceptarlo?

—La puerta se abre —informó Roger avanzando hacia la entrada a grandes zancadas.

Michael corrió tras él. No podía permitir que el marqués realizara una imprudencia y mucho menos delante de una autoridad policial.

—Buenas noches —saludó Riderland a un hombre que salía del hogar

con una pequeña bolsa en la mano—. ¿Se marcha? —preguntó clavando su mirada en el equipaje.

—¡Excelencias! —exclamó el hombre al advertir la presencia de dos nobles caballeros.

—¿Dónde va con tanta prisa? —solicitó Michael colocándose al lado del marqués para que el sirviente no intentara escaparse.

—Yo... Yo... —tartamudeó el lacayo—. Me han despedido —dijo al fin—. El vizconde ha decidido prescindir de mis servicios.

—¿Por qué motivo? —apuntó William, que apareció detrás del inspector y de Riderland.

—Mucho me temo que ya no soy útil —declaró temblando.

—Y... ¿cómo de útil ha sido hasta ahora? —solicitó O'Brian enarcando sus oscuras cejas.

—Señor... Excelencias... Yo no lo sabía... Les juro por mi vida que yo no sabía... —Empezó a lloriquear al tiempo que soltaba el equipaje y apoyaba la frente en el marco de la puerta—. Si hubiese sabido la intención del vizconde yo... yo...

—Tranquilícese... ¿Puede decirnos si está el vizconde en casa? —dijo Michael con un tono suave para que el sirviente empezara a relajarse.

—Se encuentra en el salón diurno —informó sin despegar la frente del marco—. Ha bajado para beber.

—¿Está celebrando su proeza? —espetó Roger clavando sus ojos en el hombre que, no solo mostraba en su rostro la imagen de la culpabilidad, sino también de la tristeza y del dolor.

—¿Qué ocurrió? —intervino Rutland abriéndose paso entre los dos.

—No lo sé... —murmuró el sirviente alzando la mirada hacia el duque—. El amo iba a visitar la casa anexa. —Indicó el lugar con una mano temblorosa—. Solía hacerlo cuando ella aparecía.

—¿Cómo llegaba hasta allí? —se interesó Riderland. Hasta el momento solo habían tenido conjeturas y estaba ansioso de desvelar el secreto.

—En la bodega hay un pasadizo que conduce hasta la residencia sin tener que cruzar el jardín. Los primeros vizcondes lo ordenaron construir para que nadie descubriese sus aventuras impúdicas —indicó—. Y, al igual que sus antecesores, el actual vizconde lo utilizaba cuando ella aparecía. Siempre actuaban de la misma forma, excelencia. Ella colocaba un pañuelo en la ventana y él desaparecía del hogar.

—¿Qué ha ocurrido esta noche allí dentro? —intercedió el inspector.

—Cuando el pañuelo apareció, lord Gremont acudió a la cocina para indicarme que debía acompañarlo. No sabía el motivo por el que me requería en una situación así, pensé... creí...

—¿El qué? —escupió Roger.

—Pensé que me necesitaba para echarla de la casa —dijo mediante un suspiro—. Hace unos días, el señor Campbell le dio un ultimátum y lord Gremont estaba de muy malhumor. Sin embargo, el amo no deseaba que la echara, sino que después de hablar con ella y de... y de...

—Prosiga —le animó Rutland.

—Podía haberlo evitado, su excelencia —confesó llorando al tiempo que colocaba sus palmas sobre el rostro—. Podía haber impedido que la estrangulara, pero sentí miedo y me quedé inmóvil mientras lady Cooper perdía la vida en manos de mi señor —declaró. El cuerpo del sirviente perdió estabilidad y estuvo a punto de caerse, pero Michael y Roger lograron detener la caída colocando sus brazos bajo las axilas del lacayo—. Si hubieran visto como lo vi yo, esos ojos abiertos..., esa luz apagarse..., cómo ella suplicaba por su vida y por la del hijo que tenía en sus entrañas...

—¿Estaba embarazada? —espetó O'Brian horrorizado.

Si hasta ahora le estaba pareciendo una narración terrible, el hecho de averiguar que aquel demonio no solo había sesgado la vida de una mujer enamorada, sino que también la de una criatura que apenas había comenzado a vivir, le causó tal ira que notó cómo sus mejillas alcanzaban una temperatura semejante a la del infierno.

—Sí y, según gritó lady Cooper, era hijo del propio vizconde —reveló entre gimoteos.

—Ahora lo entiendo... —reflexionó Rutland adentrándose en el *hall* del hogar—. Incorpórese...

—Shoel —informó el sirviente.

—Bien, incorpórese, Shoel, y diríjase al salón donde se encuentra el vizconde para informarle de que tiene una visita —ordenó Michael adquiriendo el porte de hombre implacable y judicial.

—No hace falta, yo mismo le anunciaré... —masculló Roger.

—No, tiene que ser el sirviente quien aparezca primero frente al vizconde —apuntó Rutland—. Si tiene un pasadizo en la bodega podría haber más por toda la casa y entonces esa sabandija se nos escaparía.

—¿Quiere que... Desea que...? —titubeó el criado.

—No le podrá hacer daño. Nosotros velaremos por su seguridad —

aclaró Michael.

El sirviente los observó durante unos segundos. Tras meditar las opciones, se estiró la chaqueta y caminó hacia el salón bajo la atenta mirada de los tres hombres. Tocó la puerta. Tocó varias veces porque no fue escuchado ni a la primera ni a la segunda.

—Milord... —dijo el sirviente haciendo una leve genuflexión al vizconde.

—¿Qué haces todavía aquí? —soltó airado Gremont—. ¿No te dije que te marcharas?

—Milord... he de insistir que... —intentó hablar.

—¿No pretenderás chantajearme verdad, malnacido? —bramó—. ¿No tienes suficiente con la bolsa que te he dado? ¿Quieres más?

—Milord, por favor... necesito...

—¡No necesitas nada, miserable bastardo! —aulló. Se tomó lo que se había servido en el vaso y caminó con los ojos inyectados en sangre hacia el lacayo—. ¿Quieres correr la misma suerte? —escupió—. Porque estas manos —dijo levantándolas para mostrarlas—... tienen la suficiente fuerza como para dejarte a ti también sin aire —declaró apretando los dientes—. Según dicen, los hombres se asfixian con más facilidad que las mujeres y no me importaría...

No les hizo falta nada más. El criminal había confesado sin ser consciente de ello. Roger, enfurecido, avanzó hacia el salón y gritó:

—¿También tienen sus manos la fuerza suficiente como para arrojarlo al Támesis? —Sin detener su paso, se acercó al vizconde y lo agarró del cuello. Su deseo por estrangularlo, por sesgarle la vida como había hecho con Caroline, no le dejaba razonar—. ¿Esto es lo que buscaba, O'Brian? —preguntó al inspector al advertir que estaba detrás de su espalda.

—Mucho me temo que no sé a qué se refiere, excelencia —comentó con sarcasmo. Debían ser sus manos las que presionaran aquel cuello, debía ser él quien observase cómo aquellos ojos malvados pedían clemencia. No solo el canalla había destrozado una familia, sino que también arruinaría la vida de April. Ese sentimiento, más poderoso a cada segundo, nubló su mente haciéndole olvidar que se había convertido en una persona leal a unas leyes —. Solo veo a una maldita rata que debe ser aniquilada antes de que propague la peste por todo Londres. ¿No le parece? —Si lo mataba, si las manos de Riderland finalizaban aquella maldita vida, él mismo anunciaría que el vizconde se había suicidado debido al acto tan deplorable que había



cometido.

—Por una vez, mi querido inspector —habló Roger con entusiasmo—, estamos de acuerdo. Pero creo que la justicia será la que dictamine qué será de este bastardo —indicó bajando al vizconde despacio.

—¿De qué se me acusa? —preguntó Eric con el rostro sin color—. No he dicho nada y ustedes no han comentado nada. Solo...

Entonces, Michael escuchó unos pasos adentrándose en el salón. Se volvió hacia la persona que accedía rezando para que no se tratase de April. No soportaría ver en su rostro la desesperación de una mujer aterrorizada. Pero, por fortuna, no era ella, sino el duque. Jamás imaginó que un hombre con cierta parte de su cuerpo inservible pudiese ofrecer tanta magnificencia, poder y determinación. ¿Cómo habría sido el duque cuando su cuerpo era perfecto? ¿Qué miedos suscitaría a aquellos que lo observaran? No podía recordar nada del Rutland de aquel tiempo, pero retendría en su memoria al de ese momento.

—Voy a velar para que cada año, cada mes, cada semana, cada día y cada hora que le quede de vida se pudra en el agujero en el que ha pretendido meter a un hombre inocente. Espero que Dios sea lo suficientemente justo como para que los hijos de mis hijos prosigan con mi legado —amenazó.

—¡Soy inocente de todo lo que intentan acusarme! —clamó acercándose indebidamente al duque.

William lo miró, sosegado, agarró con fuerza el bastón y esperó a que este se atreviese a tocarlo para golpearlo, pero no hizo falta. Antes de parpadear, Roger se había colocado a su lado.

—Da un paso más y te mato aquí mismo —rugió el marqués.

Atento a la escena de los tres aristócratas, O'Brian pensó que ya era el momento de dar por finalizada la escena de amenazas y juramentos. Se colocó detrás del vizconde y, después de observar con repugnancia que no llevaba nada bajo aquella bata de seda, dijo:

—Dejen de una vez por todas que la justicia se ocupe de esto. Señor Graves...

—¡Lord Gremont! —le corrigió enojado.

—Lord Gremont —repitió con una sonrisa de oreja a oreja—, permitiré que su sirviente le asista debidamente antes de marcharnos a Scotland Yard. No he de explicarle de qué se le acusa, ¿verdad? —espetó clavando su mirada como si pudiese atravesar con ella la cabeza del vizconde—. Caballeros, dejémosle un poco de intimidación —indicó señalando con la mano hacia la

puerta.

Como tres caballeros respetables, abandonaron el salón para aguardar que vistiesen al vizconde como se merecía. Michael pensaba en lo sucedido cuando escuchó que el marqués murmuraba algo.

—¿Qué sucede? —se interesó volviéndose hacia él.

—No es justo —gruñó Roger.

—¿El qué no es justo? —demandó Michael.

—Que ese bastardo siga con vida después de aniquilar no solo la vida de una mujer inocente, sino también la de su propio hijo —aclaró.

Los malos recuerdos, las malas acciones de su madre, golpearon su mente con fuerza. ¿Saldría también impune aquel malnacido? Tal como no cesaba de repetir el inspector, la aristocracia hacía lo que le convenía con la justicia.

—Hemos de tener fe en la justicia, Riderland. Ella es la que condena a rufianes como ese —alegó O'Brian.

—Pero sabe tan bien como yo que muchos de los que poseen un título rara vez reciben su castigo.

¿Le daba la razón? ¿El gran marqués de Riderland opinaba igual que él? Michael estuvo a punto de soltar una enorme carcajada, aunque la reprimió bruscamente al escuchar un ruido en el piso de arriba. Dirigió sus ojos hacia el rellano y se quedó sin respiración. Allí estaba April, desconcertada, atemorizada y cubriendo su pequeño cuerpo con una prenda tan fina que cualquiera de los presentes podía admirar sus curvas. Bajó las escaleras gritando, llorando. Su cabello suelto, como debía llevar al descansar, intentaba mantenerse dos pasos detrás de ella.

—¡Eric! ¡Eric! ¿Qué sucede? —exclamó mientras bajaba las escaleras y contemplaba con pavor a los tres hombres que había en el *hall*—. ¿Dónde estás?

Justo en el instante en el que April bajó el último peldaño e intentó girarse hacia el lugar donde debía encontrarse su marido, unas grandes manos la apresaron impidiéndole finalizar su propósito.

—Disculpe mi osadía, señora —dijo una voz detrás de su espalda—. Usted no puede hablar en estos momentos con su esposo porque ha de ser juzgado...

—¿Juzgado? —soltó al tiempo que se giraba hacia la persona que seguía tocando su cuerpo descaradamente. Alzó sus ojos e intentó averiguar de quién se trataba, pero no lo reconocía...

—Su marido será juzgado por asesinato —le informó sin piedad.

Era muy duro para él descubrir que todo lo que sintió en el pasado regresaba al presente con fuerza. Tal vez por eso no fue capaz de medir sus palabras al encontrarse frente a ella. En cualquier otro lugar y con otra esposa de un criminal, habría actuado con precaución. Sin embargo, con April no podía ser el hombre de ley que era.

Michael se enfadó consigo mismo, gritándose que debía liberarla de su agarre, que olvidara esa sensación de placer que notaba al posar sus manos sobre la ligera prenda. Pero estaba tan hermosa, olía tan bien... que no pudo controlarse. Odió tener que admitir que podía haber puesto tierra, mar y aire entre los dos, pero al verla de nuevo su corazón emergía del estado de letargo al que lo había obligado permanecer.

—¿Asesinato? ¡Mentira! ¡Eric no es capaz de matar a nadie! —lo defendió al tiempo que empezaba a golpear el firme pecho del agente.

—Señora, por favor... —le rogó O'Brian. No sentía dolor por esos golpes, sino un placer tan desorbitante que seguía sin soltarla pese a tener sobre su nuca dos pares de ojos que los observaban absortos y mudos.

—¿A quién? ¿A quién se supone que ha matado mi esposo? —espetó posando sus manos abiertas en aquel pecho que había golpeado mirándole con los ojos repletos de lágrimas.

Michael no sabía cómo apartar sus manos de ella. Por mucho que se obligaba a hacerlo, no era capaz de alejar sus dedos de aquella cintura. Un repentino calor radió a través de ellos y notó cómo se aceleraba su corazón. Para su pesar, él iba a ser la persona que le explicaría la noticia más terrorífica de su vida. Cada vez que se acordara de ese día, su memoria le ofrecería la imagen del hombre que la informó y, como hicieron muchas esposas con anterioridad, le odiaría con todas sus fuerzas. «¡Maldito desgraciado!», exclamó una voz en su mente. Deseaba cambiar el pasado, deseaba que ella jamás hubiese fijado sus ojos en aquel maldito, deseaba haberse presentado en aquella fiesta siendo el hombre que era ahora...

—A lady Cooper —dijo al fin.

O'Brian advirtió cómo ella abría los ojos, el pánico se adueñaba de su rostro y era incapaz de negar lo evidente. Lo sabía. Ella sabía que lord Gremont mantenía un idilio con la esposa de Cooper. Al tiempo que intentaba averiguar por qué una mujer como April soportaba un *affaire* de su marido percibió que el cuerpo de ella se aflojaba. Empezaba a escurrirse de sus manos, entonces la agarró con más fuerza para evitar que se desplomara.

—¡Lady Gremont! —exclamó preocupado, angustiado al ver cómo sus ojos se volvían blancos, su pelo se extendía hacia abajo y la energía de su cuerpo desaparecía—. ¿Pueden ayudarme? —preguntó a los dos caballeros que aún seguían mudos, pétreos, incapaces de interrumpir el momento que vivía ni con tan solo un monosílabo.

—Lo siento... —dijo Roger levantando las palmas y dibujando una gran sonrisa en su rostro—, si mi esposa descubre que he tenido a otra mujer en mis brazos, pronto la tendría en su comisaría.

Michael dirigió la mirada hacia Rutland, suplicándole auxilio.

—Me encantaría ayudarle inspector, pero como ha comprobado, solo tengo una mano obediente. —Pese a su tono serio, O'Brian sabía que el sarcasmo estaba impreso en sus palabras. No, por supuesto que ninguno de los dos le ayudaría a apartarse de aquella mujer. ¿Por qué demonios se desentendían de esa forma?

—¡Señor! ¿Qué le pasa? ¡Milord! ¡Respóndame! —gritó el sirviente que había acudido a adecentar a Gremont.

El inspector abrió los ojos como ventanas. Deseaba averiguar qué sucedía en el interior del salón, pero estaba ocupado sosteniendo sobre sus brazos a April. Durante unas milésimas de segundo sopesó la posibilidad de llamar a uno de los sirvientes y que se ocupara de ella, pero solo pensar que alguien más pudiera tocar su cuerpo, admirar sus pequeños pechos o apreciar ese lunar con forma de corazón que el escote de su prenda mostraba hizo que creciera en su interior un instinto de posesión inaudito. En ese instante, advirtió que el duque y el marqués acudieron a los gritos del lacayo, adelantándose a la única persona con legítima autoridad. Michael respiró hondo y vociferó:

—¿Es que no hay nadie que pueda ayudarme?

—Señor... —respondió una voz de mujer.

—¡Indíqueme dónde está la habitación de la señora Campbell! —ordenó.

—Sí, señor —dijo la sirvienta corriendo escaleras arriba.

Michael no miró ni un solo momento dónde pisaba. Sus ojos eran incapaces de apartarse del cuerpo de April. No debía observarla de esa forma. No debía apreciar cada parte de su figura bajo la prenda. Sin embargo, muy a su pesar, estudió cada rincón de ella como si fuera un temario importante. Sus manos, sus pies, su cintura, las voluptuosas nalgas, sus pequeños pechos, el fino cuello, las perfectas orejas..., nada de la mujer quedó sin revisar. No la

recordaba de esa forma. Quizá porque en su último y único encuentro no había podido contemplarla tan de cerca, tan débil o con tan poca ropa...

Un nudo apareció en su garganta. Se odiaba. Michael empezó a odiarse por su inapropiada actitud. Era un inspector, un hombre de ley, un ser que había jurado salvar el alma de los demás para así hacer descansar la suya. Pero ella le volvía loco. Lo hizo en el pasado y lo estaba haciendo en aquel momento. Recordó cómo respiró agitada cuando le indicó qué le haría si la tuviese a su lado, si la convirtiese en su mujer, y cómo su vello se erizó ansiando lo que le confesaba. Si hubiera estado confundido en la conjetura que su corazón le gritó sobre ella, la mujer habría actuado de manera diferente. En ningún momento se habría sonrojado por la excitación, ni hubiera respirado entrecortada, ni habría apreciado cómo su piel se despertaba ante sus indebidas palabras o sobre la escena que le narraba.

Ella era tan oscura como él. No le cabía duda alguna y, aunque le costara el resto de su vida, April Campbell, porque jamás la volvería a llamar vizcondesa de un bastardo, terminaría siendo suya para siempre.

—Señor, puede dejarla en su lecho —sugirió la doncella colocando las sábanas.

O'Brian entornó sus ojos al encontrar la cama deshecha. Inspiró profundamente procurando descubrir si ella había estado con su esposo momentos antes de su llegada. Por supuesto que sí. La habitación desprendía ese olor a sexo y sudor tan peculiar. Quiso soltarla en la cama, volver al salón y asestarle un puñetazo al vizconde por la rabia que le causaron los celos. Pero se contuvo. En el futuro, cuando alcanzara a tenerla, porque la iba a tener, borraría de su piel cualquier marca que él hubiera dejado en ella. Las eliminaría todas con sus manos, con sus besos y con muchas cosas más que no deseaba pensar en ese instante.

—Tráigale una copa de jerez con láudano. Debe relajarse después de lo ocurrido —ordenó al tiempo que la posaba sobre la cama.

—Sí, señor —respondió la criada saliendo de la habitación con rapidez.

Michael se quedó mirándola durante unos segundos. Su cabello de diferentes tonalidades se extendió por la almohada, su cuerpo permaneció tal como la había colocado y notó su respiración lenta, demasiado lenta. Agachó con calma la cabeza y dejó que el calor de su aliento tocara su rostro. Le pareció estar en el Edén al sentir esa respiración, en el mismísimo cielo al apreciar el calor de su boca. Levantó despacio su rostro, admirando las pecas de su nariz, la forma de sus pestañas meladas, la punta de la nariz y sus

labios... Unos labios que invitaban a ser besada, a disfrutarla, a imaginarla en mil situaciones perversas.

O'Brian cerró sus ojos creyendo que de esta forma podía eliminar todos esos pensamientos irracionales e inoportunos, mas no lo logró. Los abrió de nuevo y acercó su boca para besar aquellos labios. Fue su perdición. Aquel pequeño acto fue el principio de su fin porque, cuando se distanció de April, descubrió que no se conformaría con tan poco. Deseaba todo...

—¡Ha muerto! —exclamó la sirvienta horrorizada. Las manos le temblaban y la copa se movía tanto que en cualquier momento caería al suelo.

—¿Quién ha muerto? —espetó el inspector corriendo hacia ella.

—El señor. Ha muerto el señor —respondió aterrorizada.

Michael no quiso mirar a April de nuevo porque, si lo hacía, no tendría la fuerza necesaria para bajar y averiguar qué estaba ocurriendo. Caminó con paso rápido por el pasillo, bajó las escaleras sin apenas tocarlas y corrió hacia el salón. Cuando entró y observó la escena, miró a ambos lores abriendo los ojos como platos.

—¿Qué ha sucedido? —tronó el inspector entrando en la habitación como un rayo.

—Por lo que he podido comprobar, ese bastardo no tenía duda de que se le culparía de la muerte de lady Cooper y tramó también la suya —comentó Rutland dirigiendo el bastón hacia la botella que había sobre la mesa.

—¡Maldita aristocracia! —bramó O'Brian—. Ninguno tiene el valor suficiente para enfrentarse a sus propias acciones. ¡Son unos cobardes, unos asquerosos petulantes!

—Me lo tomaré como un cumplido —apuntó Roger.

Estaba a punto de responder al marqués con un impropio, cuando Rutland caminó hacia él y se colocó justo enfrente. La imagen solemne, recta y autoritaria del duque seguía sin alterarse. Michael pensó que un hombre con el carácter del duque ofrecería una excelente labor como magistrado. Pero... ¿aceptaría abandonar a la persona en la que se había convertido?

—¿Cuándo lo liberará? —preguntó sin apartar sus ojos oscuros de los suyos.

—¿A quién? —gruñó el agente al ser consciente de que aquellos dos aristócratas habían resuelto *su* caso.

—Al inocente que retiene en Scotland Yard —puntualizó el duque con seriedad.

—En cuanto regrese a comisaría —le contestó.

—Pues si no le importa —intervino Riderland—, estaremos encantados de acompañarle. Como ha podido observar, hay demasiados peligros en esta ciudad y ni el duque ni yo podemos permitir que le suceda nada...

—No puedo marcharme hasta que venga el médico.

—¿Para qué? —quiso saber William.

—Para que confirme la muerte. Él es el único que...

—¿Le sirve esto, señor inspector? —Roger cogió el cuerpo sin vida de Eric por los brazos, lo levantó hasta la altura de sus rodillas y lo dejó caer al suelo.

—¡Válgame Dios! —exclamó Michael asombrado.

—Sí, creo que *verdaderamente* el vizconde está muerto —añadió William antes de soltar una enorme y sonora carcajada.

## CAPÍTULO II

Habían pasado seis meses desde la muerte del vizconde. Durante ese período Michael estuvo estudiando con exhaustividad el caso. Por mucho que lord Rutland y lord Riderland alegaran que se había suicidado, él no podía concluir fehacientemente que fuera así. Era cierto que la aristocracia se tomaba la justicia a su conveniencia, pero sus años de experiencia le advertían que no todo era lo que parecía. Por eso, después de liberar a lord Cooper y presenciar una escena de amor frente a la comisaría, regresó al hogar de los Gremont con dos agentes y con el señor Cox, el médico que trabajaba para ellos. Apenas pudo respirar cuando observó a April bajar de nuevo las escaleras. La habían ayudado a vestirse y lucía de riguroso luto. No les dirigió la palabra, se mantuvo callada mientras lloraba sentada junto al cadáver de su esposo. Esa escena le desgarró el alma. Lo amaba. A Michael no le quedó más remedio que asumir que ella amaba a su marido, aunque fuera un sinvergüenza. Por unos instantes, pensó en abandonar la idea de enamorarla y creyó que lo mejor para ambos sería evitarla de nuevo. Sin embargo, su corazón se oponía.

*—No hay ninguna duda —dijo Cox—. El vizconde se ha envenado.*

*O'Brian miró la botella que aún permanecía sobre la mesa. Caminó hacia ella y frunció levemente el ceño al leer la etiqueta. No era habitual que un hombre que sobrevivía con la renta que le ofrecía el señor Campbell a su hija se permitiera el lujo de gastar la increíble suma que costaba aquel licor. Giró la cabeza hacia April, preguntándose si ella sabía cuándo había adquirido su esposo tal exquisitez. Sin embargo, no deseaba lanzar una suposición alarmante delante de todos los que allí se encontraban y en un momento tan inapropiado. No obstante, sacó su pañuelo blanco del bolsillo, lo extendió con un suave movimiento y cogió con este la botella.*

*—Me la llevaré para estudiarla —comentó a la desconsolada viuda, que no levantó el rostro para afirmar o negar.*

*—Coja lo que desee —murmuró—. Ya no hay nada aquí que me interese.*



—¿Qué hacemos con el cuerpo? —preguntó uno de los agentes.

—¡No se lo lleven así! —gritó April alzándose con rapidez del asiento—. No quiero que nadie lo vea de esta forma.

El agente miró a Michael esperando una respuesta. Él solo pudo asentir y, tras observar cómo una de las doncellas cogía a la viuda de los hombros para consolarla, salió de la residencia portando en una mano la sospechosa botella.

—¿Cuántas personas de esta ciudad crees tú que pueden adquirirla? —preguntó al médico mostrando la etiqueta.

—Pocos, inspector. Una bebida así solo la compra el que tiene las arcas llenas —indicó Cox.

—Eso me temía...

Y, por supuesto, descubrió quién la había comprado: el señor Campbell. Sin embargo, no estaba claro que este tuviese la intención de envenenar al marido de su hija. El mismo vizconde, en un acto de maldad hacia el padre de April por cómo le había hecho vivir, podía haber introducido el veneno. De esa forma, después de muerto, destruiría a la persona que le impidió obtener lo que ansiaba: fortuna y poder.

Michael se ajustó el abrigo, respiró hondo y ascendió las escaleras que lo dirigían hacia la entrada de los Campbell. La última vez que apareció en aquel lugar, huyó despavorido, pero en esta ocasión todo era diferente. Ya no era un simple agente, sino un inspector cuya fama de perro sabueso e implacable se había propagado por Londres como la pólvora. Extendió su mano hacia la aldaba y golpeó la puerta dos veces. Echó unos pasos hacia atrás y esperó a ser recibido.

—Buenas tardes, milord —le saludó el mayordomo, que, para su deleite, era el mismo que le recibió años atrás.

O'Brian estuvo a punto de soltar una carcajada al contemplar al sirviente. Esta vez no le miró de arriba abajo con repulsión sino con respeto. Como si frente a él se encontrara un caballero aristocrático. Y lo entendía. Se había vestido a propósito como uno de ellos. Su traje, el chaleco, su abrigo e incluso el pañuelo los había comprado bajo la supervisión de la señora Warren que, desde que la contrató como ama de llaves, no permitía que su amo saliera a la calle indebidamente.

—Soy el inspector O'Brian —aclaró para que no continuara dirigiéndose a él de manera inadecuada—. Me gustaría hablar con el señor

Campbell si se encuentra en el hogar.

—¿Inspector O'Brian?! —preguntó abriendo los ojos como platos—. Oh, sí, sí. Discúlpeme. Pase, por favor. Ahora mismo informaré al señor de su llegada —comentó alterado—. Si me lo permite —añadió extendiendo sus manos hacia él—, le guardaré el abrigo.

—No se moleste, gracias. Será una visita corta —respondió Michael tras avanzar hacia el interior del hogar.

—Como desee —dijo Larson antes de caminar con rapidez hacia el pasillo de la izquierda.

Michael ojeó a su alrededor. Nada había cambiado desde la última vez. Continuaba todo de la misma manera. Instintivamente, miró hacia el primer piso, esperando a que April apareciera como lo hizo antaño porque, si no estaba mal informado, y no lo estaba con respecto a la nueva vida de la viuda, ella había regresado al hogar familiar tras poner en venta la mansión en la que vivió con su esposo. Se rumoreó que el propio Campbell intentó comprarla para destrozarla con sus manos, pero ella se negó a tal salvajada. Prefería venderla a otra familia para que la residencia tuviese el calor humano que no había tenido. «Sentimental...», reflexionó O'Brian. April era una mujer muy sensible y esa cualidad la poseían muy pocas damas de la alta sociedad. Casi todas las que había conocido tras convertirse en inspector creían que ser una persona sentimental era patético. Nunca encontró entre las mujeres que le rodearon una emoción tan básica. Actuaban con hastío, como si nada a su alrededor valiese la pena. Ni tan siquiera él...

En más de una ocasión se encontró con damas que tan solo deseaban yacer en sus brazos para alardear de la pasión y la lujuria de un hombre tan popular. Frialdad. Eso halló en ellas y eliminó cualquier amante que solo ansiara besos y caricias. Él prefería otro tipo de sexo. Uno que le hiciera finalizar la velada con las piernas temblando de placer y debilidad por el esfuerzo. Esa era la principal causa por la que visitaba el Club una vez al mes. Las reuniones le proporcionaban a la bestia que habitaba en él la calma necesaria para seguir teniendo la vida social que le correspondía.

—Señor O'Brian —habló el sirviente con suavidad, como si no quisiera sobresaltar sus pensamientos—, el señor Campbell lo recibirá ahora mismo. Si es tan amable de acompañarme.

Michael no respondió, se dedicó a seguirlo sin apartar la mirada de las escaleras... esperándola.

Una vez que el lacayo se paró frente a la puerta, volvió a llamar y

aguardó a que el señor Campbell le permitiera abrir.

—Adelante —indicó Norman, quien recibió al inspector de pie detrás de su mesa de despacho.

—Señor Campbell —saludó Michael caminando hacia él con la mano extendida para saludarlo.

—Inspector O'Brian —dijo aceptando el saludo—. Siéntese por favor. ¿Quiere una copa? ¿Un jerez, quizá? —preguntó señalándole la botella de cristal tallado que había sobre una bandeja de plata.

—No, gracias —respondió dibujando una sonrisa en su rostro. Jamás bebería nada de aquel hombre sin haberlo analizado antes.

—Está bien —dijo Norman tomando asiento—. Imagino que su presencia en mi hogar se debe a mi última aparición por Scotland Yard, ¿me equivoco? —soltó.

—Se equivoca —negó solemne—. He venido por otro motivo.

—¿Otro motivo? —dijo enarcando las cejas.

—Me gustaría informarle sobre los últimos descubrimientos que he obtenido acerca de la muerte de su yerno. El tema por el que usted apareció en mi oficina no es viable —informó.

—¿No es viable? —preguntó alzando indebidamente la voz—. ¿La liberación de una persona inocente no es *viable*?

—El sirviente ayudó al vizconde a lanzar el cuerpo sin vida de lady Cooper y, tras hacerlo, se convirtió en cómplice de un asesinato —explicó al tiempo que desabrochaba los botones de su abrigo.

—¡Le obligaron! —exclamó enojado—. Ese malnacido obligó a un empleado suyo y, por si no lo sabe, ningún sirviente puede negarse a obedecer a su amo.

—Le puedo asegurar que hay sirvientes que no solo desobedecen a sus señores, sino que les indican qué deben hacer. —Sonrió maliciosamente al recordar cómo se comportaba la señora Warren con él.

—Conozco a ese muchacho desde que salió de las entrañas de su madre —dijo apretando los dientes—. Ha sido educado desde la cuna a acatar las órdenes de la persona a quien sirve y jamás se atrevería a opinar sobre los actos que le obligan realizar.

—Podía haber rehusado... —reflexionó O'Brian.

—¿A cambio de su propia vida? —espetó Norman airado—. Ese bastardo no tuvo escrúpulos para asesinar a una mujer que albergaba en su seno a su propio hijo y, ¿cree que se apiadaría de un sirviente con decisión?

—prosiguió con ira.

—Señor Campbell, no me cabe duda de que intenta salvar a un buen hombre, pero la justicia es implacable —declaró.

—¿Cuánto vale esa justicia? —demandó mientras colocaba frente a Michael un talonario—. Dígame cuál es la cantidad adecuada y se la daré ahora mismo.

—¿Cree que he venido hasta aquí para solicitar un soborno? —gritó el inspector horrorizado. Se levantó bruscamente de su asiento, haciendo que sus pantorrillas golpearan la silla y cayera al suelo.

—Yo no lo llamaría así —añadió Norman bajando el tono de su voz—. Más bien un simple trueque. Yo le proporciono la cantidad suficiente para que pueda vivir acomodado el resto de su vida y usted me devuelve a una persona inocente.

—¡Maldita sea! ¿Está loco? —clamó fulminándolo con la mirada.

—No estoy loco, señor O'Brian, solo necesito...

—¿Fue así cómo se deshizo del vizconde? ¿Mediante un trueque? —escupió tras colocar sus grandes palmas sobre la superficie de la mesa.

—¿Cómo dice? —solicitó Norman fijando sus ojos oscuros en los del inspector.

—Lord Gremont murió por envenenamiento, eso ya lo sabe, pero mi pregunta es... ¿se envenenó o lo envenenaron? —reveló entornando los ojos.

—Si usted está intentando culparme de la muerte de ese cretino, he de aclararle que se equivoca. Si yo hubiese querido deshacerme del vizconde tan solo me hubiera bastado con ofrecerle la cantidad que pensaba darle.

—Entonces... ¿puede aclararme por qué le regaló la botella en la que se encontró el veneno? ¿No le parece extraño, señor Campbell, ofrecer un regalo así a una persona que no es de su agrado?

—Se la regalé porque, después de mantener una charla, llegamos a un acuerdo. Y como usted comprenderá, no sabía que Gremont llenaría un licor tan exquisito con veneno. Eso me confirma que la miel no es un manjar para cerdos —dijo sin mostrar en su rostro ni un ápice de mofa.

—¿Me está tomando el pelo, señor Campbell? —inquirió furioso.

—¿Tomarle el pelo a un hombre de su fama? ¿Yo? ¿Cómo puede pensar tal majadería? —preguntó con una aparente inocencia.

—Si descubro que fue usted quién asesinó al vizconde, su dinero no le servirá para...

—Buenas tardes... —les interrumpió la voz de una mujer.

April apareció en la puerta causando un rápido mutismo en Michael. Este levantó las manos de la mesa como si le quemara y saltó hacia atrás.

—¡April! —exclamó Norman al ver a su hija caminar hacia ellos—. ¿Qué haces aquí? —Rodeó la mesa y se dirigió hacia ella. La cogió de las manos y le dio un tierno beso en la mejilla—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, padre, me encuentro mejor. Pero no he llegado hasta aquí para hablarle sobre mi estado de salud, sino para averiguar por qué gritaban —habló con un tono suave pero firme—. ¿Por qué discutían de esa forma? —preguntó a la figura que le daba la espalda, esa que no se había girado ante la presencia de una dama y que, por cómo estiraba el cuerpo, no se sentía cómodo con su presencia.

—No te preocupes, cariño —la tranquilizó Norman—. No ha sido nada y el inspector O'Brian ya se marchaba, ¿verdad?

—¿Inspector O'Brian? —dijo alzando su voz—. ¿Ha venido usted para informarnos de la liberación de Shoel? —preguntó alarmada.

—Mucho me temo que no, querida —respondió Campbell mostrando en su rostro un terrible pesar—. El propósito del inspector es uno bien distinto.

—¿Señor O'Brian? —inquirió April mientras caminaba hacia él.

—Señora Campbell —dijo girándose hacia ella y saludándola con un leve movimiento de cabeza.

—Ahora soy la... —intentó aclararle que era la viuda de Gremont pero no le salieron las palabras. No se sentía la viuda de un ser que, no solo la había engañado, humillado o destruido, sino que también había puesto en peligro a su padre y, si hubiera alcanzado su propósito, hasta el suyo propio —. ¿Cuál es el verdadero motivo de su visita? —insistió.

—Ya he terminado la conversación y, como le he dicho a su padre, debo marcharme —dijo serio. No quería explicarle qué le había propuesto aquel insensato porque la haría sufrir. La mejor opción era salir de allí lo antes posible.

—¿Y pretende hacerme creer que no ha pasado nada? O más bien... no quiere hablar con una mujer —sospechó sin apartar la mirada de aquel rostro que había visto en varias ocasiones desde el suicidio de Eric.

—No tiene nada que ver con que usted sea una mujer. Solo quiero indicarle que ya he terminado...

—¿Puede complacerme, por favor? —perseveró—. Le estaría muy agradecida si me explicara el motivo de su visita. Como ha de imaginar, todos estamos en un sinvivir desde lo sucedido —indicó al tiempo que

tomaba asiento en la silla que había justo al lado de Michael.

Avergonzado por haber tirado al suelo el asiento que había ocupado, O'Brian se apresuró a ponerlo en su lugar mientras Norman se sentaba en el suyo sin importarle que ella estuviera presente. No actuaba como el resto de los padres, siempre lo había sabido. Pero le extrañó que tampoco replicara la insistencia de su hija por averiguar lo que habían hablado. Michael miró a uno y a otro meditando si sería conveniente ser sincero.

—Le he preguntado al inspector sobre Shoel pero, según he entendido, debe cumplir la ley y esta lo declarará culpable —empezó a hablar Campbell.

—No lo creo —dijo April mirando al hombre que tenía a su lado y que tras sopesar si debía salir de allí o sentarse optó por lo segundo—. Shoel es inocente, solo acató la orden que le impusieron.

—Eso no es suficiente para liberarlo, señora Campbell —alegó Michael sin poder mirarla—. La ley contempla que es cómplice de un asesinato y debe ser juzgado como tal —informó.

Respiraba entrecortado e intentaba mantener la calma. No podía perder su compostura al tenerla tan cerca y no podía hacer que su mente le ofreciera esas imágenes que le acompañaban durante sus largas y angustiosas noches. Estaba enfermo. Sí, así era. Y la enfermedad que padecía era el deseo por la mujer que permanecía junto a él. Se propuso evitarla. ¡¡Dios sabe que lo intentó!! Pero al igual que un pez necesita el agua para poder vivir, él necesitaba a April más de lo que deseaba. Desde la muerte de su esposo, su ansia de alcanzarla no había mermado ni diciéndose a sí mismo que era un objetivo imposible de lograr. La vigiló. Hasta se mantuvo oculto tras el tronco de un árbol mientras ella enterraba a su marido. La escuchó llorar y observó cómo sus padres la cobijaban en sus brazos para reconfortarla. Él ansió tenerla de ese modo. Quiso susurrarle palabras alentadoras, sin embargo, se resistió a ello con una fuerza inhumana.

—¿Qué necesita para liberarlo? —solicitó April estirando la tela de su negro vestido.

—Por supuesto, no lo que su padre ha intentado ofrecerme —murmuró malhumorado.

—¿Qué ha pretendido hacer? —preguntó sin mirar a ninguno de los dos.

—No es apropiado que usted escuche...

—Un soborno —aclaró Norman sin rodeos.

—¿Un soborno? —tronó April—. ¿Ha intentado sobornarlo? ¿A un inspector? ¿Cómo se le ha ocurrido tal majadería?

Michael dibujó una enorme sonrisa en su rostro, se reclinó en el asiento y se cruzó de brazos. Aquella conversación empezaba a ser muy interesante...

—¿Se te ocurre otra manera, April? Este cabezota se ha empeñado en hacerle pagar algo que no le corresponde —se defendió Norman al tiempo que su rostro se enrojecía.

—¿Mediante un soborno? —repitió la mujer levantándose del asiento enfurecida—. ¿Qué imagen quiere ofrecer, padre? ¡¡Delante de un inspector!!

—No siempre fue inspector... —murmuró Campbell—. Por si no lo recuerdas, tiempo atrás fue un agente de calle y como tal...

—¡Padre! —gritó desesperada—. ¿Cómo puede hablar de ese modo? ¿Acaso no ha escuchado lo que rumorean sobre él?

Michael estuvo a punto de preguntar qué se rumoreaba sobre él, pero estaba disfrutando tanto de la situación que no soltó ni una palabra. Además, verla enfurecida y protegiendo su dignidad lo dejó tan maravillado que lo retendría para siempre en su memoria.

—Todo el mundo tiene un precio... —alegó Norman en voz baja—. Y debía intentarlo. Sabes mejor que nadie lo que Shoel ha hecho por ti mientras has vivido con ese... con ese...

—¡Ya basta! —clamó April—. Siento mucho la indiscreción de mi padre, señor O'Brian. No se lo tenga en cuenta, se lo ruego. La casa no está tranquila desde lo sucedido y ni mucho menos desde que... —se calló. Agachó la cabeza y apretó sus manos.

—Desde que... —la animó Michael. Observó cómo April se afligía y convertía sus manos en pequeños puños intentando evitar un sollozo de angustia. Al ver que ella no contestaba, dirigió su mirada hacia el señor Campbell, quien palideció de repente—. ¿Qué me ocultan? —solicitó el inspector.

—Los padres del hombre que tiene usted retenido han trabajado para mí desde que compré esta casa hace ya muchos años —comenzó a decir—. Como ya le dije, vi cómo nació ese muchacho y...

—¿Y? —Michael descruzó sus manos y se inclinó levemente hacia delante, contemplando cada muesca que exponía el rostro de quien hablaba.

—La lealtad de la familia Sellers hacia nosotros es incalculable y, como

es lógico, siempre han velado por nuestra seguridad. —Norman se reclinó en el asiento y colocó sus manos como si fuera a rezar—. Shoel descubrió que el vizconde tenía otros planes...

—¿Otros planes? —perseveró Michael enarcando las cejas mientras su corazón comenzaba a latir con más fuerza. Se temía lo que iba a desvelar. Sí, su instinto le advertía que la confesión que iba a escuchar le provocaría tal ira que, cuando abandonara la residencia de los Campbell, se dirigiría al cementerio, desenterraría al muerto y lo desmembraría con sus propias manos.

—Deseaba hacerme lo mismo que a la pobre lady Cooper... —expuso April sin levantar la cabeza—. Shoel habló con sus padres sobre esas sospechas pero el señor y la señora Seller no lo creyeron hasta que ocurrió la tragedia. Así que, como puede suponer, mi difunto marido pretendía hacerme desaparecer cuando mi padre falleciera.

—¿Por qué tramaba el vizconde matarla? —bramó Michael.

—Porque fingí estar enfermo —aclaró Norman—. Durante bastante tiempo quise saber si ese canalla merecía quedarse con todo lo que algún día heredaría April y tramé un plan: hacerle creer que mi fin estaba llegando. Pero para mí pesar no solo calculó la muerte de lady Cooper, sino que también tramó la de mi propia hija —confesó apretando la mandíbula.

—Pero sigo sin entender una cosa... —murmuró Michael—. Si el vizconde planeaba matarla después de su fallecimiento, ¿por qué se envenenó?

—¡Porque era un maldito cobarde! —gritó April volviéndose hacia ellos. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y su rostro estaba pálido. Un temblor sacudió su débil cuerpo y Michael se levantó con rapidez para agarrarla.

—¡Hija! —exclamó Norman levantándose raudo de su asiento.

—Tome asiento... —le susurró O'Brian mientras la dirigía hacia la silla—. Y respire tranquila. Despacio... Así, muy bien. Relájese porque el peligro ha pasado...

—¿Entiende ahora la razón de mi insistencia en liberar al pobre muchacho? —preguntó Norman posando una mano sobre el hombro de su hija mientras miraba al inspector—. No solo le debo mi lealtad, como él ha mostrado hacia mí, sino que le debo también la protección que ha manifestado por mi hija durante los siete años en los que permaneció casada. ¿Sabe usted que April estuvo en cama seis meses enteros?



—¿Disculpe? —inquirió Michael abriendo los ojos de par en par y desvelando el azul intenso de sus iris.

—Padre... —suplicó la mujer.

—No se dignó ni a hacer llamar al señor Flatman para que la visitara y estuvo enferma la mitad de un año. Hasta que no me impuse, hasta que no le di un ultimátum, ese cretino no dejó entrar al médico —reveló airado.

—¿Qué le sucedía? —demandó O'Brian mirándola asombrado.

—Según el doctor, algo causó que mis huesos no pudieran mantener mi peso. Pero, gracias a Dios, tras esos meses la enfermedad desapareció —dijo April con la cabeza agachada.

—¿Y duda sobre su propio envenenamiento? Pues no se extrañe tanto. Juraría que ese desgraciado suministró a mi hija algo que la dejó inmóvil durante seis largos meses. ¿O es que le parece lógico que ella empezara a recuperarse tras la primera visita de Flatman? Es un buen médico, no lo dudo, pero no creo que haga milagros.

—Sé que es impropio escucharme decir estas palabras, señor O'Brian, y que incluso podrían provocar ciertas sospechas hacia la muerte de mi marido, pero le aseguro que doy gracias a Dios todos los días por haberlo enterrado porque, de lo contrario, sería yo la que estaría bajo tierra —añadió April con firmeza.

El inspector no sabía qué decir, pero sí cómo actuar. Sería la primera vez en su vida que ignorara su juramento en beneficio propio, pero si aquel muchacho había salvado la vida de April merecía su respeto y su favor.

—Siento no poder aplicar la justicia sobre su difunto marido, señora Campbell. Aunque intentaré hacer todo lo que esté en mi mano para liberar al prisionero —explicó mientras se levantaba.

—¿De verdad? —preguntó dirigiéndole la mirada—. ¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó al tiempo que se atrevía a cogerle una mano y besarla incesantemente.

O'Brian se quedó inmóvil, sintiendo el calor de aquellos labios en su mano. Deseó que perdurara ese momento una eternidad, pero la apartó con suavidad. No era apropiado que ella se mostrara de esa manera frente a él porque su mente, calenturienta y enfermiza, le haría imaginar ciertas escenas que harían aumentar cierta parte de su cuerpo que debía mantener relajada.

—Bien... —habló Norman observando a los dos—. Si llego a saber que hay que besarle la mano para hacerle cambiar de opinión, lo habría hecho antes de ofrecerle el soborno.

Michael le dirigió una mirada fulminante. No permitiría que nadie hablara de April con sarcasmo o con desprecio y le importaba un bledo que se tratara de su propio padre. Todo aquel que se dirigiera a ella de manera imprudente pagaría con creces tal acto.

—No juegue... —murmuró Michael con los dientes apretados—. Puede que termine perdiendo la partida, señor Campbell. Todavía sigo pensando que alguien lo envenenó y, después de lo escuchado, lo afirmaré con rotundidad —soltó.

—¿Fue envenenado? ¿No se trató de un suicidio?—solicitó April mirando a su padre.

—Solo son absurdas conjeturas que deben estudiar ante un caso semejante... —restó importancia agitando la mano con desdén—. Pero todo está aclarado, ¿verdad? —dijo eliminando la burla y exhibiendo un comportamiento sumiso.

—No todo —sentenció—. Y ahora, si me disculpan, tengo mucho trabajo. Señora Campbell... Señor Campbell... Buenas tardes. —Hizo un leve movimiento de cabeza y caminó hacia la salida con porte firme y severo.

Los dos se quedaron mirándolo hasta que cerró la puerta. April se enjugó las lágrimas con el pañuelo que su padre le ofreció mientras se recomponía.

—Es implacable... —susurró Norman—. Ahora entiendo la fama que le precede. Aunque no era así la primera vez que lo vi.

—¿La primera vez que lo vio? —preguntó clavando sus ojos en los de su padre—. ¿Conocía al inspector? —se interesó.

—Y tú también, cariño —respondió al tiempo que llenaba dos copas de licor.

—Creo que se equivoca. No he visto al señor O'Brian hasta que apareció la noche que...

—¿Recuerdas la fiesta que celebramos cuando logré el contrato de la segunda empresa textil? —la interrumpió ofreciéndole el vaso.

—Vagamente... —respondió aceptando la copa.

—¿No recuerdas al joven agente que contraté para protegerte? ¿Aquel que salió de la fiesta despavorido?

April intentó no mostrar en su rostro la sorpresa que sintió en aquel instante. Tomó de un trago la bebida y se limitó a asentir con la cabeza.

—Pues... ¡quién diría que aquel joven se convertiría en la persona que

es ahora! —exclamó antes de soltar una carcajada.

Ella miró hacia la puerta por donde O'Brian se había marchado. No podía dar crédito a las palabras de su padre. ¡No podía ser él! ¡Claro que no! El muchacho que recordaba, aquel que la perturbó durante sus largas y frías noches de soledad era delgado, imberbe y descarado. Sin embargo, el hombre que se alejó era grande, corpulento, educado, respetuoso y tenía una barba oscura que escondía el rostro. Su padre erraba. No podían ser la misma persona.

—¿April? ¿Qué te sucede, cariño? —espetó Norman preocupado al verla palidecer de nuevo.

—Nada... —dijo intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta.

## CAPÍTULO III

April permanecía sentada aparte y en un discreto lugar. No habló durante la reunión. Quizá porque se temía que ninguno de los presentes, salvo su padre, aceptaría sus ideas. Ya era suficiente con estar presente e incomodar a los posibles socios con su asistencia como para interceder además en los comentarios. Pero su padre le otorgaba, frente a todos, el lugar que algún día le correspondería. Escribió en su libreta la última proposición que escuchó y frunció el ceño. No era posible. Aquello que exponía con entusiasmo uno de los caballeros era una locura. Apretó con fuerza la pluma y evitó ese gran suspiro de resignación que estuvo a punto de liberar. ¿Cómo eran tan necios de no ver lo evidente? ¿Tanto les costaba meditar sobre sus propias ideas? Nadie, en su sano juicio, invertiría una cantidad tan desorbitante en un proyecto que, según los periódicos, estaba destinado al fracaso. Sin embargo, aquellos que la observaban de reojo no perderían nada. El único que vería cómo su fortuna terminaría mermando sería su padre y no lo iba a permitir.

—Señores... —dijo Norman levantándose del asiento—. Gracias por informarme de esos nuevos proyectos. Como entenderán, he de estudiarlos minuciosamente.

—Por supuesto... —respondió el de estatura más pequeña. Un hombre que, según descubrió April, era el propietario de esa flota en la que debía invertir su padre.

—¿Obtendremos una respuesta antes de terminar el mes? Nos urge saber qué posición tomará —solicitó otro de los caballeros, quien resultó ser el sobrino del hombre bajito.

—Tienen mi palabra —sentenció Campbell extendiendo la mano hacia ellos.

Después del gesto, los tres se colocaron en mitad del despacho y dirigieron sus ojos hacia April, que se había levantado al igual que ellos.

—Milady...

—Vizcondesa...

—Lady Gremont...

Dijeron antes de marcharse y despedirse de ella con un suave

movimiento de cabeza. Norman caminó hacia su hija y esperó a que los invitados les dejaran solos para pedirle su opinión. Sabía que se saltaba todos los protocolos sociales permitiendo que April presenciara una reunión con esos caballeros, pero como él no era un aristócrata hacía lo que le daba la gana. Dios le había premiado con una hija y la trató de igual a igual desde que nació. ¿Cómo podían comportarse los demás padres de manera diferente con sus propios hijos? No lo entendía. ¿Acaso no debían velar de igual forma por ellos? Por suerte, él no aceptaba ese tipo de principios y su amor por su hija estaba por encima de todo y de todos. Si alguien ansiaba lograr cierta fortuna del señor Campbell debía entender que la única heredera tomaría partido en lo referente a su legado.

—¿Qué te parece? —preguntó colocando sus manos en la espalda.

—No me ha convencido —respondió April aproximándole la libreta—. Como puede apreciar, han mentido con respecto a las ganancias. Solo quieren su dinero para salvarles de una ruina próxima.

Norman la cogió y estudió los apuntes que había escrito. Sonrió ampliamente y la miró lleno de orgullo.

—No te has olvidado de nada... —comentó satisfecho.

—Hablaban bastante lento, como si pensarán que no sería capaz de entenderles —dijo enojada—. ¿Por qué opinarán que las mujeres somos incapaces de comprender aquello que exponen?

—Tal vez porque sus *mujeres* —recalcó—... no son capaces de deducir ciertas teorías con la misma rapidez que tú. Además, ya sabes que no son educadas para convertirse en futuras capitalistas.

—Durante mis siete años como esposa de un vizconde he sufrido ese tipo de humillación. Cada vez que Eric hablaba con otros caballeros me miraban como si estuvieran contemplando un monstruo. Hasta uno se atrevió a preguntarme si no debía salir de compras en ese preciso momento —contó airada—. Lo extraño es que Eric no les replicó, creo que intentaba ridiculizarme para que yo misma terminara decidiendo no aparecer más y delegara todo el poder que ambicionaba ostentar.

—La aristocracia es así, cariño. Cuando muera, tendrás más problemas de los que supones. Solo espero vivir durante muchos años y que los cambios sociales que auguro te dejen disfrutar del papel que te corresponde —añadió justo antes de besar la frente de su hija.

—No me respetarán... —murmuró—. Nada de lo que piense será conveniente para ellos —resopló.

—Solo debes mantenerte fuerte. Recuerda que es tu fortuna la que está en juego, no la de ellos. Y como por suerte ya no tienes un marido que te obligue a someterte a sus órdenes, puedes hacer lo que te plazca.

—Eso no me alivia... —susurró. Caminó hacia la mesa del despacho de Norman, cogió la botella de cristal tallado y vertió licor en un vaso. Miró a su padre preguntándole con esa mirada si deseaba uno y este afirmó con la cabeza—. Tenga en cuenta que para ellos soy una viuda aristócrata. En cuanto decida salir de Shother, me avasallarán como carroñeros buscando un cadáver —dijo al tiempo que le ofrecía la copa.

—Confío en que la experiencia que has tenido con tu primer matrimonio te mantenga en alerta para el siguiente, si es que decides volver a casarte —señaló Norman antes de tomar el primer sorbo.

April se dirigió hacia uno de los asientos que habían sido ocupados por los caballeros y se sentó de golpe. Observó el líquido de su vaso y suspiró.

—No me agrada la idea de casarme de nuevo. Sin embargo, soy consciente de que algún día tendré que hacerlo si deseo tener un hijo —dijo al fin.

—Eso no es un problema —apuntó Norman caminando hacia ella.

—¿No? —lo contempló con desconfianza.

—Puedes buscarte un amante que logre aquello que ese bastardo no consiguió —soltó sin mostrar en su rostro el espanto que April sí exhibió.

—¿Jamás haría tal locura! —exclamó aterrada—. ¿Qué sería del futuro de mi hijo?

—Sería un Campbell afortunado por tener una madre increíble y unos abuelos que lo adorarán —expresó con una sonrisa—. ¿Te imaginas a un hijo tuyo haciendo travesuras y a Larson detrás reprochándole su inadecuado comportamiento? ¡Sería divertidísimo! —dijo antes de soltar una carcajada.

—No es una idea razonable... Sabe que tendría que marcharme de Londres y, de esta manera, les facilitaría el camino a todos esos buitres que ansían su fortuna —dijo afligida.

—Tal vez tengas otra posibilidad... —meditó Norman entornando los ojos.

—No la hay... —murmuró April.

—¿Qué te pareció el honorable inspector? —soltó a bocajarro.

—¿Cómo? —preguntó atónita.

—Sería una buena alternativa para ti. Ese hombre no se rige por los principios que poseen los demás. Es incorruptible y, si mis suposiciones no

son falsas, muestra cierto interés hacia ti.

—¡Sandeces! —exclamó levantándose del asiento—. Ese agente...

—Inspector —le corrigió.

—Ese agente —repitió entrecerrando los ojos como lo hacía Norman— ... solo se ha interesado por el caso de Eric. Recuerde que la última vez que apareció intentó acusarle de asesinato —refunfuñó.

—Es cierto —habló Campbell sin borrar la sonrisa—. Pero, después de tu *súplica*, liberó a Shoel. ¿Eso no te ha hecho comprender algo sobre ese hombre?

—¿Que tiene buen corazón? ¿Que sería incapaz de hacer pagar a un hombre inocente una maldad que no le corresponde? —vociferó enojada—. Además... ¿qué quería que hiciera después de haber intentado sobornarle? ¿Cómo se le ocurrió tal majadería? —le recriminó—. ¿Acaso no sabe qué cuentan sobre él? —Norman asintió sin poder borrar ese gesto de satisfacción en su cara—. Lea los periódicos de vez en cuando. Siempre hay una noticia que hable sobre el inspector y ensalce sus proezas. Sin ir más lejos, la semana pasada atrapó a un asesino que había matado a cuatro prostitutas en un mes.

—Sí, lo leí —respondió al tiempo que miraba a su hija fijamente—. Y sin duda alguna es un hombre brillante...

La sospecha sobre el interés de ella en el inspector se confirmó tras declarar que seguía esas publicaciones, pero Norman no estaba muy seguro de qué pensaba este sobre su hija. Si hubiera mostrado cierta predisposición hacia April, habría hecho todo lo posible por aparecer en Shother con alguna absurda excusa. Sin embargo, después de su última visita no tuvo la decencia ni de enviarle una misiva para indicarle que Shoel había sido liberado. Lo descubrió cuando el muchacho apareció frente a la puerta de su hogar.

—¿Entonces? —insistió April enarcando las cejas.

—Solo ha sido una sugerencia, cariño. No me cabe la menor duda de que ese hombre respetaría mis deseos tras fallecer y dejaría que te encargaras de tu herencia —añadió.

—¡Bobadas! —refunfuñó—. Además, después de la experiencia con Eric, deseo vivir durante muchos años esa libertad que no me otorgó. Quiero dormir tranquila, padre, y levantarme con la cabeza repleta de pensamientos sensatos.

—¿Pensamientos sensatos? —inquirió sorprendido—. ¿A qué llamas pensamientos sensatos?

April apretó los labios con fuerza para no responder. ¿Cómo se le había

escapado tal tontería? Ella no podía hablar sobre eso que le rondaba la cabeza. Lo deseó con Eric y, aunque pensó que lo conseguiría, no obtuvo nada salvo humillación y maltrato.

—Me refiero —dijo después de meditar una respuesta adecuada—... a poder pensar sobre qué he de hacer con su fortuna cuando fallezca. Tal vez me marche a Europa una temporada y disfrute de...

—¡Tonterías! —la cortó Norman con rapidez—. No serías capaz de hacer ese tipo de majaderías. Te he educado para ser una mujer sensata y jamás...

—¿Me ha educado? —le atajó ella dibujando una sonrisa sardónica—. ¿Sabe a lo que me ha educado, padre? A sobornar a todo el que se deje para conseguir lo que deseo y también creo que, como sugirió el inspector, está implicado en la muerte de Eric —declaró enfadada.

—¿Yo?! —preguntó abriendo los ojos como platos.

—Sí. ¿Acaso cree que no he meditado sobre ello? —soltó—. Cuando le dije que usted le había regalado un brandy se quedó sorprendido y, qué casualidad, después de bebérselo, muere envenenado.

—¡Eso es una calumnia! —se defendió—. ¡Nunca intentaría hacer tal locura!

—Pues si yo estuviese en su lugar, si fuera mi hija quien se hubiera casado con ese monstruo... lo habría hecho sin dudar —sentenció con firmeza.

Norman permaneció callado durante unos momentos. Miraba a April con suspicacia. Era lista, mucho más de lo que había pensado, y eso le llenó de un orgullo tan inmenso que estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo. Aunque no erraba, aunque la respuesta era sí, no la pondría en un aprieto porque si aquel incansable sabueso seguía en sus trece lograría sacar la información que tanto ansiaba.

—Cambiando de tema... —terció el padre—. ¿Qué vas a hacer con la invitación de los Dustings?

—No la aceptaré —dijo tajante.

—¿Por qué no? —preguntó al tiempo que regresaba a su asiento. Norman cogió sus gafas y observó, sin prestar atención, los papeles que le habían dejado—. Ya va siendo hora de que salgas de esta casa.

—¿Para qué? —inquirió acercándose a él. Colocó las manos sobre la mesa y lo miró con fiereza.

—¿Para qué te diviertas? —apuntó levantando su rostro hacia ella.



—¿Cree que lograré divertirme teniendo las miradas de todos los asistentes sobre mí? Por no comentar lo que murmurarán en mi presencia... «Pobre mujer... ¡Qué lástima! ¿Cómo no pudo descubrirlo a tiempo?» —dijo moviéndose de un lado a otro agitando los brazos.

—Lo dirán de todas formas... —susurró Norman. Cuando su hija se volvió hacia él y enarcó las cejas, le aclaró—: Aunque permanezcas resguardada bajo este techo, esos pomposos hablarán de ti. Así que... ¿por qué no olvidas de una vez ese absurdo deseo de ocultarte y empiezas a disfrutar de tu vida?

—¿Intenta decirme que haga lo que haga rumorearán sobre mí? ¿Que no me respetarán pese a estar escondida? —preguntó perpleja.

—La lengua viperina de esos impresentables no permanecerá dentro de sus estiradas bocas, aunque no te vean. Con lo cual... deberías actuar como quisieras —alegó Campbell sereno.

—No me siento preparada... —murmuró April agachando la cabeza y dejando las manos laxas—. Todavía no...

—Si lo deseas, tu madre y yo estaremos encantados de acompañarte. No creo que a los Dustings les preocupen dos invitados más. Tal vez hasta nos den las gracias por ello. Nuestra presencia en una ceremonia así les dará la repercusión que tanto ansían tener —dijo riendo entre dientes.

—¿Sabe lo que significa la palabra *vanidad*? —preguntó entornando sus ojos.

—¡Uf! ¡Hace tanto tiempo que no la utilizo que ni me acuerdo de qué es! —exclamó divertido—. Anda, no te lo pienses más. Habla con tu madre y que ella te ayude a comprar un vestido apropiado para esa fiesta. Pese a que tengas que lucir, porque tú quieres, ese color tan siniestro, ella podría dar belleza a un cactus.

—Pero... Pero... —titubeó.

—¿Quieres hacer feliz a tu madre? ¿Quieres que de una vez por todas deje de lamentarse por no impedir que te casaras con ese malnacido?

—Padre... no debería hablar así de un muerto —le regañó con suavidad.

—¡Oh, que Dios lo tenga en su Gloria! —exclamó con mofa—. Pero mi hija sigue viva y has de hacer lo que no lograste en esos años de cautiverio...

—Asistí a fiestas y al teatro —agregó.

—¿Cuántas, April? ¿A cuántas fiestas asististe siendo la vizcondesa de ese bastardo? —espetó Norman airado.

—Algunas... —murmuró la muchacha en voz baja.

—¿Y a cuántas acudiste antes de casarte? Espera, no me respondas, te lo aclararé yo. ¡A todas!

—¿Sabe que no es propio de un padre que vive en este siglo alentar a una hija de esa forma? —dijo April intentando no mostrar una enorme sonrisa.

—¡Me da igual el año en el que vivo! ¡Soy Norman Campbell, uno de los hombres más acaudalados y poderosos de esta maldita ciudad y haré y pensaré lo que me apetezca! ¿Entendido? —bramó.

—Sí, padre —respondió atónita.

—¡Pues sal ahora mismo de aquí y hazle saber a tu madre que asistiremos a la fiesta de esos petulantes engreídos! Os quiero preciosas, más de lo que podría alcanzar la mismísima reina.

—Eso le costará más de mil libras —reveló April intentando calmar ese enfado que sobrellevaba su padre.

—Os daré tres mil —sentenció antes de clavar su mirada en los documentos que iba a rechazar de inmediato y de dar por concluida la conversación.



—Terminaré ciego... —La voz de la señora Warren acercándose a él provocó que Michael levantara la mirada de su lectura.

—Han inventado un objeto llamado lentes y que me ayudarían a proseguir con los ojos pegados a los papeles —respondió con mofa. O'Brian apartó los documentos de la mesa e hizo un hueco para que su ama de llaves no sostuviera mucho tiempo la bandeja repleta de comida.

—Estaría horrible con esos hierros apoyados sobre la nariz —comentó al tiempo que posaba sobre la mesa la cena—, y nadie se fijaría en lo apuesto que es.

—Tal vez no desee que alguien se fije en lo *apuesto que soy* —añadió burlón.

—¡Bobadas! —exclamó la sirvienta poniendo sus manos en la cintura—. ¿De verdad cree que me mantendré impasible observando cómo el tiempo pasa y usted solo corre tras los criminales en vez de tras las faldas de una dama? —Acentuó su enfado enarcando las cejas.

—¿Impasible? —preguntó sorprendido.

—El libro que estoy leyendo me ha enseñado esa palabra —indicó

avergonzada.

—Ya veo... —murmuró dibujando una sonrisa. Miró hacia la comida y, aunque pensó que no tenía apetito, su estómago le indicó todo lo contrario.

—Necesita salir de esta habitación y de comisaría —indicó la señora Warren al tiempo que caminaba hacia la chimenea para echar un par de leños—. No debería encerrarse tanto.

—Tengo muchas cosas que hacer —respondió cogiendo el tenedor y el cuchillo para cortar la pieza de carne asada—. Los criminales no descansan y yo tampoco debo hacerlo.

—Pero de vez en cuando, mientras ellos piensan qué maldades van a realizar, usted debería abandonar su clausura y vivir la vida que le corresponde como hombre soltero —añadió con cierto enfado.

—¿Y qué propone que haga? —preguntó burlón—. ¿Salir a bailar? ¿Entablar conversaciones carentes de sentido? ¿Sonreír a aquellos que me miran con arrogancia?

—¡Nadie le mira de esa forma! —le reprendió—. Usted es un hombre poderoso en esta ciudad y, por si no lo ha descubierto, todo el mundo le respeta.

—¿Me respetan o me temen? —inquirió con una sonrisa mordaz.

—Llámelo como quiera, pero sigo opinando que necesita relacionarse con otros seres humanos, además de con ladrones, asesinos y estafadores.

—Juré dedicarme a salvar una ciudad como esta y, como puede comprobar, me faltan horas del día para cumplir mi promesa —comentó con desdén—. Si los malos no descansan, los buenos tampoco.

—Podría dejar que Borshon se ocupe una noche de su cargo, señor O'Brian. Y aprovechar esa libertad para asistir a una fiesta. ¿Sabe qué es una fiesta, señor? —preguntó con retintín mientras regresaba a su lado para confirmar que, en vez de hablar, se alimentaba.

—Una fiesta... —susurró al tiempo que se reclinaba en el asiento, se tocaba la espesa barba y fijaba sus ojos hacia el techo—. No, no recuerdo qué es.

—Pues se trata de un momento en el que abandona todo lo que tiene en su cabeza, habla con otras personas de *temas absurdos*, coquetea con las damas que permanecen a su lado y, cuando regresa a su hogar, descubre, satisfecho, que hay otra vida muy distinta a la que posee como inspector.

—Eso ya lo hago... —se defendió.

—Sí, el primer miércoles de cada mes, lo sé. Sin embargo, últimamente

no parece feliz. No sé qué hará en esas salidas, ni lo que pretende encontrar en ellas, pero creo que, por cómo actúa cuando vuelve, está a punto de abandonarlas —señaló preocupada.

Michael la miró sin pestañear, no sabía si llamarle la atención por su indiscreción o echarse a reír. Lógicamente, no optó ni por lo uno ni por lo otro, se incorporó hacia la mesa y prosiguió comiendo como si no hubiese escuchado nada. No podía afirmar que tenía razón, que las reuniones habían dejado de satisfacerle. Y, tal como auguró, había decidido no aparecer más.

O'Brian visitaba el Club desde tres años atrás. La primera vez que apareció investigaba un asesinato y pensó que en esas reuniones clandestinas descubriría algo que le indicara quién era el posible criminal. Pero lo que halló en el interior de aquella casa oscura y de aspecto siniestro fue un grupo de personas que poseían una bestia parecida a la suya. Se divirtió y se sintió tan calmado que terminó por aparecer cada mes. Por mucho que intentó rehusar a su parte tenebrosa, esta brotaba hasta dejarlo exhausto. Necesitaba aquello que allí conseguía para vivir, para tranquilizar a su bestia. Sin embargo, desde que encontró a April, desde que la tuvo en sus brazos aquella noche, nada de lo que había en aquellas ceremonias secretas le llamaba la atención. Aparecía, sí, continuaba visitándolas, pero se mantenía sentado en un apartado sillón, escondido bajo la penumbra de un rincón, y se dedicaba a observar lo que hacían los demás mientras bebía una copa y fumaba un puro.

—*¿Hoy tampoco escogerá?* —le preguntó lady Hard agitando su abanico frente a su cara para que nadie pudiera leerle los labios.

*Bajo las máscaras, vestidos con el mismo atuendo de siempre, la verdadera identidad de los que aparecían en la residencia permanecía a salvo. Allí solo había dos tipos de personas: los dominadores y los sometidos. Por un lado, los dominadores, que siempre ocultaban sus rostros con un antifaz negro, vestían de traje, camisa, corbata y chaleco de color negro y ellas exhibían vestidos que cubrían hasta sus tobillos del mismo color. Por otro lado, los sometidos tapaban sus cuerpos con un camisón oscuro. La única diferencia que existía entre estos últimos era el color del antifaz. Los sirvientes podían lucir tres: el negro, para aquellos que merodeaban libres, el blanco, para los que habían sido elegidos por un Dom pero la relación entre ambos no era definitiva y el rojo. Muy pocos sumisos lucían un antifaz rojo. Desde que Michael apareció solo encontró a tres.*

—*Creo que hoy tampoco lo haré...* —respondió Michael con aparente

*aflicción. Ninguna de las que se mostraban frente a él le llamaba la atención. La única por la que se interesó hasta la noche en la que volvió a ver a April ya no le aportaba el bienestar que le ofrecía antaño.*

*—Es una pena... —reflexionó lady Hard—. Por si no se ha dado cuenta, su antigua sirvienta está esperando que la reclame. Debe sentirse muy mal viéndose de nuevo con el antifaz negro.*

*O'Brian fijó sus azulados ojos en la mujer de quien hablaba y era cierto, allí permanecía, arrodillada y con el rostro agachado, la esclava que había tenido a su lado desde que apareció. Pero su cuerpo no demandaba su presencia, sino la de otra mujer. No podía reclamarla y que lo siguiera hasta el cuarto. Ahora sería incapaz de tocarla porque, desde que April enviudó, imaginar que sus manos tocaban a otra mujer le provocaba repulsión.*

*—Puede ser elegida por cualquiera... —dijo Michael apartando la mirada de ella—. Tiene libertad para aceptar a otro Dom.*

*—Pero ella no quiere estar con otro amo —respondió—. Quiere estar con usted —afirmó bajo la máscara de encaje negro.*

*—Pues yo no la quiero —sentenció.*

*Agobiado y enfadado, esa noche abandonó el Club sin saciar de nuevo a la bestia que, últimamente, brotaba con más fuerza. Pero O'Brian no podía contentarla con una migaja de pan, ella necesitaba la hogaza entera.*

*—¿Entonces? —preguntó la señora Warren mirándolo enfadada.*

*—No voy a asistir a ninguna de esas miserables celebraciones —refunfuñó.*

*—Pues yo respondí a esta —dijo acercándole un sobre que, por lo que podía apreciar el inspector, ya había abierto y leído ella misma sin consultar.*

*—¿Qué es eso? ¿Por qué ha leído mi correo? ¿Por qué ha respondido sin mi permiso? —espetó airado.*

*Tanto fue el enfado que observó el ama de llaves en el inspector, que lanzó la carta sobre la mesa y echó unas zancadas hacia atrás.*

*—Lo he hecho por su bien... —titubeó—. No puede quedarse encerrado tanto tiempo. Los años pasan y cuando quiera volver atrás, no podrá. No quiero que en un futuro me reproche que no fuera insistente en hacerle cambiar de opinión.*

*—¡Jamás le reprocharía tal barbaridad! —dijo alzando su voz más de lo debido—. Seguro que le agradecería el hecho de complacer mis decisiones —prosiguió al tiempo que cogía la carta y sacaba la hoja del interior. Miró*

atónito lo que había escrito en ella, luego dirigió la mirada hacia su criada y, con los ojos abiertos como platos, bramó—: ¿Ha aceptado la invitación de estos pretenciosos?

—Era su deber... —murmuró la señora Warren agarrando sus manos y agachando la cabeza—. Usted les ayudó a descubrir quién les robaba en su casa y debía aceptar esa invitación.

—¡Maldita sea, Louise! —dijo su nombre de pila—. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

—Necesita salir... —intentó decir.

—¡No necesito aparecer en una fiesta de petulantes! —exclamó.

—Lo siento, señor —comentó Louise en voz baja—. Ahora mismo les responderé que por motivos laborales no puede acudir.

—No es eso... —murmuró más tranquilo. No quería tratar de ese modo a una mujer que lo cuidaba como si fuera su madre y necesitaba pedirle disculpas por su inapropiado comportamiento. Él no era un tirano, ni un sinvergüenza, ni un hombre que utilizaba su poder para avasallar a la gente. Él ayudaba no maltrataba—. Lo siento... —dijo al tiempo que se levantaba y caminaba hacia ella. Le cogió las manos temblorosas y se maldijo en silencio por haberle provocado tanto miedo—. Siento si me he excedido, señora Warren, pero como bien sabe, me gusta controlar todo aquello que voy a hacer y me perturba encontrarme con...

—No se preocupe. Le pedí a lady Dustings que me enumerara todos los invitados que han aceptado... —añadió Louise más relajada.

—¿Y? —solicitó Michael enarcando las cejas.

—Y salvo la aparición de la familia Campbell, todos los demás son los habituales.

—¿Asistirán los Campbell? —inquirió con sorpresa.

—Sí, hasta su hija ha decidido salir, por fin, de esa fortaleza en la que se resguarda. La presencia de la viuda de ese malnacido dará de qué hablar —comentó con suspicacia.

Louise observó el rostro de Michael y estuvo a punto de soltar una carcajada. El gran inspector había palidecido y ella sabía el motivo de ese cambio de color: la señora Campbell, como él la llamaba. Pese a convertirse en la viuda del vizconde de Gremont, él se negaba a declararla esposa de un monstruo. ¿Se habría dado cuenta que su interés por ella lo indicaba sin ser consciente? «¿Control? ¿Ha dicho que desea controlar todo lo que tiene a su alrededor? —pensó Louise. —Pues, querido, el afecto que siente por la

señora Campbell se escapa de ese ansiado control...».

—¿Por qué motivo habrá aceptado esa mujer? ¿Acaso quiere exponerse a los cotilleos que suscitará su presencia? —preguntó en voz alta.

—No sé qué causas la habrán motivado a aceptar, pero estoy segura de que tendrá que enfrentarse, tarde o temprano, a las lenguas viperinas de quienes la rodeen. Y la verdad... siento lástima por ella. Después de todo lo que ha sufrido no se merece una lapidación semejante.

—¿Lapidación? —preguntó enarcando de nuevo las oscuras cejas.

—¿Cree que esos energúmenos la respetarán? ¿Cree que sabrán comportarse con la debida educación? Aunque los padres la custodien con todas sus fuerzas, esa pobre mujer terminará destrozada por las habladurías... —Continuó el plan de irritarlo.

—Está bien... —resopló O'Brian al imaginarse la situación por la que pasaría April rodeada de aquellos impresentables—. Iré a esa maldita fiesta. —Caminó hacia su silla, se sentó y continuó comiendo, pero cuando vio que la señora Warren intentaba marcharse con una actitud triunfal, se dirigió de nuevo a ella—. La próxima vez que acepte una invitación en mi nombre será usted quien acuda.

—¿Yo? —preguntó al tiempo que se giraba hacia el inspector.

—Sí, usted —señaló divertido.

—Aceptaré encantada, aunque antes tendré que casarme con un hombre apuesto, peligroso y obcecado en hacer cumplir la ley. ¿Conoce a alguien así? —se defendió.

—Pues ahora que lo pienso... Creo que Borshon sería un buen candidato —apuntó burlón.

—¡Tonterías! Ese cabezota no es capaz de diferenciar una rata de un zapato viejo —refunfuñó.

—Pues justo lo que indico... Sería el mejor esposo para usted —comentó antes de soltar una carcajada.

—Le informaré a su sastre para que le tome las medidas mañana mismo y espero que su nueva corbata no le asfixie demasiado... —aclaró antes de salir de la habitación.

Michael seguía riendo cuando la señora Warren cerró la puerta. No era mala opción casarla con su ayudante, aunque si eso ocurría el más perjudicado de los tres sería él. Si ya le resultaba difícil aguantar a cada uno por separado, tener que soportarlos no solo en el trabajo sino también en su hogar, porque una vez casados el ayudante se tomaría la libertad de aparecer

en su casa cuando le apeteciese, lo volverían tan loco que se pegaría un tiro.

Esfumando esa sonrisa burlona que había mantenido, cogió el vaso de vino y le dio un sorbo mientras se centraba en April y en las posibles consecuencias de su decisión. El vizconde llevaba muerto algo más de seis meses y una viuda, según los estrictos protocolos sociales, no debía abandonar su luto hasta pasado un año o más. Sin embargo, ¿quién podría asumir el papel de afligida viuda de un asesino? Tal vez la aristocracia aceptara su decisión o... tal vez no. Fuera como fuese, estaría allí para velar por su seguridad y si alguno de aquellos cretinos pretendía humillarla o ultrajarla, se la vería con un hombre carente de escrúpulos y de refinada educación.



## CAPÍTULO IV

April parecía una estatua de mármol colocada en un rincón del salón. Apenas se había movido desde que sus padres eligieron permanecer en aquella parte de la sala. Su pie derecho repiqueteaba en el suelo mientras esperaba con impaciencia a que su padre regresara. Había ido a por otra copa, pero en mitad del trayecto fue asaltado por varios caballeros y mantenía una intensa charla. Miró de reojo a su madre, que hablaba con lady Swatton, una amiga de la infancia y la única persona en quien confiaba. La viuda del barón Swatton visitaba la residencia Campbell cuando se le antojaba, nada ni nadie podía impedirle poner un pie en Shother si deseaba conversar con Florence Campbell. Norman la adoraba, no solo porque había sido la única persona que no había rechazado a su esposa tras elegirlo como marido, sino también porque decía que tenía más agallas que muchos afamados caballeros.

Y era así. April podía confirmar cómo les miraban con respeto y cómo no eran capaces de cotillear sobre ella ante la presencia de la mujer. Si llegaba a los oídos de Vianey una palabra inapropiada sobre los Campbell daría un zapatazo en el suelo y todos se enderezarían por temor. Sonrió levemente. Después de una hora aceptando los saludos y las condolencias por la muerte de su esposo y de desearle que pronto se recuperara del *trance*, por fin dibujó una sonrisa en su rostro al escuchar cómo lady Swatton criticaba a una de las invitadas junto a su madre.

—¿No crees que ha permanecido frente a la mesa del comedor más de lo debido? —preguntó Vianey agitando su abanico.

—No seas perversa —le regañó Florence—. Tan solo aprecio que está algo más robusta que la última vez.

—¿Robusta? —espetó enarcando las claras cejas—. ¿Llamas robustez a una mujer que posee las dimensiones de una ballena?

—¡Vianey! —exclamó la señora Campbell para hacerla callar.

—¡Oh, querida! Lo siento... —mintió—. Pero no me esperaba que la dulce y escuálida lady Fuller se convirtiese en una enorme y agria vizcondesa.

—Deberías de observarte con más asiduidad en el espejo —le susurró

Florence divertida—. Creo que ambas visitáis a la misma modista.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —dijo entornando los ojos negros—. Porque si no lo hiciera te arrancaba la lengua ahora mismo.

—Sí, lo sé y por eso recrimino tu comentario. No me agrada esa lengua afilada que tenéis las aristócratas.

—Disculpe, señora Campbell, pero si la memoria no me falla, fuiste una de nosotros hasta que te casaste con Norman.

—Y fue la decisión más acertada que he tenido en mi vida. Gracias a él puedo ver la vida desde otra perspectiva y la disfruto de otra manera menos interesada —concluyó orgullosa.

—Comprendo... —susurró al mismo tiempo que fijaba sus ojos en Campbell quien, al notar que lo observaban, dirigió su mirada hacia las tres y sonrió—. ¿Te encuentras mejor? —preguntó a April.

—Sí —respondió con rapidez.

—¿Se ha desvanecido ya tu *trance*? —espetó con retintín.

—No entiendo cómo pueden llamar un acto tan cruel de esa manera —dijo April con resignación.

—Porque son gente sin escrúpulos, querida. Lo único que les interesa a esos ineptos es continuar ostentando una reputación aristócrata intachable, y si para ello deben llamar *trance* a la actuación de un asesino, lo harán sin vacilar.

—A veces me pregunto cómo fui tan boba de no haber sospechado sobre su maldad... —añadió con pesar.

—Cuando una mujer está enamorada no es capaz de pensar con sensatez. Es el único momento en el que solo escucha a su corazón y, a veces, este no elige la mejor opción... —comentó Vianey colocando su mano enguantada sobre el hombro de la muchacha—. Pero debes dar gracias a Dios por su muerte...

—¡Vianey! —exclamó Florence estupefacta.

—¿Qué? —le preguntó mirándola muy seria—. ¿Estoy diciendo algo inapropiado?

—Pero... —intentó rebatirla la señora Campbell.

—¡No hay peros! April debe sentirse dichosa por haberse liberado de ese cretino antes de...

—¿Antes de? —repitió la aludida.

—Antes de que hubiera fertilizado tu útero —sentenció.

—¡Por el amor de Dios, Vianey! ¿Cómo puedes decir esas cosas? —la

reprendió la madre.

—Porque es cierto, querida. Si ese sinvergüenza hubiese dejado descendencia... ¿qué sería de ese niño cuando descubriera que por sus venas corre la sangre de un asesino? —insistió sin mermar su actitud.

—Habría sido una tragedia... —murmuró April agachando la cabeza.

—Pero, por suerte —prosiguió colocando la mano en la barbilla de la mujer para que alzara el rostro—, eso no sucedió y ahora eres libre para hacer lo que te plazca —sentenció.

—La viuda de un asesino... —intentó decir April.

—La viuda de un inepto que ha de sentirse liberada de un matrimonio atormentado; ya va siendo hora de que aproveches esa falta de moralidad que poseemos las viudas para hacer lo que te plazca... Ya me entiendes —le dijo guiñándole el ojo derecho.

—¡Vianey! —gritó Florence acalorada por las palabras de su amiga.

—¿Qué? —volvió a repetir dibujando en su rostro una sonrisa inocente —. ¿Acaso crees que tu hija ha de vivir casta el resto de sus años? ¡No pienses tonterías, Florence! Ahora es cuando podrá disfrutar de todo lo que no ha tenido.

—Si te escuchara Norman... —dijo la señora Campbell enfadada.

—No se horrorizaría si lo oyera —dijo April con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué te ha dicho tu padre? —demandó interesada Vianey.

—Pues, según él, debería buscarme un amante —agregó sin observar la cara de espanto que exhibía su madre.

—¡No me lo puedo creer! ¿De verdad te ha comentado esa tontería? —preguntó mirando a su hija, incrédula. Al ver cómo April asentía, resopló—. Tendré que hablar con él... —masculló Florence fijando los ojos en su marido que, ajeno a todo, le sonreía inocentemente.

Durante un buen rato, las tres mujeres conversaron sobre otros temas sugerentes, entre los que se encontraba el deseo de Norman por convertirla en su sucesora empresarial. Vianey le ofreció varios consejos puesto que ella, ayudada por un administrador llamado Arthur Lawford, se hizo cargo de la herencia de su marido. Todo el mundo conocía las afortunadas inversiones de la viuda al igual que conocían cómo ella había triplicado su fortuna. Este tipo de comportamiento no era aceptado por todos los miembros de la alta sociedad. La baronesa Swatton tenía sus detractores, pero también poseía un gran número de personas a favor de sus decisiones. Sin lugar a dudas, era una

mujer muy avanzada a su tiempo y, como tal, no todo el mundo aceptaba ese tipo de vida.

—Si me disculpáis... —empezó a decir Florence, quien tenía la mirada clavada en la anfitriona—. Creo que ya va siendo hora de hablar con lady Dustings. He de agradecerle su invitación y de ensalzar la belleza de su hogar.

—¿Nos deja solas? —dijo April arrugando el rostro en una mueca de desagrado.

—Puedes acompañarme si lo deseas —la invitó su madre.

—No. Prefiero continuar charlando con Vianey. Es más divertida. — Sonrió.

—Me halagas —comentó divertida, al tiempo que se abanicaba como si le urgiera hacer desaparecer un bochorno infantil.

—Ni se te ocurra pervertir la cabeza de mi hija —soltó Florence entornando sus ojos.

—¿Yo? —dijo Vianey abriendo los ojos como platos—. Si soy una mujer honrada, virtuosa y bastante prudente.

—Sí, claro... —resopló Florence antes de marcharse hacia el grupo de mujeres que había en el otro extremo del salón, donde se encontraba lady Dustings.

—Tu madre posee un concepto muy distorsionado sobre mí —apuntó lady Swatton al tiempo que fijaba sus ojos en April—. Jamás te ofrecería un mal consejo porque, para mí, eres la hija que nunca tuve.

—Lo sé —respondió April mientras dibujaba una cándida sonrisa en su rostro—. Pero debes admitir que muchos de tus consejos no son adecuados.

—Bueno, eso depende de quién los escuche —se defendió—. Nunca te indicaría qué debes hacer después de la vivencia que mantuviste con ese cretino, pero sí te sugiero que cambies, de una vez por todas, la actitud que muestras a estos presuntuosos. Como has podido apreciar, desde que llegaste tan solo se han dignado a ofrecerte sus condolencias, pero ninguno de ellos ha tenido el valor suficiente para proponerte un baile.

—¿Crees que desean bailar con la viuda de un asesino? Por mucho que hayan denominado *trance* a la aberración que hizo Eric, no quieren deteriorar sus reputaciones bailando conmigo. Además, no les aceptaría. No me encuentro con fuerzas para enfrentarme a esas miradas reprobatorias.

—Y... ¿para qué tienes fuerzas, April? ¿Para morir lentamente en la casa de tus padres?

—Esa opción es la más acertada para todos —aclaró mirando de nuevo el suelo.

—Esa es la opción de una mujer cobarde, querida —apuntó al tiempo que volvía a levantarle la barbilla para que la mirara—. Y no creo que por tus venas corra ese tipo de sangre. Solo debes contemplar a tus padres. Nadie les ha atemorizado jamás. Ni cuando Florence fue rechazada por su familia como si fuera una apestada se rindió. Ella tomó la decisión de casarse con tu padre y luchó por ese amor que, por suerte para los dos, ha aumentado con el paso de los años.

—Pero mi padre no es un asesino... —se defendió.

—¡Ni tú tampoco! —exclamó—. ¿Acaso fueron tus manos quienes se aferraron al cuello de esa infeliz? ¿Presionaste su garganta hasta matarla?

—¡No! —bramó—. Pero podría haberlo evitado...

—¿Cómo, April? ¿Cómo podrías haber evitado esa maldad? —insistió.

—Alejando a Eric de Londres. Si le hubiera propuesto hacer un viaje, si en vez de darle un ultimátum sobre la relación que mantenía con su amante, le hubiera ordenado que nos alejáramos de esta ciudad una temporada, ella seguiría viva —declaró con firmeza.

—Solo habrías alargado un poco más su existencia, pequeña. Como ya te he dicho con anterioridad, cuando una mujer ama a un hombre se deja llevar por lo que le dicta el corazón y deja de lado la sensatez. Lady Cooper siempre estuvo enamorada de ese patán. Sin embargo, esa sabandija lo único que deseaba era encontrar una rica heredera para no preocuparse jamás por su bienestar.

—Y me encontró... —murmuró.

—Sí, lo hizo. Y, al igual que la difunta, pensaste que era amor lo que él sentía por ti, pero no se trataba de eso. Ese malnacido solo ansiaba tu fortuna. Lo que aún me pregunto es... ¿qué buscabas tú? —preguntó enarcando las cejas y fijando sus ojos en aquel cuerpo que mostraba rigidez.

—No lo sé... —dijo en voz baja—. Tal vez creí que me proporcionaría aquello que descubrí cuando estaba cortejándome.

—¿El qué? —perseveró—. ¿Protección? ¿Autoridad? ¿Dominación? ¿Sometimiento? —enumeró sin respirar.

—¿Cómo sabes...? —solicitó April asombrada.

—Una mujer como yo sabe todo eso, cariño. —Le agarró una de sus manos temblorosas e intentó calmarla con un suave apretón—. Al igual que siempre supe que eras una de los nuestros.

—¿Una de los *nuestros*? —inquirió mirándola sin parpadear.

—Sí —afirmó con solemnidad—. Pero aún no estás preparada. Cuando lo estés, te mostraré el camino.

—¿El camino? —repitió con sorpresa.

—¡Qué felicidad! —respondió Vianey apartando su mano de la de ella al tiempo que miraba hacia la entrada—. ¡Por fin empieza la verdadera fiesta! —exclamó divertida.

Cuando April intentó girarse para averiguar el motivo de ese cambio de actitud en lady Swatton, ella le impidió que lo hiciera.

—¡No te muevas! —ordenó—. Las damas como tú no deben ser descaradas —añadió con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quién es? ¿Quién ha venido? —quiso saber.

—¿Quieres saber quién acaba de aparecer? —April asintió—. Pues primero observa a tu alrededor, ¿qué ves?

—Advierto que la persona que ha entrado provoca inquietud en las mujeres. Empiezan a mover con fervor sus abanicos y las más jóvenes tienen el rostro sonrojado. Sin embargo, los hombres parecen incómodos. Algunos se llevan sus copas hacia los labios sin apartar la mirada de la entrada. Otros se tocan las solapas de sus trajes y otros... Otros tienen sus ojos clavados en ese lugar como si la aparición de esa persona les causara temor.

—Así es. Cada vez que él está presente, todos se revolucionan. Las mujeres desean yacer bajo ese formidable cuerpo y algunos hombres rezan para que no tenga el descaro de conversar con ellos. Tal vez porque descubriría, en un abrir y cerrar de ojos, aquello que sus mentes cavilan en secreto —declaró orgullosa.

—Pero... ¿quién es? —insistió alterada.

—Solo existe un hombre en la ciudad que puede hacer temblar a todos estos energúmenos... —indicó con una sonrisa maliciosa—. El inspector O'Brian.



Llegaba tarde. Como era habitual, en el último momento, justo cuando se había dispuesto a salir de casa, encontró frente a su hogar un agente solicitando su presencia en Scotland Yard. Aunque, en esta ocasión, la satisfacción que le provocaba ser interrumpido no apareció, sino que, por primera vez, odió su trabajo.

Desde que la señora Warren le informó que tendría que asistir a la fiesta,

trabajó en comisaría intensamente para que, a última hora, nada le impidiera asistir y cumplir su promesa de proteger a April. No quería abandonarla el primer día que se decidía a salir del hogar de sus padres después de lo ocurrido. Sin embargo, aunque ordenó a Borshon que nadie le molestara y que, por una noche, olvidaran que tenían un inspector llamado O'Brian, no cumplieron su mandato... Cuando apareció por jefatura, James Borshon palideció. Quizá porque advirtió en los ojos de su superior un grandísimo odio. No obstante, cuando Michael encontró sentado frente a su mesa del despacho al dueño del Club Reform, toda esa rabia desapareció con rapidez.

Hasta ese momento, Trevor Reform no había pedido su ayuda y, como era de suponer, no podía eludir el primer día que demandaba de su auxilio. Después de tres largas horas, Michael pudo, al fin, poner rumbo a casa de los Dustings. No le cabía duda de que la fiesta estaba a punto de finalizar o, para su desgracia, ya habría terminado.

Airado, bajó del carruaje, se presentó en la puerta de la entrada y golpeó con fuerza hasta que le abrieron. No le dio opción al mayordomo a que le informara dónde se encontraban los anfitriones, O'Brian accedió al interior y caminó hacia el salón del que emanaba la música. ¿Estaría bailando? ¿Algún caballero se habría decidido a sacarla a bailar? ¿Cómo habrían actuado con ella? ¿Habrían sido compasivos o, por el contrario, bastante crueles? ¿Se encontraría todavía allí o se habría marchado? Con estas y miles de preguntas más, Michael se quedó parado en la entrada y echó un vistazo buscándola, desesperado. Al encontrar una figura de mujer que no confundiría con nadie, sonrió. A su lado se hallaba lady Swatton y, si sus pesquisas no erraban, la habría custodiado. No le cabía duda de que la baronesa habría permanecido a su lado toda la velada evitando, de este modo, comentarios o comportamientos hirientes hacia April.

Tras confirmar que no parecía alterada, salvo por la agitación que le provocó el cotilleo de su acompañante, apartó la mirada de la espalda de April. No quería desvelar a los petimetres que aún permanecían en el interior la verdadera razón por la que se presentaba. Con paso firme y sereno se dirigió hacia lord Dustings quien, para su placer, charlaba con el señor Campbell.

—Buenas noches, caballeros —saludó—. Disculpe mi tardanza, milord, pero un problema de última hora ha requerido mi presencia hasta hace apenas unos instantes —aclaró.

—Está disculpado, señor O'Brian —comentó el lord extendiendo la

mano hacia el inspector—. Me habría preocupado más si usted hubiese rehusado a su labor como protector de esta sociedad por acudir a tiempo a la invitación —añadió.

—¿Se resolvió el problema? —intercedió Norman ofreciéndole la mano.

—Siempre soluciono todo lo que llega a mis manos, señor Campbell. Aunque tarde más de lo previsto, termino hallando al culpable... —dijo aceptando el saludo del padre de April.

—Me imagino... —comentó Norman con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y qué caso ha sido esta vez, señor O'Brian? —preguntó lord Dustings.

—Un simple caso en el Club Reform —comentó restando importancia al asunto mientras intentaba no mirar a April, que continuaba charlando con lady Swatton—. Una de las mesas de juego provocaba demasiadas pérdidas al club y el dueño creyó que el crupier era el causante de la disminución de esas ganancias.

—¿Y era el empleado el culpable de tales pérdidas? —se interesó el anfitrión.

—No. Por muy extraño que parezca, el crupier no tenía nada que ver con esas deficiencias —apuntó Michael mirando de reojo a Norman. Este sonreía más de lo esperado. Le dio la impresión que se sentía dichoso por su aparición. No obstante, la mente de O'Brian no cesaba de cavilar sobre los motivos que el viejo Campbell poseía para alegrarse de su llegada.

—No todo es lo que parece... —dijo Norman antes de llevarse la copa a los labios—. En multitud de ocasiones, los sucesos son inexplicables para la comprensión humana —alegó tras ingerir el sorbo de champán.

—No soy un hombre con convicciones usuales, señor Campbell. Sin embargo, la experiencia me indica que siempre hay una causa racional para todo —señaló suspicaz.

—Por supuesto... —comentó Norman sin borrar su sonrisa.

Durante un buen rato, los tres hombres conversaron de manera tranquila. Sus temas no eran importantes para Michael y apenas les prestó interés. Mientras les escuchaba, se movía despacio en el lugar buscando el ángulo perfecto para poder visualizar a April. Cuando lo halló, descubrió que continuaba al lado de la baronesa y, por la expresión de esa esbelta figura, dedujo que mantenían una charla más divertida que la que ellos poseían.

—Si me disculpan —indicó Michael—, voy a saludar al resto de



invitados.

—Me parece buena idea —señaló Campbell—. No nos gustaría que los demás nos reprocharan acaparar todo su tiempo. Además, muchos de los asistentes estarán encantados de escuchar las aventuras del inspector.

O'Brian entornó sus ojos hacia el hombre y estuvo a punto de advertirle que una aventura atrayente sería la inexplicable muerte del vizconde de Gremont, pero ese comentario llegaría a oídos de April y no deseaba incomodarla con sandeces. Tras realizar un pequeño cabeceo a los caballeros, caminó hacia el grupo de mujeres en el que se encontraba la anfitriona. Para su placer, la señora Campbell, una mujer tranquila, sosegada y educada, se hallaba entre ellas.

—Señoras, miladies... —saludó a las damas.

—Buenas noches, señor O'Brian —habló lady Dustings—. Me alegro de que al final haya podido asistir.

—Le pido mil disculpas por la tardanza, milady. Pero el deber me ha retenido durante horas —explicó.

—¿Solucionó aquello por lo que lo llamaron? —preguntó Florence con amabilidad.

—Sí, señora Campbell. Todo está solucionado —reafirmó.

—Es usted un magnífico agente —comentó otra de las invitadas—. ¿Qué sería de Londres si no hubiésemos encontrado un inspector tan servicial? —prosiguió al tiempo que se abanicaba con afán.

—Mucho me temo que no soy indispensable, milady. Cualquiera podría realizar mis labores con la misma intensidad —señaló cortés.

—¿Cree que habría otra persona en la ciudad que saltaría por los tejados de las casas de Whitechapel en busca de un asesino tan despiadado como el que atrapó hace un par de semanas? —insistió la mujer ruborizándose por su pregunta.

—Si ansía hacer justicia, sí —afirmó solemne.

—Pero usted es el mejor que hemos tenido hasta el momento —dijo la dama.

—Señor O'Brian —intercedió Florence al notar la incomodidad del agente—... si es tan amable de acompañarme, le conduciré hasta mi hija. Ella también tiene mucho que agradecerle por la labor tan magnífica que ha realizado con su difunto marido —señaló.

—¡Qué tragedia! —exclamó de repente la mujer que, advirtiéndolo que su posible conquista se alejaba de ella, intentó retenerlo.

—¿Tragedia? —espetó el inspector mientras ofrecía su brazo a la señora Campbell.

—Oh, sí. Lady Gremont padece y padecerá una inmensa humillación por el inapropiado comportamiento de su difunto esposo.

Florence agarró el brazo de Michael más de lo debido y cuando el inspector notó la tensión de la mujer, posó su mano sobre la de ella.

—Ella no ha de sufrir las consecuencias de un asesino, lady Constance. Quien apretó el cuello de lady Cooper fue el vizconde, no su esposa —añadió mordaz.

—Sin embargo... Ha de admitir que ella es la única que ha sobrevivido a ese trío amoroso y como el muerto ya no puede ser juzgado ni ultrajado... —dijo divertida.

—Por suerte, siempre hago justicia con los criminales y no con la familia de estos. Nadie es culpable de las atrocidades cometidas por aquellos que poseen la misma sangre —apuntó.

—Pero... —intentó decir.

—Si fuera así... —retomó inalterable—. El cuarenta por ciento de la alta sociedad tiene sangre azul, el mismo color que la del asesino —sentenció antes de mirar a Florence y ofrecerle esta una leve sonrisa—. ¿Me conduce hasta su hija, señora Campbell?

—Por supuesto —respondió ella orgullosa.

No habían dado más de cinco pasos cuando Florence le susurró.

—Gracias.

—No tiene por qué dárme las. Solo he rebatido esa estúpida opinión —indicó.

—Con mucha inteligencia... —aclaró.

—Es fácil destacar sobre ese tipo de personas, señora Campbell. Y no es inteligencia sino práctica. Desde que trabajo en Scotland Yard me he visto rodeado de mucha gente así.

—No obstante, sea por inteligencia o por práctica, ha salvaguardado el honor de mi hija y eso, señor O'Brian, manifiesta que posee más caballerosidad que la que podría encontrar entre todos estos petulantes —explicó.

—Usted fue una de ellos —murmuró al tiempo que dirigía la mirada hacia April.

—Por fortuna, encontré a un hombre que me liberó de esa vida —comentó burlona.

—Tuvo que querer mucho al señor Campbell para abandonar una posición tan codiciada. Ser la hija de un duque conllevaría una gran responsabilidad —prosiguió hablando.

—Lo quise, lo quiero y lo querré siempre. Norman Campbell es el gran amor de mi vida y, aunque volviera al pasado, reiteraría mi comportamiento. ¿Ha estado alguna vez enamorado?

—Sí, una —declaró.

—Y... ¿ha podido olvidarla? —persistió.

—Nunca —sentenció con firmeza.

# CAPÍTULO V

Parecía una veleta. Aunque, por supuesto, no era el viento quien la movía de un lado para otro sino las manos de lady Swatton. «Ponte aquí... Ahora estarás mejor en este lado... ¡Uy! Me he equivocado, mejor en esta parte...». Así estuvo desde que el inspector apareció en la fiesta. Por mucho que pensaba sobre las razones por las que la hacía girar tan a menudo, nada, salvo que tuviese una perspectiva de la espalda del agente, podía explicarlo. En ese instante, April contempló el rostro de Vianey. Tenía los ojos abiertos de par en par y mostraba una enorme sonrisa. Miraba por detrás de ella, divirtiéndose con aquello que observaba. Intentó girarse para descubrir qué satisfacía tanto a la baronesa pero esta se lo impidió.

—Ahora no, pequeña. Espera un poco más —pidió.

¿Qué la hacía tan feliz? ¿Por qué sonreía como si fuera una niña traviesa? Los nervios se apoderaron de ella causándole una increíble debilidad en sus piernas. Algo le indicaba que, pese a mostrar Vianey diversión, ella se encontraba en peligro y que debía salir de allí lo antes posible. Pero esa corazonada no le aclaraba la razón por la que necesitaba huir despavorida. Presa del pánico y desobedeciendo la orden de la baronesa, se giró y, justo en ese momento, su rostro impactó sobre un torso compacto. Al levantar la mirada para averiguar quién era la persona con la que había chocado, palideció.

—Lo siento —se excusó Michael tras ese inadecuado contacto—. No debí aproximarme tanto —añadió al tiempo que daba un paso hacia atrás.

—¡Señor O'Brian! ¡Qué alegría verlo en esta fiesta! No sabía que había sido usted invitado —mintió Vianey. Ella había hablado con lady Dustings cuando le comentó la posibilidad de ofrecer una velada ante la llegada del otoño y, como era habitual en la baronesa Swatton, *le sugirió* qué celebridades debían acudir para que obtuviese el éxito deseado. Pensó que lady Dustings rehusaría tal insinuación, pero, por fortuna, el inspector había encontrado al empleado que saqueaba las arcas de los vizcondes y aceptó encantada.

—Lady Swatton —la saludó aceptando la mano que le ofrecía para darle

un suave beso—. El placer es mío. Está usted tan estupenda como siempre.

—¡Qué halagador! —exclamó abanicándose como si se ruborizara—. Aunque para serle sincera, noto cómo el paso de los años me castiga, sobre todo cuando tengo a un caballero tan seductor a mi lado.

—¡Vianey! —le reprendió Florence—. ¿Cómo puedes ser tan descarada? Disculpe la osadía de mi amiga, señor O'Brian. Creo que ha bebido más de lo que se puede permitir.

—No se preocupe, señora Campbell. Lady Swatton siempre obtendrá mi beneplácito. Porque, si la memoria no me falla, desde que la conozco se comporta como una mujer...

—¿Atrevida? —intercedió April que todavía se encontraba en estado de *shock* por el inadecuado contacto con el hombre.

—Señora Campbell... —Michael se dirigió hacia ella no solo con la mirada, sino que giró todo el cuerpo para poder permanecer lo más cerca posible de la mujer. Ese impacto, ese leve roce, le causó el mismo efecto que la noche que la tuvo en sus brazos: excitación y descontrol. Dos estímulos que no debía permitirse mostrar delante de la suspicaz baronesa ni de la tierna madre de April.

—Señor O'Brian... —respondió extendiendo su mano para que la besara de igual forma que a Vianey. Pero el saludo no se asemejó en nada. Allí donde los labios de Michael apenas habían rozado la piel de lady Swatton, en ella se quedaron pegados a sus manos más de lo permitido.

April sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Percibió con detalle cómo el vello se erizaba ante la caricia, sin contar la sensación que tuvo cuando el pulgar de aquella enorme mano acarició su palma con descaro. Sin embargo, no se sintió molesta por esa osadía, al contrario. Después de haber permanecido toda la velada bajo miradas acusadoras, aquel contacto la reconfortó más de lo que debiera. ¿Cómo podía alentarla tanto un simple gesto?

Mientras los dos se saludaban, Vianey los contemplaba sin pestañear. Por supuesto, para una mujer como ella no había pasado desapercibido la manera en la que el inspector la había llamado. No la nombró como lady, como vizcondesa o como viuda. Se dirigió a ella con el apellido de Norman. Quiso soltar una carcajada, pero se contuvo para no sobresaltar un momento tan entrañable. «Así que ella es el motivo de tu cambio de actitud, *señor Dark*... —meditó—. ¿Quién lo diría?».

—Entonces... —habló Florence—. ¿Por qué ha dicho usted que llegaba

tarde?

—Por trabajo —dijo mirando sin pestañear a April—. Un hombre de mi posición siempre debe dejar su vida privada de lado cuando le requiere la laboral.

—¡Qué considerado! —exclamó Vianey jocosa—. Y... ¿qué tema en cuestión le ha hecho privarle de unos momentos de diversión? —insistió burlona—. ¿Una muerte? ¿Un hurto, quizá?

—He tenido que meter en prisión a una mujer que poseía una lengua demasiado afilada...

Ante tal comentario, April y su madre soltaron unas sonoras carcajadas. Era la primera vez, desde que llegaron a la fiesta, que las dos se rieron tanto que varias lágrimas aparecieron en sus ojos. Por el contrario, lady Swatton fruncía el ceño y lo miraba de manera desafiante.

—No se enfade... —le dijo Michael cogiéndole la mano, la que no sostenía el abanico, para volverla a besar—. Solo ha sido una broma...

—Por supuesto que ha sido una broma, joven descarado. Pero si quiere mi perdón por ese inapropiado comentario, tendrá que bailar —declaró con aparente mal humor.

—¿Quiere concederme el gran honor de bailar conmigo? —preguntó enarcando las cejas.

—Me encantaría, aunque temo que mis ancianos pies no me permitirían sostenerme durante toda la pieza, a pesar de estar aferrada a sus fuertes brazos. Sin embargo —dijo mirando a April—, *lady Gremont* —recalcó para fastidiarlo —... no ha tenido esa oportunidad durante la velada. Ningún caballero, de los presentes hasta su llegada, ha tenido el suficiente valor para invitarla a bailar. Ya sabe... por si al final de la pieza intenta estrangularlos...

—¡Vianey! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué te sucede esta noche? —replicó Florence atónita.

—¿Aún no ha bailado? —preguntó O'Brian a April obviando a las otras dos mujeres.

—No —respondió agachando la cabeza, avergonzada.

—¿Porque no lo desea o porque no ha tenido la oportunidad? —insistió.

—Hace tiempo que no lo hago y... —empezó a decir April.

—¿Porque no lo desea o porque no ha tenido la oportunidad? —repitió Michael apretando la mandíbula.

April fijó sus ojos en el hombre que perseveraba en averiguar la verdad. Aunque deseaba eludir que habían rehusado su compañía y que tenía muchas

ganas de bailar, él no se iba a contentar con una simple excusa. Por lo que podía apreciar, era obstinado y no se rendiría jamás. Así es como lo habían definido los periódicos y por eso alcanzó la fama de sabueso e implacable. Echó un vistazo al fondo del salón, solo había dos parejas bailando y detrás de estas su padre, que no apartaba la mirada de ella. Sonreía. Sí, por muy extraño que le pareciera, su padre estaba sonriendo de oreja a oreja mientras ella permanecía al lado del hombre que había sugerido la posibilidad de haber matado a Eric.

—¿Señora Campbell? Espero una respuesta y, a ser posible, sin evasivas —reiteró Michael.

—¿Aceptaría como apropiado bailar con la esposa de un asesino? —preguntó aguantando las lágrimas que aparecieron en sus ojos.

—Lo repetiré una sola vez más, April. —Llamarla por su nombre de pila provocó que Florence se llevara las manos a la boca y que Vianey sonriera ampliamente—. ¿Quiere bailar o no?

—Sí —respondió al fin.

—Pues si es usted tan amable de acompañarme, será un verdadero honor poder bailar todas las piezas que guste —declaró al tiempo que le ofrecía su brazo.

El cosquilleo que percibía en su nuca le advertía que todas las miradas estaban dirigidas a ellos. April se encontraba bastante aturdida y también arrepentida por haber aceptado la invitación del inspector. Mientras caminaban hacia el centro del salón, meditó sobre lo que estaban a punto de hacer. Sería un tema muy jugoso para cotillear; la viuda de un asesino bailando con la persona que atrapaba delincuentes. Hablarían de ello. No solo unos días, sino semanas o tal vez meses.

Miró de reojo a su acompañante y se quedó petrificada al observar la determinación, firmeza e incluso la arrogancia que exhibía. No encontró ni un ápice de arrepentimiento o duda en él. Estaba decidido a complacerla sin importarle los rumores que ofrecerían después. Por unos instantes, cuando el agente la colocó frente a él y posicionó sus manos adecuadamente, perdió la noción del tiempo y se evadió del mundo que la rodeaba. Aquellos ojos claros, aquel mentón imperioso y la formidable figura masculina parecían protegerla de todos los que se encontraban en la sala. Le resultó extraño sentirse de aquella manera. Ni Eric, durante los siete años de matrimonio, le proporcionó sensaciones tan apacibles. De repente, la música comenzó a sonar y April aflojó su cuerpo. Al hacerlo, notó la presión de la mano que el

inspector había colocado en la cintura. La animaba. Aquel gesto, un tanto inadecuado, la alentaba a no rendirse.

—Déjese llevar —le murmuró cuando advirtió la debilidad en ella.

April levantó el mentón para contemplar aquel duro rostro, aquella mirada y, muy a su pesar, se quedó tan asombrada por la superioridad que mostraba que terminó aceptando el consejo. Cada giro, cada roce, cada movimiento que realizaron en aquel baile lo recordaría siempre. Jamás se halló tan segura y tan cuidada; el temor que la había acompañado desde la noche que Eric falleció desapareció para dar paso a una sensación de libertad y disfrute. En ese momento de placer, advirtió el calor que irradiaban las fuertes manos y alcanzó a inspirar el perfume que él desprendía. Su colonia, mezclada con una leve fragancia a whisky y a tabaco, se incrustó en su nariz con viveza.

—¿Dónde estuvo antes de venir? —se atrevió a preguntar cuando, después de un giro, ambos cuerpos quedaron de nuevo unidos.

—En el Club Reform —respondió Michael enarcando las cejas—. ¿Por qué lo dice?

—Porque huele a tabaco y a whisky —dijo un tanto avergonzada por su descarado comentario.

—He tenido que averiguar si un empleado del señor Reform le robaba —explicó—. Y ese hombre bebe y fuma demasiado —añadió.

—¿Usted no lo hace? —perseveró.

—¿Fumar y beber? —April asintió al tiempo que la melodía le sugería que debía dar un paso hacia atrás y realizar otro leve giro—. De vez en cuando —contestó cuando la tuvo de nuevo cerca—. Me encanta disfrutar de una buena copa de oporto si el trabajo me lo permite y suelo fumar un puro cuando me encuentro pensativo.

—¿Pensativo? —repitió ella interesada.

—No tengo un trabajo relajado, señora Campbell. Hay momentos en los que me enfrento a un sinfín de problemas de difícil resolución.

—Entiendo... —murmuró con suavidad.

—¿Se ha enfrentado, últimamente, a algún problema? —solicitó enarcando de nuevo las oscuras cejas.

—¿Se refiere a cómo puedo vivir después de la atrocidad que realizó mi esposo? —preguntó mirándolo con reticencia.

—Usted no es la culpable de eso. Solo es otra víctima de un criminal —apuntó con firmeza.



—Pues muchos de los que nos observan no piensan igual que usted, señor O'Brian —manifestó con tristeza.

—¿Alguien de los aquí presentes le ha hecho o dicho algo inadecuado? —demandó apretando la mandíbula.

—¿Delante de todos? ¡No, por supuesto que no! —soltó con mofa—. Tan solo se han acercado para ofrecerme las condolencias y para desearme que el *trance* desaparezca con prontitud.

—¿El trance? —insistió expectante.

—Así han llamado a la atrocidad que hizo mi esposo —explicó April de manera sarcástica.

—¿Quiénes?

—Todos los que se han aproximado a mí esta noche —contestó.

—¿Puede enumerarlos?

—¿A todos? —preguntó April abriendo los ojos de par en par.

—Los que recuerde...

—Lord Sheven, lord Forden, lord Carson y lord Rowling —mencionó sin poder borrar el asombro de su rostro.

—¿Alguien más?

—Creo que no —dijo—. Pero... ¿no se le ocurrirá hablar con ellos, verdad, señor O'Brian?

—No... —respondió dibujando una sonrisa maliciosa—. No sería apropiado hablar con esos *caballeros* en una fiesta como esta... —masculló.

—Entonces... ¿por qué me lo ha preguntado? —preguntó al mismo tiempo que notó cómo su mano, aquella que estaba aferrada a la suya, la apretaba tanto que empezaba a sudar.

—Interés policial, solo eso —comentó rápidamente.

Pero April sabía que no era así. El inspector aprovechó otro giro para visualizar a los hombres que había nombrado y sintió un extraño escalofrío al apreciar la manera en que los miraba. ¿Qué pretendía hacer? ¿Por qué se interesaba tanto en averiguar quién podría haberla herido en su ausencia? ¿Por qué podía escuchar un leve gruñido procedente de su garganta? ¿Acaso el inspector sentía algo por ella? «No pienses tonterías —se dijo—. Se trata tan solo de un comportamiento educado. Ten en cuenta que es un hombre que está acostumbrado a custodiar a los desvalidos y, en este momento, tú te hayas en esa situación. Todo lo que puedas deducir, además de eso, son meras conjeturas».

—Nos miran... —dijo después de un tiempo callada. Colocó su mano

izquierda en el amplio hombro y lo presionó, sin darse cuenta, por el temor que le causó ser observada con tanto descaro.

—Nos envidian —expresó él con una sonrisa.

—¿Envidiar? —dijo levantando el rostro y, por primera vez, dibujando una sonrisa tímida.

—¿Qué pensaría usted si observara que la mujer más hermosa de la fiesta baila con un hombre como yo? —señaló divertido.

—No soy tan hermosa y si alguno hubiese querido bailar, me lo habría pedido. Recuerdo quién soy, señor O'Brian, y en quién me he convertido... —susurró bajando el mentón.

—¡April, míreme a los ojos! —le ordenó—. No quiero que se sienta infeliz por cómo la observan esos insensatos —gruñó en voz baja—. Ninguno de los que nos contemplan puede obviar la mujer que es. Tiene un cabello hermoso, pese a que hoy ha deseado guardarlo en un moño poco favorecedor. Posee dos tonalidades que le proporcionan una belleza increíble y digna de envidiar por cualquier dama; según la perspectiva con la que se mire, se puede apreciar un color melado o dorado. Su figura es perfecta y, aunque la esconde bajo un vestido negro, esa prenda insinúa con descaro qué se encontrará bajo ella y, créame, un verdadero caballero no debería imaginar qué esconde...

—Señor O'Brian... —murmuró estupefacta mientras abría los ojos como ventanas.

—Su nariz, el arco de sus cejas, esos pequeños hoyuelos que muestra cuando sonrío y la claridad del color de sus ojos la hacen tan sensual como irresistible. Así que, dígame, señora Campbell, ¿cree de verdad que nos miran con repugnancia o con envidia? —prosiguió sin arrepentirse de sus palabras ni del sofoco que causó en ella al escucharlas.

—Entiendo la razón por la que lady Swatton lo adora. Es usted un hombre bastante encantador —declaró fijando su mirada en la corbata de color negro.

Justo al clavar sus ojos en ella descubrió cómo un dorado alfiler atravesaba la tela de la prenda. Era un escudo y si no erraba, se trataba del emblema de Scotland Yard. Había leído sobre ese regalo. Según los periódicos, cuando fue nombrado inspector, su antecesor se lo regaló para que nunca olvidara quién era y a quién debía servir. April deseó acariciarlo y sentir en sus dedos la rugosidad de aquel pequeño símbolo que, pese a no ser perceptible desde la distancia, él lo exhibía con orgullo.

—No me suelen describir de esa forma —comentó jocosamente—. Pero gracias... —Sonrió.

La música estaba a punto de llegar a su fin, pero, por muy extraño que pareciera, ella no quería que terminara. Le agradaba la cercanía del inspector, el tono de su voz y la extraña protección que le ofrecían aquellas manos sujetándola. Sin embargo, cuando los últimos acordes estaban indicando que todo finalizaba, notó que él no se apartaba de ella para despedirla. April levantó su mirada y se clavó en aquellos ojos azul mar. Sus cejas oscuras resaltaban con fuerza la tonalidad de su iris.

Lo estudió como quien lee una página de un libro interesante. No era un hombre como Eric. En realidad, no tenía nada que ver. Allí donde las facciones de su marido le otorgaban un semblante infantil, en el inspector solo mostraban masculinidad y virilidad. La marcada mandíbula, la nariz griega, el relleno de sus mejillas, la suave sombra oscura de la barba... No, no tenían nada en común. Si el rostro de Eric indicaba soberbia por su belleza, la del inspector mostraba experiencia, vivencia y determinación. Sabueso e implacable, las dos características primordiales del policía más elogiado en la ciudad surgieron en la mente de April con rapidez y firmeza.

—Ha acabado... —murmuró ella cuando la música dejó de sonar.

—Solo ha terminado la primera pieza que pensaba bailar con usted —explicó apretando sus manos aún más en ella.

—No sería correcto... —expresó al tiempo que sus mejillas se tornaban de un rojo intenso.

—Lo que yo no veo correcto es liberarla tan pronto —añadió.

—Pero rumorearán... y mi reputación le dañaría —manifestó atemorizada.

—¿Cree que está frente a un hombre que necesita cuidar su reputación? —preguntó enarcando las cejas.

—No.

—Entonces... ¿qué le impide aceptarme? ¿No será que usted no desea concederme más tiempo porque no soy un hombre con sangre azul? —la instigó. Necesitaba sacarla de ese ensimismamiento que la poseía, de ese estado de pesar y decepción. Le urgía ver en su mirada a la muchacha desafiante que lo apartó de su lado en aquel balcón.

—Si piensa eso de mí, está muy confundido —refunfuñó enfadada.

—Perfecto. Entonces, prosigamos con el siguiente baile y espero que sea un vals.

—¿Un vals? —dijo asombrada.

—No quiero pasarme los próximos minutos saltando como una liebre. Prefiero aprovechar ese tiempo sintiendo su cuerpo junto al mío —comentó sin más.

Había sido una mala idea aceptar el segundo baile... April se repetía una y otra vez que no había sido correcto porque, tal como auguró, fue un vals. Si todo el mundo se escandalizaba cuando las parejas atrevidas lo bailaban, la cara de espanto que mostraban aquellos que los observaban desvelaba qué estaban pensando sobre ellos.

En multitud de ocasiones, el inspector acercó su torso al de ella y lo mantuvo unido hasta que descubría que no le permitía respirar. La mano que debía permanecer en su espalda bajó hasta la cintura y advirtió que, en más de un momento, extendía sus dedos para tocar todo aquello que alcanzaba. Y sobre la cercanía de su rostro al de ella... April se quedó sin aliento cuando notó la calidez de la inspiración masculina acariciando su cuello. Estuvo a punto de arrodillarse, pero por suerte, aquellas manos la sujetaban con fuerza. No obstante, su mente, esa que intentaba aplacar desde que averiguó lo que necesitaba en la intimidad, la transportó al pasado, justo en el instante en el que conoció al inspector. Como era normal en él, se había acercado a ella con descarado, aunque en esta ocasión no había emitido palabras osadas sino tranquilizadoras. Pero aquella vez, lo que él le insinuó en el balcón de su hogar la perturbó durante días, semanas e incluso meses después de casada. Creyó, en vano, que Eric le ofrecería aquello que exhibía en su porte, pero erró. Ni durante la última semana de matrimonio, en la que su esposo visitaba su alcoba con más asiduidad, este le otorgó el ansiado placer. Tal vez porque en su mente solo había una imagen; la escena que un hombre descarado le narró una noche. April levantó sus ojos hacia el inspector. La observaba como si intentara averiguar qué pensaba. Se alteró tanto que se sonrojó. No, él no podía sospechar que en su cabeza volvía a resonar aquella inapropiada insinuación.

*—Yo también utilizaría esta mano, pero no para tocar mi rostro sino su cuerpo. La haría acariciarse frente a mí, desnuda, con los ojos abiertos para que fuera consciente de cómo me excitaría verla de esa manera tan espléndida. Sus pezones se pondrían duros, añorando el calor de mi boca para calmarlos. Entonces, haría que bajara esa mano hacia una zona que aún no ha sido alcanzada. Usted misma retiraría esos labios esponjosos e*

*hinchados por la pasión y, para recompensarla por cumplir mis mandatos, me arrodillaría frente a sus piernas, colocaría mi cabeza entre ellas y, mientras mi nariz se impregnara de esa esencia de mujer que desprendería por la excitación, mi lengua recorrería cada rincón de su sexo. Bebería de usted. Bebería tanto que calmaría mi sed para el resto de mi vida.*

Notó cómo aumentaba su temperatura. Sintió una punzada de dolor en la unión de sus muslos y cómo se le aceleraba el corazón; era incapaz de mirarlo por la vergüenza que le causaban sus inadecuados pensamientos. No era apropiado mantener esa actitud desinhibida, debía hacerla desaparecer lo antes posible. Tal vez su padre tuviese razón y necesitaba buscar un amante. Pero... ¿quién?

—Relájese —le murmuró Michael con voz agónica.

—¿Disculpe? —preguntó April sonrojándose aún más.

—Le digo que se relaje —repitió O'Brian respirando entrecortado.

—Estoy tranquila... —respondió la mujer sin aliento.

—¿Ve mi dedo pulgar apretando su muñeca? —le indicó—. He notado que ha aumentado su ritmo cardíaco. También he advertido que respira de manera abrupta. Sin obviar cómo ha aumentado la rigidez de su espalda. Mucho me temo que si la mano que tengo en su cintura fuera descarada y bajara indebidamente hacia sus muslos los encontraría prietos, como si intentara sofocar una excitación iniciada en su sexo —declaró sin apenas respirar—. ¿Está excitada, señora Campbell? ¿La excita tenerme así?

April no fue capaz de decir ni una sola palabra. Mantenía los ojos abiertos como platos, sus latidos se aceleraron aún más y la excitación, esa que había percibido él, aumentaba sin poder controlarla. Notaba su humedad, notaba cómo le ardía aquella zona reclamando ser consolada. Sin embargo, ante tal barullo de ideas, una voz en su cabeza le preguntaba cómo era posible que el señor O'Brian descubriese lo que sentía en aquel momento con tanta facilidad.

—Si no se relaja —prosiguió Michael con voz asfijada por el deseo —... pronto descubrirá una dureza chocando contra su cintura y no sería apropiado para ninguno de los dos ese estado de descontrol. ¿Me equivoco? —preguntó arqueando las cejas.

—Lo siento... —habló April agachando la cabeza—. Nunca debimos bailar una música tan atrevida.

—Estaría todo el tiempo bailando esta *música tan atrevida*, señora

Campbell. Pero le aseguro que, en mi mente, ninguno de los dos estaría vestido —prometi6.

Y, de pronto, la m6sica ces6. Michael tom6 aire e intent6 dominarse. Siempre mantenía un increíble control en todo lo que se refería a él y a su entorno, pero estar al lado de ella, sentirla y oler su excitaci6n le caus6 un inesperado desorden mental. Le ofreció el brazo para que ambos pudiesen regresar hacia las dos mujeres que no habían apartado sus ojos de ellos ni un solo instante. Lady Swatton seguía sonriendo y el brillo de su mirada le indic6 que sabía, con certeza, qu6 le ocurría. Ella lo conocía bastante bien. No solo en su vida corriente sino tambi6n en la oscura y, por la expresi6n de su rostro, se mofaba de la p6rdida de control. Por otro lado, Florence Campbell no parecía haber descubierto nada, aunque sonreía de placer al ver que su hija por fin bailaba con un hombre. Michael estaba seguro de que si supiese qu6 le había insinuado a su querida hija, cogería lo primero que tuviese a su alcance y le golpearía en la cabeza.

—¿Dos piezas seguidas? —pregunt6 Vianey mientras se abanicaba—. Un acto bastante descarado, ¿no le parece, se±or O'Brian?

—Es lo m6nimo que podía hacer por la se±ora Campbell despu6s de esta tortuosa velada.

—Todo el mundo os observaba —habl6 Florence orgullosa—. Creo que en el fondo os tenían envidia.

—Si alguno de los presentes fuera un hombre sensato, se encontraría en un estado de c6lera ante mi acto —añadi6 Michael divertido.

Seguía sofocada. Pese a darle algo de tiempo mientras la hacía regresar junto a las mujeres, April continuaba excitada. ¿Qu6 le habría provocado ese estado? ¿Habría sido el baile? O tal vez su forma de tocarla. Fuera lo que fuese, ella debía hacer desaparecer esa inapropiada zozobra. De repente pens6 en un tema que la dejaría helada, pero justo cuando se gir6 para hablarle, una persona entr6 en la sala con urgencia. Michael dirigi6 sus ojos hacia el nuevo personaje y frunci6 el ce±o al descubrir la silueta de su hombre de confianza.

—Inspector —dijo a modo de saludo Borshon—. Lo necesitamos.

—¿Ahora? —espet6 Michael de malhumor.

—Se±or... —cuchiche6—, hemos encontrado a otra —desvel6.

—Está bien —dijo con un suspiro—. Milady, se±oras... he de marcharme. Como ya les advertí, mi vida privada siempre se ve interrumpida por la laboral.

—¿Ya se marcha? —pregunt6 Norman Campbell tras el inspector.

—Sí, así es —respondió Michael enderezando su espalda.

—Nosotros también —afirmó mirando a Florence—. Creo que mi esposa está agotada, ¿verdad?

—¿Sí? —preguntó Florence enarcando las cejas. Al ver cómo los ojos de su marido se clavaban en ella continuó—: Tienes razón, querido. Debemos marcharnos. Estoy tan cansada que no soy consciente de lo fatigada que me hallo.

—Pues si os vais —intervino Vianey—, la fiesta ha finalizado para mí también. Señor O'Brian, ¿sería tan amable de llevarme hasta mi hogar? Como ha advertido el señor Campbell, mi amiga está bastante exhausta y no querría molestarles obligándoles a soportar mi compañía durante más tiempo.

—Pero, Vianey... —murmuró Florence mirando a su amiga.

—No te preocupes, querida —le dijo agarrándole las manos y apretándola con ternura—. Estaré al lado de un agente y él me protegerá si intentan asaltarnos, ¿verdad, señor O'Brian?

—No lo dude, milady —comentó divertido Michael mientras observaba que April continuaba ausente.

—No nos demoremos más —apuntó Norman—. No me gustaría que mañana publicaran en los periódicos que nuestra inoportuna compañía provocó que el señor O'Brian no cumpliera con su deber.

—¡Padre! —exclamó April frunciendo el ceño—. ¿Cómo puede ser tan irónico?

—No se preocupe, señora Campbell —intercedió Michael—. No es el primero ni será el último que se mofe de mi profesión.

—Pero jamás hablará así delante de usted. No se lo permitiré —dijo airada.

—Lo siento, cariño. No pensé... —intentó decir Norman, que aguantó una carcajada de jovialidad. Lo sabía. Lo supo desde el momento que los observó. Solo debía interceder un par de veces más y... ¡todo estaría en su lugar!

Florence agarró con fuerza el brazo de su esposo y tiró de él hacia el *hall*, deseaba preguntarle por su inadecuado comportamiento, pero temía que le respondiera con evasivas. Ella conocía cómo odiaba al inspector desde que investigó la muerte de Eric y cómo deseaba arrancarle el corazón desde el momento que insinuó que él había asesinado al marido de su hija. ¿Cómo podía pensar una cosa así de su marido? ¿Acaso tenía la típica actitud de un

asesino? Con miles de pensamientos en su cabeza, recibió el abrigo de manos de Norman.

April los acompañaba en silencio, pensativa, alejada de ellos. Florence la miró de reojo, intentando averiguar qué le sucedía, pero no había en su rostro algo que le explicara lo que deseaba saber.

Tras despedirse de Vianey y del inspector, los tres subieron al carruaje.

Michael miró de reojo a April mientras le ofrecía la mano a su acompañante para subir al interior del carruaje. Parecía anonadada, tal vez incluso perdida. ¿Habría actuado de manera incorrecta? ¿Debió comportarse de otra forma? Tras acomodarse en su asiento miró a la baronesa con recelo.

—¿Me vas a explicar ahora por qué has recurrido a mí para que te acompañe? —espetó cuando posó la cabeza sobre la mullida pared.

—Necesitaba tener unas palabras contigo —respondió Vianey mientras arreglaba su falda.

—¿Sobre qué? —preguntó al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Voy a iniciarla —respondió con suavidad.

—¿A quién? —preguntó con desgana.

—Para mí se llama April, para ti, la señora Campbell —contestó dibujando una enorme sonrisa.

—¡Jamás! —exclamó airado—. ¡Ella no lo aceptará!

—¿Eso es lo que piensas, *señor Dark*? Porque he percibido otra cosa ahí dentro. No sé muy bien qué le has dicho ni qué le has hecho, pero he visto su excitación a leguas. ¡Hasta un ciego podría haberlo observado con claridad!

—Ella no es...

—¡Lo es! —exclamó—. Y la única manera de salvarla es llevándola allí. Estoy segura de que alguno la elegirá con prontitud no solo por su belleza sino por la actitud que mantiene. ¿Acaso no te has dado cuenta? ¿Tan desconcentrado estás que no has sido capaz de captarla?

—Ha dado leves matices de ello..., pero pensé que solo era una alucinación por mi parte —reflexionó al tiempo que cerraba los ojos.

—¿Ella es la razón por la que abandonantes a tu *sirvienta*? —soltó a bocajarro.

—Ella es la única razón de todo, *señora Hard* —apuntó con retintín.

—Pues si no quieres escuchar cómo jadea con otro dominante, te recomendaría que acudieras el miércoles al Club. Si todo sale como lo tengo planeado, la podré llevar ese día por la noche.

—No podrás sacarla de Shother —indicó con mofa—. Se ha



atrincherado en la mansión con uñas y dientes.

—Pero de repente me estoy encontrando bastante mal y a una mujer de mi edad, sola y enferma podría sucederle cualquier cosa —añadió divertida.

—¿Quieres engañarla? ¿Pretendes atraparla con falacias? —espetó enojado.

—Hablaré con April antes de subirla, si ella no lo desea, no ascenderá las escaleras. Pero estoy convencida de que lo hará y más rápida que un galgo —sentenció satisfecha.

—Que nadie la escoja —declaró con firmeza—. No se la ofrezcas a nadie hasta que yo aparezca. April debe ser mía de una manera o de otra.

—Si tanto la deseas, ¿por qué no has intentado conquistarla después de enviudar? —se interesó Vianey.

—Ella me retiró de su vida hace mucho tiempo y la he respetado siempre... —reflexionó.

—Pero... el *señor Dark* no respeta a nadie salvo a sí mismo, ¿verdad? —dijo clavando sus ojos en él.

—El *señor Dark* no respeta a nadie salvo a ella —sentenció antes de mirar hacia la ventana y dar por concluida la conversación.

# CAPÍTULO VI

## **Miércoles, 9 de la mañana. Residencia de los Campbell.**

Se despertó de nuevo empapada en sudor. April apartó la sábana y se levantó desesperada de la cama. No podía controlar los sueños, inadecuados dada su situación. Desde que bailó con el inspector, su mente no se encontraba tranquila. Todo se transformó en un caos y, por mucho que deseaba hacer que parara, cuando cerraba los ojos su cerebro se dejaba llevar por las sensaciones y las palabras que él le dijo. Debido a ello, desde el mismo sábado, lo contemplaba a su lado, tocándola con una suavidad desesperante, susurrándole cosas que ninguna dama respetable debería escuchar.

Pero lo que verdaderamente la dejaba sin respiración, lo que sin duda alguna le producía un increíble baño de su propio sudor, era la manera de poseerla, con fuerza, pasión y una ansiedad monstruosa. Sus sueños eran tan reales que, incluso después de abrir los ojos, sentía una quemazón en la unión de sus muslos y sus pezones permanecían duros como piedras. Todo su ser reaccionaba como si aquello que visualizaba en la mente fuese realidad y no un producto de su imaginación.

Sofocada, se dirigió hacia la palangana y se mojó la cara con el agua helada que contenía la vasija. Sin secar las gotas que vagaban por el rostro, se miró en el espejo. Sus mejillas aún ardían y un brillo extraño en sus ojos se reflejó en el cristal. Su iris no era verde sino negro. Tan negro como una noche bajo el manto de nubes oscuras. Agachó la cabeza, avergonzada por su inapropiado comportamiento. Una mujer como ella no podía dejarse llevar por ese tipo de perversiones, aunque tuviese la certeza de que las necesitaba y cada vez más.

Se retiró despacio, como si temiera despertar a la mujer que se reflejaba en el espejo. Sus pies descalzos apenas emitían ruido. Un fantasma. Así se definía April en esa situación. Con un camisón negro que le cubría hasta las rodillas, el pelo mojado por el sudor, el rostro pálido por la vivencia de su sueño y el leve latido del corazón se asemejaba más a un espectro errante que

a una mujer deseosa de vivir feliz el resto de sus años. Estiró la mano izquierda para descorrer la cortina y notó en aquel cotidiano gesto un leve temblor. No de frío sino de lujuria. Esa que le provocaba la presencia del inspector a su lado, de sus atrevidas palabras murmuradas cerca del oído, de sus caricias y de aquellas fuertes invasiones en su cuerpo. ¿Cómo podía actuar de esa manera tan descarada? ¿Por qué era incapaz de serenarse?

«La respuesta la tienes ante ti —se dijo—. ¿Crees que soportarás una vida de castidad? ¿De verdad has podido pensar que remendarás el error que cometiste al casarte con Eric comprometiéndote a no permanecer con otro hombre?». El temblor empezó a recorrerle el cuerpo. Tanto se agitó, que terminó por sentarse sobre la esquina derecha de la cama. Escuchó, en el silencio de la habitación, el repiqueteo de sus dientes. ¿Estaría enferma? ¿Se habría enfermado su mente después de la muerte de Eric? Sería lo normal tras lo sucedido. No era fácil enfrentarse con entereza a la nueva vida, esa que había querido cambiar por completo. Sin embargo, su mente, la que creía trastornada, le gritaba que no era enfermedad lo que sentía, sino deseo. Un increíble deseo por experimentar lo que el inspector le insinuaba. ¿Acaso no estuvo a punto de desmayarse cuando le dijo que bailarían desnudos? Sí, y casi cerró los ojos para dejarse caer al suelo, pero debía mantener una aparente serenidad, igual que la mostrada por él en todo momento. Porque, aunque notó cómo la presión en su cintura se hacía cada vez más fuerte, el hombre supo controlarse en milésimas de segundo.

No obstante, ella seguía sufriendo aquella excitación y continuaba rememorando cada palabra, cada gesto y cada caricia que sintió en sus dos bailes. Fue un descarado. ¡Sí que lo fue! El señor O'Brian no analizó la situación que ambos vivieron frente a los demás. Quería bailar con ella, quería hacerla temblar de lujuria, quería mostrarle que él podía calmar sus dolencias y, por desgracia, tenía razón. Ninguno de los presentes en la fiesta captó su interés. No le importó que solo se acercaran a ella para darle absurdas condolencias. April los admiró en silencio esperando a que alguno de ellos despertara en ella las ganas de soñar. Sin embargo, hasta que él no apareció, su corazón permaneció aletargado. Tan solo cuando O'Brian se acercó y le preguntó, de aquella manera tan contundente, si deseaba bailar, ese apacible latir se desenfrenó.

Enfadada por su pérdida de control, se levantó y caminó decidida hacia el cordón que avisaba a la doncella al tirar de él. Tenía que hacer desaparecer esos pensamientos y la mejor manera para lograr tal propósito era volver a su

vida rutinaria. Se vestiría, bajaría a desayunar, leería el periódico y, si su padre había programado otra reunión, se mantendría sentada tomando notas de todo lo que se comentara.

—Buenos días, milady —saludó la criada nada más abrir la puerta.

—Buenos días, Ethere —respondió regresando al tocador. Evitó mirarse otra vez, rehusó observar a la mujer que allí se contemplaba. Había decidido convertirse en otra persona diferente. Una que guardaría sus deseos en una caja, la cerraría con candado y la lanzaría al mar para que las olas la alejaran de su lado.

—¿Desea algo especial para esta mañana? —preguntó la sirvienta al tiempo que caminaba hacia el vestidor.

—¿Qué te parece un vestido negro? —sugirió sarcástica.

Ante tal comentario, la doncella se giró hacia ella y abrió los ojos como platos.

—Era una broma, Ethere. Puedes escoger el vestido que más te guste —dijo sonriente.

—Su padre me ha informado que tendrá que acudir a una reunión en la biblioteca, así que, si no le importa, me decantaré por el vestido de gasa.

—¿No será algo atrevido? —dudó entornando los ojos.

—Su cuello estará oculto bajo la tela, milady. Si me permite la opinión, no lo será —comentó al tiempo que descolgaba la prenda y se la mostraba.

—Está bien... —suspiró—. Me lo pondré.

¿Cuánto tiempo luciría aquel triste color? ¿Cuánto tiempo tenía que seguir mostrando una aflicción que no sentía?

Cada vez que se ocultaba bajo aquella tonalidad, su estómago daba un vuelco y ansiaba vomitar. Sí, eso era lo único que le producía acordarse de los siete años que vivió con Eric: náuseas. Mientras Ethere le apretaba el corsé y le abotonaba el vestido, April no paraba de pensar que pronto dejaría un luto que solo le recordaba su horrible pasado y, al igual que había decidido ser la mujer que fue antes de conocer a Eric, dejaría atrás una indumentaria que odiaba con todas sus fuerzas.

—Lady Gremont —dijo la doncella.

—Señora Campbell —rectificó April con firmeza—. Desde ahora me llamarás de esa forma. No más lady, ni vizcondesa ni nada que haga referencia a la vida que tuve de casada.

—Señora...

Ethere se quedó atónita, volvió a abrir los ojos como ventanas y se llevó

su mano derecha hacia el abdomen. No podía llamar así a una vizcondesa. Por mucho que ella había decidido eliminar quién era, los sirvientes debían tratarla como una mujer de la alta sociedad.

—Si tienes alguna duda al respecto —prosiguió April con solemnidad—, házmelo saber ahora mismo.

—No, señora —murmuró agachando la cabeza.

—Perfecto, gracias. ¿Dónde has dicho que se encuentra mi padre? —quiso saber al tiempo que la doncella se acercaba a ella para peinarla.

—En el comedor. El señor Campbell se encuentra en estos momentos desayunando.

—Déjame algunos cabellos sueltos —comentó al advertir que Ethere amontonaba su melena para enredarla en otro moño que, según el señor O'Brian, no le favorecía.

—Como desee... —murmuró la doncella más atónita si cabía.

Percibió que después de salir de su habitación se encontraba más serena. Ese cambio de actitud la satisfacía, hasta cuando bajó las escaleras lo hizo de manera altiva, segura y con fuerza. No le hizo falta agarrarse a la baranda, ni mirar al suelo para evitar un tropiezo con los escalones. Tenía el mentón alzado y sus ojos miraban hacia la puerta como si esperaran la presencia de alguien. Pero... ¿a quién? Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro.

Ella sabía perfectamente quién era la persona que deseaban contemplar sus ojos. Solo aquel que la visitaba por las noches en sus sueños: el inspector. Sin embargo, esa amplia sonrisa se desvaneció con rapidez al pensar que el hombre no tenía interés en ella salvo utilizarla para descubrir si su padre había envenenado a Eric. Sí, esa era la única razón por la que se acercaba a ella, por la que le insinuaba cosas perversas y la exaltaba. Era un sabueso, como lo denominaban los periódicos. Un hombre que utilizaba cualquier artimaña para lograr esclarecer un caso y, en ese momento, era averiguar si su padre había introducido el veneno en el oporto de Eric.

Ese pensamiento negativo la hizo tropezar justo en el último peldaño y, como consecuencia, tuvo que agarrarse a la barandilla. April estuvo a punto de soltar una maldición o dar un grito, pero se contuvo. No debía alertar a nadie con tonterías. Necesitaba seguir mostrando entereza pese a ser consciente de que solo podía lograrlo cuando pensaba en el inspector de una manera positiva. Tras recomponerse, se dirigió hacia el comedor. Apoyaba su mano en el pomo cuando escuchó una sonora carcajada. Esa forma de reír solo podía pertenecer a su padre y, si no erraba, algo le había agradado

demasiado. ¿Qué sería?

—¡April! —exclamó Norman con bastante entusiasmo al verla aparecer. Sin pensárselo dos veces se levantó de su asiento y caminó hacia ella.

—¿Padre? —preguntó enarcando las cejas—. ¿De qué se ríe? ¿Qué le ha resultado tan gracioso? —insistió al tiempo que aceptaba un beso de Norman en la mejilla.

—Ven, cariño, siéntate. Mientras te tomas el desayuno te explicaré qué me ha hecho tanta gracia —comentó feliz. *Extrañamente feliz*.

April se sentó en su silla, justo a la izquierda de su padre. Nunca decidieron adoptar esa regla que poseían los aristócratas de mantenerse alejados unos de otros. Los Campbell eran diferentes y eso reforzaba aún más el amor que se profesaban.

—¿Recuerdas qué lores se acercaron a ti en la fiesta? —preguntó Norman al mismo tiempo que una sirvienta vertía el café en la taza de April.

—Se acercaron muchos... —contestó con desdén mientras cogía entre sus manos la taza hirviendo y calentaba con ella las palmas—. Si puede ser más concreto, se lo agradecería —añadió antes de dar el primer sorbo.

—¿Recuerdas quién te habló sobre el deseo de que pasaras con rapidez ese desdichado *trance*? —perseveró Norman con una mirada difícil de explicar.

—¿A qué viene esa tontería? —dijo disgustada—. ¿Por qué no cesa de mirarme y de observar el periódico con el rabillo del ojo?

—Por favor, April, concédeme este deseo —pidió divertido—. Necesito que me enumeres a los caballeros que te dijeron esa estupidez.

—Lord Sheven, lord Forden, lord Carson y lord Rowling —dijo enfadada—. ¿A qué viene este tipo de preguntas, padre? ¿Acaso quiere hacer que reviva los peores momentos de esa dichosa fiesta?

—No, cariño, solo quiero aclarar ciertas dudas —añadió con suspicacia—. Además de nosotros... ¿alguien más sabía lo que ellos comentaron? —insistió.

—¡Ya basta! —exclamó desesperada—. ¿Me va a decir, de una vez por todas, qué diablos sucede? ¿Por qué quiere que le repita esos nombres? ¿Por qué sonrío de esa forma?

—Toma —dijo acercándole el periódico—. Lee tú misma a ver qué te parece la noticia —aclaró con una sonrisa tan grandiosa que podían partírsele los labios en cualquier momento.

Decidida y enfadada por todo el misterio, April cogió de mala gana el

papel, lo posó a su lado y comenzó a leer la noticia que tanto divertía a su padre. Cuando resolvió el enigma, sus ojos se abrieron como platos, su corazón empezó a latir desenfrenadamente y sus manos comenzaron a sudar tanto que mojaron las páginas que tocaron.

—¿Entiendes ahora la razón por la que te preguntaba si alguien más sabía los nombres de esos zoquetes? —inquirió reclinándose en el asiento y cruzándose de brazos.

—Pero... pero... ¿cómo es posible? ¿Cómo...? —titubeó mientras miraba a su padre y la noticia. No daba crédito a lo que se había publicado. Debía de ser una cosa del azar porque, de lo contrario, no hallaba entonces una explicación lógica.

—¿Quién lo sabía, April? —repitió Norman observándola sin parpadear.

—Esto es una mera coincidencia —dijo apartando el noticiero de su lado como si quemara.

—¿Estás segura de que solo se trata de una *coincidencia*? —manifestó frunciendo el ceño.

—Sí —respondió al tiempo que cogía la taza con una mano e intentaba tomar un sorbo de la bebida. Cosa que no pudo hacer porque esa mano no dejaba de temblar.

—Pues... ¡qué casualidad que los cuatro mismos lores que intentaron humillarte en la fiesta hayan sido arrestados por el inspector O'Brian con cargos de impagos en el Club Reform!

—La gente suele aparentar lo que no es... —murmuró fijando sus verdes ojos en el líquido negro—. Usted, mejor que nadie, sabe que hay muchos caballeros que fingen poseer montañas de oro y luego tienen detrás un centenar de acreedores.

—¿No ayudó nuestro querido inspector al señor Reform la noche de la fiesta? —preguntó mordaz—. No sé... Creo que esa fue la excusa que puso el afamado agente...

—¡Inspector! —le rectificó con energía.

—De acuerdo... —dijo con una sonrisa aún mayor—. Inspector. En fin... ¡Qué casualidad! ¡El destino está lleno de sorpresas! —exclamó jocoso. Cuando calmó toda su exaltación se inclinó sobre la mesa, cogió la mano temblorosa de April y la miró a los ojos—. ¿Él lo sabía? —preguntó con firmeza.

—¿Quién? —soltó sin poder levantar su rostro.

—April... —masculló.

—Sí, lo sabía —confesó al fin.

—¿Cuándo?

—Cuándo, ¿qué?

—¿Cuándo se lo dijiste? —aclaró.

—En el primer baile, después de que me confesara que olía a tabaco y alcohol porque el señor Reform bebe y fuma demasiado.

—Así que no mentía... Estuvo trabajando... —Volvió a reclinarse y se acarició la escasa barba blanca mientras fijaba sus ojos negros en el techo.

—¿Por qué iba a mentir? —preguntó April entornando los ojos.

—Poca gente suele decir la verdad, cariño. En esta sociedad egoísta y dañina, pocos hombres mantienen en sus conversaciones algo tan valioso como la sinceridad —reflexionó.

—Él no fue del todo sincero... —susurró al tiempo que exhalaba con tristeza.

—¿No? ¿Por qué lo dices? —se interesó Norman.

—Me prometió que no hablaría con ellos y, como puede observar, no cumplió su palabra —explicó con cierto enfado.

—Si estos cretinos hubiesen insultado a tu madre, yo tampoco hablaría con ellos, cariño. Tal vez hallarían sus cuerpos flotando en el río —declaró con determinación.

—¿Padre! ¿Acaso no entiende que ese tipo de comentarios no le benefician? —preguntó desesperada.

—Era una manera de hablar... Lógicamente no podría hacerlo, no soy un criminal, pero si poseyera el poder que tiene el señor O'Brian habría hecho lo mismo que él.

—¿Con qué propósito? ¿Qué imagina que lo ha llevado a hacer esa tontería? —cuestionó April levantando la voz.

—¿Acaso no te das cuenta de lo que ese hombre está dando a entender? —dijo con los ojos abiertos.

—¿Qué está intentado mostrar, padre? ¿Qué es un sabueso testarudo? ¿Qué ningún hombre de sangre azul puede eludir a la justicia? —bramó.

—April... —dijo intentando calmarla—. Él solo quiere dejar claro que nadie debe hacerte daño.

—¿Por qué? ¿Por qué quiere hacer ese tipo de actos? —clamó levantándose del asiento y colocando sus palmas sobre la mesa.

—Cariño... ¿es que no te das cuenta? ¿Tan obtusa te has vuelto después



de casarte con Eric? April, cielo, él se interesa por ti...

—¡Mentira! —gritó—. ¡Ese hombre solo quiere averiguar si usted mató a Eric! ¡Y la única manera de lograrlo es a través de mí! —prosiguió alterada—. ¿No se da cuenta de que solo quiere confundirme? ¿No es capaz de entender que la única forma de conocer qué pasó es aparentar un interés hacia mí?

—¿Aparentar un interés? —alzó la voz Norman—. Esos necios llevan dos noches en prisión y, ¿crees que solo lo ha hecho para aparentar interés? Piensa un poco, April Campbell. Si se descubre que el inspector detuvo a tres barones y a un vizconde por error, su carrera policial terminará en el mismo instante que ellos salgan a la calle. Todo por lo que ha luchado durante estos años se evaporará como el humo, sin contar con la humillación que obtendría y, por supuesto, sería él quien se pasaría en prisión el resto de su vida. ¿Crees de verdad que ha actuado por un falso interés? —señaló enérgico para que su hija entendiera lo que intentaba explicarle de una vez por todas.

—Entonces, si han sido apresados por sus indebidos actos, el inspector solo ha hecho su trabajo. Y, hasta lo que yo sé, nada de eso tiene que ver con mostrar interés en mí —declaró antes de abandonar el desayuno y caminar hacia la puerta.

—Deberías darle una oportunidad... —señaló Norman sin moverse de su asiento.

—¿Una oportunidad? —gruñó al tiempo que se giraba sobre sí misma. Fue tan brusco el movimiento que se arremolinó la falda de su vestido en la cintura—. ¿Para qué debo darle una oportunidad? ¿Para averiguar lo que desea?

—No logrará averiguar nada porque yo no hice nada. Fue Eric quien se envenenó porque sabía que lo atraparían y era tan cobarde que no fue capaz de asumir su propio destino —manifestó con solemnidad.

—Como bien dice, no todos los caballeros suelen ser sinceros. Buenos días, padre. No me espere en la reunión, he de aclarar ciertos temas de *mi interés* —expuso antes de volverse de nuevo hacia la puerta y cerrarla de un portazo.

April apoyó la espalda en la puerta. Respiró varias veces intentando hallar un resquicio de paz, pero era imposible obtenerla. Otra vez el inspector se metía en su vida. Sin embargo, en esta ocasión no era en sus sueños sino en la realidad. ¿Por qué había hecho tal barbaridad? ¿Cómo se había atrevido a poner en peligro su puesto de trabajo? ¿Acaso había perdido la sensatez? Sí,

eso debía de ser. Por mucho control y autoridad que mostrara, se dejaba llevar por la ira y eso no lo toleraría jamás en un hombre.

Había sufrido bastante con Eric como para seguir soportando a otro perturbado más. Por supuesto, si había alguna atracción hacia él, si por un instante había sentido un inapropiado deseo hacia aquel arrogante, tras cerrar la puerta, desapareció. Ahora solo le quedaba dejarle bien claro que ella no permitiría ser humillada de nuevo.

## CAPÍTULO VII

Cuando le explicó a su madre lo sucedido, se puso más feliz incluso que su padre. April tenía la esperanza de que la apoyara en su posición y que se enfadara al igual que hizo ella. Pero según advirtió, para ambos el comportamiento del inspector fue el adecuado. Allí donde encontró una gran carcajada por parte de su padre, en Florence obtuvo una sonrisa grandiosa y multitud de palmeos, igual que una niña frente a un vestido nuevo. ¿Cómo podían obrar de esa manera?

—Solo les ha dado aquello que se merecen —dijo entusiasmada Florence—. Y me alegro que, por fin, alguien tenga el valor suficiente para poner a todos esos petulantes en el lugar que les corresponde.

—¿A costa de su propio porvenir? —preguntó asombrada e incrédula.

—Estoy segura de que el señor O'Brian ha estudiado minuciosamente cada caso, querida. Como has podido comprobar, desde que apareció en nuestra casa para indagar sobre el inesperado fallecimiento de tu esposo, siempre ha actuado con cautela y precisión.

—Madre... ¡Ha intentado acusar a padre de esa muerte! —le refrescó la memoria.

—Imagino que tuvo que barajar multitud de opciones y, lógicamente, tu padre era el hombre más obvio para asesinar al bastardo con el que te casaste —dijo con una frivolidad tan espeluznante que April se quedó helada.

—¿Y si fuera verdad? ¿Y si padre le hubiese envenenado? —insistió.

—¡Bobadas! ¡Norman es incapaz de matar a nadie! Todavía recuerdo la cara de espanto que puso cuando Larson aniquiló la rata que apareció en la biblioteca. Por si te falla la memoria, he de mencionarte que encontré a tu querido padre subido en una silla gritando como un niño aterrorizado.

April sonrió levemente al recordar aquel momento. Tal como narró Florence, su padre estaba tan asustado que el mayordomo tuvo que darle láudano durante tres días seguidos. No apareció por la biblioteca hasta que Larson le aseguró que ningún roedor volvería a tocarle los pies. Tenía razón, Norman no era el culpable de la muerte de Eric, había sido él mismo quien, en un acto de cobardía, se había suicidado para no hacer frente a su propia

maldad. No había otra explicación y todo ese tema quedaría zanjado en cuanto apareciera por Scotland Yard. Porque las conjeturas del inspector la estaban perturbando tanto que hasta había creído en la culpabilidad de su amado padre.

—¿Vas a visitarlo? ¿En su trabajo? —preguntó Florence cuando April le informó sobre sus intenciones.

—He de aclararle ciertos términos —comentó ella mientras se colocaba el abrigo y aceptaba los guantes que le ofrecía Larson.

La había seguido. Su madre caminó detrás de ella hasta el *hall*.

—¿Términos? ¿A un inspector? —soltó asombrada—. ¿Qué clase de términos deseas aclarar a un hombre como él? April Campbell... no se te ocurrirá hacer ninguna tontería, ¿verdad?

—Solo quiero dejarle bien claro que no debe hostigarme —declaró con firmeza al tiempo que se ajustaba los guantes en las manos.

—¿Hostigarte? —espetó elevando las cejas—. Pero si ese pobre hombre solo ha querido mostrar a los demás que debes ser respetada. ¿En qué momento te *ha hostigado* el señor O'Brian? Porque, que yo recuerde, en las únicas veces que ese caballero se ha acercado a ti solo ha mantenido un comportamiento adecuado y digno.

April la miró de reojo. El rostro de Florence estaba encendido por la ira. Ella admiraba al inspector y esa rabia reflejada en sus mejillas lo confirmaba. Pero no era el momento adecuado de confesarle que él le había hablado con osadía, que sus palabras llevaban noches perturbándola, que el susurro de su voz estaba tan metido en su cabeza que la hacía desear cosas inapropiadas. Tan solo sonrió levemente, le dio un beso y le dijo:

—No tardaré. Solo me ausentaré una hora.

—No deberías ir. Además, hoy no es el día adecuado para que te marches —comentó Florence sin apartar los ojos de ella.

—¿Por qué no es el día adecuado? —se interesó volviéndose hacia su madre.

—He recibido una nota de Vianey. Parece que está algo enferma y me ha pedido que la acompañe esta noche. Sin embargo, tu padre me ha informado que justo hoy tenemos una cena con el señor y la señora Shalfeit.

—¿El futuro inversor? —preguntó April arqueando las cejas.

—Sí, el mismo. Norman había quedado para hablar con él el próximo lunes, pero un viaje imprevisto ha alterado todos sus planes. Así que, como comprenderás, no puedo presentarme en casa de Vianey y la única alternativa

plausible eres tú.

—¿Yo? —espetó asombrada.

—¿Quién si no? ¿Crees que mandaría a un sirviente para cuidarla? ¡Ella me mataría si hiciera una tontería así! Ya sabes lo cabezota que es y me reprocharía los años de amistad que mantenemos. Le debo ese favor, April. Vianey es la única que ha seguido a mi lado después de casarme con tu padre —alegó con tristeza.

—Está bien... —consintió después de meditar sobre el cambio de planes —. Le diré a Ethere que me prepare algo de ropa para quedarme con ella, pero no alteraré mi decisión. Antes de ir a Jhopenser, visitaré Scotland Yard —sentenció volviéndose y subiendo las escaleras.

Florence la observó en silencio. Pese a haberla tenido en sus entrañas nueve largos y angustiosos meses, su querida hija era igualita a Norman. Nada la hacía cambiar si tomaba una determinación. Como hizo su marido cuando la conoció, lucharía con uñas y dientes para lograr su propósito, aunque eso le costara su propia destrucción.

Tras suspirar, regresó al pequeño saloncito. Necesitaba apaciguar la inquietud que sentía pintando un nuevo lienzo. Solo esperaba que, esta vez, no predominara tanto el color negro.



No se demoró demasiado. Gracias a la eficacia de la doncella, poco tiempo después de hablar con su madre ya estaba subida en el carruaje con rumbo a Scotland Yard. Desde que inició el trayecto, April iba pensando cómo enfrentarse a un hombre que le causaba tanta inquietud. ¿Sería capaz de mirarle a los ojos, esos claros y bonitos ojos, para soltarle que no volviera a acercarse a ella? Debía mantenerse firme, frenar cualquier impulso erróneo y adoptar esa actitud fría y aristocrática que aprendió viviendo con Eric. Miró de reojo el exterior a través de la ventanilla. Si no erraba, pasaban por la estación de Charing Cross, así que le faltaban unos escasos minutos para girar hacia Great Scotland Yard y llegar a la comisaría. Contuvo la respiración, esa que se había agitado al descubrir lo cerca que se encontraba ya. El corazón parecía querer salir de su pecho y las manos, esas que se hallaban prisioneras bajo unos elegantes guantes de ante negros, sudaban a raudales. Justo cuando el cochero aminoró la velocidad, pensó que había sido mala idea aparecer en aquel lugar. ¿Cómo la recibiría? ¿Se encontraría allí? Tal vez había salido para atrapar a otro delincuente.

«Nunca en la historia de Londres hemos tenido un inspector que no posara su trasero en el asiento de su despacho algo más de cinco minutos». Recordó una noticia que hablaba sobre él. La primera a la que prestó atención después de aparecer en su casa y haberla cogido de la cintura delante del marqués de Riderland y del duque de Rutland la fatídica noche. «El inspector O'Brian es, sin duda alguna, un hombre que lucha contra el crimen personalmente. Nunca nadie se atrevió a enfrentarse a asesinos tan despiadados como el preso del que hacemos referencia en estas líneas. Sin embargo, el nuevo inspector se situó frente a sus hombres y él mismo se encaró con dicho delincuente. ¡Y no crean que se trataba de un mero malhechor! No, señores. El presunto asesino apuñaló y descuartizó a cinco mendigos de Whitechapel. Ha sido considerado como el criminal más peligroso de la historia de nuestra ciudad. Pero no se alarmen, mientras que el señor O'Brian prosiga con su excelente labor, continuaremos paseando tranquilamente por nuestras queridas y amadas calles».

Después de esa espeluznante noticia, ella leía todas las mañanas aquello que narraban sobre él, quedándose de piedra en más de una ocasión. Sin lugar a dudas, el señor O'Brian era un hombre temerario y solo una trastornada mental, como ella, podía soñar con yacer bajo su grande y robusto cuerpo.

—Lady... Disculpe, señora Campbell. No me acostumbro a nombrarla así —se avergonzó Shoel cuando abrió la puerta para informarla que habían llegado.

—No te preocupes, lo entiendo. Tantos años llamándome lady Gremont han causado mella —alegó divertida—. Pero me gustaría volver a mi pasado. Y tú, mejor que nadie, sabes por qué —prosiguió al tiempo que extendía la mano para que le facilitara la salida.

Despacio, como si le costara levantar su rostro, miró hacia el edificio que había frente a ella. Allí era donde trabajaba el hombre al que debía reprocharle su inoportuna actuación. Respiró hondo, intentando adquirir la fuerza necesaria para ese enfrentamiento. Pero... ¿por qué no era capaz de serenarse? ¿Por qué solo podía pensar en verlo de nuevo?

—Si lo desea, puedo entrar primero e indicarle que va a visitarlo —sugirió Shoel tras echar un vistazo a su alrededor—. Este no es un lugar apropiado para una dama como usted. Podría sucederle cualquier cosa...

—¿Frente a Scotland Yard? ¿Frente a una decena de agentes? —dijo divertida—. No creo que nadie esté tan perturbado como para asaltar a una mujer frente a un lugar como este.

—Pero...

Shoel se quedó paralizado a la vez que mudo. Justo cuando la señora había dado diez pasos hacia la entrada, apareció a gran velocidad un carruaje de prisioneros que se paró bruscamente frente a la puerta por la que se accedía a los calabozos. El sirviente corrió hacia April y se colocó delante de ella.

—Camine despacio hacia el carruaje. No sería conveniente que usted estuviera desprotegida —comentó.

—¿Qué sucede? ¿Qué es eso, Shoel? —preguntó alarmada.

El hombre entornó sus ojos y los clavó en aquel remolque negro con óxido por todas partes. No era bueno. No, nada bueno...

—Por favor, haga lo que le pido —insistió.

Asustada, April caminó hacia atrás sin mirar. Nunca había visto a Shoel de esa manera. Tal vez, aquel carruaje negro con barrotes en la parte trasera le recordó la noche que fue apresado. No se había acordado de ello. Se comportó de una manera tan testadura por aparecer frente al inspector y gritarle que no le dirigiera la palabra nunca más, que no sopesó las consecuencias que esa visita tendría para el hombre.

—¡Apartaos! —clamó una voz desde la entrada de la comisaría—. ¡Que nadie se acerque! —continuó gritando mientras bajaba raudo las escaleras.

April miró aterrorizada hacia la persona que vociferaba. Sus ojos se agrandaron, su pecho se encogió y las piernas le flaquearon. Sí, era él. Ese miserable hombre del diablo ordenaba a todo el mundo que se alejara de aquel carruaje. ¿Por qué motivo?

—Creo que han apresado a un *grinder* —apuntó Shoel alargando su mano hacia la señora.

—¿Un *grinder*? —repitió asustada.

—Sí, señora. Así que sería conveniente que subiese ahora mismo al carruaje. Ese tipo de hombres son peligrosos, muy peligrosos —insistió con un tono repleto de terror.

—¡No! —exclamó April al ver que O'Brian tiraba al suelo su chaqueta, el chaleco y la corbata. Se arremangó la camisa hasta el codo y se posicionó frente al carruaje—. ¡No! —gritó de nuevo.

—Señora... por favor —le rogó Shoel al ver que ella no se movía—. Métase en el interior, se lo suplico. Nunca se sabe cómo actuará un *grinder*. Son impredecibles.

¿Y creía que eso la iba a reconfortar? ¿Pensaba Shoel que si le obedecía

alcanzaría a serenarse? ¡No! ¡Por supuesto que no! ¿Cómo iba a estar tranquila observando cómo aquel loco se enfrentaba con un criminal al que llamaban *grinder*? Pero a pesar de no poder mover los pies, a pesar de querer mantenerse en aquel lugar, el sirviente la arrastró hacia el interior del carruaje.

—Mil perdones por mi atrevimiento, señora. Pero es mi deber protegerla —se excusó.

—Ni se te ocurra alejarte, quiero ver lo que sucede —gruñó.

—No será apropiado para una señora...

—¿No has escuchado lo que te he dicho? —gritó tan fuerte que notó un terrible dolor en la garganta.

Shoel, sorprendido por el comportamiento de una mujer tan amable y cariñosa, solo asintió, cerró la puerta y subió al carruaje. Mientras tanto, April no podía apartar la mirada de aquel lugar. Uno de los agentes abrió la puerta al tiempo que el inspector inclinaba levemente su cuerpo hacia delante. Se iba a enfrentar cuerpo a cuerpo con el prisionero. De repente, en lo que dura un parpadeo, una inmensa figura salió corriendo hacia O'Brian. Este lo esperaba calmado, o eso pensó April al ver que no se movía.

—¡Tiene un arma! —escuchó gritar a uno de los agentes.

Entonces su corazón dejó de latir. Unas lágrimas pequeñas vagaron por su rostro mientras colocaba su mano derecha en el cristal, como si de esa manera pudiese arrebatarse al prisionero aquel cuchillo de hoja grande que sostenía. Intentó cerrar los ojos para no ser testigo de lo que iba a suceder, pero sus pestañas no se unieron por mucho que se esforzó. De repente, el inspector se abalanzó sobre él con la firme intención de quitarle esa arma asesina. No lo consiguió. Algo sucedió para que las grandes manos de O'Brian no lograran su objetivo y esa peligrosa hoja tocara el abdomen del hombre que luchaba por proteger la ciudad.

Las lágrimas de April se intensificaron al observar una mancha carmesí en la camisa blanca. Lo había herido. El inspector estaba herido. Sin embargo, él no se rindió ni pidió ayuda, sino que luchó con valentía para despojarlo de ese puñal. No supo con certeza en qué ocasión lo consiguió porque al fin pudo cerrar sus ojos. Pero al abrirlos, descubrió que el prisionero estaba tendido en el suelo, con varios agentes sobre su agitado cuerpo y O'Brian se tocaba el lugar dónde le alcanzó el arma.

—¡Llamad al señor Cox! —le escuchó gritar.

April levantó la mano, dio dos golpes en el techo y Shoel inició la



marcha. No podía soportar ni un segundo más aquella escena. Y, por supuesto, el episodio terrorífico que había contemplado le aclaró muchas cosas, entre las que se encontraba no volver a pensar en un hombre que, empeñado por mantener a salvo a unos ciudadanos desagradecidos, no era capaz de imaginar que alguien sufriría si algo terrible le sucediera.

# CAPÍTULO VIII

No quería presentarse ante Vianey de aquella forma. Si lo hacía, la baronesa la agobiaría con miles de preguntas innecesarias. Así que ordenó a Shoel que permaneciera durante unos minutos parado en el camino que conducía hacia las tierras colindantes de Jhopenser. Salió al exterior buscando la paz que necesitaba su corazón. Este había permanecido agitado desde que contempló cómo la mancha roja de la camisa se extendía por el abdomen del inspector. Estaba loco. Sí, el alabadísimo señor O'Brian era un hombre trastornado porque, de lo contrario, no se habría enfrentado a un criminal tan peligroso.

April caminó por el sendero, alterada. Pese a creer que sentiría algo de calma al abandonar durante unos instante el carruaje y caminar, no se tranquilizó. Al contrario, cada vez que recordaba cómo se había colocado frente aquella puerta, gritando a todo el mundo que se apartara y cómo se había enfrentado a la muerte con tan solo sus manos, el temblor aumentaba. ¿Acaso no le importaba morir? ¿Tan obstinado era? En esos momentos, las palabras con las que el noticiario describía la labor del inspector le causaron náuseas. No habían ensalzado la labor de aquel loco, sino que lo habían descrito tal como era: un estúpido temerario. Sí, esa fue la conclusión a la que llegó April paseando por el sendero. No era un sabueso ni tampoco un hombre implacable. Tan solo era un desequilibrado que no temía morir en cualquier enfrentamiento.

—¿Se encuentra mejor? —le preguntó Shoel mientras le abría de nuevo la puerta.

—Sí, algo mejor —respondió al tiempo que extendía su mano derecha hacia el sirviente para regresar al interior.

—La advertí que no sería apropiado para usted observar esa situación —recalcó con cierta aflicción.

—¿Por qué adivinaste lo que sucedería? —preguntó al tiempo que ocupaba su asiento.

—Durante mi estancia en Scotland Yard aparecieron varios *grinders*. Todos los presos se alteraban cuando llegaban, así que le pregunté a uno de

ellos el motivo de dicho pavor.

—¿Qué te dijo? —quiso saber mientras extendía la falda por las piernas.

—Que eran criminales sanguinarios. Son una especie de bestias, de hombres sin raciocinio alguno. Solo se basan en el principio de la maldad, de la barbarie, de la crueldad que habita en ellos y no tienen en su interior ni un ápice de humanidad.

—¿Como si fueran animales feroces? —insistió mirándolo sin parpadear.

—Los animales, señora Campbell, luchan por sobrevivir, sin embargo, los *grinders* luchan por aniquilar a las personas que le impiden realizar lo que desean —aclaró.

—¿Te pusieron alguna vez junto a un monstruo semejante? —preguntó asustada.

—No. Desde que llegué a Scotland Yard, el señor O'Brian me protegió. Durante mis días en prisión permanecí en una celda en la que disfruté de tranquilidad y de respeto por parte de los carceleros.

—Eras inocente... —murmuró April excusando la protección del inspector.

—Sí, señora, lo era y lo soy. Pero si el señor O'Brian no hubiese ordenado que nadie se comportara indebidamente conmigo, más de un latigazo habría impactado sobre mi espalda —declaró Shoel con una mirada llena de admiración.

—Mi padre habló con él en varias ocasiones —alegó April queriendo explicar, de nuevo, el comportamiento del inspector.

—Lo sé, señora, y le estaré eternamente agradecido. Tan solo he de aclarar que la protección que obtuve por parte del señor O'Brian comenzó en el mismo momento en el que fui apresado de su antiguo hogar —indicó el sirviente.

April se mantuvo en silencio durante unos instantes. Necesitaba asimilar aquello que le comentaba Shoel. ¿Había piedad en aquel demente? ¿En el fondo de su corazón se encontraba un hombre compasivo?

—Cuando regreses a Shother —continuó hablando—... no les comentes nada a mis padres. No quiero alterarlos con tonterías.

—Sí, señora —dijo Shoel al tiempo que cerraba la puerta.

¿Sería verdad? ¿Habría bondad en él? Aunque fuera un hombre compasivo, ella seguía manteniendo que su temeridad era un inconveniente a

tener en cuenta. Por eso no se había casado. Él mismo debía de entender que una persona con ese trastorno no podría convivir con una esposa que llorara cada vez que se alejara de ella. «Pobrecita... —murmuró para sí—. Siento lástima por la mujer que desee unirse a un hombre como él. Tendrá el corazón todo el día en un puño. No será capaz de pensar en otra cosa que no sea la muerte de su querido y amado esposo...». Por ese motivo, zanjó con rapidez cualquier deseo o inquietud hacia el inspector. Lo evitaría. Sí, aunque él insistiera en presentarse allá donde ella acudiese, eludiría cualquier acercamiento y, por supuesto, no le aceptaría ni un solo baile más.

Cuando miró por la ventana, habían llegado a Jhopenser. Si no se equivocaba, eran casi las cinco de la tarde. Un buen momento para tomar el té con Vianey y hablar de las miles de vivencias que soportó antes y después de enviudar. Con una sonrisa dibujada en su rostro, salió del carruaje.

—¿Quiere que la recoja mañana? —preguntó Shoel.

—Imagino que lady Swatton me ofrecerá uno de sus carruajes —respondió al tiempo que palmeaba el vestido para eliminar las posibles arrugas.

—Entonces, buenas tardes, señora Campbell.

—Buenas tardes —dijo ampliando la sonrisa.

Le encantaba cómo sonaba. Le entusiasmaba escuchar cómo volvían a llamarla por su nombre de nacimiento. Siempre debió mantener ese apellido y con más razón después de la muerte de Eric. Un hombre que, por suerte, empezaba a olvidar.

—Lady Gremont —la saludó el mayordomo de Vianey.

Y en ese instante, April volvió a sentir congoja.

—Dígale a lady Swatton que he llegado —indicó malhumorada.

—La espera en el salón —dijo sorprendido el sirviente al notar el cambio de actitud de la mujer.

—Entonces, yo misma me presentaré —señaló dándole el abrigo inapropiadamente.

Dando unos pasos impropios en una dama, se dirigió hacia el salón donde se encontraba Vianey. Una de las conversaciones que mantendrían sería recalcar hasta la saciedad que nadie de su servicio volviera a llamarla lady Gremont. No solo sonaba de forma siniestra, sino que dado el comportamiento y la determinación que había tomado no quería escucharlo jamás.

—¡April! —exclamó la baronesa cuando la vio aparecer—. ¡Gracias por

venir!

La joven observó a la mujer sentada en el sillón, oculta bajo una gran manta marrón oscura y arrimada al fuego como si quisiera meterse en el interior de la chimenea.

—¿Has venido sola? ¿Están tus padres? —insistió entornando los ojos.

—No han podido acompañarme. Hoy tenían una cena importante y mi madre ha decidido enviarme en su lugar —le informó al tiempo que se acercaba a ella. Justo cuando iba a ponerle la mano en la frente para averiguar si tenía fiebre, Vianey apartó la manta y se levantó del sofá con energía.

—¡Gracias a Dios! Me estaba cociendo... —declaró mientras se abanicaba con la mano.

—¿Qué enfermedad posees? —espetó April asombrada.

—Ninguna. Solo quería que vinieras esta noche. ¿Un café, un té quizá? Estaba a punto de hacer que me sirvieran uno, pero he querido esperarte.

—¿Por qué has mentido? —soltó enfadada.

—Necesitaba hablar contigo a solas. La conversación que vamos a mantener pondría los pelos de gallina a tu madre y tu padre me negaría la entrada a Shother *ipso facto* —explicó mirándola sin parpadear.

—No pretenderás hacerme llegar más rumores sobre amantes de Eric, ¿verdad?

—¡Tonterías! Ya nadie malgasta palabras sobre ese idiota. Por suerte para ti, a ninguna persona coherente le gusta hablar de las atrocidades de un aristócrata —aclaró al tiempo que tiraba de un hermoso cordón que había en el lado izquierdo de la chimenea.

—Bueno, no todo el mundo piensa como tú —murmuró mientras se acomodaba en el asiento contiguo al de la baronesa.

—Como te he dicho, no todas las personas *coherentes*... —recalcó.

—¿Milady? —preguntó una doncella al entrar.

—Sírvenos el té —indicó a la criada.

—Ahora mismo, milady —respondió realizando una leve genuflexión.

—Pensé que llegarías antes de las cuatro —expresó Vianey al tiempo que tomaba asiento.

—Me he entretenido —dijo ella evitando mostrar cualquier señal de la agonía que sufrió frente a Scotland Yard.

—¿En algo interesante? —curioseó enarcando las cejas.

—¿Vas a insistir mucho en ese tema? —preguntó algo malhumorada.

—Si no lo averiguo por ti, se lo preguntaré a ese correcto sirviente que

te ha hecho llegar hasta aquí.

—He parado unos minutos en Scotland Yard —comentó después de sopesar mentalmente cuánta insistencia mantendría Vianey para averiguar la verdad. No quería poner al pobre Shoel entre la espada y la pared... de nuevo.

—¿Para qué?

—¿No has leído lo que han publicado hoy los periódicos? —alzó inadecuadamente su voz.

—No me gusta leer tonterías —puntualizó.

—Pues, entre esas tonterías, mi padre ha encontrado una noticia interesante —resopló.

—¿De qué se trata?

—*Tu querido inspector* ha tenido la osadía de detener a unos lores muy respetados —masculló.

—*Mi querido inspector* puede detener a quien le dé la gana, siempre que cumpla las normas, por supuesto.

—¿Cumplir las normas? —vociferó airada. Se levantó del asiento y comenzó a deambular por el salón. Estaba a punto de volver a gritar cuando escuchó que llamaban a la puerta.

—Adelante —dijo Vianey con un tono que dejó helada a April. ¿Cómo podía ser tan severa en ciertos momentos? ¿Cómo podía mostrar, en una sola palabra, tanta fuerza?

—El té, milady —informó la doncella.

—Sírvelo y déjanos solas —manifestó con solemnidad.

Sin decir ni una palabra y sin realizar un solo gesto imprudente, la criada colocó la bandeja en la mesa pequeña, sirvió el té en las dos tazas y se retiró de allí, no sin antes volver a despedirse con una reverencia.

—Prosigue, April. Cuéntame qué ha sucedido —la animó antes de coger la taza y llevársela a los labios.

—Es un hombre peligroso... —dijo mediante un resoplido—. Hoy me he dado cuenta de ello.

—Ajá.

—Cuando leí la noticia y descubrí que había encerrado a los mismos caballeros que habían llamado *trance* al acto cruel de Eric, encolericé.

—¿Cómo sabía el señor O'Brian quiénes habían intentado humillarte de esa forma? —preguntó clavando sus ojos en ella.

—Yo se lo dije... —susurró mientras regresaba al asiento—. Me

comentó que fumaba un puro cada vez que se encontraba en un momento delicado, luego prosiguió preguntándome si yo vivía episodios así. Le respondí que era lógico padecer ese tipo de instantes tras convertirme en la viuda de un asesino y le confesé que algunos de los allí presentes habían denominado *trance* a la maldad de mi esposo.

—Entonces... —intervino posando la taza sobre el plato—. Él te preguntó quiénes habían osado decir esa palabra frente a ti, ¿me equivoco? —se interesó al tiempo que escogía una de las pastas.

—Se lo dije. Enumeré a cada uno de ellos y, aunque me prometió que no les interrogaría en la fiesta, no cumplió su palabra cuando salió.

—Te equivocas. El inspector cumplió su promesa puesto que no se acercó a ellos en la fiesta. Pero no indicaste nada sobre lo que pudiese ocurrir fuera de ella —objetó con firmeza.

—¡Debía suponer que no solo sería allí sino también fuera! —se defendió.

—¿Se lo dejaste claro?

—No.

—Entonces, no tienes motivos para quejarte. ¿Qué más? —preguntó al tiempo que se reclinaba en el asiento y apartaba las migajas del pastel de su pecho.

—¿Qué más? —repitió abriendo los ojos de par en par.

—¿Por qué fuiste a Scotland Yard?

—Para aclararle algunos términos a ese engreído —refunfuñó.

La carcajada que soltó Vianey la confundió. Era una risa que provenía de su interior; profunda y extensa. Su gran cuerpo se movía al ritmo de sus risotadas y las mejillas habían cambiado a un tono rojo.

—¿A qué viene esa risa? —preguntó enfadada—. ¿Es que no puedo dejarle claro que no debe acosarme?

—¿Acosarte? —soltó sin apenas respirar—. ¿Te preocupa que el hombre más deseado por las damas de esta ciudad te acose? —Continuó riendo.

—¡No quiero que ese trastornado camine tras mis pasos! —señaló airada.

—Pequeña... creo que no conoces bien al señor O'Brian...

—¡Lo conozco perfectamente! —bramó—. Ese idiota se enfrentó a un *grinder* él solo —explicó alzando la voz.

—¿A un qué? —se interesó Vianey bajando la intensidad de su risa.

—Un monstruo —comentó April sonrojándose—. Shoel me ha dicho que así definen a los presos que se comportan como bestias y que tan solo les mueve su sed de muerte.

—Así que... apareciste para aclararle ciertos términos y presenciaste una pelea... —concluyó la baronesa respirando con algo más de tranquilidad.

—Lo hirió —agregó enfadada—. El señor O'Brian fue herido por el arma que llevaba ese criminal —explicó al tiempo que regresaba a su asiento e intentaba mantener el control.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Vianey asustada—. ¿Fue herido?

—Sí —afirmó April con un leve movimiento de su cabeza—. Pero, a pesar de ello, continuó luchando contra aquel hombre y no llamó a un tal Cox hasta que lo apresaron de nuevo.

—Cox es el médico que trabaja para los agentes —la informó—. Y no sería grave si continuó de pie.

—Fuese grave o no, vi cómo su camisa se manchaba de sangre y en ese momento...

—¿En ese momento? —insistió la mujer acercándose a ella.

—Supe que no aceptaría nada que le dijera —mintió—. ¿Qué se puede esperar de un ser que se enfrenta al mundo sin miedo? Se habría reído de mí, al igual que has hecho tú —habló agachando la cabeza.

—El inspector nació para ese puesto y, aunque te parezca un perturbado, creo que él sabe dónde está el límite en todo lo que realiza.

—Ese hombre no sabe qué es un límite. Si lo hubieras visto... Si hubieses estado allí, pensarías como yo.

—Bueno, pero eso no debería alterarte tanto, ¿no? —dijo suspicaz—. ¿Qué más da si muere hoy o mañana? No creo que sientas nada por él, así que no tendrías que afligirte tanto.

—¿Acaso no es de humanos sentir lástima? —se defendió con rapidez.

—¿Lástima? No creo que el señor O'Brian acepte ese tipo de sentimientos de ninguna mujer —replicó burlona.

—¿Y qué tipo de sentimientos desea hallar ese cabezota en una mujer? ¿Frialdad? ¿Desafecto? ¿Apatía?

—Sea lo que sea, todavía no lo ha encontrado, ¿no crees? Porque de ser así, se habría casado. Ese hombre ha sobrepasado la barrera de los treinta... —declaró al tiempo que clavaba sus ojos en ella.

—Nadie podría soportar vivir con un hombre así... —reflexionó.



—Nadie en su sano juicio —rectificó Vianey—. Pero gracias a Dios, tu juicio está perfectamente. Y ahora, si no te importa, nos centraremos en la razón por la que te he hecho venir hasta aquí, no quiero perder toda la noche hablando de ese temerario inspector.

—Cierto... —murmuró mirándola sin parpadear—. ¿Por qué me has hecho llamar? Si, tal como observo, no estás nada enferma, ¿qué pretendes?

—Solo averiguar la verdad —indicó.

—¿Qué verdad? —insistió al tiempo que entornaba sus ojos.

—¿Te acuerdas que en la fiesta te dije que siempre sospeché que eras *una de nosotros*? —le recordó.

Vianey se levantó del asiento y caminó hacia una estantería. Con el dedo índice de su mano derecha acarició los lomos de los libros.

—Sí, pero no me especificaste a qué te referías —apuntó mientras cogía por fin la taza para tomarse el té. Tras el primer sorbo y después de hacer un mohín al notar que estaba frío, volvió a depositar la taza en el plato.

—Antes de hablar sobre ello, me gustaría que leyeras este libro. —Se lo mostró al tiempo que dibujaba una amplia sonrisa—. Si cuando termines de leerlo tienes preguntas sobre qué pretendo hacer contigo, estaré encantada de responderte.

—¿Qué contiene? —La observó intrigada.

—Narra una vida. En él la autora explica sus vivencias en un mundo que creyó tenebroso. Sin embargo, esa oscuridad que pensó tener no fue tal. Con el tiempo descubrió que en realidad todo su ser estaba indicándole la única verdad del mundo: que todos somos diferentes. No siempre encontrarás una respuesta que te indique blanco o negro, sino que hay términos medios que buscar —explicó extendiendo su mano para que April lo acogiera en las suyas.

—¿Me acabas de arruinar el final de la novela? —dijo divertida. Lo miró con fascinación. La primera impresión que le ofreció aquel pequeño ejemplar era que tendría bastantes años y que había sido releído en multitud de ocasiones. La cubierta de piel estaba bellamente ornamentada con grabados orientales aunque mostraba grietas y arañazos debido al uso—. Dice que su autor es anónimo, ¿por qué das por sentado que lo escribió una mujer?

—Porque habla en primera persona —aclaró—. No puedo contarte nada. Solo te diré que es un libro prohibido y que muy pocos logramos adquirirlo. Según supe, el editor pensó que superaría las ventas de otros títulos que había publicado, pero erró. Una semana después de ver la luz, se retiró de las

librerías. Los libreros se escandalizaron tanto que se dirigieron a las autoridades para que impidieran su venta y, por supuesto, lograron su objetivo. No obstante, creo que se realizó una gran injusticia. Si hubieran alargado la vida de este testimonio, muchas almas perdidas habrían encontrado su camino y no errarían por el mundo buscando algo que no alcanzarán sin ayuda.

Ante tal explicación, April posó el ejemplar en sus rodillas y comenzó a temblar. No sabía la razón, ni la causa ni el motivo de esos pequeños zarandeos, pero temía que cuando leyese lo que había escrito en su interior su alma perdida también hallaría la paz.

—No debería... —dijo cogiendo el libro como si quemara.

—¿Pierdes algo, April? —insistió Vianey ocupando su asiento—. Nada, salvo un par de horas de tu vida.

—Pero... y... —tartamudeó.

—Solo empieza, si ves que no te interesa lo que ella cuenta, me lo devuelves y no pasa nada. Jamás te obligaré a hacer algo que no desees. Bien sabes que solo quiero lo mejor para ti, no solo porque eres la hija de la mujer que adoro, sino porque eres la hija que nunca tuve —declaró con ternura.

April suspiró, se recostó en el asiento y comenzó a leer...

# CAPÍTULO IX

*Siempre he sabido que no era semejante a nadie. Que, pese a ser hija de mis padres, nada en mí resultó común a ellos. Sin embargo, hoy me alegro de esa diferencia. Jamás habría soportado la vida que mantuvieron, feliz para ellos, una eterna angustia para mí. Te preguntarás por qué he decidido escribir mi historia, creo que en el fondo lo he hecho por mí, aunque tengo la esperanza de que muchas almas perdidas encuentren el camino cuando finalicen esta lectura. Por ello, para salvarte, para salvarme, comenzaré desde el principio...*

*Desde niña supe que mis pensamientos y acciones no eran comparables a cualquier otra persona de mi edad y sexo, pero no me importó. Por suerte, y no digo gracias a Dios porque no pienso que exista, jamás me sentí apartada del mundo que me rodeaba, aunque me reía de ellos. Sí y, además, con el paso de los años, esa risa se fue intensificando. Soltaba enormes carcajadas cada vez que un pretendiente aparecía en mi hogar para pedir la mano de algunas de mis seis hermanas. Los veía arrodillarse frente a ellas, mirarlas con cierto temor y preguntarles si querían aceptarlos como esposos. Esa duda tan ridícula me provocaba tal hilaridad que necesitaba alejarme del lugar de donde se encontraban. Lógicamente, mis hermanas se emocionaban. Ninguna evitó derramar lágrimas en esos momentos... salvo yo.*

*(...) el tiempo pasó y me tocó el turno de elegir esposo o más bien que me eligieran, porque mi padre, dado que ya había cumplido los veinte, se impacientaba. Era la segunda fiesta a la que asistía, no acepté todas a las que había sido invitada por aburrimiento. Como has podido comprender en todo lo que has leído, bostezaba cada vez que alguien se acercaba para pedirme un baile con exagerada cortesía. Pero todo cambió en esa fiesta.*

*Recuerdo que me aparté del salón de baile, mi único objetivo era beber todo el champán que pudiera para aguantar el calvario que debía soportar de una manera más relajada. Salí del salón y me dirigí hacia el contiguo, donde los anfitriones habían colocado a su escuadrón de lacayos para servir las bebidas. Remoloneé. Por supuesto que lo hice porque una dama de mi*

*posición no podría correr hasta allí y gritarle al criado que me sirviera no solo champán, sino todo el oporto que guardaran en la bodega. Actué con hastío, como me enseñó mi madre. Otra cosa que nunca entendí. ¿Por qué debía mostrar ese tipo de emociones cuando en verdad disfrutaba? Pero sigamos con lo importante.*

*Caminé despacio, con la espalda recta. Ese vestido color rosa palo no me favorecía. Me asemejaba a una escoba. Sí, de esas que dicen que utilizan las brujas para volar por los aires. Respiré despacio, no por recato sino porque el corsé me apretaba el pecho más de lo necesario. Me dirigí hacia la mesa y observé las botellas y los cuencos que tenía frente a mí. Dibujé una amplia sonrisa, una que no debía exhibir, pero que en ese momento no me importó porque iba a cometer una falta grave, o así la calificaría mi padre cuando se enterase.*

*—¿Milady? —me preguntó con cierta timidez el sirviente.*

*—¿Qué es eso? —pregunté señalando con el dedo el gran recipiente de mi derecha.*

*—Ponche —respondió.*

*—Póngame una copa de ponche —indiqué.*

*—La señorita se ha equivocado en su elección —dijo una voz tras mi espalda—. Sírvale un jerez.*

*—Sí, milord —contestó el criado apartando con rapidez sus ojos de la persona que se ocultaba detrás de mí.*

*Enfadada, más de lo que debía, me giré bruscamente hacia esa persona inoportuna con la firme intención de gritarle que nadie tenía la necesidad de pedir por mí. ¡Nadie! Pero toda esa furia desapareció cuando lo vi. Sus ojos, su barbilla, su puntiaguda nariz, hasta los descarados mechones que caían en bucle sobre sus mejillas me dejaron sin habla. Advierto que no era hermoso. No, si lo hubiera sido le habría gritado que era un pretencioso. Sin embargo, el caballero que tenía frente a mí no tenía ni un rasgo de lo que se suponía era el canon de belleza. No obstante, su mirada, oscura, tenebrosa e imperiosa, me dejó tan hechizada que me habría desmayado en aquel momento.*

*—Si vas a replicar mi decisión —me dijo clavando esos ojos negros ojos sobre mí—, házmelo saber en este preciso instante.*

*—No, señor —respondí clavando la mirada en el suelo.*

*¿Por qué tuvo el descaro de preguntarme eso? ¿Por qué todo mi cuerpo contestó de esa manera? En aquel momento no lo supe, no obstante, meses*

*después lo descubrí y me di millones de gracias por actuar de aquella forma.*

*Nunca se sabe cuándo aparecerá el hombre de tu vida ni cómo vas a reaccionar, aunque te advertiré que su voz, su forma de ofrecerme esa copa, el ligero roce de mi piel con la suya fueron señales suficientes para comprender que mi vida acababa de cambiar para siempre.*

*(...) no supe de la existencia de ese lugar hasta que recibí un ramo de flores con una nota. Mi madre estaba tan emocionada que no se fijó en que las rosas eran negras. Sí, había tenido el descaro de enviarme unas estupendas, perfumadas y hermosas rosas negras. Pero ese pequeño detalle no pareció interesarle a mi querida madre. Lo único que gritaba por los pasillos de nuestro hogar era que al fin su hija tenía un pretendiente. Si ella hubiese imaginado qué clase de pretendiente era... O tal vez no le hubiera importado, con tal de que abandonara el hogar, le habría dado igual que mi futuro marido fuera un enano de circo. Mientras ella correteaba feliz por la casa yo busqué entre el ramo aquello que sabía que encontraría. Nunca, desde que lo conocí en aquella fiesta, hacía algo sin obtener algo a cambio.*

*Recuerdo la primera vez que lo hizo. Aunque te parezca inverosímil me «sugirió» la entrega de una liga. Esa situación jamás la olvidaré; sentada frente a más de veinte comensales, él mirándome sin parpadear y sin apenas respirar y yo moviéndome incómoda en la silla intentando quitarme el liguero que deseaba obtener. Pero todo el esfuerzo mereció la pena cuando, horas después, en la oscuridad que nos ofreció aquel rincón de la casa, me hizo sollozar de placer hasta quedarme muda. Sí, encontré lo que esperaba, una nota. «Martes, a las ocho. Lleva camisón negro y un antifaz del mismo color. Te espero en la puerta de la entrada». Mi corazón latió con fuerza, mis manos temblaron y mis piernas flaquearon. ¿Cómo era tan osado? ¿Por qué no buscaba otra parte de la casa más discreta? La respuesta apareció sola; porque él no era como los demás.*

*(...) mi corazón había viajado desde mi pecho a la garganta. Notaba los latidos justo debajo de mi barbilla y, debido a la presión, apenas podía respirar. Sobre mi cama estaba lo que él me había pedido: el camisón y la máscara. ¿Dónde iríamos? ¿Sería una fiesta de disfraces un tanto peculiar? Lo fue, pero no se asemejó a una fiesta sino a una reunión selecta de personas que se escondían bajo las máscaras. Te preguntarás cómo salí de mi hogar sin ser descubierta. Fue más fácil de lo que pensé.*

*Esa misma mañana mis padres recibieron un exquisito regalo. Un oportuno que, según entendí, provenía de Rusia y cuyo valor alcanzaba la*

*increíble cuantía de ocho mil libras. La nota que le acompañó tenía unas iniciales: P. L., y supe rápidamente que él lo había enviado, pero no aclaré las dudas a mis padres. Estaban tan contentos por el obsequio, que lo disfrutaron después de la cena. Uno siempre debe medir la cantidad que ingiere, pero para mi placer, no lo hicieron. Así que dos horas después de retirarse al salón, ambos seguían en sus sillones totalmente ebrios.*

*(...) se mantenía distante, frío e incluso hostil. El trayecto no fue largo, pero me pareció una eternidad. No había sido capaz de mirarme ni una sola vez y esa actitud me provocó cierta aflicción. Tienes que entender que, después de todo lo que estaba poniendo en juego, una palabra cariñosa, un gesto afable o cualquier otro pequeño detalle cortés me habrían calmado. Pero él no era así... Durante el viaje, aprovechando el silencio, medité sobre qué estaba haciendo y las repercusiones que obtendría si me descubrieran. Mi vida se destrozaría y solo tendría dos soluciones: morir o permanecer recluida en un convento lejos de Londres.*

*El cochero estacionó en una amplia explanada. Miré por la ventana para averiguar dónde me encontraba, pero no reconocí el lugar. Justo cuando la puerta se abrió, él salió con rapidez, me tendió su mano y me dijo:*

*—Solo haré lo que tú me permitas. Recuerda que siempre te he respetado.*

*Aquello no me tranquilizó, al contrario, me alteró más de lo que debía. ¿Acaso yo me había fijado límites con respecto a él? No, como bien sabes, desde que lo conocí en aquella fiesta, siempre le seguí el juego, no solo por diversión, sino porque cada vez que me indicaba algo, tras realizarlo, mi alma se calmaba. No obstante, lo que estaba a punto de hacer no podía asemejarse a nada.*

*(...) me mantuve donde él me indicó; de pie frente a su mesa, con la cabeza agachada y esperando alguna orden. Habló con muchas otras personas semejantes a él. Si te preguntas cómo supe que eran de su mismo nivel, te explico que fue muy fácil porque unos vestíamos camisones negros, sin importar el sexo, y los otros lucían vestidos y trajes. Después de un buen rato, él se levantó y me dijo:*

*—Sígueme.*

*Y lo hice. Caminé detrás de él sin decir ni una sola palabra. Subimos al piso de arriba; por la amplitud del pasillo y la gran cantidad de puertas deduje que eran habitaciones. Mi corazón estaba descontrolado. El camisón*

*se adhirió a mi piel por el sudor y tuve que presionar a mi cerebro para que mis pies pudieran caminar. No sabía lo que me encontraría, ni qué sucedería una vez que cerrara la puerta, pero algo tenía bastante claro, me excitaba esa incertidumbre.*

*Como ya supuse, él entró primero. Se quedó de pie frente a la puerta hasta que accedí. ¿Te has parado a pensar el sonido que provoca una puerta cuando se cierra, cuando se acopla el cerrojo? Pues en aquel momento tenía los sentidos tan agudos que ese mísero ruido se intensificó en mi cerebro.*

*—Mira lo que tienes frente a ti —me dijo.*

*Levanté mis ojos del suelo y contemplé mi alrededor. Era una habitación pequeña, lo suficiente para cobijar una cama, un sillón y un pequeño tocador. En el lado derecho se encontraba una chimenea que, por suerte, estaba encendida y emitía un calor reconfortante a la alcoba.*

*—Colócate frente al fuego —ordenó al tiempo que él se dirigía hacia el sillón. Creí que se despojaría de sus ropas, pero erré. Tan solo permaneció junto a él para observarme—. No haremos nada que no desees, pequeña. Si en algún momento decides que pare, lo haré.*

*Sus palabras me alentaron más que las llamas de aquella lumbre.*

*Durante un buen rato estuvimos hablando. Hizo hincapié sobre el día que me conoció. Me aclaró que había puesto sus ojos en mí desde que entré en el salón y que no pudo hacer otra cosa salvo observarme. También me indicó que se divirtió muchísimo cada vez que alguien me pedía bailar. Por supuesto, le pregunté la razón.*

*—Nunca he visto en el rostro de una mujer un mohín de desagrado cuando alguien le pide un baile —dijo con cierta diversión—. ¿Acaso no te gusta bailar?*

*—No me gusta que me lo pidan como si terminaran llorando ante una negativa —le aclaré.*

*—Entiendo... Entonces te gustan los hombres seguros de sí mismos —respondió mientras se acercaba a mí por detrás.*

*—Una mujer espera vivir al lado de un esposo que sea firme, seguro y que no dude en momentos difíciles. Si se quiere luchar en la vida, las indecisiones deben estar anuladas.*

*—¿Buscas esposo? —me preguntó al oído. Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja. Su aliento calentó esa zona de mi cuerpo y tuve que hacer un gran esfuerzo para responder.*

*—Sí —dije con firmeza—. Lo busco.*

—Y... ¿cómo quieres que sea el día de tu pedida? —quiso saber al tiempo que colocaba sus manos sobre mis glúteos y los apretaba con fuerza—. ¿Quieres a un hombre que se arrodille y te suplique que lo aceptes como marido? —En el tono de voz advertí cierto retintín, cierta burla que, años atrás, yo misma mantuve al ver cómo mis hermanas lloriqueaban cuando sus pretendientes se mostraban de esa forma frente a ellas.

—¿Serviría de algo explicarle cómo espero ser cortejada? —pregunté con ironía—. Porque hasta ahora no creo que haya sido muy importante para usted.

—Sí y no —contestó mientras levantaba mi camisón. El roce de la tela en mi piel, esa mísera caricia que la prenda realizaba al subir, me dejó extasiada, loca y completamente desequilibrada. No eran las caricias de la tela lo que me excitaban, sino cómo el calor de sus manos la traspasaba hasta llegar a mi piel—. No quiero comenzar algo que después nos destrozaría —continuó—. No deseo hacerte daño, Úrsula, solo quiero ofrecerte aquello que necesitas y que también requiero yo.

—He llegado hasta aquí —dije colocando mi cabeza sobre su pecho—. He hecho todo aquello que me ha pedido... Eso debe indicarle que acepto sus condiciones.

—Pero, hasta ahora, solo he calmado tu necesidad con mis manos. Hoy pretendo entrar en tu interior con mi sexo y hacer realidad todas esas inmoralidades que he soñado hacer contigo.

Un gran nudo se formó en mi garganta cuando escuché sus intenciones; por fin, me poseería como tantas veces deseé. Sin embargo, me asaltó una duda, esa que hice desaparecer en el momento. ¿Qué sucedería si, una vez perdida mi virtud, él me abandonaba?

No supe que se había distanciado de mí hasta que noté un leve roce sobre mis pezones, alzados no solo por el escalofrío que me produjo saber sus intenciones, sino por la lujuria que sentía. Incliné levemente la cabeza hacia abajo, ansiando saber qué había colocado frente a mí.

—Cierra los ojos —me dijo con suavidad—. Quiero que obtengas el placer que la corbata te producirá al rozarte.

Tal como ordenó, cerré mis ojos y descubrí que esos suaves movimientos de derecha a izquierda que realizaba con la prenda me causaron más necesidad de la que nunca imaginé. Noté mis piernas mojadas. Como ya supondrás, esa humedad la provoqué yo misma. Mi cuerpo jamás había emanado de mi interior tanta fluidez y era él quien me la producía.



—Eres la mujer que siempre he esperado —declaró apartando la tela de mis senos—. La única que he deseado tener en mi vida.

Intenté responderle, decirle que, desde niña, siempre lo estuve esperando, pero no me dio tiempo. En cuanto pude abrir los ojos, me encontré con la espalda tocando la pared y su cuerpo presionando el mío. Bajó la boca hacia mis pezones, sensibles aún por el roce de la tela. Creí que iba a besarlos, a reconfortarlos con su lengua, pero me equivoqué. Sus dientes presionaron primero uno y luego otro. Grité, pero no de dolor sino de placer. Mi cuerpo reaccionó de una manera tan impredecible que estuve a punto de arrodillarme. ¿Cómo podía ser tan placentero el dolor? ¿Cómo podía reaccionar de una forma tan desequilibrada?

—Dime si es lo que deseas —murmuró apartando sus labios de mi pecho para dirigirlos hacia mi oído—. Si no estás preparada, si no lo deseas... pararé —continuó hablando al tiempo que empezaba a penetrar mi interior con sus dedos.

¿Cómo negarme a lo que me ofrecía? Lo ansiaba desde el instante que lo vi. Como bien sabes, no hubo una sola noche que no cerrara mis ojos y lo contemplara a mi lado, haciéndome lo que me proponía.

—Lo deseo... —respondí.

Creo que eso fue el colofón. Esas dos palabras le alentaron a hacer lo que él también añoraba. ¿Habéis escuchado con atención el gruñido que proviene de la garganta de un hombre cuando se encuentra satisfecho? Esa noche la escuché miles de veces en él y, por suerte para mí, aún sigo oyéndolos.

No fue una forma muy habitual de perder mi inocencia, aunque como comprenderás, tampoco me había imaginado el día ni la manera de regalar mi virginidad. Pero no me arrepiento de lo que hice y, si volviese a nacer, lo repetiría una y mil veces. Había oído a mis hermanas que la primera noche de matrimonio era terrible; para mí, ese intenso dolor, esa rotura en mi interior, fue más placentera que dolorosa. Me ató las manos con su corbata en el dosel de la cama, impidiéndome que le tocara. Ese deseo mezclado con las penetraciones, con sus jadeos, con los míos, con su sudor unido al que yo poseía y ese olor que ambos desprendimos fue algo tan hermoso que perdí la fuerza. Me llevó a un estado de frenesí que no alcancé imaginar ni en esas fantasías de las que te hablé. No había duda, él era mi brújula y yo un marinero buscando el norte.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó acunando mi rostro entre sus

manos. Se acercó con suavidad y me besó con tanta ternura que rompí a llorar—. Úrsula... —me susurró al tiempo que me envolvía en un abrazo—. Mi amor, mi tesoro, mi vida... —suspiró—. ¿Te encuentras bien? —repitió.

En esos momentos fui incapaz de responderle, me encontraba en el mismísimo paraíso. No lloré por dolor, tristeza o aflicción sino por sentir cómo mi cuerpo se liberaba de ese cautiverio al que lo tenía sometido. Como no dije nada, él se alejó de mi cuerpo, dejándome fría, necesitada de sus brazos. Cerré mis ojos, para no observar cómo se marchaba, pero no lo hizo. Su intención, su único propósito en aquel instante, era limpiar los resquicios de mi virginidad. Abrí los ojos al sentir el paso del paño mojado entre mis piernas. Por primera vez desde que lo conocí, se presentaba ante mí arrodillado. No fue gozo por verlo así lo que provocó que mi pecho se hinchara, sino amor. El mismo amor que él me mostró cada vez que se aproximaba.

—Esto es solo el principio, pequeña —dijo sin dejar de limpiarme—. El inicio de una vida juntos —prometió.

Y así fue. Al día siguiente apareció en mi casa, tras hablar con mi padre, este me hizo llamar. Me quedé sin aire cuando lo observé en mitad del salón, con aquella pose solemne, con aquella mirada de complicidad. Noté cómo el vello se erizaba, tal vez porque recordé el paso de sus manos sobre mi piel la noche anterior o el suave roce de la corbata que volvía a llevar. Fuera lo que fuese, no pude dar dos pasos hacia él. Así que se acercó y me mostró una preciosa caja. Al mirarla con atención, unas increíbles ganas de gritar de alegría intentaron brotar de mi boca, pero me contuve.

—Espero que, con esta ofrenda, puedas imaginar hasta qué punto te quiero —dijo delante de toda la familia que se había reunido porque, justo esa noche, celebrábamos Navidad.

Con las manos temblando por la emoción abrí esa caja que me mostraba. Mis ojos se abrieron de par en par y una inmensa sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Sí, te acepto —respondí.

Entonces, con la mirada de todos clavada en nosotros, cogió la gargantilla de rubíes con anclajes de oro y me la puso.

—Te quiero, Úrsula —ronroneó cerca de mi oído para que nadie, salvo yo, lo escuchara.

—Te quiero, mi señor —le contesté.

¡Qué pérdida estuve! ¿Por qué no había sido capaz de comprender mi

*diferencia? ¿Moralidad? ¿Reparo? ¿Reserva? ¿Incertidumbre? No sé muy bien cuáles fueron las razones por las que jamás advertí quién era en realidad, pero me alegro tanto de haber sido fuerte, mucho más de lo que todos imaginaron que sería.*

*Ahora puedo descansar en paz, ahora me siento libre y, pese a que mi cuerpo no me pertenece porque él es mi dueño, sé que jamás sufriré como lo hice antes de conocerle. Quizá porque en el fondo, nunca tuve dudas de que él era el hombre destinado para mí.*

April permaneció algo más de dos horas leyendo en aquel sillón. Tenía sus ojos clavados en las hojas y apenas los apartaba ni tan siquiera para alcanzar la taza de té. Vianey había salido y entrado del salón una docena de veces, pero descubrió, encantada, que ella no percibió ni su ausencia ni su presencia. Sonrió maliciosamente cuando la contempló incómoda. Se sonrojaron sus mejillas y su respiración se agitaba. Sabía exactamente qué parte del libro estaba leyendo para inquietarse de esa manera y afianzó lo que ya suponía. April era una Úrsula, una mujer buscando esa brújula que le mostrara el camino, solo esperaba que Michael fuera el hombre que necesitaba...

—¿Has terminado? —le preguntó cuándo la vio cerrar el libro.

Colocó sus manos sobre el ejemplar, suspiró hondo y miró a la mujer que la observaba sin pestañear.

—¿Desde cuándo lo sabes? —espetó sin ningún tipo de emoción.

—Desde que cumpliste los dieciséis. Tu comportamiento, esa decisión tan contundente que mantuviste cuando Eric se acercó y miles de detalles más me indicaron quién eras en realidad.

April volvió la mirada hacia la cubierta del libro, leyó de nuevo el título y con suavidad lo acarició. La rugosidad de las palabras, el tacto de esa dura tapa, le causó una inquietud que no debía poseer. Pero lo que había en el interior, lo que descubrió bajo esa apariencia humilde, era su verdad, su única realidad.

—¿Qué pretendías hacer después de que lo leyera? —inquirió expectante.

—Confirmar si eras quién yo suponía —apuntó levantándose del asiento.

—Y, una vez que has confirmado tus sospechas, ¿qué paso es el siguiente?

—Aparecer en el Club. Si estás preparada, si de verdad quieres continuar, te ofreceré a la única persona que sería incapaz de hacerte daño — aclaró mientras caminaba hacia ella.

—¿Y si no es el adecuado? —preguntó alzando su mirada—. ¿Y si no es el hombre que yo quiero?

—Respetaré tu opinión hasta el final, April. Daría mi propia vida por eso. El *señor Dark* es un caballero y lo descubrirás por ti misma, si es lo que deseas.

—¿Nadie sabrá mi verdadera identidad? —insistió.

—Como has leído, en el Club hay normas inquebrantables y la privacidad es la base de todas ellas —señaló tajante.

—Bien, solo me falta el antifaz —dijo levantándose del asiento—. Porque el camión lo tengo sobre mi lecho.

—Tengo cientos. Puedes elegir el que más te guste —comentó al tiempo que la abrazaba con fuerza y dibujaba una amplia sonrisa.



Había llegado al Club a las nueve de la noche. Si, tal como le había prometido Vianey, April aparecía en aquel lugar, quería estar allí antes de que nadie clavase sus ojos en ella. Michael cogió el reloj y observó embelesado cómo la aguja giraba minuto a minuto. No le importaron las recomendaciones de Cox. ¿Cómo se atrevió a indicarle que permaneciera en reposo esa misma noche? Estaba loco si imaginaba que, después de siete largos años, iba a perder la oportunidad que tanto había deseado.

Levantó sus ojos y contempló su alrededor. No había mucha gente aún y la poca que se encontraba lo observaba atónita. Era lógico, pues el *señor Dark* solo aparecía el primer miércoles del mes y no el tercero. Se acercó la copa a los labios y dio un buen sorbo a la bebida. El puro, ese que había decidido fumar mientras esperaba la llegada de April, estaba a punto de terminar. ¿Vendría? ¿Realmente acudiría bajo la protección de Vianey? La duda, esa que jamás permitía tener, le sacudió de repente. Dio por sentado que ella aceptaría, pero... ¿y si se negaba? «Contrólate —se dijo—. Si no aparece solo habrás perdido algo de tiempo».

De repente, la puerta de su derecha se abrió y se quedó sin respiración al ver la inmensa figura de su amiga. Quiso levantarse y aproximarse a ellas antes de que nadie se le adelantara, pero el *señor Dark* no actuaba así... Se cruzó de piernas, se reclinó en el asiento y observó, sin pestañear, la entrada

de la mujer que deseaba. Sus labios se extendieron en una amplia sonrisa al verla con aquel camisón y con el rostro oculto por un antifaz negro bordado en plata. Estaba hermosa, más de lo que jamás pudo imaginar. Tenía los ojos clavados en el suelo y eso le indicó que Vianey le habría explicado las normas de comportamiento.

—Buenas noches, *señor Dark* —le saludó la baronesa—. Es un placer verlo aquí, después de lo ocurrido —comentó con retintín.

Michael se levantó para recibirla. Por supuesto, las palabras no habían pasado inadvertidas. Miró tras ella y descubrió que April permanecía de pie, alejada de ellos dos.

—¿Por qué lo dices, *señora Hard*?

—Porque he sido informada, por *mi aprendiz* —recalcó—, que usted ha tenido un pequeño percance.

—¿Cómo...? —intentó decir.

—Ha ido esta tarde a Scotland Yard —le murmuró al tiempo que le hacía volver al asiento—. Y ha sido testigo de cómo el preso te hería. ¿Te encuentras bien?

—Solo ha sido un arañazo... —explicó.

—Pues controla eso. Si arriba haces un esfuerzo inapropiado, puede descubrirte —le advirtió.

—Gracias, lo tendré en cuenta. Y ahora, si eres tan amable, ¿puedes desvelarme cómo has logrado traerla?

—Ha leído la historia de Úrsula y te prometo que no apartó los ojos ni un instante —expuso.

—No creo que ese libro... —intentó decir.

—A ti y a mí no nos ha servido, pero para personas como ella es un despertar —aclaró—. ¿Quieres que te la presente o nos ahorramos ese paso? —preguntó mordaz.

—Sigamos con el protocolo. Nadie debe sospechar que la tenemos pactada. Ya sabes cómo son de estrictos con las normas —apuntó con firmeza.

—¿Y si no te acepta?

—Me aceptará —afirmó antes de levantarse del asiento y caminar hacia ella.

Tal como le había explicado Vianey, April tenía los ojos clavados en el suelo y se había posicionado alejada de ella mientras hablaba con la persona que había elegido. Pese a ordenar a su cerebro que no apartara la mirada, su

curiosidad la traicionó y, durante unos segundos, observó la enorme y fuerte figura que había al lado de su protectora, como así se definió. Era grande, bastante. Su traje negro no le ofreció mucho más, puesto que, para más inri, se ocultaba en un rincón donde no llegaba apenas luz.

Siniestro. Esa fue la palabra que lo definió hasta que advirtió cómo se dirigía hacia ella. Notó el corazón alterado y cómo gotas de sudor emanaban de su piel. Entonces recordó la vivencia de Úrsula, esa primera vez, ese primer momento frente a la persona que amaba en secreto. Pero ella no amaba a quien la elegiría, ella solo deseaba averiguar si, tal como le había dicho Vianey, podría ofrecerle aquello que anhelaba. La duda aumentó en cada segundo, en cada paso que aquel hombre daba hacia donde se encontraba. Era cierto que caminaba con una actitud solemne, desafiante incluso. Sin embargo... ¿sería el adecuado?

—Buenas noches, *señora Hard*. —La voz de otro hombre apareció de la nada—. ¿Nueva aprendiz? —dijo clavando los ojos en el cuerpo de April—. No sabía que hoy tendríamos una nueva sirvienta para elegir —añadió elevando su labio superior.

—Buenas noches, *señor Dove*. Sí, en efecto, tengo una nueva aprendiz, aunque ya ha sido elegida —apuntó serena.

—¿Sin ofrecerla? —preguntó enojado el *señor Dove*—. ¿Acaso estaba pactada?

—No está pactada —intercedió Michael con un tono tan rudo que podría aniquilar con él—. Me la acaba de ofrecer y he aceptado.

—¿A ti? —bramó el hombre.

—¿Tienes algún inconveniente al respecto? —preguntó dando un paso hacia él—. ¿Acaso dudas del criterio de la *señora Hard*?

—No. No dudo sobre el buen criterio de la *señora Hard* —refunfuñó—. Solo advierto que una aprendiz no debe estar pactada antes de pisar el Club.

—¿Cuánto tiempo lleva su discípula en el interior, *señora Hard*? —demandó Michael ocultando el cuerpo de April tras su enorme figura.

—Unos cinco minutos —respondió Vianey con una sonrisa de oreja a oreja.

—Entonces, como ha podido averiguar, ella ha sido ofrecida dentro del Club —sentenció antes de darle la espalda.

—Si descubro que mienten, ya saben qué consecuencias tendrán —declaró.

—Puedes marcharte tranquilo, *señor Dove*, y gracias por preocuparte —

dijo burlona Vianey.

Después de refunfuñar y de soltar algún que otro improprio, el entrometido se marchó dejándolos a los tres solos. April había escuchado con atención la discusión que mantuvieron por su culpa y, aunque no debía sentirse feliz, lo estaba al comprender que Vianey la protegía y que aquel hombre había sacado sus dientes como si fuera un perro agresivo por tenerla. ¿Así era como se sintió Úrsula cuando su amado se enfrascó en aquella pelea con un posible pretendiente? ¿Su corazón se alteró tanto como el suyo? Posiblemente... Sin embargo, las situaciones eran diferentes; Úrsula se vio asaltada por aquel hombre mientras paseaba por el jardín y ella había ido, por su propio pie, a la guarida del lobo.

—Cariño —le dijo Vianey—, levanta el rostro para que pueda observar tu belleza el *señor Dark*.

Muy despacio, como si la cabeza le pesara más de una tonelada, April obedeció. A su paso iba contemplando la figura de la persona que se posicionaba frente a ella. Piernas largas y aparentemente fuertes. Manos grandes. Torso amplio y compacto. Barba. Poseía una barba de varios días sin afeitarse. Una nariz muy similar a la que mostraban las figuras griegas. Un antifaz negro que no ocultaba una mirada azul como el mar.

—Buenas noches y bienvenida —la saludó sin acercarse ni atreverse a tocarla.

—Buenas noches, señor —respondió April conteniendo la respiración. ¿Dónde y en qué momento había olido esa fragancia? Le resultaba familiar, demasiado, y ese pequeño matiz la tranquilizó en vez de alterarla. ¿Lo conocería? ¿Se conocían fuera de aquel Club?

—Mi pupila ha sido instruida en el camino. Tendrá muchas dudas, *señor Dark*, así que espero que sea comprensible con ella en su primera noche —explicó Vianey con voz serena pero firme.

—Su pupila ha de saber que no haré nada que ella no desee —indicó Michael con rotundidad—. En mis manos estará protegida y cuando baje esas escaleras se alejará de aquí con su *integridad intacta*.

«¿Integridad intacta?», pensó April. Estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo. ¿De verdad imaginaba aquel hombre que era una joven virtuosa? ¿Por qué no le había dicho Vianey que era una viuda loca por hallar lo que tanto buscaba? ¿Eso estaba dentro de ocultar su identidad? Fuera lo que fuese, no bajaría las escaleras con su integridad intacta porque antes de subirlas ya la había perdido.

—¿Lo aceptas? —preguntó de repente Vianey, que, por supuesto, no perdió detalle de la leve sonrisa que intentaba eliminar April.

—Te prometo que te respetaré —recalcó Michael—. No se hará nada que tú no desees —insistió.

—Si mi instructora ha decidido que usted me guíe, no tengo nada que objetar al respecto —contestó con seguridad.

¿Podía gritar? ¿Podía perder el control y ponerse a gritar delante de todos aquellos que les miraban con suspicacia? Porque eso es lo que deseaba hacer en esos instantes.

—Entonces, acompáñame. *Señora Hard*, solo espero que, una vez que baje, la conduzca fuera de aquí lo antes posible. No quiero que sea observada por nadie más —declaró posesivo.

—Así será —contestó Vianey.

Mientras Michael subía las escaleras y April le seguía, la baronesa sintió una enorme felicidad. Por fin, dos almas descarriadas se unían y esperaba que no solo fuera en aquel Club porque, de ser así, ambos sufrirían la tristeza de no alcanzar lo que Úrsula declaró en su libro.



# CAPÍTULO X

El momento que Úrsula describió en su libro cuando subió las escaleras apareció en su mente. Por unos instantes, pensó que no era ella quien ascendía sino la autora del libro. Todo lo que había a su alrededor era tan parecido a la descripción que había leído que, de manera extraña, se relajó al encontrar tanta familiaridad. Tal como narró la protagonista, las escaleras dirigían a la primera planta donde un largo y ancho pasillo se abría frente a ella. Las puertas, oscuras como dijo Úrsula, daban paso a las estancias. ¿La habitación en la que permanecería con el *señor Dark* tendría las mismas dimensiones? ¿Encontraría esa cama en mitad de la alcoba, el sillón junto a la lumbre y el pequeño tocador?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No fue por temor, sino por excitación. La misma que la escritora describió en el capítulo. La entendía. En ese instante supo cómo debió encontrarse: con una terrible emoción, excitación y ansiedad. Pero había una gran diferencia a tener en cuenta, Úrsula estaba acompañada del hombre a quien amaba, sin embargo, frente a ella se encontraba un desconocido, un ser que juró respetarla cada segundo que permaneciera a su lado. Mas... ¿cumpliría la promesa o solo era un farol? Si algo sucedía allí dentro gritaría con todas sus fuerzas y, tarde o temprano, alguien aparecería para socorrerla.

—Hemos llegado —dijo Michael mientras cogía una llave que guardaba en su bolsillo del pantalón—. ¿Tienes miedo? —le preguntó al ver que tiritaba.

—No, señor.

—Entonces... ¿por qué tiemblas? —quiso saber.

Sus ojos azules se clavaron en ese rostro agachado, en ese cabello que deseaba liberar de la sujeción del moño, en esos hombros que, sutilmente, se desvelaban a través del escote y, por supuesto, besaría aquel lunar con forma de corazón que lo dejó sin aliento desde la primera vez que lo vio. ¿Cómo había soportado tantos años deseándola? ¿Por qué no regresó a Shother en la siguiente fiesta que fue requerido para cuidarla? Tal vez porque sabía que un agente de calle no podría ofrecerle lo que ella necesitaba o quizá porque les

hacía falta ese espacio de tiempo...

—Tengo frío —respondió abrazándose.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —gruñó enfadado. Con rapidez abrió la puerta, le permitió el paso y cerró tras su entrada—. Acércate al fuego mientras te preparo algo cómodo —indicó.

—Según mi instructora, no puedo levantar el rostro mientras me encuentre a su lado —dijo caminando despacio hacia la chimenea.

—¿Y? —espetó Michael parado, sin poder mirar a otro lado salvo a ella.

—Y me gustaría saber dónde me encuentre, si no le importa —explicó.

—Puedes hacerlo. —Su corazón, ese que creyó cubierto de hielo, empezó a latir con fuerza y tuvo que respirar hondo para controlar cada pensamiento que surgía en su mente. Porque si no era capaz de mantenerse firme, la noche terminaría mal, muy mal...

April levantó el rostro despacio. Necesitaba recopilar toda la información que pudiese sobre aquel lugar, porque, quizá, sería su primera y última vez... La palabra que mejor resumía la sensación que le provocó al observar la habitación fue sorpresa. Al contrario de lo que había narrado Úrsula, la estancia del *señor Dark* era grandiosa. La cama, situada en el centro, tenía unas dimensiones colosales, pero era normal que tuviese ese tamaño porque de lo contrario, él no podría descansar allí. April miró de reojo a la figura que se había quedado inmóvil frente a la puerta y pensó si, alguna vez, dormiría en aquel lecho o solo lo utilizaría para el disfrute. Apartó sus ojos con rapidez al observar cómo cruzaba los brazos, estaba expectante a todos sus movimientos. Dio dos pasos hacia delante, quedándose clavada frente a una preciosa alfombra negra.

—¿Puedo quitarme los zapatos? —preguntó con incertidumbre.

—Hazlo —respondió.

Despacio se inclinó hacia sus pies, con una tranquilidad difícil de sobrellevar en un momento así, se desató los cordones de los botines y los apartó hacia su derecha. Desde niña, desde que comenzó a andar, disfrutaba sintiendo la suavidad de una alfombra esponjosa en la planta de los pies. Y, aunque parecía increíble, esa sensación la tranquilizó. De nuevo, alzó la mirada y contempló su alrededor. La colcha de la cama era negra, la alfombra que pisaba e incluso la tela del sillón que había junto al fuego, también. Todo era demasiado oscuro en aquella habitación, asemejándose, tremendamente, al color de su propia alma.

—¿Quieres tomar algo? —dijo Michael mientras se acercaba a la cama. Apartó la colcha de ese lado y cogió uno de los almohadones.

—¿Puedo hacerlo? —preguntó insegura.

O'Brian caminó hacia ella, tendió el almohadón sobre la alfombra y, sin contestar con rapidez a la pregunta, se desabrochó los botones de la chaqueta para ocupar el sillón. Desde allí podía contemplarla con más claridad, con más detalle.

—Sirve dos copas. La primera, por supuesto, es para mí —ordenó con voz serena.

April se dirigió hacia el tocador, admirando lo que allí había: un cepillo de plata, una palangana de porcelana blanca, un jarrón de metal y una bandeja en la que había dos copas y una botella de oporto. Cogió el licor y empezó a verterlo en el primer vaso. Descubrió en ese momento que su mano temblaba, pero no era de frío sino de expectación. Tras llenarlo se dirigió hacia él. La luz de la lumbre lo iluminaba y, aunque antes de subir le pareció un hombre grandioso, allí, con esa luz anaranjada, con sus piernas cruzadas, acechando cada movimiento que realizaba, le pareció no solo enorme sino también aterrador. Sin embargo, pese a esa impresión, su cabeza le gritaba que no tuviese miedo, que cumpliría su promesa. Aguantando con pericia ese temblor en su mano, la extendió hacia él, esperando que la aceptara. Y lo hizo, pero en el instante que la cogió, ambos se rozaron, ambas manos pudieron tocarse con delicadeza provocando en April un escalofrío insólito.

—Voy a hacerte una serie de preguntas que debes responder —comentó con voz estrangulada. Ese pequeño roce no solo la alteró a ella, sino que en Michael causó una increíble sensación de placer. Fue tanto el goce, que notó cómo su sexo se elevaba y se endurecía hasta causarle dolor—. Pero antes, coloca tus rodillas sobre la almohada que tienes en la alfombra —añadió.

—¿Puedo beberme la copa antes de arrodillarme, *señor Dark*? —preguntó mordaz.

Michael contuvo la carcajada que intentó salir, respiró hondo y, después de dar el primer sorbo le contestó:

—¿De un trago?

—No sería la primera vez que lo hago, señor.

—No me esperaba que una mujer como tú adoptara costumbres tan poco femeninas —dijo divertido. Bromeaba. ¡Por supuesto que lo hacía! La había visto en más de una ocasión vaciar su copa de una sola vez y, aunque no debían agradarle tales osadías por parte de una dama, le encantó.

—Tal vez no soy la mujer que esperaba... —declaró sarcástica.

—Créeme, eres la única mujer que he esperado toda mi vida —confesó sin apartar los ojos de ella.

Ante tal revelación, April notó cómo su garganta se secaba. Con rapidez se bebió ese licor, posó la copa sobre la bandeja y se colocó tal como le había indicado. Su cabeza estaba inclinada hacia el suelo. «Nunca debes mirar a un dominante a los ojos salvo que él te lo indique», recordó.

—¿Sabes por qué llevas un antifaz negro?

—Sí. La *señora Hard* me ha explicado que hay tres colores en los sirvientes.

—Bien, te recordaré lo que significan, puesto que un dominante debe dejar claro ciertos aspectos a una aprendiz —comentó con firmeza—. El que posees se llama antifaz de principiante. Lo utilizan solo los siervos que no tienen dueño y que lo buscan. Cuando establecen una relación pasan al blanco. Desde que lucen ese color nadie se les acercará porque ya pertenecen a un amo y estarán protegidos por este. El tercero es rojo. Pero, como habrás podido descubrir ahí abajo, solo hay dos personas que lo llevan.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar.

—Porque significa que mantienen una relación definitiva —reveló—. Es un pacto inquebrantable que hacen para el resto de sus vidas. El siervo le será fiel y, por supuesto, el dominante no escogerá a otro sirviente.

—¿Cómo si fueran un matrimonio? —soltó asombrada.

—Bueno, en un matrimonio siempre puede haber infidelidades. Así que, si eliminas esa parte, todo lo demás es muy semejante —explicó—. Aunque has de saber que esa relación solo se ofrece aquí, no fuera de estos muros.

Durante un buen tiempo, ambos se mantuvieron callados. April meditó sobre lo que había escuchado. Nunca se imaginó que un simple adorno podría significar tanto ni tampoco que pudieran existir relaciones para toda la vida en aquel Club. ¿Cómo sobrellevarían una vida fuera de aquel oscuro lugar? ¿Y si estaban casados? ¿Las relaciones con el cónyuge no importaban, no se catalogarían de infidelidad?

Michael, por su parte, tuvo que sosegar y encontrar esa paz que le urgía obtener para no saltar sobre April y poseerla en ese momento. Necesitaba control, hacerle más preguntas para conocerla un poco mejor. Pero... si la asaltaba con todas las incertidumbres que poseía, pasarían toda la noche hablando y no pensaba quedarse mucho tiempo allí sentado admirando cómo le obedecía. Así que agrupó todas las importantes y las soltó de golpe.

—¿Por qué has venido hoy? ¿Conocías la existencia del Club? ¿De qué conoces a la *señora Hard*? ¿Qué esperas encontrar? —espetó sin tomar aire.

La boca de April se extendió para dibujar una leve sonrisa. Si ella tenía preguntas, él parecía que albergaba muchas más. Pero imaginó que sería normal en la primera reunión que mantenían. Ambos debían conocerse para lograr lo que tanto deseaban.

—No he oído hablar del Club hasta que he leído el libro de Úrsula —empezó a decir—. La *señora Hard* me lo dio para confirmar si sus sospechas sobre mí eran ciertas.

—¿Qué sospechas? —la interrumpió al tiempo que colocaba la copa en el suelo. Necesitaba un puro o, más bien, necesitaba una caja entera para controlarse. Pero no había subido ninguno para que el humo del cigarro no le impidiera oler el cuerpo de April.

—La de ser sirvienta para un dominante —aclaró.

—¿Sabes lo que acabas de declarar? —volvió a cortarla.

—Sí —respondió con firmeza.

—¿Qué esperas encontrar? —demandó con un nudo en la garganta que le presionaba más que su entrepierna.

—Liberación —indicó contundente.

—¿Nunca fuiste liberada? —se interesó. Esa parte era primordial para él. Le urgía averiguar si el motivo por el que se casó con el vizconde fue ese y si, durante sus años de matrimonio, lo logró.

—Si está intentando indagar sobre si he estado con otros hombres, he de aclararle que soy viuda —explicó con cierto enfado.

—No me estoy refiriendo a eso —anunció al tiempo que se levantaba—. Mi deseo es conocer si tu difunto marido te complació.

April apretó las manos convirtiéndolas en dos pequeños puños. Era la primera vez que confesaría algo que siempre ocultó, que no desveló ni a Vianey, quien había insistido en conocer el motivo por el que decidió casarse con el hombre menos apropiado.

—Nada saldrá de aquí —dijo con voz suave mientras caminaba hacia ella—. Todo lo que hablemos permanecerá en esta habitación. Ahí fuera serás quién en realidad eres, pero aquí, eres mía y debo conocerte.

«Mía...», pensó April. Una connotación demasiado posesiva para un hombre que no la conocía. No había escuchado esa palabra ni una sola vez en siete años y, para su asombro, quien permanecía a su lado no dudó en ofrecérsela sin pensar en lo que eso conllevaba.

—Uno de los principios de este Club es proteger el anonimato, solo le diré que durante mis años de casada alcancé algo de lo que deseaba la última semana de vida de mi esposo.

—¿Algo? —inquirió Michael elevando las cejas.

Se colocó tras ella, alargó las manos y con mucha suavidad le fue quitando las horquillas del pelo. Quería apreciar la longitud que poseía, su brillo, su textura, su volumen. Quería meter los dedos entre los mechones y averiguar si todo lo que había pensado era cierto.

—Solo obtuve lo que él me pudo ofrecer —respondió esquiva. No deseaba hablarle de lo poco que consiguió y lo mal que se sintió después de yacer con su esposo. No, eso lo guardaría para ella porque a nadie le interesaba que, después de poseerla de aquella forma, llorara desconsolada—. Pero como he leído, tan solo fue el comienzo de lo que podía haber alcanzado. —Esas manos sobre su cabello le proporcionaron tanto placer que estuvo a punto de echar la cabeza hacia atrás para invitarle a que continuara. Sin embargo, se mantuvo quieta.

Michael murmuró un improperio. No debía sentirse tan feliz por la muerte del vizconde, pero lo estaba, porque si este le hubiese ofrecido aquello que ella demandaba, no estaría allí, a su lado, en aquella habitación, ni temblaría de emoción por lo desconocido, ni poseería esa excitación causada por la incertidumbre. Ahora él la iniciaría. Exacto, la cogería de la mano para llevarla a esa liberación que tanto requería.

—¿Qué partes del libro te excitaron? —soltó a bocajarro. Se quedó ensimismado al ver ese cabello rozando su cintura. Siempre lo imaginó largo, pero no tanto. April era una mujer hermosa, más de lo que ella misma podía suponer. Y, para su placer, era suya.

—Muchas —respondió con un leve gemido.

—Describe una —insistió mientras regresaba a su asiento.

Debía mantener cierta distancia. No podía permanecer cerca de ella porque ese impulso de poseerla se intensificaba. Necesitaba recobrar el control y dejar de pensar en cómo hacerla suya antes de que saliera por la puerta. Sin embargo, cuando tomó asiento y la observó, el insistente deseo en hallar su propio dominio desapareció. ¿Podía imaginar April lo hermosa que se encontraba con ese cabello tendido sobre sus hombros? ¿Pudo, alguna vez, sospechar lo seductora que era? Muy despacio, deleitándose en cada centímetro de ella, clavó los ojos en su pecho. Respiraba entrecortada, indicándole que, aquello que recordaba del libro, la excitaba.

—El momento en el que Úrsula apareció en el jardín de su hogar. Cuando fue asaltada por un caballero. Su amado la rescató y para apaciguar su estado de nerviosismo la tocó allí mismo —confesó después de advertir que él regresaba a su asiento.

—¿Qué parte te excitó? ¿Cuando impone su fuerza para salvarla o cuando la acaricia? —solicitó ahogado, sofocado y muy agitado.

Michael convirtió sus manos en dos puños. Intentaba evocar la poca razón que poseía. Aunque ver cómo, a través del camión, se alzaban los pezones de April lo dejó sin aliento. Estaba perdido. Sí, perdido y hundido porque su cuerpo reaccionó de manera inapropiada. Mientras que, con su anterior sirvienta no pudo sentir una erección hasta el cuarto miércoles que se reunieron, con ella ya estaba duro, rígido y alzado para introducirse entre sus piernas.

—Una mujer siempre fantasea en que su protector no solo la salve, sino que la lleve hasta un placer infinito. Al leer cómo le levantaba la falda, cómo apartaba la lencería y la acariciaba, sentí cómo mi sexo se humedecía al igual que el de ella. Aquellos dedos invasores, aquellas penetraciones que su amado realizó, las palabras que él le susurró al saborear su néctar femenino... —Respiró hondo. Apenas podía hablar. Esa punzada que sentía entre sus muslos era cada vez más potente.

Descubrió, abochornada, que sus pezones se habían endurecido y que el suave roce de la tela sobre ellos le causaba la misma sensación que a Úrsula la corbata. Se movió incómoda, desconcertada, inquieta. ¿Cómo podía actuar de ese modo frente a un hombre desconocido?

—¿Has tenido alguna fantasía? —preguntó Michael cruzando las piernas. Quería estrangular a su miembro, quería impedirle que se alzara de esa forma. No podía dejarse llevar porque si lo hacía, ella se asustaría y la perdería para siempre...

—Sí —respondió April agachando aún más la cabeza.

—Cuéntamela —insistió.

O'Brian pensó que, si se centraba en escuchar lo que ella le explicara, no solo se relajaría, sino que también descubriría los deseos que ocultaba en su mente y, con el paso del tiempo, los cumpliría todos.

¿Sería apropiado narrarle lo que siempre había deseado? «Él te ayudará a conseguir lo que nunca has tenido», recordó la última frase que Vianey le dijo antes de bajar del carruaje. ¿Sería verdad? ¿Lograría hacer realidad su deseo? «¿Pierdes algo? —le preguntó la voz—. ¡Nada! Y si la convierte en

real, por fin aplacarás tantos años de aflicción...».

—Hace mucho tiempo, alguien se acercó a mí y me habló de manera descarada —comenzó a narrar sin levantar la cabeza—. Lo odié con todas mis fuerzas y deseé abofetearlo, pero justo cuando alcé la mano, él me la agarró y me describió una escena que, pese a que intenté borrarla de mi memoria, siempre ha estado conmigo.

Michael se quedó tan atónito que dejó de respirar y tuvo que descruzar las piernas para poder apoyarse sobre el suelo. Si hubiera estado de pie se habría caído redondo. ¿Podía ser cierto? ¿Ella le iba a explicar que su fantasía era aquello que le narró en el pasado? ¿Había dicho que no la había borrado de su memoria? ¿Que siempre había estado con ella? Y, en ese preciso momento, la bestia que vivía en su interior se apoderó de su cuerpo. Ya no era él quien permanecía sentado frente a la mujer que deseaba, sino el monstruo.

—¿Qué te dijo? —gruñó con una voz tan dura que causó un escalofrío en ella. Al ver que April empezaba a asustarse, moderó su tono convirtiéndolo en una suave melodía—. Sabes que te respetaré en todo momento. Si no quieres...

—Me dijo que utilizaría esa mano que alcé para que yo misma me acariciara frente a él con los ojos abiertos —prosiguió tomando aire lentamente—. Que, de esa manera, yo podría ser consciente de cómo lo excitaría. —April hizo una leve pausa, la justa para recordar cada palabra que aquel joven agente, convertido ahora en inspector, le declaró aquella noche—. Según él, mis pezones se alzarían buscando el roce de su boca y que, una vez que mis manos alcanzaran mi sexo, yo misma apartaría mis esponjosos e hinchados labios para que él pudiera beber de mí. —«Bebería de usted. Bebería tanto que calmaría mi sed para el resto de mi vida», evocó en su mente.

El sillón se le hizo pequeño. Michael se había hinchado en cada palabra que ella emitía. No podía creer que él hubiera estado siempre con ella. Ni el tiempo ni la distancia los había separado y todo gracias a aquella bendita noche y a su osada conversación. Se levantó del asiento y se dirigió hacia la chimenea. Posó la mano derecha sobre el borde y suspiró.

—¿Fue tu difunto marido quién te la insinuó? —se aventuró a decir aun sabiendo que no era cierto.

—No. Él nunca me expuso nada semejante —declaró con cierta tristeza.

—¿Qué has sentido al hablar sobre ese momento? —perseveró sin poder



apartar la mirada de las llamas.

—Me he excitado... de nuevo —desveló enrojecida por la vergüenza.

—¿Cuánto? —demandó girándose hacia ella.

April continuaba con los ojos clavados en la alfombra y, por desgracia, de ese modo él no podía contemplar el sonrojo que sus mejillas ofrecían.

—Mucho... —susurró.

—Muéstrame cuánto —dijo con voz estrangulada.

Muy despacio, ella dirigió su mano derecha hacia el camisón, lo levantó y la metió entre sus piernas. Un pequeño jadeo brotó de su boca al sentir el leve contacto. ¿Tan excitada se encontraba? ¿Qué pensaría al advertir que se hallaba tan alterada al pensar en otra persona? ¿Lo enfadaría? ¿La echaría de la habitación?

—Quiero verlo —insistió al extender la mano hacia él.

April se levantó y caminó hacia el *señor Dark* con una lentitud desesperante. Con la palma hacia arriba, mostrando el brillo que había recogido de su sexo, lo aproximó tanto que las puntas de los dedos podían tocar sus labios.

Fuera de sí, porque jamás actuó de esa forma, Michael cogió esa mano y la besó, mojando su boca con la esencia.

—¿Quieres hacer esa fantasía realidad? —preguntó clavando sus ojos negros repletos de pasión en los de ella que, para su placer, también habían cambiado de color.

—Sí —afirmó sin dudar.

—Entonces, colócate frente a los pies de la cama, deshazte de ese camisón y déjame ver cómo te acaricias —ordenó con la voz estrangulada por el deseo.

—Sí, mi señor —respondió.

Caminando sobre la alfombra, April se posicionó entre los dos enormes doseles de la cama. Con la cabeza agachada, se levantó la prenda. Otra vez el recuerdo del libro apareció en su mente. Rememoraba el momento en el que Úrsula describía la sensibilidad que percibía en su cuerpo al despojarse de su camisón. Ella sentía lo mismo. Esa suavidad, esos leves roces causaron que se le erizara el vello.

—No he hecho esto nunca —confesó al presentarse desnuda.

—De eso se trata. Quiero hacer realidad tu fantasía... —respondió dando dos pasos hacia ella.

No solo era la de April sino la suya también. ¿Cuántas noches se había

despertado empapado en sudor al soñar con ella de esa manera? Miles, tal vez millones. Sin embargo, aunque la escena se asemejaba mucho a la de sus sueños, jamás alcanzaban la belleza que contemplaba.

—Tócate —ordenó.

Con las mejillas ardiendo, con el cuerpo sacudido por la emoción del momento, April colocó sus manos sobre el pecho y fue acariciándose despacio. Al principio se escandalizó de verse de ese modo. ¿Cómo podía hacer tal indecencia? ¿Estaba enferma? Sí, lo estaba y mucho porque solo una trastornada mental haría lo que ella realizaba.

—Baja las manos hacia tu sexo y abre tus labios —exigió Michael mientras acortaba la distancia entre ellos—. Quiero beber de ti hasta saciar mi sed —agregó.

—Sí, mi señor —volvió a afirmar.

Tal como le mandó, bajó las manos hacia su sexo y apartó los hinchados labios. Debería sentirse avergonzada, humillada y destrozada, pero al contemplar el brillo en los ojos de él, al notar cómo las mejillas del *señor Dark* también ardían, se sintió poderosa y erótica.

—Siéntate despacio sobre la cama —señaló Michael mientras se arrodillaba frente a ella.

Con esas grandes manos sobre sus rodillas, April se tendió despacio. Miró hacia el techo y no supo si cerrar los ojos o mantenerlos abiertos. Pronto obtuvo la respuesta. Los cerró. Cuando notó el calor de la lengua recorriendo de arriba abajo su sexo, no pudo mantenerlos abiertos.

—Sabroso y exquisito néctar... —murmuró O'Brian lamiendo en ella con desesperación—. Y para mi deleite es todo mío... ¡Mío! —gruñó antes de morderle cada zona que su boca saboreó.

Había pensado un sinfín de veces qué sabor tendría ella. ¿Le agradaría? ¿Sería dulce y salado? ¿O tendría un delicioso gusto a jazmín? No obstante, lo que descubrió superó todas sus expectativas. El jugo de April era adictivo, estimulante e hipnótico a partes iguales. Ningún rico licor podría hacerle sombra al elixir de su amada.

—¡Por Cristo! —exclamó fuera de sí.

Tenerla de ese modo, escucharla gemir de placer al sentir el contacto de su lengua sobre aquel venerable sexo, lo excitó de tal manera que perdió el poco poder que tenía sobre sí mismo. Apartó su mano de la rodilla derecha de April y la colocó frente a la entrada resbaladiza. Quería hacerla gritar de placer, quería calmar tantos años de soledad, quería hacerla suya y marcarla

para siempre...

—¿Es lo que deseabas? —bramó sin poder apartar la boca de esa parte tan deliciosa.

Despacio, los dedos acariciaron ese botón hinchado, ese punto que la hizo retorcerse con tanta brusquedad, que tuvo que aferrar con más fuerza la rodilla que sujetaba.

—¿Has venido aquí para encontrarme, para postrarte ante mí? ¿Para que te ofrezca placer? —insistió al tiempo que dos de sus grandes dedos entraban y salían de ella.

—¡Sí! —respondió April agarrando con fuerza la colcha entre sus manos.

De repente sintió la llegada del primer clímax. Su cuerpo se agitó, su cabeza se movía de un lado para otro, jadeaba sin parar y el sudor que emanaba cada poro de su piel comenzaba a mojar la zona en la que permanecía tumbada. Era una locura. Haber llegado hasta allí, haber subido con un desconocido, tenderse sobre aquella colcha negra... ¡Todo era demencial! Sin embargo, eso mismo había añorado durante tantos años. Quería pasión, libertad, encontrarse en una situación tan lujuriosa que perdiera la noción del tiempo y, para su placer, lo estaba consiguiendo. Pese a que frente a ella no se encontraba el joven descarado que le habló de manera inadecuada, estaba sintiendo cómo la inquietud por fin se disipaba.

—¿Quieres más? ¿Quieres que mi sexo entre en ti? —tronó Michael después de liberar de entre sus dientes uno de sus hinchados labios.

—¡Sí, lo deseo! ¡Lo quiero! —respondió perturbada.

O'Brian se levantó violentamente obviando la herida que tenía en su abdomen, cogió las manos de April y la alzó de la cama para conducirla hasta el primer muro que encontró a su paso.

—Pon las manos sobre tu cabeza —le indicó mientras liberaba su sexo de las calzas.

Al tocarse, justo cuando lo rozó para sacarlo, sintió un terrible dolor. Nunca había notado algo semejante, tal vez porque jamás había permitido que su bestia, su monstruo, se apoderara de esa manera de él. Lo había controlado. ¡Sabía Dios que lo había hecho! Incluso con la sirvienta con quien permaneció durante el tiempo que ella había estado casada, continuó firme a sus principios. Pero April era la mujer que siempre había esperado, a quien deseaba encontrar en su lecho y ofrecerle su verdadera oscuridad y, por fortuna, allí la tenía.

—Voy a poseerte como nadie hasta ahora lo ha hecho —comentó perdido por el deseo—. Te dejaré huella, te acordarás de mí cada hora, cada minuto, cada segundo de tu tiempo —declaró introduciendo su sexo en ella con fuerza—. Nadie... —jadeó—. Nadie... hará que me olvides.

«Nunca lo ha hecho —le dijo una voz en su cabeza—. Ella ha pensado en ti durante todos estos años».

En cada palabra, en cada embestida, los pechos de April se movían llamando la atención de aquel que la dominaba con tanta desesperación, provocando que esa mirada ardiente se clavara en ellos. ¿Por qué actuaba tan exasperado? Le daba la sensación de que él la había estado esperando toda la vida, como si no solo complaciera su fantasía sino la de él también. De repente, otra sacudida la sucumbió y apretó los labios para no chillar.

—Grita. Grita para mí —le ordenó al ver que ella cerraba la boca—. Quiero escucharte.

Y lo hizo. Mientras notaba la imperiosa dominación de aquel duro falo en su interior, April gritó con todas sus fuerzas, liberándose, de este modo, de la presión que sobrellevaba desde tiempo atrás. Nunca se había escuchado chillar, ni tampoco pensó que al hacerlo se volvería loca de deseo. Era la primera vez que todo a su alrededor desaparecía y solo existían él y ella realizando un sueño.

—Duro —murmuró en el oído de April—. Conmigo solo tendrás sexo duro —prosiguió jadeando—. ¿Es lo que deseas encontrar en mí? ¿Has venido hasta aquí para hallar lo que te ofrezco? —preguntó acercando su boca a la de ella.

No podía responderle porque su estado de frenesí no le permitía pensar con claridad. La presión que realizaba el sexo del *señor Dark* en su interior era tan intensa que llegó a dolerle. Sin embargo, esas extrañas punzadas en su matriz le ofrecían convulsiones de placer, de deleite, de goce.

—¡Contesta! —clamó Michael desesperado al ver que pronto llegaría su propio clímax.

—Sí quiero esto. Ansío todo lo que me está ofreciendo, mi señor —respondió.

—¿Más? —preguntó O'Brian a punto de terminar—. ¿Quieres más?

—¡Sí! —gritó al sentir cómo alcanzaba el clímax de nuevo, sus piernas flaqueaban y perdía el control.

—¡Lo tendrás! —respondió antes de dar los últimos empujones. Esos que, por la intensidad con que los realizó, le causaron un brillo en su rostro,

que la ropa se pegara a su cuerpo y que la duda que tuvo antes de que ella llegara desapareciera—. ¡Eres mía! —gritó al sentir el calor de su semilla recorrer su sexo hasta introducirse en ella—. ¡Solo mía! —reiteró con fuerza.

Lo era. April sabía que, por muy inverosímil que le pareciese, aquella declaración de posesión era cierta. La hizo suya desde que la saludó en la planta de abajo, desde que ella le acompañó a la habitación, desde que soltó su cabello, desde que la tocó... De pronto, cuando sus respiraciones empezaron a calmarse y él salió de ella con tanta lentitud que deseó gritar que no lo hiciera, apareció en su mente una pregunta que la desconcertó. ¿Se había entregado de esa manera porque pensó en el inspector? No, no podía ser. Pese a que se asemejaban en el color de sus ojos, en el tono de voz y en esas grandes manos, que parecían haberla tocado con anterioridad, eso no era posible.

Se había ofrecido a un desconocido imaginando que era otro hombre, uno que jamás tendría la intención de vivir junto a la viuda de un asesino. Podía haber sido un descarado con ella obligándola a bailar dos piezas seguidas, pero solo eso. La intención del señor O'Brian era, solo y exclusivamente, averiguar si su padre había asesinado a Eric.

—No te muevas —le dijo mientras se abrochaba el pantalón y se dirigía hacia la palangana—. He de limpiarte —le explicó.

April cerró los ojos y recordó de nuevo cómo Úrsula describía a su amado frente a ella, haciendo desaparecer el líquido que se resbalaba por sus piernas. No sabía si ella explicó, en ese momento, si era una práctica habitual entre los dominantes aunque debía de serlo porque, de lo contrario, aquel hombre no podía limpiar a una mujer que no venerara.

—Dentro del cajón que tienes en la mesita derecha encontrarás un antifaz blanco —dijo mientras subía y bajaba el paño. Alcanzó el sexo de April y estuvo a punto de volver a poseerla al contemplar cómo sus esponjosos labios se habían hinchado por la pasión—. Si te lo pones la próxima vez que aparezcas, ya sabes qué significa. —Terminó de asearla, se levantó y caminó hacia la palangana. Necesitaba alejarse de ella, que saliera lo antes posible del dormitorio porque, debido al esfuerzo, su herida se había abierto de nuevo y tenía el chaleco manchado de sangre—. ¿Lo aceptas? —preguntó dándole la espalda.

April, tras ponerse el camisón, caminó hacia la mesita que le había indicado. Abrió el cajón y acarició con sus dedos la textura de la tela. ¿Estaba dispuesta a hacerlo? ¿Sería conveniente olvidar aquellos sentimientos que

habían crecido por un hombre que jamás alcanzaría? «¿Qué has tenido hasta ahora? —le preguntó la voz en su cabeza—. Prácticamente nada, así que tampoco puedes deducir que las simples actuaciones que has tenido con el señor O'Brian indiquen otra cosa que no sea interés hacia el caso de tu marido. ¿Te ha hablado de aquella noche? ¿Ha intentado besarte? ¡No! Entonces... ¿por qué dudas?».

—Sí, lo acepto —dijo cogiendo la prenda.

—Ya sabes lo que debes hacer después de salir —declaró con el corazón en un puño.

—Bajar e irme con la *señora Hard* —recordó al tiempo que se agachaba para recoger sus botines.

—Te veré el próximo miércoles. No me hagas esperar —indicó con rudeza.

—Por supuesto —respondió volviéndose hacia él—. Buenas noches, señor.

—Buenas noches —dijo sin moverse.

Cuando April salió de la habitación, Michael se arrodilló. Todavía seguía conmocionado por lo vivido y alterado ante el descubrimiento. Nunca imaginó que ella lo recordara, que pensara en él con tanta frecuencia. Se dijo a sí mismo un millar de veces que la había perdido tras casarse, pero no era cierto. Su fantasía, esa que habían hecho realidad, era la que él le había narrado aquella noche.

Aturdido, golpeado por esa emoción de placer, se llevó la mano hacia el abdomen y se presionó con fuerza. «Nunca la perdí —pensó mientras cerraba los ojos—. Siempre ha sido mía». Entusiasmado, más de lo que había estado incluso el día que lo nombraron inspector, se levantó del suelo y miró hacia la puerta. «No volverás a separarte de mí, April Campbell. Mañana mismo me presentaré en tu hogar y haré lo que jamás creí hacer, conquistarte».

Bajó las escaleras temblando. Estaba tan confundida como extasiada. Allí arriba había obtenido una experiencia tan hermosa como aterradora y, por supuesto, acudiría el miércoles siguiente. «¿Qué excusa pondrás esta vez?», habló una vocecita en su mente. No se pararía a cavilar qué pretexto les ofrecería a sus padres. Estaba segura de que algo se le ocurriría a Vianey.

—¿Todo bien, querida? —le preguntó la *señora Hard* cuando la recibió en la última escalera.

—Acabo de liberarme de todas mis desgracias. Me siento ligera e

increíblemente feliz —respondió mirándola a los ojos, olvidando una de las normas de aquel lugar.

—Entonces... ¿repetirás? —se interesó mientras caminaban hacia la salida.

—¿Esto responde a tu pregunta? —Le mostró el antifaz que guardaba en su mano.

—¡Gracias a Dios! —exclamó dibujando una gran sonrisa—. Acabas de tomar la mejor elección de tu vida.

—Eso espero... —murmuró April.

# CAPÍTULO XI

Eran más de las tres cuando Vianey, dándose por vencida, se retiró a su alcoba para descansar. Como era habitual en ella, le hizo miles de preguntas sobre lo ocurrido. April le respondió a las que creyó oportunas y esquivó las que resultaban demasiado comprometidas. Sin embargo, para su satisfacción, todas las dudas que ella tuvo, Vianey las resolvió sin dudar.

No acertó a averiguar si fue la ingesta de alcohol la culpable de esa inmensa alegría que mantuvo desde que las dos salieron del Club; fuera la razón que fuese, April descubrió que el *señor Dark* era un hombre soltero y que visitaba el Club desde hacía tres años y medio. También supo que fue iniciado por Vianey, pero de otra forma. Él nació dominante y lo mostraba hasta en el caminar. También se le escapó que había tenido una sirvienta durante tres años pero que jamás la había considerado propia. Eso causó mucha curiosidad en April puesto que, desde el primer momento, él reiteró que era suya.

Lógicamente, se guardó para sí una frase que se había quedado grabada en su memoria con tanta fuerza que le resultaría imposible olvidar: «Créeme, eres la única mujer que he esperado toda mi vida». ¿Por qué le había declarado esa tontería? ¿Querría, tal vez, engatusarla con palabras tentadoras? Si ese era el motivo, lo había conseguido. No había nada en el mundo que dejara a April sin respiración salvo un hombre gritando, a viva voz, que una mujer le pertenecía. Quizá la causa de ello fuese el hecho de no haberse sentido la mujer de nadie. Ni para Eric que, como bien manifestó Vianey, solo la quería por el poder y la fortuna que alcanzaría cuando su padre muriese.

Suspiró con tristeza. Mientras se metía en la cama, un inmenso pesar se apoderó de ella. No entendía cómo su esposo jamás la había poseído de aquella manera. No solo fue el hecho de cómo la tocó, sino el tono de voz que empleó mientras lo hacía. Sonó tan firme, tan seguro, tan autoritario y a la vez tan delicado, que le temblaron las piernas al recordarlo de nuevo. Pero no, Eric no se esmeró en complacerla, él tenía a otra mujer en su cabeza. ¿La quería de verdad? ¿Amaría a lady Cooper a pesar de haberla asesinado? Tal



vez se sintió presionado por el ultimátum que le dio su padre o tal vez era un hombre que no poseía sentimiento alguno salvo el que se regalaba a sí mismo.

Cerró los ojos, apartó de sus pensamientos a Eric y dejó que las imágenes de lo vivido en aquel Club regresaran a su mente. Seguía pensando que el olor que desprendía el *señor Dark* le resultaba familiar, al igual que el color de sus ojos y el tono de su voz. Pero Vianey le explicó una y mil veces que todos los hombres terminaban oliendo y hablando de manera semejante. Sin embargo... ¿todos podían tener una mirada tan enigmática? Posiblemente... Aferrada a ese bienestar, a esa felicidad que sentía su corazón, se ocultó bajo la sábana y se quedó profundamente dormida.

—¿April? ¿Cariño, estás despierta? —preguntó Vianey accediendo al interior de la habitación horas más tarde.

—Ahora sí —murmuró la mujer mientras se tapaba la cabeza para no ver a nadie.

—Ha venido un sirviente de Shother preguntando cuándo regresarás —la informó.

—¿Qué hora es? —demandó al tiempo que se apartaba con rapidez la sábana.

—Las dos —respondió acercándose a la ventana para descorrer las cortinas.

—¿Las dos? —exclamó saltando de la cama—. ¡Deben de estar preocupados!

—Lo están, pero no por ti sino por mí. Recuerda que viniste para cuidarme —apuntó al tiempo que movía la mano derecha para permitirle la entrada a la doncella.

—¡Es verdad! —exclamó abriendo los ojos como platos—. ¿Qué les diré? Jamás he sido capaz de mentir a mi padre y cuando lo he intentado, él lo ha sabido desde el primer momento —dijo sentándose de golpe sobre una esquina de la cama.

—Puedes decirle que he mejorado durante la noche, cosa que es cierta. Me recuperé muchísimo cuando te vi aparecer sola. Aunque ese pequeño detalle debes omitirlo, al igual que me has ocultado si, finalmente, el *señor Dark* te dejó tocar el Edén.

—¡Vianey! —exclamó ruborizándose al momento.

—¿No sabes lo que son las confidencias femeninas? Pues esta sería la nuestra...

—Nunca hablaré contigo de ese tipo de intimidades —se defendió levantándose de la cama—. No me gustan los cotilleos —dijo mientras se desprendía del camisón para que la doncella la ayudara a vestirse.

—¡Qué aburrida eres, querida! Me acabas de arruinar una estupenda conversación con el *señor Dark* —resopló.

—Solo te diré que fue muy respetuoso conmigo e hizo solo lo que le permití —apuntó dibujando una enorme sonrisa.

—Eso ya lo sabía... —murmuró Vianey con desilusión—. Él solo te respetará a ti, a nadie más —se le escapó.

—¿Cómo dices? —preguntó April volviéndose hacia ella bruscamente—. ¿He oído que solo me respetará a mí? ¿Por qué? ¿Acaso sabe quién soy? ¿Además de pactarme le desvelaste quién era? —soltó airada.

—¡No! —respondió con rapidez al tiempo que agitaba sus manos de un lado para otro—. ¡Yo no le he dicho quién eres! ¡Te lo prometo!

—Entonces... ¿por qué has murmurado que sólo me respetará a mí? —insistió frunciendo el ceño.

—Porque actuó de manera inadecuada delante de otro dominante y eso solo significa interés y respeto hacia otra persona —mintió. Pero lo hizo tan convencida, sin mostrar en su rostro ni un ápice de duda, que April se lo creyó por completo—. Y ahora vístete, toma algo y márchate a tu hogar. No quiero que Norman me sermonee cuando aparezca por Shother.

—¿Qué haremos la próxima semana, Vianey? Necesito buscarme una buena excusa para abandonar la casa de mis padres sin levantar sospechas —dijo desesperada.

—No te preocupes por eso —comentó acercándose a ella para darle un beso en el cabello—. Todo está controlado.

—¿De verdad? —dudó al tiempo que la abrazaba.

—Confía en mí.

Debió suponer, después de tantos años conociendo a Vianey, que cuando dijo que tomaría algo, sería una bandeja entera de alimentos, vino incluido. Pero estaba tan hambrienta que no replicó. Tras quedarse tranquila, porque su invitada no desfallecería en mitad del trayecto, la acompañó hasta el carruaje que la conduciría a su hogar.

—Espero que pases una buena tarde —comentó con tono misterioso.

April estuvo a punto de preguntarle a qué venía esa forma de hablar cuando Vianey le cerró la puerta en las narices. Ofuscada, se reclinó en el asiento e intentó relajarse. No podía aparecer en su casa como alma que lleva

el diablo. Necesitaba hallar cierta paz y lograr ser la mujer que salió la tarde anterior, pero ya no lo era. Todo había cambiado. Ya no sentía dolor, ni aflicción, ni tan siquiera podía hallar un resquicio de humillación en su alma. Si algo había en su interior era calma y tranquilidad.

Al recordar cómo el *señor Dark* bebió de su sexo, la alzó de la cama, la penetró de pie empujándola contra la pared, un extraño cosquilleo en el estómago la sacudió. ¿Por qué se sentía igual que una niña con un vestido nuevo? Si paraba el carruaje y salía al exterior, haría lo mismo que su madre cuando le informó de la actuación incorrecta del inspector: dar palmaditas y saltitos. «Porque ha cumplido tu fantasía, esa que has imaginado desde que el inspector te la insinuó aquel día», reflexionó. De repente, al acordarse del señor O'Brian toda esa felicidad se desvaneció.

No lo desvelaría jamás e intentaría borrarlo de su mente con prontitud, pero, por mucho que Vianey le había indicado que el *señor Dark* no podía asemejarse a nadie, ella sí les encontraba parecido. Eran dos hombres tan iguales que, por unos instantes, creyó estar junto al inspector. Aunque había una gran diferencia entre ellos: el *señor Dark* no hacía nada que ella no deseara en cambio, el señor O'Brian había hecho y dicho todo lo que le apetecía sin pedirle opinión. «¡Descarado!», exclamó en su cabeza. Pero de pronto la imagen de él manchado de sangre, enfrentándose de aquella forma al criminal, se antepuso a ese odio que había aparecido.

El dolor y la tristeza que sintió al verlo herido la alteraron tanto que solo ansiaba leer el periódico para averiguar si hablaban sobre el incidente del afamado inspector. Sin embargo, debía de admitir que en esta ocasión contemplaría la noticia tan solo por interés puesto que, teniendo al *señor Dark*, todo aquello que había sentido en el pasado por el policía debía desaparecer.

No se había dado cuenta de que había cerrado los ojos hasta que el cochero le abrió la puerta.

—Señora Campbell, hemos llegado —dijo con voz suave.

—Gracias —respondió. Se despezó con rapidez, agarró su vestido y bajó con tranquilidad.

¿Cómo debía asumir su nueva etapa? ¿Qué comportamiento debía adoptar después de pasar por las manos del *señor Dark*? April estaba tan ensimismada en la próxima conversación que tendría con él, que no advirtió la presencia en el jardín de un carruaje con un símbolo un tanto especial...

—Buenas tardes, señora Campbell —la recibió Larson con una mirada

un tanto misteriosa y preocupada—. ¿Pasó una buena velada? ¿Lady Swatton la trató cómo se merece?

—Sí, Larson, me trató muy bien. Gracias por tu interés —expuso mientras le ofrecía el abrigo y los guantes—. ¿Dónde están mis padres? —preguntó al tiempo que dirigía la mirada hacia el pasillo de su izquierda.

—Se encuentran en el salón de día —respondió.

—¿Por qué? —dijo elevando las cejas.

—Porque tienen una visita —contestó.

—¿De quién se trata? —insistió.

—Véalo usted misma —dijo antes de girarse hacia el pasillo derecho.

April estuvo a punto de gritarle a qué venía tanto misterio, pero decidió no comenzar su nueva vida vociferando al hombre más fiel del mundo. Si había adoptado esa compostura solo era por un motivo; se lo había ordenado su padre. Mientras se dirigía hacia el salón sopesó unas mil razones posibles por las que Larson no le había respondido. Desde niña, cuando su padre tenía la intención de castigarla, él le susurraba al oído que se escondiera hasta que el señor se relajara y, como era lógico, seguía sus consejos al pie de la letra. Pero esta vez era diferente... Enfadada por no saber quién sería la persona que visitaba a la familia a esas horas, acercó los nudillos a la puerta y tocó despacio.

—Adelante —escuchó decir a su padre.

Respiró hondo y, dibujando una enorme sonrisa, se adentró. Pero esa sonrisa desapareció de manera fulminante cuando descubrió quién acompañaba a sus adorados padres.

—Buenas tardes, señora Campbell —dijo Michael sin moverse del lugar donde permanecía.

—Padre, madre, señor O'Brian —saludó alzando el mentón y mostrando esa pose aristocrática que tanto odiaba.

—¡Hija mía! —exclamó Florence levantándose con rapidez del asiento para dirigirse a ella—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondió un tanto confundida—. ¿Por qué lo dice? —preguntó mientras aceptaba el beso de su madre en la mejilla.

—El inspector nos ha informado que ayer presenciaste una horrible situación frente a Scotland Yard —explicó temblorosa—. Y, por supuesto, ha abandonado durante unas horas su increíble y ardua labor en comisaría para interesarse por tu bienestar.

—¿Cómo se te ocurrió esa tontería, April Campbell Fodernet? —gritó

Norman fulminándola con la mirada.

Malo... Que su padre la llamara incluyendo el apellido de soltera de su madre le indicaba que estaba muy, pero que muy enfadado.

—¿Cómo lo ha descubierto? —preguntó al inspector, que había dibujado una leve sonrisa en su rostro al ver la actuación de su padre.

—Mis agentes me informaron que su carruaje se encontraba en la zona en ese momento. También me explicaron que se había atrevido a bajar de él y que, gracias a la intervención de su cochero, usted regresó al interior —explicó de manera impertérrita.

Sus ojos se clavaron en April como una flecha lanzada desde un arco y, al verla tan hermosa, notó, de manera inapropiada, cómo volvía a excitarse. Los recuerdos de la velada, de sus jadeos, de su calor, de lo resbaladiza que se halló ante él, pasaban por su mente sin poder hacerlos parar. ¿Cómo intentó imaginarse una vida sin ella? ¿Cómo había sido capaz de apartarla de su lado? Tal vez, si aquella noche él la hubiera puesto en una situación bochornosa, habrían permanecido juntos desde aquel momento. Sin embargo, como no podía hacer que el tiempo retrocediese, había llegado hasta allí para cumplir su juramento: cortejarla.

—Te advertí que no lo hicieras... —murmuró Florence cogiéndole las manos—. Ese lugar no es apropiado para mujeres como nosotras —añadió.

—¿Mujeres como nosotras? —soltó April girando despacio el cuello hacia su madre—. ¿Acaso somos diferentes a las demás? —refunfuñó.

—¿Por qué se te ocurrió aparecer allí? ¿Qué pretendías hacer? —exclamaba su padre intensificando el color de sus mejillas—. ¿Es que no puedes pensar con claridad?

—Siempre he pensado con mucha claridad —dijo con retintín. Miró al señor O'Brian como si de esa manera pudiera hacerlo desaparecer de su hogar. Pero él, en vez de sentirse culpable por la escena que presenciaba, continuaba sonriendo y el brillo de sus ojos declaraba que se divertía. Altiva, mostrando una entereza surrealista, caminó hacia donde se encontraba aquella gran figura masculina. No cesó de andar hasta que se encontró a menos de dos palmos de él, alzó la mirada, frunció el ceño y le preguntó con aspereza —: ¿A qué demonios ha venido?

—¡April! —le llamó la atención Norman caminando hacia ellos. Pero Michael extendió su mano derecha hacia Campbell para hacerle frenar.

—Después de saber que había presenciado un momento peligroso, quería averiguar si se encontraba bien —apuntó sereno.

—Solo presencié a un loco enfrentándose a otro y, para mi satisfacción, uno resultó herido —dijo mordaz—. ¿Se encuentra bien, señor O'Brian? —soltó dibujando una gran sonrisa.

—¿Fue herido? —preguntó Florence colocando su mano izquierda en la boca.

—Solo fue un leve arañazo —contestó Michael sin apartar sus ojos de April.

—No pareció que fuese un simple rasguño —prosiguió con sarcasmo—. Pude apreciar cómo su camisa se manchaba de sangre.

—Como he indicado... —manifestó O'Brian con firmeza—, ha sido un mísero roce que me ha mantenido en reposo durante la pasada noche. Pero, como comprenderá, no ha podido ser tan grave si he venido hasta su hogar para preguntarle, en persona, la razón de esa inesperada visita.

—Quería dejarle claro ciertos conceptos —aclaró April notando cómo su corazón latía con fuerza y cómo su cuerpo empezaba a sentir leves temblores.

Por mucho que Vianey le explicó que los hombres terminaban por usar el mismo perfume y que olían de manera semejante, a ella no se lo parecía porque, si su nariz no la engañaba, la persona que tenía a su lado, quien la miraba con esos fríos ojos azulados, desprendía un aroma muy parecido al del *señor Dark*. Y eso no era bueno...

—¿Ciertos conceptos? —espetó levantando una de sus cejas oscuras.

—¿Pueden dejarnos solos? —preguntó April a sus padres sin mirarlos—. El señor O'Brian y yo debemos mantener una conversación privada.

—No creo que... —empezó a decir Florence.

—¡Por supuesto! —respondió Norman dirigiéndose hacia su esposa.

—No deberíamos dejarlos aquí, sin nosotros —comentó mientras su esposo le cogía las manos y la conducía hacia la salida.

—No le sucederá nada malo, cariño. Un hombre como él jamás pretenderá destrozar la reputación de nuestra hija, ¿verdad, señor O'Brian? —demandó sin tan siquiera mirarlo.

—En efecto —sentenció Michael, que luchaba por controlar su respiración, sus ganas de alargar las manos hacia ella para abrazarla y reconfortarla como debió hacer antes de que se marchara de su lado y que, por culpa de la maldita herida, no pudo.

Ninguno de los dos habló hasta que la puerta se cerró. En ese instante, al verse desprotegida de sus padres, April echó unos pasos hacia atrás,

alejándose del hombre que, por su actitud, empezaba a temer.

—¿Se acobarda? —se burló Michael al verla alejarse.

—Jamás me he acobardado de nada ni de nadie —declaró apretando los dientes—. Tan solo creo que no es apropiado que mantengamos una inadecuada proximidad sin la presencia de mis padres. El servicio podría rumorear cosas erróneas —explicó.

—¿Qué conceptos quería aclararme? —preguntó caminado hacia ella, obviando la razón por la que se distanciaba.

—En primer lugar, necesito dejarle claro que no me gusta que me acosen —comentó echando otro paso hacia atrás.

—¿Cree que la acoso? —solicitó elevando, suavemente, el labio superior.

—¿Qué opinaría usted del comportamiento que tiene hacia mí, si ni siquiera respeta la razón que acabo de indicarle para mantenerse alejado? —dijo sin apenas respirar.

—Tengo un enorme defecto, señora Campbell —alegó.

—¿Solo uno? —soltó con un bufido.

Michael esbozó una enorme carcajada tras las palabras de April. ¿Cuánto tiempo hacía que no se reía con tantas ganas? Ni se acordaba...

—De entre las tantas imperfecciones que usted puede imaginar que ostento —prosiguió sin borrar la sonrisa de su rostro—, la principal es que me gusta escuchar las conversaciones *interesantes* a poca distancia, de ese modo nada quedará olvidado.

—¿Y si alzo la voz? También podría oír mis declaraciones de esa forma —explicó sátira.

—Una dama no debe realizar ese tipo de estupideces —continuó avanzando hacia ella. Si seguía caminando hacia atrás, April terminaría pegando la espalda a la puerta, evitando así el acceso de cualquier persona que pretendiera interrumpirles. Ante esa imagen, ella sin escapatoria, él colocando sus grandes manos sobre la firme hoja de madera, su boca tocando la suave piel con su aliento, el olor de ella ante un momento tan inquieto, el roce de ambos cuerpos... Michael dejó de respirar. No, no era apropiado tener ese tipo de pensamientos... allí—. ¿Por qué cree que la acoso, señora Campbell?

—En la fiesta me prometió que no hablaría con los caballeros que se dirigieron a mí denominando *trance* a lo sucedido con mi difunto marido —dijo con voz entrecortada

—Lo hice. No hablé con ellos en la fiesta —manifestó solemne.

—Pero... —intentó decir April mientras se colocaba tras la gran mesa que había en el salón.

«¿Piensa que eso la protegerá de mí? ¡Ja!».

—Lo que hice después de dicha ceremonia, solo me concierne a mí, ¿no cree? No debe olvidar que soy un agente de la ley y que debo cumplir con mis obligaciones —persistió rodeando el obstáculo que ella había colocado entre ambos.

—Así que... decidió hablar con el señor Reform para que le ayudara —señaló al tiempo que abría los ojos como platos.

—El señor Reform acudió a Scotland Yard al día siguiente para denunciar a ciertos caballeros por impago. Para mi sorpresa, eran los mismos que usted enumeró —apuntó burlón.

—Por supuesto... Y como ha de cumplir la ley, los mantuvo en prisión durante dos noches —alegó con sarcasmo.

—Necesitaba interrogarles —aclaró—. No sé si es usted consciente de cómo se comporta la aristocracia, pero le indicaré que todos y cada uno de ellos piensan que están por encima de la ley y que pueden utilizarla a su placer.

—Claro... Y para eso ha llegado usted, para recordarles que no es así... —expuso en voz baja. El inspector la había alcanzado, estaba tan solo a unos palmos de ella. Se giró y se encaró. No correría más, no huiría de aquel hombre, a pesar de que este le causara una terrible perturbación.

—¿Qué más? —preguntó Michael clavando sus ojos en esos labios que no había podido besar la noche pasada. En esa nariz que movía sus alveolos como las alas de una mariposa, en esos ojos que brillaban con tanta intensidad que podían iluminar cualquier calle de Whitechapel en una noche oscura.

—No quiero que me saque a bailar, no quiero que me hable con el descaro que se ha dirigido a mí hasta ahora, no quiero que me toque, que me persiga, que me desee... —enumeró sin respirar.

No fue consciente de sus últimas palabras hasta que observó cómo las cejas del inspector se curvaban. Lo había dicho sin pensar, sin intención. ¿Cómo se le había ocurrido tal cosa? ¿Cómo había soltado por su boca que no la deseara? ¿Cómo su mente había dado por afianzado algo tan ilógico? «Porque, pese a que ayer tuviste una magnífica experiencia con el *señor Dark*, verlo de nuevo hace que todo lo que has pensando sobre él



desaparezca e, indudablemente, ansías que él posea los mismos sentimientos. ¿Lo deseas, April? ¿Deseas al hombre que está frente a ti o al que tuviste la velada pasada? Piensa... piensa bien qué añoraste mientras te dominaba aquel desconocido».

—¿No quiere que le pida un baile? ¿No quiere que le hable con descaro, aunque yo creo que no es descaro sino sinceridad? ¿Quiere que no advierta su presencia cuando ambos nos hallemos en un mismo lugar? ¿Que no toque con mis labios su mano al saludarla? ¿No quiere que cuide de usted cuando se encuentre en un aprieto? Y... —Tomó aire, extendió su mano hacia el rostro de April, ese que se había sonrojado ante su exposición y le acarició la mejilla derecha—. ¿Qué reprima ese deseo que siento cada vez que la tengo a mi lado? ¿Eso es lo que quiere, April?

Michael observó cómo el pecho de ella subía y bajaba con rapidez. Estaba demasiado inquieta pero no podía concretar la razón. ¿Sería por él o por el *señor Dark*?

—Eso mismo, señor O'Brian —dijo sin apenas voz.

El roce de esos dedos en su piel quemaba la zona que tocaban. Estuvo a punto de cerrar los ojos e intensificar la sensación de aquella pequeña caricia. Sin embargo, debía mantenerse firme. Había decidido renunciar al inspector, olvidarlo, apartarlo de su lado puesto que solo la utilizaba para averiguar lo que sospechaba. Pero al tenerlo tan cerca, acariciándola con tanta suavidad, olvidó todo aquello que había pensado.

—¿Qué desea que haga a partir de ahora, señora Campbell? —preguntó acercando, inadecuadamente, sus labios a los de ella.

—Que... no... Que... se... —No podía hablar, no era capaz de responderle.

¿Qué deseaba? ¿Por qué su mente se había quedado pétrea, incapaz de meditar algo sensato? Enfadada, se giró hacia su derecha, intentando huir de esa perturbación emocional y descaradamente erótica que empezaba a recorrer su cuerpo. Pero no alcanzó a marcharse, la gran mano del inspector agarró su antebrazo y la frenó. Miró hacia esa zona de su cuerpo que era tocada con la palma desnuda, luego, con una lentitud agobiante, levantó sus ojos hacia él. Casi se arrodilló al contemplar aquel rostro, aquellos ojos, aquella mandíbula apretada. Intentó decir algo, aunque no le salía nada por la boca salvo aire...

—La sacaré a bailar cada vez que la vea y apartaré con brusquedad a quien ose hacerlo antes que yo. Seguiré hablándole con descaro, porque solo

así sabrá qué pienso en cada momento. No evitaré saludarla cuando se encuentre en el mismo lugar, es más, la perseguiré a cualquier zona a la que decida retirarse. Mis labios tocarán su mano cada vez que la encuentre y no intentaré hacer desaparecer ese deseo que siento por usted hasta que, en uno de esos locos enfrentamientos como el que presencié ayer, deje de respirar — declaró solemne.

—¿Es una amenaza, señor O'Brian? —preguntó notando el corazón en la garganta, presionando en cada latido su tráquea para que no pudiera respirar. ¿Cómo había pensado que los sentimientos que habían nacido sobre él se esfumarían bajo las manos del *señor Dark*?

—Es una declaración de intenciones, señora Campbell —afirmó antes de besarla.

¡¡No podía creer lo que estaba sucediendo!! April fue incapaz de cerrar sus ojos cuando los labios del inspector impactaron sobre los suyos, ni cuando las grandes manos de este se aferraron a su cintura, apretando su abdomen al de él. Solo lo hizo al notar cómo la lengua masculina se abrió paso a través de sus labios para entrar en el interior. Y fue su perdición... Lo sabía. Tenía la certeza de que una vez que cerrara los ojos, todo a su alrededor desaparecería. Olvidaría quién era y quién deseaba ser. Olvidaría la ira que sentía por aquel hombre, la rabia que le causaban sus palabras, sus actos descarados, porque, en el fondo, sabía que un beso de aquellos labios masculinos la conduciría al mismísimo cielo.

No hubo cariño, ni ternura, solo posesión, erotismo y lujuria. Hasta notó cómo sus pezones recobraban la dureza y su sexo despertaba aun habiéndose saciado la noche anterior. Confundida, abochornada y sin apenas poder retomar la consciencia, April no fue capaz de abrir los ojos ni cuando él se distanció. Su mente la había transportado a la habitación del Club encontrándose frente al inspector. Sí, el *señor Dark* había desaparecido para siempre y en lugar permanecía O'Brian, el hombre al que imaginó, el hombre que sintió, el hombre que la tomó con tanta determinación que podía haberla partido en dos. Era consciente de que había realizado una fantasía, pero no con aquel desconocido sino con quien se la describió.

—Soy incapaz de separarme de ti, April Campbell —declaró mientras recobraba el aliento.

Había besado a muchas mujeres, demasiadas, pero nunca imaginó que tocar los labios de la única que su mente proyectaba por la noche y con la primera que se despertaba cada mañana sería tan hermoso. Si tomarla, beber

de ella, o acariciarla en el Club le provocó insomnio, saborear su boca lo había vuelto un adicto.

—No debe decirme esas cosas, señor O'Brian —dijo sonrojándose, clavó la mirada en el suelo y dio varios pasos hacia atrás.

—No pretendo que sienta lo mismo. Solo quiero una oportunidad para conocerla y que usted me conozca —dijo con suavidad—. Como he apreciado hasta el momento, ningún hombre se ha interesado en cortejarla —soltó a bocajarro—, y me gustaría tener una oportunidad.

Y toda esa determinación que había tomado después de ser besada, volvió a desaparecer...

—¿Cómo ha dicho? —espetó abriendo los ojos como platos, enarcando las cejas y cambiando esa tonalidad de su rostro a un rojo más intenso, pero no por vergüenza o bochorno sino por ira.

—La he observado, April —continuó con voz serena.

Reconocía que no era una buena estrategia para averiguar si ella le mentiría en un futuro, pero fue la primera que se le pasó por la cabeza. Necesitaba confirmar que tanto en el presente o en el futuro no habría secretos entre ellos y pese a que en el Club ella le desveló sobre el autor de su fantasía, Michael era consciente de que no sería lo mismo hablar con una persona que escondía su rostro bajo un antifaz a uno que no lo llevaba.

—Desde que enviudó, la he estado investigando —desveló.

—¿Y? —preguntó enfadada.

—Y ningún hombre ha tenido la intención de acercarse de manera incorrecta —manifestó pidiéndole perdón en su mente. No quería herirla, no quería humillarla, tan solo necesitaba saber qué paso seguiría después de la conversación. ¿Le hablaría del *señor Dark*? ¿Le gritaría que estaba con otro hombre? Rezaba para que así fuese porque, de lo contrario, su corazón se partiría en mil pedazos.

—Ningún hombre ha tenido la intención de acercarse de manera incorrecta... —repitió en voz baja, como si estuviera reflexionando—. Salvo usted, por supuesto.

—Pero eso no significa que...

—¡Pues se equivoca, señor O'Brian! —soltó dibujando una enorme sonrisa—. No me ha observado lo suficiente —comentó altiva, orgullosa y muy, pero que muy, airada.

—¿Por qué? —insistió Michael notando cómo su corazón latía frenéticamente y su pecho se ensanchaba de felicidad.

—Porque sí que hay un hombre. Uno que no es equiparable con nadie que conozco hasta ahora —expuso feliz.

—¡Miente! —le retó.

—Yo no miento —masculló. Alzó su dedo índice, lo dirigió hacia el inspector y, frunciendo el ceño, prosiguió—: ¿Acaso piensa que es el único hombre de la ciudad que puede mostrar interés por mí?

—No —respondió con rapidez.

—Entonces... ¿por qué cree que miento? —solicitó sin bajar ese dedo ni calmar su rabia.

—Porque, mientras que yo la miraba, nadie se ha... —intentó repetir.

—¿Sabe qué hice ayer por la noche, señor O'Brian? —espetó entornando los ojos.

—Como ya le expliqué, estuve descansando por recomendación del doctor Cox. —¿Podría besarla de nuevo? ¿Podría alargar su mano, atrapar ese dedo que deseaba morder? No, ya no. En esos momentos April le abofetearía y se lo tendría merecido por tonto.

—Pues, como acaba de descubrir, usted no está siempre vigilándome —expuso feliz.

—¿Hay otro hombre? —gritó con aparente furia—. ¿Se ve con otro caballero?

—¿Le he sorprendido? Sí, parece que he dejado sin palabras al famoso inspector O'Brian —comentó como si estuviera presentando una obra de teatro—. ¿Me respetará ahora? —dijo burlona y satisfecha.

—Siempre la he respetado —reveló dando un paso hacia ella.

—¿Sabe qué significa el respeto, señor O'Brian? —preguntó levantando el rostro para mirarlo de forma desafiante.

—¡Claro que lo sé! —exclamó con aparente indignación.

—Pues yo no estoy tan segura. Si lo supiera me pediría permiso para tocarme, por si no lo deseo. Me preguntaría si necesito o preciso cualquier cosa, sin tener que ofrecérmelo sin desearlo. O...

Michael no le permitió continuar. En un acto de pasión, euforia y frenesí, avanzó hacia ella y la volvió a besar. Sin embargo, en esta ocasión ella no se dejó llevar por ese beso. Muy a su pesar, ahora le tocaba el bofetón.

—No intente besarme de nuevo —declaró April enojada—. Usted no tiene ninguna posibilidad conmigo.

—Soy un hombre muy testarudo, señora Campbell, y siempre consigo lo que quiero.

—¡Pues no me tendrá! —gritó angustiada.

—Ya lo veremos... —murmuró alejándose de ella—. Buenas tardes, April. Nos encontraremos antes de lo que se imagina.

—No, si le evito —le desafió.

—Inténtelo... —indicó con una sonrisa de oreja a oreja y con una mirada tan maliciosa que dejó a April congelada.

Y sin añadir nada más, Michael salió del salón con una satisfacción tan grande que el traje se le quedó demasiado pequeño. «Muy bien, ¡sí, señor! —meditó—. Así es como se empieza un cortejo. Espero que la próxima vez que la veas portes en tu mano un escudo porque, mucho me temo, que te lanzará a la cabeza todo aquello que tenga a su alcance». No le importaría recibir algún que otro golpe porque se lo merecía. Se había portado bastante cruel con April pero en un futuro recompensaría todo el mal que le había causado.

## CAPÍTULO XII

No podía dar crédito a lo que había vivido. ¡En su propia casa! ¿Cómo se había atrevido a acosarla y a besarla de esa forma en el hogar de sus padres? ¿No respetaba nada? Probablemente no sabía lo que significaba la honradez, la consideración. No, no tenía ni la más remota idea de lo que quería decir la palabra respeto. El inspector actuaba como le daba la gana sin pensar si estaba bien o mal. April apretó las manos y frunció el ceño. Por lo menos le había dado un golpe en su enorme ego. ¿Cómo había sido tan miserable de insinuar que nadie la cortejaba?

—¡Presuntuoso! —exclamó a viva voz mientras zapateaba el suelo con su pie derecho varias veces.

Pero lo había puesto en su sitio al anunciarle que había otro hombre. Sí, esos ojos firmes y duros mostraron asombro cuando le soltó que no era el único que tenía ciertas pretensiones con ella. Aunque no era del todo cierto... El *señor Dark* solo la quería para el próximo miércoles. No le explicó si deseaba verla con más frecuencia, ni tan siquiera le insinuó si podían verse fuera del Club. «Las relaciones que se ofrecen ahí dentro no se mantienen fuera —la advirtió Vianey—. Cada uno posee una vida y, como aprenderás con el paso del tiempo, todo el mundo se respeta una vez que atraviesa la puerta». Una maliciosa sonrisa se dibujó en su rostro al imaginar al inspector en aquel lugar. Se haría lo que él dictaminara y no respetaría a nadie. De repente soltó una carcajada. Todos temblarían al verlo aparecer y, si no erraba, ni ocultaría el rostro con una de las máscaras. Él era así y nada ni nadie le haría cambiar.

—¿Le dejaste claro esos conceptos? —preguntó Norman al entrar.

—¿Cree que ese hombre es capaz de aceptar aquello que se le pide? —respondió sentándose de golpe sobre el butacón. El vestido se agitó en ese movimiento tanto que las llamas bailaron en el interior de la chimenea.

—Ya me lo temía... —murmuró Campbell mientras se acercaba a ella.

—Pero por cómo nos ha despedido, de forma tan correcta y educada, pensé que te había escuchado con atención —repuso Florence asombrada.

—Ese hombre no escucha a nadie, madre. Tiene los oídos

completamente cerrados —refunfuñó.

—Entonces... ¿por qué ha tardado tanto en marcharse? —insistió Norman clavando sus ojos en April.

—Porque quería dejarme claras sus intenciones —susurró al tiempo que dirigía la mirada hacia el fuego para que ninguno de los dos descubriese el sonrojo de sus mejillas.

—¿Ha vuelto a insinuar que soy el asesino? —bramó Norman.

—No, ni hemos mencionado ese tema... —habló respirando hondo.

—¿Qué intenciones tiene, April? —demandó su madre colocando una de las manos sobre el hombro de su hija.

—Quiere cortejarme... —comentó con un suspiro.

—¿Cortejarte? —soltó Campbell entusiasmado y sorprendido—. ¡Perfecto! Le habrás dicho que sí, ¿verdad? Ese hombre es la mejor alternativa que puedes tener después del fracasado vizconde —manifestó alegre.

—¿La mejor alternativa? —espetó April dirigiendo una mirada asesina a su padre—. ¿Cómo osa decir tal tontería? —Entornó los ojos y frunció el ceño.

—Es un buen hombre... —intervino Florence al tiempo que ocupaba el asiento contiguo al de ella.

—¡Es un monstruo! —clamó April—. ¡No ha sido capaz de respetarme ni en mi propio hogar!

—Ahora estás enfadada y no sabes lo que dices... —respondió Florence—. Es un caballero y se ha despedido como...

—¡Me ha besado! ¡Dos veces, madre! ¿Eso significa para usted respeto? —bramó.

—Eso significa que tiene interés por ti, solo eso —intercedió Norman que no podía ocultar su felicidad—. Además, no deberías escandalizarte por un par de besos. ¿Cuántos pretendientes te besaron a escondidas, pequeña?

—¡Padre! —exclamó levantándose del asiento.

—¿Crees que no lo sabía? ¿Acaso has pensado que yo no era consciente de lo que sucedía cuando salías al balcón? Siempre te he vigilado, April Campbell, y, aunque más de una vez quise asestar un puñetazo a todo el que osaba besarte, me mantuve oculto para que tú misma eligieras a la persona con quien deseabas estar. Pero si llego a saber cómo era Eric... ¡Lo habría matado antes de que te tocara!

—¿Quiere dejar de hablar de esa forma? ¿No se da cuenta de que solo

afianza las sospechas de ese testarudo? —gritó malhumorada.

—Yo no hice nada. Solo aclaro, con vosotras, que debí hacerlo.

—¿No sientes nada por él, April? ¿No tienes ni un pequeño afecto hacia el inspector? —preguntó Florence que hasta ese momento había clavado su mirada en las llamas y cavilaba sobre el terrible enojo de su hija.

—¡No! —respondió con rapidez—. ¿Cómo puede pensar una cosa así?

—He visto cómo actúas cuando él está cerca —indicó.

—Y... ¿qué ha observado? —preguntó April colocando sus manos en la cintura.

—Que te deja sin aliento, que eres incapaz de actuar de manera correcta, que tu mente se distorsiona y que te sonrojas con facilidad —declaró esbozando una sonrisa amable.

—¡Y esta es la mujer de quién estoy locamente enamorado! —exclamó Norman acercándose a su esposa, agachó la cabeza y la besó en la mejilla. — Sopesa tus alternativas, hija mía. Él es el único que no ha visto en ti a una mujer humillada por la aberración que hizo su difunto esposo. El inspector te sacó a bailar...

—¡Me obligó! —se defendió sonrojándose por la ira.

—No. Te preguntó si querías bailar y, si la memoria no me falla, le respondiste que sí. Lo único que pretendió el señor O'Brian fue cumplir tu deseo —prosiguió solemne.

—Aunque me hubiese negado, él me habría sacado a bailar, así que lo único que hice fue evitar un espectáculo —se justificó.

—¿De verdad piensas que él te habría forzado en un lugar donde había más de cincuenta invitados? —Florence enarcó las cejas rubias, miró a su hija a los ojos y esperó la respuesta. Viendo que no iba a rebatir su argumento, prosiguió—: Ninguno de los dos te obligaremos a hacer algo que no desees, ya lo demostramos cuando decidiste casarte con Eric. En lo único que insistiremos, tanto tu padre como yo, es en que busques, de una vez por todas, tu felicidad. No puedes quedarte aquí el resto de tu vida, cariño. Te irás consumiendo poco a poco y llegará el día en el que odiarás la decisión que tomaste en el pasado. La pena será que no podrás echar el tiempo atrás.

—Soy feliz ahora... —dijo en voz baja.

—¿Y mañana? —apuntó Norman acercándose a su hija—. ¿También lo serás?

—Él no es el hombre que estoy buscando... —dijo con suavidad.

—Entonces, ¿a quién buscas? —medió Florence de nuevo.



—No lo sé, madre. Estoy confundida.

—¿Tan mal se comporta el inspector cuando nadie os vigila? —espetó Norman dudoso.

—Su actitud es semejante a un dueño, padre. Piensa que le pertenezco, que he nacido para él —afirmó con tristeza.

—Eso mismo pensé yo cuando descubrí a tu madre, April. Y, como puedes apreciar, no erré en mis conjeturas —indicó Norman sereno y firme—. Jamás me arrepentiré de haberla perseguido, de ser insistente cuando ella rehusaba mi presencia ni tampoco lamenté besarla, aun sabiendo que podría negarse.

—¿También le robó dos besos? —preguntó April a su madre enarcando las cejas.

—Me robó mucho más de dos besos, cariño —respondió ruborizándose.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó April abochornada—. ¿Cómo fueron capaces de hacer ese tipo de cosas?

—¿Cómo crees que te engendramos, April Campbell? —soltó su padre divertido.

—No continúen hablando de eso, por favor —comentó apartándose de ellos.

Estaba hecha una furia y lo mejor para calmarse era encerrarse en su habitación y darse un baño de agua hirviendo. Pero justo cuando alcanzó la puerta, se dio la vuelta para observarlos. Se habían abrazado, incluso su padre osó besarle en los labios delante de ella. Se amaban, se respetaban, se adoraban. ¿No era eso lo que buscaba en un hombre? No, a ella no le bastaba con ese tipo de afecto, ella ansiaba más y, por ahora, tenía al *señor Dark* para consolarla y hacer realidad sus fantasías. Aunque la próxima vez sería consciente de quién la dominaba y no se dejaría llevar por alucinaciones indebidas.

—Empezaré a buscar un marido —dijo al fin—. Pero no tengan sus miras en el inspector. Ese hombre no volverá a acosarme de nuevo. Lo evitaré como si fuera la peste —declaró con firmeza.

—Tan solo queremos que seas feliz —comentó Florence.

—Lo seré, pero no con él —sentenció antes de salir del salón.

El matrimonio Campbell permaneció en silencio hasta que escuchó cómo April subía las escaleras. Por la forma de pisarlas no tuvieron la menor duda de que estaba enfadada, muy enfadada.

—¿Sigues pensando que es el hombre adecuado para nuestra hija? —

preguntó Florence mientras le arreglaba la corbata.

—No hay en el mundo un hombre mejor para April que el inspector —dijo con determinación.

—Pero ella no tiene ningún interés hacia él —comentó recelosa—. Quizá te equivocas esta vez...

—¿Recuerdas cómo rehusabas mi presencia, de mis miradas e incluso cómo mantenías una distancia exagerada conmigo? —Norman extendió sus manos para abrazarla de nuevo.

—Sí —respondió Florence alzando el rostro.

—¿Qué hiciste cuándo, en aquella fiesta, no te presté atención? ¿Cuándo bailé con Vianey en vez de contigo?

—Me escapé de mi casa y me presenté en la tuya —dijo con tono suspicaz.

—¿Y? —insistió Norman acercando sus labios a los de ella.

—Y subí a tu habitación —le recordó.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste, señora Campbell?

—Lo repetiría cada día del resto de mi vida, señor Campbell —contestó antes de que la boca de su marido encontrara la suya con la misma pasión con la que la recibió la noche en la que Florence accedió a su alcoba.

¡Buscar marido! ¡Buscar marido! ¿Cómo había sido tan tonta de decirles a sus padres que buscaría un esposo? ¡Ella no deseaba encadenarse otra vez a un hombre! ¡Y menos ahora! April se tiró sobre la cama, ocultó su rostro en la almohada y gritó con fuerza. La culpa de toda esa locura la tenía el inspector. Él la volvía tan loca que no sabía lo que decía. ¿Por qué no se daba por vencido? ¿Por qué no la dejaba en paz?

«La sacaré a bailar cada vez que la vea y apartaré con brusquedad a quien ose hacerlo antes que yo. Seguiré hablándole con descaro, porque solo así sabrá qué pienso en cada momento. No evitaré saludarla cuando se encuentre en el mismo lugar, es más, la perseguiré a cualquier zona a la que decida retirarse. Mis labios tocarán su mano cada vez que la encuentre y no intentaré hacer desaparecer ese deseo que siento por usted hasta que, en uno de esos locos enfrentamientos como el que presencié ayer, deje de respirar», recordó las palabras del inspector.

*Declaración de intenciones* lo había denominado él, pero sonó más bien a una amenaza. ¿Cómo podía referirse a ella con tanto descaro? Muy despacio, levantó su rostro, tomó aire y se sentó sobre la cama. Necesitaba

comprender la actitud del inspector. Recordó su manera de caminar hacia ella y cómo eliminó de su paso todos los obstáculos que colocó para que no se aproximara. ¿Por qué actuó así frente a él? ¿Por qué no fue capaz de quedarse quieta en un sitio y encararse al inspector? «Miedo... —le susurró una voz en su cabeza—. Tienes miedo, pero no de él sino de ti». ¿Podía ser cierto? ¿Huyó de él porque en el fondo sentía miedo de aceptar sus verdaderos sentimientos?

April se llevó las manos a la cara y se la frotó con frustración. Ni ella misma encontraba la respuesta que necesitaba. Era cierto que se volvía torpe cuando estaba a su lado, que no era capaz de pensar con sensatez, que hasta su cuerpo temblaba cuando él la tocaba. Pero... ¿eso era suficiente para afirmar algo tan importante? Empezó a desesperarse, a encontrarse al borde de un ataque de nervios. No era lógico todo lo que le estaba sucediendo. Ese hombre la perturbaba demasiado y debía zanjar el problema lo antes posible. Sin embargo, en mitad de todo ese caos mental estaba la placentera sensación que sintió cuando sus labios fueron tocados por aquella gloriosa boca, cómo su lengua, caliente y húmeda, conquistaba su interior. El sabor, el perfume, la manera de aferrarla a su pecho, cómo la había tocado sin guantes... ¡Todo eso la excitaba de nuevo! «¡Por el amor de Dios!», exclamó dando un respingo. No podía controlarse. No podía borrar de su mente las emociones que había sentido en el salón.

—¡Maldito bastardo! —gritó airada—. ¡Te arrepentirás de provocarme estas inquietudes! ¡Te destrozaré el alma, el corazón y toda tu vida! No volverás a ser jamás el hombre que eres, O'Brian. ¡Lo juro!

Y tras esa promesa, April caminó hacia su vestidor, lo abrió y arrojó al suelo todos los vestidos de color negro.

## CAPÍTULO XIII

Después de marcharse de Shother, Michael se dirigió hacia Scotland Yard. Tenía asuntos que atender y no podía perder más tiempo en resolverlos. Se metió en su oficina, amontonó los documentos que tenía sobre la mesa e intentó prestarles atención. Pero no le resultó fácil hacer una tarea tan habitual para él. Las imágenes de lo sucedido con April sobresaltaban su mente, aunque no lo deseara. Volvió a sentir el calor de sus labios, el temblor de su cuerpo ante la excitación que le causó el beso y también recordó la actitud orgullosa que ella mostró al hablarle sobre la existencia de otro hombre.

O'Brian sonrió ampliamente. Se lo merecía por haberla puesto en una situación tan desquiciante. ¿Cómo se había atrevido a indicarle que nadie la cortejaba, que no provocaba interés? Había sido demasiado cruel pero no se arrepentía, puesto que su principal motivo era averiguar si ella le mentía. De este modo podía seguir siendo el inspector que la *acosaba* o permanecer bajo la figura del *señor Dark* que le ofrecía aquellos deseos impuros que su otro yo le indicaba. Por fortuna, después de aquella actuación descubrió que tanto el uno como el otro necesitaban a April Campbell en sus vidas. Ninguna mujer podía reemplazarla. No lo había hecho en el pasado y no lo haría nunca.

Michael se reclinó en el asiento, se cruzó de brazos y rememoró la noche en el Club. No había podido conciliar el sueño ni una sola hora. Se encontró tan emocionado, tan feliz al saber que ella siempre había pensado en él, que su estado de vigilia se alargó hasta el amanecer. Su mente le ofrecía la imagen de ella arrodillada sobre el almohadón, agachando su cabeza en señal de respeto. La conversación, el libro, sus respiraciones, el sabor de su sexo, sus pechos moviéndose mientras la tomaba, sus jadeos, los de él... Tal como le indicó Vianey, leer el diario de Úrsula la despertó de ese letargo en el que se encontraba. Y él la consoló, ofreciéndole la satisfacción que en el pasado le dijo con palabras. ¿Alguna vez pensó que ella lo recordaría? No, ninguna. Una vez que huyó de aquel hogar, quiso abandonarla, mantenerla en el recuerdo. Sin embargo, ninguno de los dos fue capaz de olvidarse.

«Hace mucho tiempo, alguien se acercó a mí y me habló de manera descarada. Lo odié con todas mis fuerzas y deseé abofetearlo, pero justo cuando alcé la mano, él me la agarró y me describió una escena que, pese a que intenté borrarla de mi memoria, siempre ha estado conmigo».

Siempre había estado con ella... y él jamás lo imaginó.

Michael cerró los ojos y dejó que la sensación de placer que sintió, no solo durante la noche sino también hacía apenas unas horas, retornase. Sus labios, su cuerpo, su necesidad, su excitación, hasta la forma de respirar eran tan parecidas a las suyas que no sabía cómo podía mantenerse allí sentado y no regresar a Shother para volver a tenerla en sus brazos. ¿Estaba loco? Pues sí, y mucho. Aunque esa locura era propia de un hombre enamorado y él lo estaba. Estaba enamorado de ella desde aquel momento, desde aquella conversación, desde que le agarró la mano cuando intentó abofetearlo, desde que notó cómo el corazón de April se alteraba sobre su yema del dedo al desvelarle qué pretendía hacerle si fuera suya y, para su placer, ella recordaba todo...

Una grandiosa sonrisa se dibujó en su duro rostro, hasta él mismo se sorprendió de sonreír de esa manera, pero ¡la vivencia en Shother le resultó tan divertida! Fue tras ella, apartando cada obstáculo que consideraba suficiente para alejarlo de su lado y, por más que se alejaba, él más se aproximaba. Después, en mitad de esa lucha de distancias, tuvo que hablarle de esa forma tan inapropiada... Si ella le hubiera asestado el bofetón, lo habría aceptado con entereza. Aunque la fuerza que April mostró al desvelarle que otro hombre la deseaba, que no era el único que se había fijado en ella, le hizo pensar que le dolería más que un impacto de la mano sobre su rostro. Sin lugar a dudas era una Campbell y se comportaba igual que su padre: orgullosa, dura e inmutable.

¿Cómo podía estar tan enamorado? ¿Lo hechizaría el día que bajó de las escaleras? ¿En el balcón? O tal vez... la pasada noche, cuando desveló que él había permanecido en su cabeza. «El amor llegará —recordó una conversación con la señora Warren—. Y en ese momento todo lo que fue, todo lo que deseó, se esfumará de su mente porque solo tendrá una cosa en la que pensar: en ella». Y tenía razón. Allí estaba, después de tres horas, pensando en April sin poder remediarlo. Excitándose con los recuerdos. Deseando que pasara el tiempo para que llegara por fin el ansiado miércoles. Sin embargo, no podía quedarse de brazos cruzados hasta que regresara con el *señor Dark*. Le había prometido que la perseguiría, que insistiría en

alcanzarla como O'Brian y lo cumpliría a raja tabla. Allí donde se encontrase, allí donde acudiera, se daría la vuelta y lo vería, inmóvil, sonriendo de placer.

—¿Cómo se encuentra? —la pregunta del doctor Cox lo alejó de sus pensamientos.

—Buenas tardes, bastante bien —dijo con tono firme.

—¿Descansó? ¿Conseguí que, por primera vez desde que soy médico de Scotland Yard, me hiciera caso? —espetó acercándose al inspector.

—No es fácil para mí quedarme inmóvil, pero le prometo que lo he intentado cada vez que he tenido un momento de tranquilidad —respondió con evasivas. Sabía que miraría la herida y que descubriría que no se había cerrado como él deseaba y que, por supuesto, le regañaría como si fuera un niño por no obedecerle. Pero... ¿cómo iba a quedarse tendido sobre la cama sabiendo que April aparecería en el Club? No habían pasado ni cinco minutos cuando se le acercó otro dominante para reclamarla. Su descontrol se agrandó tanto que estuvo a punto de apretarle la tráquea al susodicho con sus propias manos. Pero se contuvo, porque Vianey respetó el pacto. ¿Se la habría ofrecido? ¿Si él no hubiese aparecido, la *señora Hard* se la habría entregado faltando a su promesa? Tal vez...

De pronto, al cavilar sobre esa posibilidad, una inmensa rabia se adueñó de él. Solo de pensar que otro hombre la hubiera tocado, que hubiese visto su belleza, le causó una ira tan descomunal que, sin querer, despertó al monstruo que habitaba en él, causándole un enorme deseo de buscarla y de marcarla como suya.

—¿Puede despojarse de la camisa? —soltó Cox observando cómo el inspector endurecía su rostro—. Todavía no soy capaz de dictaminar si una herida está sanando con la ropa puesta —añadió mordaz.

—Está perfectamente —respondió Michael al tiempo que se levantaba del sillón.

—¿Es médico? —espetó arqueando las cejas.

—No —comentó O'Brian clavando sus ojos en él.

—Pues entonces, dedíquese a su trabajo que yo haré el mío —declaró con un halo de enfado.

Michael se quitó el chaleco y la camisa, dejando el torso vendado a la vista del médico. Este frunció el ceño al ver la venda manchada de sangre.

—¿Por qué no le ha cambiado el vendaje la señora Warren? —quiso saber mientras él mismo lo hacía.

—Hay cosas que mi ama de llaves no debe conocer y esta es una de ellas —manifestó al tiempo que arrugaba la frente a causa del dolor.

—Como puedo apreciar —comentó Cox tras observar la herida—, no ha descansado.

—Tenía cosas que hacer —respondió O'Brian apretando los dientes.

—Un gran esfuerzo, por cómo se ha abierto el corte desde abajo —prosiguió mordaz Cox.

—Tuve que agacharme en varias ocasiones —se excusó.

—Ya veo...

Suspicaz, Cox cogió el maletín, lo abrió y sacó un antiséptico. Sin avisar, vertió el bote sobre la herida y escuchó un grito desesperado del inspector.

—Eso tiene el agacharse, mi querido inspector. La herida se abre, se infecta y no se cura —expuso sarcástico—. Debe dejar de hacerlo durante un tiempo. Con cinco días será suficiente para que se cierre de manera natural. ¿Podrá soportar ese tiempo sin *agacharse* tanto? —añadió mordaz.

—Lo haré —comentó con rudeza.

Tras ponerle una venda limpia y oír miles de impropiedades causados por el dolor que le provocó la cura, Cox cerró su maletín mientras Michael se vestía de nuevo.

—Sé que no le servirá de nada mi consejo, pero ha de cuidarse un poco más. Le recomiendo que hoy descanse. Tal vez su hombre de confianza pueda ocupar su puesto durante una noche.

—¿Bastará con una sola noche para que me recupere? —soltó divertido.

—¿Por qué no lo intenta? Quizás hasta se sorprenda de cómo su cuerpo le agradece un pequeño reposo. Aunque también lo haría si fuera previsor y no lo dañara con tanta asiduidad.

—Era un preso agresivo. Todos los agentes le temían —respondió abrochando los botones del chaleco.

—¿Y usted no? —preguntó arqueando las cejas—. ¿A qué tiene miedo inspector? Si es que lo tiene, por supuesto.

—Soy un hombre y como tal siempre poseo muchos temores —dijo solemne—. Pero hasta ahora no he de alimentar a una familia, cosa que casi todos mis agentes sí hacen.

—Pobre de la mujer que decida aceptar su mano —alegó con mofa—. Vivirá sumergida en un mundo de pesar y aflicción.

—No entiendo por qué habla sobre esas cosas —refunfuñó.

—¿Por qué? —espetó mirándolo fijamente—. Desde que decidí ofrecer mis servicios en este lugar nadie de sus hombres ha sido magullado, sin embargo, usted ha tenido tantos cortes, tantos golpes y heridas de bala, que puedo hacer un manual específico de cómo curarlas.

—Exagera... —murmuró Michael sentándose de nuevo.

—Si busca la muerte, señor O'Brian, no tardará en alcanzarla. No porque ella lo busque sino porque usted corre tras ella.

—Todos tendremos el mismo final... —masculló.

—Sí, pero todos deseamos que pasen muchos años antes de la temida visita... Y ahora, si me disculpa, tengo un cadáver que atender. Buenas tardes, inspector —dijo abriendo la puerta.

—Buenas tardes, Cox.

No podía reprocharle nada porque decía la verdad. Cada vez que asistía a una detención peligrosa salía herido. Pero como le explicó al doctor, él no tenía nada que perder... hasta ahora. ¿Qué sería de April si él no velara por ella? No solo perdería al *señor Dark*, sino a él también. ¿Se sentiría triste? ¿Buscaría a otro hombre que la consolara? La furia se volvió a adueñar de su cuerpo y de su mente. Jamás pensó lo que podría conllevar una mala actuación, un acto inapropiado, hasta esos momentos. Por muy extraño que le pareciese, deseaba mantenerse a salvo, protegido de cualquier altercado peligroso y eso no era bueno para un hombre que velaba por la seguridad de una ciudad. ¿Tendría que olvidarse de ella? ¿Tendría que poner fin a algo que había esperado durante años e incluso una vida? No, no podía dar por terminado algo que ansiaba desde que la descubrió. Ella era todo lo que deseaba y, para conseguir tal propósito, empezaría a cuidarse.

—Está bien... —refunfuñó—. ¡Tú ganas!

Michael se levantó del asiento, se colocó la chaqueta y decidió darse ese merecido descanso. Sin embargo, no se marcharía a su hogar. Sería incapaz de escuchar el sermón que le soltaría la señora Warren cuando le informara de que le hirieron de nuevo. Se dirigiría al Club. Deseaba explicarle a Reform lo que había averiguado Borshon sobre la mujer que, vestida de hombre, le desplumaba en aquella mesa.

—Una mujer... —murmuró reflexivo y divertido—. Está claro que ningún hombre logrará aquello que ellas consiguen con tanta facilidad.

Para él, amar como amaba a April, y para el señor Reform, descubrir que una mujer provocaba las mayores pérdidas en una mesa de juego desde que abrió el club de caballeros.





Sobre su escritorio tenía dos papeles importantes. El primero era la cuantía exacta del déficit que había tenido desde que ella apareció, y el segundo, la noticia de la que todo el mundo hablaba: la detención de varios lores por impago en su club. Eso le ocasionaría una disminución de la clientela. Hasta ese momento, todos los caballeros que acudían allí asumían que su intimidad estaba protegida, sin embargo, después de esa noticia, muchos de ellos no aparecerían por temor a ser descubiertos.

—¡Maldita sea! —exclamó levantándose de golpe.

No debió aceptar el trato que el inspector le propuso el día siguiente de averiguar cuál era el motivo por el que la mesa número siete declaraba, al final de cada noche, una sospechosa quiebra. Pero le debía un favor, no solo por descubrir a la culpable sino por no detenerla. Así que no le quedó otra alternativa que ayudarle.

Trevor se llevó las manos hacia el cabello y se lo acarició desesperado. Jamás hubiese imaginado que una mujer, vistiendo prendas de hombre, desplumaría una mesa repleta de caballeros sin hacer trampas. Porque, para su pesar, ella jugaba con honradez, sin ningún tipo de patrañas. ¿Acaso había mujeres que utilizaban su cabeza para algo más que para sostener un bonito sombrero? Pues eso parecía... Aquella fémica usaba su cerebro para arruinar a los jugadores que se atrevían a desafiarla.

Sonrió. Sí, aunque no debía hacerlo, Trevor dibujó una gran sonrisa en su rostro al pensar qué cara pondrían aquellos que se quedaban con los bolsillos vacíos cuando descubriesen que les desplumaba una mujer. Pero ella no era cualquier mujer... Era especial y así lo presentía.

Después de deambular por su oficina, se dirigió hacia la gran ventana por la que podía admirar la imagen de la calle en la que se situaba el edificio que reformó años atrás. Había anochecido, habrían pasado algo más de las diez y, si sus sospechas eran ciertas, pronto aparecería en el local. Sin embargo, esta vez sería diferente a todas las anteriores, porque no la dejaría marcharse sin más. La seguiría. ¡Claro que lo haría! En cuanto ella se levantara del asiento, él se pegaría a su espalda y averiguaría hacia dónde se dirigía. Si se trataba de una empleada de su eterno rival, hablaría con el inspector para que tomara cartas en el asunto y él dejaría de pensar en ella porque, muy a su pesar, la idea de saber quién era, qué imagen tendría al lucir un vestido, el verdadero color de su cabello y el impacto que le causaría

escuchar un tono femenino en vez del que intentaba simular, empezaban a trastornarlo con demasiada asiduidad.

—Buenas noches, señor Reform.

La conocida voz del inspector le hizo darse la vuelta, entornar los ojos y mantenerse en alerta. Si venía a pedirle otro favor, lo echaría de allí a patadas.

—Buenas noches, señor O'Brian —le saludó extendiendo la mano al tiempo que se acercaba—. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Por recomendaciones del doctor Cox, he decidido descansar esta noche y, como no tengo muchos amigos con los que charlar, me he acordado de usted.

—¿Le han herido de nuevo? —preguntó mientras le señalaba el asiento que podía tomar.

—Nada grave, pero según parece, no he de moverme durante algún tiempo —explicó.

—¿Una copa? Aunque no es aconsejable beber cuando uno está malherido —dijo suspicaz.

—Sírvala hasta el borde —declaró dibujando una sonrisa.

Trevor cogió la botella, acercó la copa al inspector y la colmó tal como deseaba. Luego se sirvió la suya mientras pensaba qué motivo tendría la repentina e inesperada visita del agente.

—¿Descubrió quién es ella? —soltó después de dar el primer sorbo.

—¡Sabía que tenía una razón para presentarse en el club! —exclamó Trevor sin apartar sus ojos color marrón del rostro del policía.

—Solo es curiosidad, señor Reform.

—Trevor.

—Michael —respondió—. Como puede imaginar, llevo días pensando en esa mujer. ¿Qué la habrá conducido a vestirse de hombre y aparecer en un lugar como este? —Hizo un pequeño mohín sin ser consciente de ello.

—Mi club es un lugar respetable y cualquiera estaría orgulloso de convertirse en un afamado socio de Reform. Entre mi clientela se encuentra el duque de Rutland, el marqués de Riderland y el barón de Sheiton, sin ir más lejos.

—Si no estoy confundido, el duque ya no aparece por estos lares puesto que, la última vez, sufrió graves consecuencias, el marqués tiene terminantemente prohibida la entrada por su querida esposa y el barón está preparando su próxima boda —añadió mordaz.

—Como le he dicho, gente respetable —manifestó mientras se sentaba.

Durante unos instantes se mantuvieron callados, cada uno sumergido en sus pensamientos.

—¿Cuánto ha perdido desde que ella juega en su club? —espetó Michael posando el vaso sobre la mesa de caoba oscura.

—Unas mil libras aproximadamente —comentó con un suspiro.

—¿Mil libras? —repitió sorprendido—. ¿Y no desea denunciarla?

—No, quiero averiguar quién es y por qué lo hace —afirmó tocando con la yema de un dedo el borde de la copa—. Me intriga saber qué esconde esa mujer —añadió con la mirada perdida.

—Puedo desvelarle algo, pero no mucho —apuntó con tranquilidad, reclinándose en el asiento.

—¿La ha seguido? —preguntó con una mezcla de sorpresa y rabia. Le había dejado claro que no hiciera nada, que no la persiguiera, que no se metiera en sus asuntos, pero, según parecía, no lo había entendido con exactitud.

—Quise descartarla —explicó llevando su copa a los labios.

—¿Descartarla? —volvió a repetir entornando sus ojos castaños.

—Desde un tiempo atrás se están produciendo ciertos robos y quería eliminarla de la lista de los posibles ladrones —explicó.

—¡Ella no es una ladrona! —exclamó acalorado—. Ya le dije que se gana su pequeña fortuna sin trampas. Solo despoja a los estúpidos que no tienen cerebro. Eso no es robar, Michael.

—Entonces... ¿no quiere saber quién es? —preguntó divertido al ver cómo la defendía.

—He decidido averiguarlo por mí mismo —dijo levantándose del asiento. Se dirigió hacia la ventana, esperando a que apareciera en cualquier momento.

—Tiene un nombre precioso... —le provocó—. Y sus padres...

—¡Maldito instigador! ¡Hable de una vez y deje de molestarme! —clamó Trevor sin apartar la mirada de la calle.

—Se llama Valeria Giesler —reveló sonriente.

—¿Alemana? —preguntó con sorpresa.

—Su padre sí lo fue, pero su madre no. Según he descubierto, su madre era española. Ambos murieron cuando llegaron a Londres y ella se hizo cargo de los dos hermanos pequeños.

—¿Una huérfana con hermanos? —soltó asombrado.

—Sí, así es. La pequeña familia vive en Brick Lane.

—¿En Whitechapel? —preguntó dirigiendo la mirada hacia el inspector.

Sus ojos se abrieron como platos, su corazón se congeló y notó un tremendo nudo en la garganta. Hasta que escuchó la información del inspector, había barajado dos alternativas; la primera, que era una empleada de su rival y la segunda, que se trataba de una dama de la sociedad que pasaba sus noches de soledad divirtiéndose arrebatándole una pequeña fortuna. Pero no había sopesado la idea de que ella utilizase su pericia en el juego para sacar adelante a una familia. Ese detalle, ese mísero matiz que le había indicado el inspector, aumentó su ansia de averiguar más sobre la desconocida.

—Sí, su pequeña mentirosa es una mujer que lucha por sacar adelante a unos hermanos en un barrio poco recomendable —concretó sereno—. Pero no ha de sentir lástima por ella, Trevor. Hay muchas familias en su misma situación.

«Pero ninguna con la valentía de aparecer en un lugar prohibido para una mujer, vestirse de hombre y desplumar en dos horas a sus adversarios», pensó Reform.

—Gracias por la información —dijo fijando sus ojos en la calle—. Me ha respondido a ciertas incógnitas...

—¿Cómo cuáles? —se interesó Michael inclinándose hacia delante.

—Pensaba que era una espía de Hondherton —reveló.

—¿El dueño del otro club?

—Claro, ¿quién si no desearía que mi local se viese involucrado en una situación de tal índole? ¿Qué comentarían los periódicos si se supiera que una mujer despoja a ciertos lores distinguidos en un club de caballeros? Me arruinaría —declaró—. Sería el fin de Reform.

—Entonces, no le queda otra alternativa que zanjar pronto el asunto —comentó antes de beberse de un sorbo lo que restaba en su copa—. Si no estoy equivocado, el club es su único medio de sustento.

—Sí, por ahora es lo único que tengo... —murmuró. De pronto observó una sombra girar la esquina. Ese pequeño cuerpo, ese abrigo demasiado largo para un caballero y esa forma de caminar le indicaron que la embaucadora regresaba—. ¿Necesita algo más? —preguntó con impaciencia.

—Nada más —comentó Michael levantándose de su asiento—. Antes de irme quiero darle las gracias por el favor que me hizo. Sé que le puse en una

situación peliaguda, pero preferí su ayuda a buscarme una manera inadecuada para arrastrarlos de sus planchados y almidonados trajes hasta Scotland Yard.

—Imagino que la mujer será muy importante para usted —manifestó sereno.

—¿Cómo sabe...?

—Lo vi en sus ojos, Michael. El brillo que mostró cuando le dije que podía ayudarle lo delató.

—Le aseguro que mereció la pena. Ella es la única que debe ser respetada por toda esa panda de ineptos —sentenció.

—Espero que ella sepa hasta qué punto está usted dispuesto a protegerla.

—Por mi bien, tengo la intención de que no lo descubra jamás. ¿Acaso no sabe que si una mujer averigua que es la dueña del corazón de un hombre puede arrancárselo con sus propias manos? —preguntó enarcando las cejas.

—No. Por ahora mi corazón sigue perteneciéndome. Así que no corro peligro de que me lo arranquen de cuajo —sonó divertido.

—Espero que lo guarde bajo llave —comentó Michael extendiendo su mano para despedirse.

—Bajo llave y escondido en un lugar de difícil acceso —añadió burlón mientras aferraba su mano—. Buenas noches, Michael, y gracias por la información.

—Buenas noches, Trevor. Espero que esta noche no le saquee mucho su pequeña mentirosa —alegó burlón.

—¿Cómo sabe que ha venido? —espetó asombrado.

—Porque acaban de iluminársele los ojos como hicieron los míos, ha tensado su cuerpo y me está despachando de manera inadecuada, pero no se preocupe, le perdono. Solo un hombre enamorado sabe cómo se actúa cuando aparece la mujer que se ha adueñado de su corazón —dijo antes de girar sobre sí mismo y marcharse con paso firme de la oficina de Reform.

Trevor esbozó una leve sonrisa. El inspector era suspicaz, bastante. Era cierto lo que comentaban de él: un ser incansable, valiente. Un hombre que no temía a nada, pero no era así. Igual que Sansón fue destrozado por Dalila, el inspector tenía un punto débil, esa misteriosa mujer que agarraba entre sus manos el corazón del agente.

Con tranquilidad, cogió la chaqueta, se la puso y decidió bajar al salón. Esa noche la pequeña pícara tendría a su lado un oponente muy peligroso.

# CAPÍTULO XIV

Estaba nervioso, incluso más que la mañana que se casó con Florence. Las mujeres más importantes de su vida llevaban dos días muy ajetreadas. Desde que April hizo quemar todos los vestidos negros, horas después de la salida del inspector, empezaron a visitar a todas las modistas de Londres. Su hija tenía la intención de cambiar el guardarropa, pero, conociéndola, se inquietaba por averiguar qué ocultaría en él. Solo esperaba que Florence le asesorara con sensatez y que le hiciera cambiar de parecer cuando decidiera adquirir algo *inadecuado*. Y por inadecuado se refería a los vestidos que comenzaban a lucir las mujeres europeas.

No le gustaba que mostraran, para deleite del sexo masculino, grandiosos escotes, una exagerada desnudez en sus brazos e incluso que se atreviesen a lucir prendas que enseñaban los tobillos. ¿Era un retrógrado? No, era un hombre sensato y, por la manera en la que su hija sonreía cuando lanzaba sobre las llamas aquellas costosas ropas, sabía que su próxima aparición en sociedad sería un escándalo.

Norman echó un vistazo al reloj y suspiró. Tenían que estar en la residencia de los Shalfeit antes de las siete de la tarde y llegarían con retraso. Para su desgracia, su nuevo socio decidió antes de marcharse de Londres ofrecer, para sus amistades, una pequeña fiesta y, por supuesto, los Campbell estaban invitados. Pero Norman seguía pensando que era demasiado pronto para que April se enfrentara al resto del mundo con esa entereza que deseaba aparentar. Era cierto que, después de la visita del inspector, sonreía más de lo acostumbrado, sin embargo, esa risa no presagiaba nada bueno... ¿Por qué se había transformado con tanta rapidez? Él llevaba meses insistiéndole que debía abandonar el luto, uno que no debió lucir pese a que el fallecido fuera su esposo.

A Norman no le molestaba que ella empezara a mostrarse como la mujer que una vez fue. Lo que le preocupaba, lo que realmente le provocaba inquietud, era la nueva actitud de April. Su mentón se había anclado hacia arriba, mirando a todo el mundo con superioridad. Parecía reprocharles, en silencio, ese comportamiento que habían adoptado tras la muerte de Eric. No

obstante, su instinto paterno le gritaba que el cambio de su hija lo causó el inspector. ¿Qué le habría dicho para que ella se comportara como un potro sin domar? ¿De verdad que no le agradaron sus besos? ¿O tal vez se sintió ofendida al indicarle que deseaba cortejarla? Fuera lo que fuese, April iniciaba una nueva etapa en su vida y, si esa corazonada no erraba, iba a revolucionar a todos los habitantes de Londres.

—¿Llevas ahí parado mucho tiempo? —le preguntó Florence mientras bajaba las escaleras.

—Solo veinte minutos —respondió irónico.

—Bueno, pues espero que tu paciencia se vea recompensada —dijo con una enorme sonrisa.

—Tú siempre satisfaces mi paciencia —comentó extendiendo la mano hacia ella para apreciar su increíble belleza—. ¿Nuevo vestido? —se interesó.

—¡Por supuesto! ¿Crees que solo ella ha cambiado su vestidor? —señaló enarcando las cejas.

—Florence... —comentó en voz baja—. Dime que nuestra hija no armará un escándalo.

—¿A qué viene esa pregunta, Norman Campbell? —espetó frunciendo el ceño.

—Os he notado alteradas estos días, cariño. Y temo que April esté algo desquiciada después de la visita del inspector. No me agradaría ver cómo su reputación se destroza por una tontería, por un arrebato infantil.

—Nuestra hija tiene la edad suficiente para hacer lo que se le antoje. ¿Desde cuándo nos hemos entrometido en su vida, Norman? —demandó enojada—. Ha sido esposa, ha vivido siete años de cautiverio, ha llevado con entereza un luto que no le correspondía y ahora ha decidido vivir como desea.

—Sabes que eso no me tranquiliza, ¿verdad? —dijo ofreciéndole el brazo para que ambos se dirigieran hacia la salida.

—No lo hagas... —respondió divertida.

—Señor Campbell, su carruaje le... —Larson estaba intentando informar a Norman cuando se quedó sin palabras al ver bajar a April. Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro al tiempo que abría los ojos como platos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Norman girando su cabeza hacia el lugar donde tenía clavados los ojos el mayordomo—. ¡Por Dios Bendito, April! —exclamó al verla.

—Te dije que no te calmaras... —dijo chistosa Florence.

—Su pelo... Sus hombros... El vestido... —murmuró Norman atónito.

—¿A que está preciosa? —preguntó ella.

—No la van a dejar tranquila ni un solo instante —dijo Campbell sin poder apartar la mirada de su hija—. Y lo peor será cuando descubran que busca esposo.

—¿Por qué? —quiso saber Florence.

—Porque no habrá un solo soltero o viudo que no aparezca mañana en nuestra casa —aclaró Norman.

—Perfecto. Entonces hemos conseguido nuestro propósito —apuntó triunfante la esposa.

—¿Cuál? ¿Dejar a los hombres sin respiración? —preguntó elevando las cejas.

—Que todo el mundo entienda que una Campbell jamás se rinde ante una adversidad —sentenció.

Necesitó permanecer frente al espejo mucho tiempo para ser consciente de que la imagen que se reflejaba era ella. ¿Cuándo fue la última vez que se presentó de aquella forma? ¿Antes de conocer a Eric? ¿En la fiesta que le robó no solo un beso sino también su alma? April no alcanzaba a concretar ese punto de su vida en el que nada le importaba salvo dejar sin aliento a los hombres que la admiraran. ¿Podría actuar como entonces? Tenía que hacerlo, no solo para demostrarle al mundo entero que April Campbell había vuelto, sino también por ella. Le urgía volver a ser quien fue años atrás. «¿No será más bien que deseas destrozar las palabras del inspector?», le preguntó una voz en su cabeza. Sí, también tenía algo que ver con las insinuaciones de aquel presuntuoso. ¿Cómo se le había ocurrido decirle, a la cara, que ningún hombre, salvo él, la cortejaría? ¿Qué nadie tenía interés en ella?

April sonrió perversamente. Aquel engreído se iba a tragar sus palabras y para ello había ideado un estupendo plan. Justo cuando su padre le informó que tenían previsto asistir a la pequeña fiesta que los nuevos socios ofrecerían el sábado, ella le mandó una misiva a Vianey explicándole lo sucedido el jueves. No se dejó ningún detalle sin describir. Le desveló todo, hasta las palabras absurdas del inspector. No tardó en tener una respuesta de la baronesa y lo que leyó le provocó una sonrisa más amplia que la que poseía en ese momento: «Arráncale el corazón y cuando lo tengas en tus manos presiónalo tan fuerte que se arrodille frente a ti». Una frase muy propia de



una mujer dominante, como lo era Vianey.

Y eso pretendía hacer. Arrancar ese corazón, si es que lo tenía, y pisarlo delante de todos. ¿Cómo lo conseguiría? ¿Cómo metería sus manos en aquel pecho y le arrebataría un órgano tan importante? No lo sabía con exactitud, pero ya se le ocurriría algo cuando estuviera en la fiesta y observara qué expectación tendría su nueva apariencia.

—Nunca imaginé que su cabello quedaría tan espléndido con ese peinado —le dijo Ethere sorprendida.

—Yo tampoco, pero fue una suerte encontrar a la condesa de Crouner en la tienda de la señora Parks —comentó al tiempo que se llevaba la mano derecha a uno de sus bucles que, desde el peinado, bajaba hacia su hombro como si fuera una pequeña cascada—. Tiene un gusto exquisito y combina a la perfección los tocados con el color de los vestidos —dijo admirando la diadema de oro blanco que sujetaba aquel laborioso peinado.

—Dios se apiadó de la pobre mujer —indicó Ethere mientras daba unos pasos hacia atrás para contemplar mejor a su señora.

—No creo que Dios tenga nada que ver con eso, más bien ha sido la insistencia de su actual marido. Según se ha expandido por todo Londres, el ahora conde de Crouner acosó a la viuda hasta que decidió casarse con él —dijo divertida.

—Un hombre se convierte en un ser testarudo cuando ama a una mujer —añadió Ethere un tanto esquiva. No quería hacer ningún tipo de alusión al marido que había tenido April, ni que ella se entristeciera por su culpa en un momento tan especial.

—Y ella lo aceptó... —murmuró agachando la cabeza.

—No lo habría aceptado si no lo hubiese amado, señora Campbell. Sin ir más lejos, su ama de llaves desveló que él se atrevió a aparecer en su hogar varias veces antes de hacer pública la relación y la última vez la llevó en brazos hasta la alcoba —explicó—. ¿Cree que podría haber realizado un acto tan imprudente si no lo amara?

—No... —respondió con suavidad.

—El amor es un estado de descontrol y, cuando llega, uno se olvida de lo que significa la palabra sensatez, tal como hará usted esta noche en esa fiesta cuando aparezca. —Cambió de tema con una maestría inaudita—. ¿Está preparada para tener a sus pies a todos los hombres que se le acerquen?

—¿Tan segura estás de que un simple vestido cambiará la opinión que tienen sobre mí? —dudó de repente.

—Me apostaría mi sueldo de un mes a que dejará a más de un caballero sin ser capaz de respirar y con el corazón en la garganta —declaró segura de sí misma.

Pero April no quería que todos los caballeros se quedaran sin respiración cuando la observaran, solo quería dejar a uno que, por supuesto, no se le podía considerar un caballero, porque si lo hubiera sido... ¡No habría actuado como un idiota!

—Bueno, mi señora, ha de marcharse. Sus padres la esperan en la entrada —la instigó al ver que en su rostro comenzaba a dar muestras de inquietud.

—Que sea lo que Dios quiera... —resopló dirigiéndose hacia la puerta.

Si la expresión de su padre debía bastarle para saber qué causaría cuando ella apareciera en aquella fiesta, tenía más que suficiente para ser consciente del escándalo que provocaría su llegada. Se había quedado con los ojos abiertos como ventanas, agarraba el brazo de su madre como si necesitara su apoyo para no caer al suelo y apretaba la mandíbula.

April, sin borrar la sonrisa de su rostro, bajó despacio las escaleras, deleitándose en aquel semblante asombrado que mostraba el hombre que más adoraba en el mundo. Despacio se acercó a él, le dio un beso en la mejilla y le preguntó:

—¿Nos vamos?

—Sí, en cuanto Larson te ofrezca el abrigo más largo que poseas en tu vestidor —comentó su padre estupefacto.

—¡Norman! —le recriminó Florence—. ¿Es que no puedes decirle a tu hija lo bella que está?

—Estás preciosa, hija. Por suerte para mí no enseñas los tobillos —alegó mordaz.

—¿Los tobillos? —repitió April desconcertada.

—Cosas mías... —refunfuñó mientras se giraba hacia la puerta. Respiró hondo y, en silencio, le pidió a Dios que fuera considerado y piadoso con él, prometiéndole que si escuchaba sus plegarias iría dos meses seguidos a la iglesia.



Habría rehusado la invitación si no hubiese sabido que ella estaría allí. No quería romper la promesa que le hizo cuando le dijo que donde ella permaneciera, lo encontraría en su espalda sonriendo de satisfacción. Michael

cogió la chaqueta de su nuevo traje, puesto que la señora Warren se encargaba de comprarle uno cada vez que debía asistir a una fiesta, respiró hondo, dibujó una enorme sonrisa y se la colocó.

—Está guapísimo —le dijo Louise cuando lo vio salir del dormitorio—. Ese traje le queda como un guante.

—Y aprieta como tal... —refunfuñó mientras movía sus brazos.

—¡No se queje tanto! Los hombres de su posición deben lucir un buen cuerpo.

—¿De mi posición? —preguntó enarcando las oscuras cejas.

—De su fuerza, de su corpulencia... —aclaró avergonzada por su indiscreción.

—Si fuera por usted, iría enseñando este magullado cuerpo para conseguir una esposa —dijo divertido.

—¡Ese deseo ya lo he olvidado! No creo que ninguna mujer pretenda vivir con un hombre tan involucrado en su trabajo.

—Tal vez se equivoque... —declaró burlón al tiempo que caminaba hacia la puerta.

—Si existiera, si de verdad ahí fuera hay una mujer que podría soportar la vida que le puede ofrecer, le prometo que me corto el pelo hasta aquí. — Señaló su hombro.

—Pues vaya preparando la tijera, señora Warren —indicó mordaz.

No escuchó qué le respondió su ama de llaves. Estaba ansioso por aparecer en la residencia de los Shalfeit y, tras agradecerles su invitación, la buscaría para colocarse tras su espalda.

¿Se acercaría al oído y le susurraría dónde se encontraba su misterioso hombre? Sí, por supuesto que lo haría. Necesitaba verla temblar, ruborizarse con sus palabras y, como le advirtió, la sacaría a bailar. Tenía la certeza de que ningún caballero le habría pedido una pieza y que la encontraría de pie en el rincón más alejado del salón. Desde lo ocurrido al vizconde, siempre intentaba pasar desapercibida. Pero esa actitud era ideal para él. De ese modo, cuando se acercara, cuando le pidiera un baile, ella lo aceptaría sin dudar. ¿Qué mujer no querría abandonar un estado de aburrimiento, aunque fuese con él? Y cuando la tuviera entre sus brazos, cuando no le resultara fácil escapar sin armar un espectáculo, le preguntaría qué estaba tramando porque, desde que se marchó de Shother, había averiguado que sus entradas y salidas de la residencia habían sido demasiado frecuentes. Según Borshon, quien la persiguió por mandato suyo por supuesto, apenas había permanecido en

Shother salvo para pernoctar.

—*Me duelen los pies de tanto caminar —se quejó esa misma mañana al visitarlo en su hogar—. Esa mujer no ha parado en estos días.*

—*¿Qué ha hecho? —preguntó mientras se terminaba de bañar.*

—*¡Ha visitado todas las tiendas que hay en Londres! —exclamó atónito su hombre de confianza—. Apenas ha parado ni para respirar.*

—*¿Llevaba algo? ¿Bolsas, cajas?*

—*Nada. Tenía sus manos libres para señalar todo lo que se le antojara.*

—*Pues no lo entiendo... —murmuró saliendo de la tina.*

—*¡Tápese, por Dios! —bramó Borshon cerrando los ojos—. ¡No es agradable verle desnudo!*

—*¿Qué estará haciendo? —se preguntó para sí, pero su acompañante le escuchó.*

—*Lo que hacen todas las mujeres ricas, comprar todo aquello que se le antoje —sentenció.*

Pero April no era así. Ella siempre evitaba salir de la residencia de sus padres desde que enviudó. Y sobre el tema de malgastar dinero... tampoco. Era de las pocas damas que se contentaban con lo que poseían porque, para ella, la felicidad no tenía nada que ver con adquirir un caro y bonito vestido. Además... seguía manteniendo el luto. No, no podía ser eso, debía haber algo más. Quizá reanudaba sus contactos para continuar ayudando a la beneficencia. Sí, eso tenía que ser.

Cuando su carruaje paró, Michael abrió la puerta y bajó con rapidez. Otra vez aparecería frente a la puerta de un hombre poderoso, llamaría y lo mirarían con resquemor. Entraría, observaría el entorno y se colocaría al lado de April. ¿Cuántas veces tenía que realizar lo mismo hasta alcanzarla? «Pocas —pensó—. Y desde que le has dicho que vas a cortejarla, menos». Una enorme sonrisa cruzó su rostro al pensar que pronto lograría aquello que había soñado durante tantos años. April sería suya y, cuando lo fuera, le confesaría que él también era el *señor Dark*. Así, se sentiría feliz por haber logrado a los dos hombres que la pretendían.

—*Buenas noches, señor O'Brian. El señor Shalfeit le espera en el salón —le saludó el mayordomo de los anfitriones.*

—*Buenas noches. ¿Se han retirado ya para cenar? —le preguntó mientras le ofrecía su abrigo.*

—No, le están esperando —le informó este antes de adelantarse.

¿Le estaban esperando? ¡Eso sí que era nuevo para él! ¿Por qué lo esperaban? ¿Necesitarían su presencia para poner orden a un centenar de lores hambrientos? Michael sonrió tras cavilar esa opción. Nadie le había requerido en ninguna celebración salvo para exhibirlo como si fuera un mono en un circo, así que, en esa ocasión, sería algo parecido. «Miren, señores, acaba de entrar el hombre más temerario de la ciudad. ¡Cuiden sus acciones si no quieren verse en el interior de una prisión de Scotland Yard!». ¿Cuántas veces había escuchado ese tipo de burlas? ¿Un centenar? Perdió la cuenta cuando ascendió a inspector.

Esos pomposos engréidos se creían superiores al pensar que su sangre tenía otro color. Pues él había visto varios aristócratas muertos con sus propias manos y poseían el mismo color que él. «¡Malditos bastardos!», exclamó para sí al tiempo que fruncía el ceño.

—Señor... —le dijo el mayordomo abriéndole la puerta—. Si es tan amable de entrar, informaré al señor Shalfeit de su llegada.

—Gracias —respondió adentrándose a ese salón que, como todos los que había visto, era lo suficientemente grande para albergar a los petulantes de la ciudad.

Justo al dar el primer paso, sus ojos se movieron despacio buscando la figura que deseaba encontrar, pero no halló a ninguna mujer vestida de negro a su alrededor. Solo descubrió varios grupos de caballeros y señoras tanto a un lado como al otro. Parejas bailando y, por supuesto, mucha ostentación.

—¡Señor O'Brian! —le saludó con demasiado ímpetu el dueño de la residencia—. Gracias por aceptar la invitación —añadió extendiendo su mano.

—El agradecido soy yo, señor Shalfeit, por haberme invitado a una fiesta privada. —¿Privada? ¡Ja! Como se había temido, allí se encontraba toda la alta sociedad y algunos empresarios de respetable estatus económico, por supuesto.

—¡Acompáñeme! —dijo el señor Shalfeit mientras regresaba al grupo del que había aparecido—. A ver si su suspicacia policial puede resolvernos el enigma.

¿Había dicho un mono de circo? Pues bien, ya empezaba el espectáculo.

Mientras caminaba hacia ese grupo de respetables caballeros, no podía parar de buscarla. Su corazón latía desenfrenado al pensar que, finalmente, ella no estaría allí. ¿Qué excusa pondría para marcharse con rapidez? ¿Cómo

no se le había ocurrido decirle a Borshon que apareciera en la fiesta alegando que lo necesitaban? Porque había asumido que April estaría allí y no quería alejarse de ella ni un miserable segundo.

—Caballeros... Señores... creo que ya conocen al inspector O'Brian —comentó el anfitrión al pararse frente al grupo.

—¡Por supuesto que nos conocemos! —exclamó Norman feliz—. ¿Cómo está, señor O'Brian? —preguntó extendiendo su mano hacia él.

—Buenas noches, señor Campbell, perfectamente, gracias —respondió al saludo—. ¿Ha venido solo? —soltó sin titubeos.

—¿Cree que las mujeres Campbell se perderían una fiesta? —preguntó mordaz—. Están allí, justo en medio de las columnas.

Michael se giró por completo hacia el lugar que había mencionado Norman, preguntándose la razón por la que no la había visto al entrar. Entonces, al hallarla, lo supo. Él esperaba a una mujer con un vestido tosco, de color negro, con el cabello recogido en un estirado moño. Y lo que encontró fue a una exuberante mujer, luciendo un atrevidísimo vestido color malva, que no cubría sus hombros ni con un mísero chal y, por supuesto, no estaba sola y compungida.

April estaba rodeada de hombres y sonreía descaradamente. Entonces, Michael recordó cierta conversación: «Por mi bien, tengo la intención de que no lo descubra jamás. ¿Acaso no sabe que si una mujer averigua que es la dueña del corazón de un hombre puede arrancárselo con sus propias manos?». Había caído en su propia trampa. Le había confesado su interés en ella y que se proponía cortejarla. En aquel momento, Michael notó cómo se le habría el pecho, saltaba su corazón y este corría hacia las manos de April.

# CAPÍTULO XV

Michael estaba allí. No le hizo falta girarse para confirmar que acababa de presentarse en el salón. Tal como le enseñó Vianey, observó a su alrededor y descubrió que las mujeres comenzaban a aletear sus pestañas con rapidez, murmuraban colocando los abanicos sobre sus labios y sonreían con picardía. Al igual que la vez anterior, los hombres se pusieron rígidos y frunció el ceño. Hasta lord Phillips, quien se acercó a ella desde que entró y no cesó de hablar sobre el futuro tan increíble que presentía para su familia, se quedó en silencio de repente. Todo el mundo interrumpía aquello que realizaba ante la presencia de aquel hombre.

April sintió una extraña punzada en el estómago, como si miles de avispas comenzaran una batalla en su interior intentado liberarse de su cuerpo. Respiró hondo, mantuvo esa sonrisa que había ensayado durante los años de matrimonio con Eric, e intentó prestar atención, de manera sutil, al comportamiento del inspector. Si no se equivocaba, si su promesa era cierta, en breve lo tendría tras su espalda, sonriendo con malicia. Pero el tiempo pasaba y no cumplía el juramento. ¿Sería falso? ¿Lo que le dijo era tan solo una excusa para besarla? Porque, de no ser así, ya tenía que haber caminado hacia ella y haberse situado a su lado. Sin embargo, continuaba en el grupo de caballeros donde, entre otros, se encontraban su padre y el anfitrión.

Compungida, puesto que su plan de destruirlo empezaba a hacer aguas, giró con suavidad la cabeza hacia él. Deseaba observarlo, averiguar qué hacía. Entonces, justo en el instante que sus ojos color esmeralda se clavaron en aquel hercúleo cuerpo vestido con un exquisito y elegante traje color oscuro, el inspector presintió que era observado y la miró. No se quedó sin respiración por cómo la observó sino por lo que él expresó en esa mirada. Halló sensualidad, lujuria, erotismo, enojo, pasión y celos. Sí, aunque le pareció extraño que aquel hombre tan seguro de sí mismo mostrara un sentimiento tan inaudito como eran los celos, los tenía.

Muy despacio, como si fuera una advertencia, levantó su copa, la dirigió hacia ella y dio un sorbo sin borrar de su rostro una sonrisa que auguraba peligro. ¿Brindaba con ella por su nuevo atuendo, por cómo se rodeaba de

hombres? ¿Y por qué sonreía de aquella manera? ¿Por qué la sombra de la barba le ofrecía tanta tenebrosidad a esos labios que había besado? April no entendía cómo un gesto tan sencillo podía ponerla tan nerviosa a la par que excitada. Debía mantenerse firme, debía hacerle entender que no era el único caballero que deseaba tenerla en sus brazos. ¿Cómo había sido tan idiota de dar por sentado que ningún hombre la deseaba? ¡¡Aunque fuera por su dinero tenía una docena a su alrededor!!

April resopló y volvió a mirar a uno de sus acompañantes que, para su desgracia, no hablaba de otro tema que no fueran sus logros, de la increíble suerte que había tenido en sus últimas decisiones y los objetivos futuros. ¿Cómo podía aburrirse tanto?

—Me alegro por usted —dijo con cierto halo de desdén. No quería escuchar la exposición de un petulante, ni llenar la mente de palabras absurdas. Su verdadera intención era destrozarse el corazón del inspector O'Brian, pero, tal como estaban sucediendo los acontecimientos, le resultaría difícil.

—¿Me haría el inmenso honor de acompañarme en la cena? —preguntó lord Phillips al advertir que el anfitrión había dado la orden de dirigirse hacia el comedor.

—Será un placer —respondió ella con media sonrisa.

Miró a su madre, quien la había acompañado en todo momento, suplicándole que la ayudara a salir de ese problema, pero, como siempre, Florence se mantuvo callada, observando a su alrededor y no hizo nada por socorrerla. ¿Acaso su madre no entendía qué significaba fruncir el ceño, abrir los ojos y suspirar? ¿O tal vez deseaba que ella misma resolviera el problema que había causado? April no hallaba una respuesta lógica. Quizá porque apenas podía pensar con claridad desde la llegada del inspector y en lo único que se centraba su mente era en él; en lo atractivo que resultaba, en lo bien vestido que iba, en cómo se ajustaba la prenda a su cuerpo, en sus ojos, en su boca y en la excitación que le causaba tenerlo tan cerca.

—¿Me permitirá colocarme en su otro lado? —preguntó otro caballero que había intentado mantener una conversación con ella en varias ocasiones.

—¡Por supuesto! —comentó rozando suavemente el abanico cerrado en sus labios.

¿Había sonado desesperada? ¿Su voz le jugaba una mala pasada? Así era puesto que le temblaba hasta el timbre de su voz. Cuando salió de su hogar no había imaginado tener que lidiar con dos lores enfrentándose como



sementales para obtener a una hembra. Ella quería dejar sin aliento al inspector, ponerlo a sus pies, como indicó Vianey, pero por cómo se dirigió hacia una de las damas para que le acompañase al comedor, April no tenía claro si alcanzaría el objetivo de esa noche.

—No ha reparado en ella —murmuró Florence a Norman cuando este le tendió su brazo para caminar hacia el otro salón.

—Sí que lo ha hecho —respondió él en voz baja.

—Entonces... ¿por qué no se ha acercado ni para saludarla? —solicitó dudosa.

—Porque tiene orgullo, cariño —contestó Norman con una amplia sonrisa—. El típico orgullo masculino.

—¡Bobadas! —bufó Florence—. Si continúa distante, ella terminará pasando la velada con el memo de lord Phillips —se atrevió a decir.

—Nunca se debe confirmar algo que aún no se ha contrastado con anterioridad —declaró Norman sereno.

—¿Por qué dices eso? —se interesó la señora Campbell.

—Observa y verás... —le dijo ofreciéndole unas leves palmaditas en la mano que agarraba el brazo.

¿Cómo se llamaba la mujer que cogía su brazo y que se sentaría a su lado en la mesa? No lo recordaba, pero tampoco pondría mucho empeño en averiguarlo. Le bastaría con añadir, a cualquier frase, un *milady* o un *señora* para ofrecer el respeto que debía mostrar ante aquellas féminas. Caminaba alejado de April. Apenas podía ver la espalda que exhibía el descarado vestido. Según parecía, varios tirabuzones se extendían desde el recogido hacia sus hombros. «¡Como si eso bastara para ocultar tanta piel!», exclamó enfadada una voz en su interior. No pudo calmarse ni un solo segundo desde que la halló vestida de esa forma. No solo por cómo la atosigaban los hombres, sino porque ni él mismo podía resistirse a no mirarla. Estaba tan hermosa, tan increíblemente bella, que no le resultaba fácil clavar sus ojos en otro lugar que no fuera la figura de April. Frunció el ceño. Sí, en mitad de la conversación que mantenía con su acompañante, arrugó la frente sin ser consciente de ello.

—¿No le agrada? —le preguntó la mujer.

—No se trata de eso, *milady*. Me agrada bastante —se excusó. Miró de reojo a la mujer y dibujó una lánguida sonrisa.

—Gracias —le respondió—. He pasado demasiado tiempo frente al espejo para mostrar esta laboriosa imagen.

¿Le había hablado de vestidos? ¿Le había preguntado si la consideraba atractiva? No sabía con exactitud a qué había respondido ni si aquella tonta afirmación le traería algún problema después, pero estaba tan obsesionado por ir tras April, por averiguar quiénes se sentarían a su lado, qué conversaciones tendrían o si les sonreiría, que en realidad no le importaba nada de lo que expusiera aquella mujer.

—Tomen asiento —comentó el anfitrión colocándose en uno de los extremos de la mesa mientras su esposa caminaba hacia el otro punto y ocupaba el suyo.

Cada vez que había sido invitado a una ceremonia, Michael siempre buscó el lugar más alejado de la mesa para pasar inadvertido, pero en esa ocasión tenía un objetivo del que no se desprendería con tanta facilidad.

Haciéndose hueco entre los demás comensales, aligeró su paso, provocando que su acompañante se quedara en silencio al ver que, prácticamente, la arrastraba de un lugar a otro. Aguardó a que April eligiera un lugar en la amplia mesa y, justo en ese momento, avanzó hacia el asiento de enfrente. Con una sonrisa triunfal se sentó, olvidándose de la cortesía, de la educación y, por supuesto, del protocolo de comportamiento ante una dama.

—¡Disculpe mi torpeza! —tuvo que decir cuando descubrió que no le había apartado la silla a la mujer que lo acompañaba.

Se levantó, le apartó el asiento y, una vez que ella ocupó su lugar, él regresó al suyo. «¡Perfecto!», exclamó esa voz eufórica. Solo les separaría el ancho de la mesa y eso era suficiente para observarla, para escuchar sus conversaciones y para incomodarla con su mirada. Porque, aunque no sería apropiado mirarla sin pestañear, lo haría cada vez que tuviera la ocasión. April debía ser consciente de que había despertado al monstruo que se ocultaba en su interior, había dado el pistoletazo de salida a una carrera en la que él sería el único ganador.

—Huele usted maravillosamente bien —le dijo con descaro lord Phillips cuando ella accedió a sentarse con su ayuda.

—Me ruboriza, milord —respondió April sonrojándose.

—No le miento, lady Gremont. Desde que me acerqué, desprende un perfume tan embriagador que no soy capaz de distanciarme de usted —le confesó el caballero con una sonrisa.

«¡Por supuesto que no podía alejarse de ella!», pensó Michael. Ni apartar sus ojos del escote que April llevaba. ¿Cómo había osado lucir un

atuendo tan pecaminoso? ¿Acaso no era consciente de que no podría inclinar su busto hacia delante sin que cualquiera pudiera observar el tamaño de sus pechos? Ofuscado, O'Brian cogió la copa, que ya le habían servido, y se la bebió de un trago, dejando a su acompañante sin habla y con los ojos abiertos de par en par.

—Un pequeño defecto que se adquiere cuando uno se transforma en el único protector de una gran ciudad —apuntó como excusa a su inadecuado comportamiento.

—Ha de ser muy difícil sacrificar su propia vida en pos de los demás —indicó la joven.

—Yo no sacrifico nada —dijo firme—. Me divierte vivir en constante peligro. Si no me enfrentara cada día a un nuevo desafío, mis años de vida no serían tan divertidos —señaló mientras volvía a llenar la copa sin esperar a que un sirviente lo hiciera.

—¿Divertidos? —espetó la mujer enarcando las cejas.

—¿Ha cazado alguna vez, milady? —inquirió llevando el filo de su copa a los labios mientras clavaba los ojos en April quien, claro está, permanecía atenta a la conversación que mantenía él con su acompañante.

—Piezas pequeñas, señor O'Brian.

—Pues cuando intente cazar una presa grande, sentirá la misma inquietud que yo. La acecha en silencio, espera a que se relaje, a que se confíe, a que piense que no será ella quien caiga abatida y, justo en ese instante, cuando cree que ya no corre peligro, apunta el cañón de su arma y dispara sin contemplaciones —dijo divertido.

—¿Así es como se siente cuando va a detener a un delincuente? —se interesó la mujer.

—Así es cómo actúo cuando tengo frente a mí a la única presa que deseo cazar —sentenció antes de volver a levantar la copa hacia April para ofrecerle otro silencioso brindis.

¿Cómo se le ocurría asemejarla con un animal de caza? ¿Cómo se atrevía a compararla con una presa? April respiró hondo, haciendo que su pecho subiese de manera abrupta. De repente, sintió el frío de la esmeralda introducirse en su canalillo. Sabía que no sería acertado llevar un collar tan largo, pero su madre se había empeñado en que lo luciera y ahora se arrepentía de haberle hecho caso. Con delicadeza, y asegurándose de que nadie más descubriese el pequeño problema, llevó una mano enguantada en blanco satén hacia su pecho y lo sacó de entre sus senos. En ese instante,

justo en ese momento, escuchó un leve gruñido. Uno que no parecía provenir de un hombre, sino de una bestia. Cuando alzó la mirada para averiguar de dónde procedía ese sonido se quedó sin aliento, su respiración cesó y el corazón se quedó pétreo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó lord Phillips al notar cómo se había quedado pálida.

—Sí, milord. No se preocupe, ha sido solo un leve sople de viento —dijo sin tan siquiera mirar al hombre que se interesaba por su bienestar.

—Si lo desea, indicaré a un sirviente que cierre las puertas para que no se sienta indispuesta —comentó con preocupación.

—No se moleste, todo ha pasado... —dijo entornando sus ojos hacia el osado que había emitido aquel gruñido.

Seguía mirándola, aunque, por suerte para ella, ya había guardado la lengua en el interior de su boca. ¿Cómo se podía ser tan descarado? ¿Cómo, frente a una mesa con tanta gente, se le había ocurrido hacer semejante gesto? Pero lo que realmente le preocupó a April, lo que, en verdad, la había dejado sin respiración y pálida como una hoja sin escribir, era la imagen que su mente proyectó tras observar cómo el descarado inspector se relamía los labios ante la situación bochornosa que vivió.

*Él se encontraba frente a ella, besándole el cuello, acariciándola donde aumentaba un inquietante calor..., y se rindió a sus besos, a sus toques. Allí, frente a esa rendición, ella inclinó su cabeza hacia atrás, dejando que aquellos labios besaran sus pequeños pechos, notó el paso de esa lengua por sus pezones, alzados para ser besados por el único hombre que podía perturbarla de aquella manera: el inspector.*

—¿Ahora tiene calor? —volvió a entrometerse lord Phillips al notar cómo sus mejillas se sonrojaban.

—Sin duda alguna estoy a punto de enfermar —dijo April acercando la copa a sus labios. De un trago, como hizo frente al *señor Dark*, se bebió el licor sin respirar.

—No debería beber de esa manera, lady Gremont —le susurró lord Phillips—. Las damas que la observan podrían escandalizarse —añadió suspicaz.

—Gracias por el consejo, milord. Lo tendré en cuenta para la próxima vez —respondió esquiva y enfadada.

Sí, estaba enfadada. No solo por cómo la miraba sino por las emociones que le causaba tenerlo tan cerca. Quiso levantarse, alegar que se encontraba indispuesta y salir de allí lo antes posible, pero... ¿qué pensarían de ella? Nada salvo que era un comportamiento normal en una mujer desquiciada. No solo por haberse atrevido a lucir un vestido demasiado descocado, que, aunque no quería admitirlo, ofrecía la imagen de una vulgar amante, sino porque también empezaría a hablar sobre los trastornos que podría haberle causado vivir con un asesino. «¡Maldición!».

—Me encanta su vestido, lady Gremont —dijo al fin su otro acompañante, un hombre tímido que había intentado mantener una conversación con ella pero que le resultó imposible debido a la insistencia de Phillips.

—Es un modelo de la señora Parks —comentó volviéndose hacia él.

—Es una de las mejores diseñadoras de Londres. No me cabe la menor duda de que su atuendo dará mucho de qué hablar entre la alta sociedad —añadió sonrojándose.

—Me lo tomaré como un cumplido, lord Morgan —respondió sonriente.

—Así lo he querido expresar —comentó con una sonrisa—. Según dicen, ella se marchará a París el próximo año —prosiguió ofreciendo un suspiro hondo.

—¿Ansía visitar esa ciudad, milord? —continuó April dando gracias a que, por fin, un hombre se interesara en otra cosa que no fuera en devorarla con la mirada o en averiguar cómo progresaban las nuevas empresas de su padre.

—Ya he estado en París, en dos ocasiones durante este año y, si le soy sincero —comentó acercándose a su oído—, prefiero mil veces la vida pecaminosa que posee esa ciudad a la doble moralidad que tiene la nuestra.

April soltó una leve carcajada. No le cabía la menor duda de por qué indicaba el caballero tal afirmación. Sin embargo, ¿se habría dado cuenta, él mismo, de lo que se podía entrever en sus palabras? Levantó la copa hacia el caballero para brindar.

—Para que sus sueños se hagan realidad, lord Morgan.

—Y los suyos, lady Gremont —respondió con una enorme sonrisa a ese brindis.

¿Qué le habría susurrado aquel descarado en el oído? ¿Por qué ella había sonreído con tanto placer? Michael apretaba la mandíbula mientras entornaba

los ojos en aquel caballero. Era un hombre bien parecido. Vestía de manera exquisita y llevaba un cuidado corte de pelo. Sus manos, esas que observó mientras cogía la copa para acercarla a la de April, exhibían unos dedos largos y delgados. No había nada que pudiera compararlo con él.

Pese a llevar un traje que, según la señora Warren, mostraba la importancia de su cargo, Michael empezó a sentirse en desventaja con aquel petimetre. Su cabello era rubio, el suyo negro como el carbón. Sus ojos eran verdes, no tan claros como los de April, pero sí muy semejantes a la esmeralda que ella lucía en su cuello. Los suyos azules y, aunque muchas mujeres le confesaron que eran los ojos más bonitos que habían apreciado en su vida, empezaba a dudar de ello. El cuerpo de aquel hombre era delgado, estilizado y sus brazos no parecían oprimidos bajo la tela de la chaqueta. Los suyos, al contrario, pretendían desgarrarla ante la fuerte presión de las prendas. Eran muy diferentes, demasiado.

Michael entornó los ojos y arrugó la frente. Hasta ahora nunca se había preocupado de su apariencia. Tal vez porque, hasta ese momento, no dudó del poder de su seducción. ¿Cómo podía sentirse así? ¿Por qué su cerebro empezaba a dudar de esa manera tan estúpida? Él era Michael O'Brian, el inspector que todo el mundo admiraba y temía a partes iguales y el *señor Dark*, a quien todas las sirvientas deseaban tener en la alcoba.

—¿Asistirá a la próxima fiesta de los Henderson? —preguntó su acompañante después de un largo silencio—. Según comentan, su residencia de campo es espectacular —añadió.

—No me gusta el campo —gruñó de mal humor.

—Por supuesto... —murmuró.

Y, en ese preciso instante, la mujer dio por concluida la conversación con el maleducado inspector. Se giró hacia la otra persona que estaba sentada a su otro lado y olvidó por completo cualquier pensamiento que había tenido con el grosero agente.

Según pasaba el tiempo, April se fue relajando. Eso provocó que todo su estado de alerta desapareciera y comenzó a mostrar su verdadera personalidad con lord Morgan. Hablaron de moda, de la famosa Francia, del sueño de ambos, de sus infancias, de sus colores preferidos, de hombres... Hablaron de tantas cosas que, cuando llegaron los postres ambos se sentían tan cómodos que, en más de una ocasión, él tocó la mano de ella sin guantes y April le correspondió con una sonrisa en su rostro. Lógicamente, esos detalles no

pasaron inadvertidos para Michael que, en todos aquellos momentos en los que el hombre la tocó y la miraba con cariño, deseó saltar sobre la mesa y propiciarle un puñetazo para que eliminara con rapidez cualquier muestra de interés hacia ella. Sin embargo, como no quería dar un espectáculo en una fiesta en la que, por primera vez, le habían esperado para comer y lo trataban con respeto, decidió preguntarle al anfitrión si guardaba algún habano que fumar.

—¡El mejor! —exclamó el señor Shalfeit—. Hazle llevar uno de los que guardo en mi despacho —ordenó al sirviente que tenía a su lado.

En silencio y con la mirada clavada en las dos personas que tenía frente a él, Michael esperó con impaciencia la llegada de ese puro que deseaba sostener en su boca. Mientras el lacayo aparecía, se preguntaba por qué April se comportaba de aquella manera tan familiar con su acompañante. No solo le había permitido que la tocara, sino que ella le sonreía con bastante frecuencia. ¿Tan divertida le resultaba la conversación? O'Brian frunció levemente el ceño e intentó no hacer mucho ruido con su propia respiración para escuchar algo de lo que hablaban.

—Nunca he sido muy amante de esta fruta —dijo lord Morgan—, pero tomada de esta forma está deliciosa —añadió antes de llevarse una cucharada hacia los labios.

—Mi cocinera hace postres con nombres imposibles de repetir, pero tienen un sabor delicioso —habló April sin borrar esa sonrisa de su rostro—. De niña esperaba atenta, cerca de la cocina, a que ella terminara de cocinarlos y, cuando se despistaba, metía el dedo en la bandeja para probarlos —comentó divertida.

—¿Qué fruta le gusta más, lady Gremont? —preguntó Morgan.

—Las fresas —respondió.

—A mí las uvas. Quizá porque de ellas obtenemos los mejores vinos —confesó entre leves risas mirando de reojo la botella de vino que ambos se habían terminado.

—Creo que sería un buen seguidor del dios Baco... —murmuró cogiendo la copa.

—Interesante... —murmuró entornando los ojos—. ¿Cómo ha llegado a tal conclusión, milady? ¿Ha sido el hecho de admitir que me uní a varias orgías en Francia? ¿O porque me ha imaginado entre una multitud de hombres desnudos? —preguntó enarcando las cejas.

Ante la osada pregunta de lord Morgan, April soltó una nueva carcajada

que se eliminó de inmediato cuando dirigió sus ojos hacia el señor O'Brian. ¿Por qué la miraba de esa manera? ¿Por qué ya no había odio en sus ojos sino una clara advertencia? ¿Acaso escuchaba lo que hablaban? ¿Habría oído la descarada pregunta? Fuera lo que fuese, permanecía sentado frente a ella, reclinado en el asiento, cruzado de piernas y la acechaba tal como le había dicho a su acompañante; esperando a que su presa se relajara. ¿Sería ella la presa que deseaba cazar durante la noche? No se lo permitiría. Seguiría mostrándose alejada, fuera de su alcance.

April disimuló su inquietud mientras descubría que entre sus manos tenía un habano. Michael se lo llevó a sus labios, despacio, sin prisa. En cada calada, relajada, lenta y pausada, el inspector eliminaba el humo de su boca de una manera tan sensual que le resultaba difícil no admirarlo. ¿Qué le confesó en el primer baile sobre esa inapropiada costumbre de fumar? ¡Ah, sí! Que lo hacía cuando se encontraba nervioso. ¿Lo estaría? ¿Sería ella quien lo mantenía intranquilo? Sin embargo, por mucho que intentó descubrir alguna señal de nerviosismo, no la halló. El inspector la observaba como si ya la tuviese a sus pies, como si le perteneciera, como si ya hubiese sospechado que lord Morgan no le causaría ningún contratiempo...

—¿Ha cumplido sus expectativas? —se interesó el anfitrión al ver cómo el inspector parecía disfrutar del puro.

—Sin lugar a dudas... —respondió clavando sus ojos en April y esbozando una enorme sonrisa—. De los mejores que he disfrutado...

—¡Lo sabía! —exclamó orgulloso Shalfeit.

Como era de esperar, una vez que un hombre tan importante como el inspector alabó el sabor del habano, ningún caballero se quedó sin el suyo.

—¿Me aceptará un baile? —preguntó lord Philips retirando la silla de April para facilitarle la salida. Hasta ese momento se había mantenido en un segundo plano, pero ahora le tocaba proseguir con la conquista de lady Gremont.

—Después del mío —comentó Morgan levantándose con rapidez al observar que April le hacía un gesto para que la ayudara a salir de la situación.

—Esperaré con impaciencia... —comentó Philips dibujando una enorme sonrisa.

—Gracias —dijo April aceptando el brazo de su nuevo amigo.

—No tiene por qué dárme las, ha sido todo un placer apartarla de ese engreído —le susurró.



—Durante toda mi vida he estado rodeada de hombres como él —dijo April con tristeza.

—Es lo que hallará en esta ciudad, lady Gremont —explicó mientras la dirigía hacia la puerta—. Ha de entender que su fortuna es muy codiciada por todos los lores. Aunque no creo que deba advertirla sobre ello...

—No, soy consciente del motivo por el que todos desean cortejarme —respondió con un suspiro—. Pero si pudiera volver atrás... Si me hubiese mantenido firme cuando mi difunto esposo me...

—¿Señora Campbell? —preguntó una voz muy conocida para ella—. ¿Me permitiría cinco minutos de su tiempo? He de hacerle un par de preguntas muy importantes —añadió con tono misterioso.

—En otro momento, señor O'Brian. Le he prometido a lord Morgan que le concederé el primer baile —contestó con desdén mientras se daba la vuelta para encararse al inspector.

—Creo que lord Morgan puede esperar a la siguiente pieza —dijo acercándose a ambos—. ¿Verdad, lord Morgan? —dijo con cierto retintín.

—¿Lady Gremont? —consultó mirándola a los ojos.

Habían hablado de cómo la miraba el inspector. Habían comentado las noticias que se publicaron sobre el agente y, por supuesto, Morgan había descubierto que el inspector tenía ciertas intenciones hacia lady Gremont, pero como ella no le insinuó que era correspondido, no quería dejar a su nueva amiga frente a la boca del lobo.

—No se preocupe —aclaró April mirando al caballero con una enorme sonrisa—. Puede dejarme sola con él. No se atreverá a causarme ningún contratiempo.

—¿Está segura? —preguntó antes de besarla en la mano.

—Sí —respondió con firmeza.

—No se demore, lady Gremont —indicó Morgan dando un paso hacia atrás—. La esperaré para ese baile.

Michael controló las palabras que iban a salir de su boca. No quería expresar delante de aquel caballero que sus intenciones con April eran hacerla tardar más de lo necesario. Tal vez, hasta montarían un escándalo y ella se vería en la obligación de mantenerse alejada de cualquier caballero. «¿Cómo se te ocurre pensar una estupidez semejante? —le preguntó una voz en su cabeza—. Si pretendes perderla, si deseas que vuelva a caer en los brazos de otro hombre, solo debes hacer lo que estás planeando».

—No tardará —dijo al fin O'Brian.

Mientras Morgan se alejaba y todos los que habían permanecido en el salón se marchaban, April notó cómo aumentaba la agonía en su interior. Se había sentido a salvo con lord Morgan, pero ahora se quedaba sola frente a él. Observó cómo el inspector caminaba hacia la mesa donde habían cenado, se cruzaba de brazos y la observaba con recelo.

—Déjenos solos —comentó al servicio que empezaba a recoger las sobras.

Como si fuese el mismísimo dueño, los lacayos caminaron hacia la salida sin rechistar. ¿Cómo era posible que exhibiera tanta autoridad en unas solas palabras? ¿Por qué nadie era capaz de enfrentarse a él? Alterada, caminó de un lado para otro, esperando a que comenzara la conversación, sin embargo, Michael no abrió la boca, se mantuvo inmóvil, contemplándola sin pestañear.

—Como comprenderá, no tengo mucho tiempo que perder, señor O'Brian —comentó April alejándose de aquella figura que la perturbaba—. Por muy extraño que le parezca, en esta ocasión tengo caballeros que me esperan para bailar —añadió mordaz.

—¿Se está divirtiendo? —soltó entornando los ojos.

—Hasta ahora, sí —respondió malhumorada.

—Me alegro... —murmuró apartando sus caderas de la mesa.

—¿Quiere preguntarme algo más o solo le interesa saber si me distraigo satisfactoriamente? —espetó enarcando las meladas cejas.

—¿Qué pretende? —demandó caminando hacia ella. Sus ojos habían cambiado de tonalidad, ya no eran azules sino negros. Las pestañas oscuras endurecían aquella mirada y su cuerpo exhibía poder y absolutismo.

—No entiendo su pregunta —comentó April inmóvil.

Deseaba salir corriendo de allí, le urgía poner distancia entre ellos puesto que, cada vez que permanecían juntos, su cerebro no respondía con demasiada sensatez. Pero se había prometido que no retrocedería ni un solo paso, que se enfrentaría a aquel hombre con valentía y que no se rendiría en sus brazos... de nuevo.

—No entiende mi pregunta... —masculló con un susurro—. Seré más directo para que pueda comprenderme —continuó hablando sin cesar su paso—. ¿Por qué se ha vestido de esa forma? ¿Por qué se comporta como una vulgar prostituta?

—¿Disculpe? —preguntó asombrada y catatónica—. ¿Me ha hecho apartarme de los demás invitados para insultarme? —clamó—. ¿No sabe

usted qué significa el respeto? —se encaró.

—¿No es capaz de responderme? —soltó antes de dar por concluida su cercanía.

La miró con descaro, provocándole un sonrojo tan hermoso que ni ella misma se imaginaba lo bella que la hacía esa tonalidad en sus mejillas. Los ojos esmeraldas brillaban y los sensuales labios empezaron a temblar.

—He decidido abandonar el luto —comentó entrecortada—. Y, como habrá observado, es la mejor decisión que he tomado hasta el momento.

—¿Actúa así porque le dije que no había otros caballeros que se interesaran por usted? ¿Por qué no tenía más alternativas? —demandó dibujando una leve sonrisa en su duro rostro.

—¿Se cree tan poderoso que piensa que puede manipular a todos los que se encuentran a su alrededor? —le desafió.

—Lo que hagan los demás me trae sin cuidado. Lo único que me importa en este momento es averiguar la razón por la que la mujer a quien pretendo cortejar se ha vestido como una vulgar cortesana y se pavonea frente a los demás caballeros con descaro —reveló clavando su mirada en ella.

Estaba siendo demasiado cruel con April y lo sabía, pero esos celos, esas dudas que había despertado en él sin ella ser consciente, lo estaban desequilibrando. ¿Cómo era capaz de sentirse inquieto por la presencia de otro caballero? ¿Cómo era posible que perdiera su famoso e idolatrado control cuando ella coqueteaba con otro hombre? Y... ¿por qué el monstruo que habitaba en su interior le gritaba que la poseyera antes de salir de aquel lugar?

—La conversación ha terminado en este momento —sentenció April girándose sobre sí misma.

No quería desvelarle que sus palabras la habían herido profundamente, hasta el punto que había notado cómo unas pequeñas lágrimas iban a recorrer su rostro. No, no se mostraría de aquella manera frente a nadie nunca más.

—April... —susurró Michael desconcertado por su duro comportamiento—. No se marche...

—¿Que no me marche? —espetó malhumorada volviéndose hacia él—. ¿Piensa que voy a quedarme aquí y a escucharle hablar de mí de esa manera, señor O'Brian? ¿Quién se ha creído que es para dirigirse a mí de esa forma? ¿Y pretende que le escuche agachando la cabeza?

—No pretendía faltarle el respeto, ¡jamás me había sentido tan airado!

—expuso caminando de nuevo hacia ella.

—¿Respeto? ¿Respeto? ¡Usted no sabe respetar a nadie! —exclamó airada.

—Siempre la he respetado —reiteró Michael avergonzado por su actitud—. Y lo haré mientras me quede un halo de vida.

—Entonces... —empezó a decir levantando el rostro hacia él. Dos míseros palmos los distanciaban, pero no era lejanía suficiente como para notar el roce de la chaqueta en su pecho. De volver a inspirar aquel olor que la aturdió ni apartar las ganas de besarlo. ¿Por qué cavilaba sobre eso si lo único que debería pensar era en darle un bofetón?—. ¿Por qué suelta por esa boca ese tipo de sandeces? —preguntó apartando toda posible emoción lujuriosa.

—¿No lo entiende? ¿De verdad que no es consciente del motivo por el que actúo de este modo? —soltó mientras sus manos aferraban los antebrazos de April para que no escapara.

—No, señor O'Brian. No entiendo ese inapropiado comportamiento que tiene hacia mí —señaló evitando mostrar en su rostro qué le causaban aquellos dedos tocando su piel.

—Son celos... —dijo al fin—. Me encuentro en un estado tan inaudito que ni yo mismo controlo lo que digo. He podido soportar que haya permanecido al lado de su esposo durante siete años, pero soy incapaz de perderla de nuevo —le confesó. «Y ni mucho menos después de saber que he estado en tu mente todo este tiempo. Me perteneces, April. Eres mía y siempre lo has sido», pensó.

—Si de verdad poseyera esos sentimientos que expone —dijo ahogada por la emoción que le provocó escuchar esa declaración—, no se comportaría con crueldad, sino que haría todo lo que estuviese a su alcance para seducirme.

—¿Para seducirla? —espetó enarcando las cejas.

—Sí. Quizá si abandonara esa rudeza, esa tosca y primitiva conducta, y me demostrara que no es una mala persona, le prestaría atención —dijo cada palabra con tal determinación, que le resultó increíble exhibirse tan segura de sí misma.

—Si lo hago, si cambio mi actitud, ¿me dará una oportunidad? —preguntó mirándola sin parpadear. Si ella le rechazaba, si ella se negaba a aceptarlo se lo tendría merecido por haberse comportado como un imbécil.

—Inténtelo —dijo serena—. Solo así obtendrá la respuesta...

—Está bien... —aceptó Michael apartándose de ella—. La seduciré como me indica. Pero he de advertirle una cosa, señora Campbell.

—¿El qué? —preguntó destrozada al ver cómo se alejaba de ella.

—Que no me daré por vencido porque, aunque no sea capaz de asumirlo, eres mía —sentenció antes de dirigirse hacia la puerta de salida.

# CAPÍTULO XVI

«Seducirla...». Una palabra muy sencilla de pronunciar pero difícil de conseguir. ¿Cómo podía enamorar a una mujer como April? ¿Se dejaría engatusar por tiernas palabras, por gestos románticos? Lo único que tenía claro Michael es que debía eliminar el comportamiento que había mantenido hasta el momento. Pero... ¿cómo? Él era así: descarado, tenaz, firme, dominante y, por supuesto, sincero.

Desde pequeño hizo honor a su fuerte personalidad y de ese modo pudo salir de las calles y convertirse en un hombre respetado por la ciudad. Sin embargo, tal como le había indicado en más de una ocasión la señora Warren, era el momento de cambiar su estilo de vida. ¿Debía volverse un presuntuoso, un petulante? No, April no se refería a eso. Ella no le pedía una transformación social sino un cambio de actitud hacia ella, solo y exclusivamente con ella.

Mientras se llevaba la copa a los labios, observaba la actuación de lord Morgan. ¿Querría convertirlo en un hombre parecido a ese caballero? Tampoco podría lograrlo. Él no podía realizar los gestos que este hacía con la mano o con el rostro. No obstante, sí que podía hacerla bailar como él. Morgan la conducía por el centro del salón como si fuera la reina de las hadas. Su cabello danzaba al compás de sus movimientos y la pequeña figura, relajada a pesar de la cercanía que mantenía con el hombre, se hallaba tranquila y serena. ¿Cómo lograba alcanzar esa paz? Solo un motivo podía ocasionar que una mujer no se sintiese intimidada por un hombre: que no fuera peligroso.

Michael sonrió de oreja a oreja al descubrir el secreto de lord Morgan. «Así que pretendes convertirme en un sensibleras...», pensó O'Brian divertido. Lógicamente, no alcanzaría el nivel del caballero, pero sí que le imitaría en ciertas actitudes. ¿Debía bailar con suavidad? Pues lo haría. ¿Tendría que mantener las manos quietas? Lo haría, aunque le costara su propia vida realizar tal proeza. Todo lo que estuviese a su alcance, fuera del Club, lo realizaría si con ello la conseguía.

—Me extraña que no haya aparecido ninguno de sus agentes requiriendo

su presencia —comentó sarcástico Norman.

—Por una vez, la ciudad parece respirar tranquila. Quizá porque todos los posibles criminales se hayan en esta fiesta —respondió Michael sin borrar su amplia sonrisa.

—Pues no veo a nadie peligroso aquí salvo a lord Morgan —le chinchó dirigiendo su mirada hacia la pareja.

—No es un hombre tan temible como parece —apuntó suspicaz.

—Quizá... —prosiguió Campbell entornando sus ojos—. Aunque nunca se debe dar por sentada ninguna teoría cuando se refiere a April.

—¿Por qué lo dice? —espetó girándose hacia él.

—Porque el jueves nos informó que pretendía cortejarla y, como puede apreciar, no ha mostrado ningún interés hacia usted. Es más, ha empezado a divulgar que busca esposo.

—¿Que ha divulgado qué...? —Casi se atragantó con el sorbo que había dado a su bebida. Pero, de manera magistral, pudo controlar ese deseo de escupirle al padre de April lo que tenía en su boca.

—Esposo —dijo Norman sonriente—. Por fin ha decidido continuar con su vida. Y, como puede advertir, ya tiene varios candidatos. Quizá deba darle las gracias por hacerla comprender que puede conquistar otros corazones, aunque, claro está, el único perjudicado en esa decisión es... usted.

—Ya veo... —masculló.

¿Cómo podía haber omitido ese pequeño detalle? ¿Pretendía convertirlo en otro pretendiente compungido? ¿Esperaba que luchara por su mano? ¡Por el amor de Dios, April había enloquecido si pensaba eso! Él no se rebajaría a tal sandez. Si pretendía transformarlo en un hombre que bebiera los vientos por ella, estaba muy confundida. Enfadado, muy, pero que muy enfadado, Michael posó la copa sobre la pequeña mesa que tenía a su izquierda y caminó con paso firme hacia la mujer que lo había acompañado en la cena. Le pediría mil disculpas por su esquivo comportamiento y le solicitaría un baile para compensar su impropia actuación. Si April lo llevaba hasta el límite provocándole un terrible descontrol por los celos, él haría lo propio.

—Milady... —dijo agachando suavemente la cabeza—. ¿Me concedería el próximo baile? Quiero subsanar mi error.

—No se disculpe, señor O'Brian —comentó la mujer abriendo los ojos como platos y ruborizándose con rapidez.

—Pero he de insistir —perseveró cogiéndole la mano para llevarla hasta su boca—. Mi caballerosidad ha quedado en entredicho.

—Si es por su caballerosidad —dijo con cierto coqueteo—, lo acepto.

Con la palma de aquella mujer colocada en su antebrazo, Michael caminó solemne hasta el centro del salón. Mientras esperaba a que comenzara el siguiente baile, le susurró algo en el oído y eso provocó un sonrojo y una leve sonrisa a la mujer.

—Intentaré alcanzar sus expectativas —fue lo que dijo.

—Seguro que las logrará —le respondió.

April no se había dado cuenta de que otra pareja se había unido hasta que alzó la mirada. Casi perdió el equilibrio al verlo con aquella mujer. No solo él sonreía de manera pecaminosa, sino que ella le correspondía de la misma manera. El corazón empezó a latirle con fuerza, sus manos comenzaron a sudar y debió mostrar en su rostro todo lo que sentía, porque lord Morgan le ofreció un leve soplo para hacerla despertar del *shock*.

—Relájese o todos descubrirán que se encuentra en un grave aprieto —le indicó.

—No entiendo cómo puede ser tan descarado —refunfuñó.

—Es normal, lady Gremont —comentó mientras la alejaba del centro del salón.

—¿Normal? —espetó enarcando las cejas.

—Usted lo ha rechazado y solo pretende buscar una sustituta —explicó.

—No le he rechazado —masculló—. Solo le he dicho que debía seducirme.

—Pues como puede advertir, no la ha entendido como esperaba.

¿Que no la había entendido? ¿Que no había sido clara? April resoplaba mientras regresaba al grupo de mujeres a las que se unió cuando se marchó del comedor. Pensó que el inspector la sacaría a bailar antes de que lord Morgan le recordara su promesa, pero no lo hizo, se mantuvo alejado, bebiendo y conversando con otros caballeros. Por eso decidió aceptar la invitación de su nuevo amigo y, como se temía, disfrutó tanto que se olvidó de lo que tenía a su alrededor. «Celos...», le confesó él.

Sintió celos al verla con otros hombres y esa fue la excusa que le ofreció por hablarle de aquella manera tan insolente. Tuvo ganas de dar un grito, de salir del salón y correr hacia su hogar, pero justo en ese momento, en el preciso instante en el que miraba a su madre para que la acompañara a la salida, lord Philips aparecía a su lado para reclamar su baile.

—Por supuesto —respondió mostrando una sonrisa demasiado falsa.

Regresó al centro y, por obra del mismísimo diablo, lord Philips se



colocó tan próximo al inspector que podrían confundirse, en mitad del baile, de acompañante. Despacio, April miró hacia O'Brian, esperando a que sus miradas se cruzaran para fulminarlo con esta, pero no pasó nada de lo que ansiaba. El agente tenía sus ojos clavados en la otra mujer.

Cuando la melodía comenzó, April se quedó congelada. Era una de esas piezas que él odiaba porque le hacían saltar como una liebre. Casi soltó una carcajada de placer, pero la reprimió para que su acompañante no imaginara nada inadecuado. Aquel petulante podría pensar que le satisfacía bailar con él y no quería ocasionar otros malentendidos.

Alzaron las manos, las aproximaron tanto que parecían tocarse y bailaron despacio dibujando un círculo. Después, cuando el ritmo fue aumentando, lord Phillips colocó su mano izquierda en la cintura de April y la hizo bailar dando pequeños saltitos. Ella no podía borrar la sonrisa de su rostro. Cada vez que sus pies se alzaban del suelo, una pérfida risa aparecía en sus labios. Sin embargo, esas risitas desaparecieron cuando advirtió, en un giro, que el inspector parecía disfrutar con la compañía y con el baile. ¿Le habría mentido? ¿O tal vez le encantaba bailar con aquella mujer? Llena de ira, frunció el ceño y resopló de nuevo.

—Continúe sonriendo —la animó lord Phillips—. No borre esa sonrisa tan bonita.

¿Sonrisa bonita? April quiso realizar un mohín de desagrado, pero se mantuvo impassible, contando los pasos que le faltaban para terminar aquel horrendo baile. ¿Desde cuándo odiaba tanto bailar? ¿Sería por la compañía de lord Phillips? No, no se trataba de eso. El odio era provocado al contemplar la soltura con la que el inspector agarraba a su compañera. Maldecía en silencio esa gran mano colocada en aquella cintura. ¿La extendería como le hizo a ella? ¿Alcanzaría a sentir el calor que desprendía aquella grandiosa palma?

La rabia empezaba a consumirla al igual que los celos. Sí, muy a su pesar, ella también comenzaba a sentir ese sentimiento tan poco apropiado. Respiró hondo justo cuando la música cesó. Miró a lord Phillips esperando a que la dirigiera hacia el grupo de mujeres, pero por la sonrisa que este dibujó en su rostro parecía que no tenía ninguna intención de alejarse de ella. Así que tomó la iniciativa.

—Estoy cansada. Este tipo de bailes me dejan exhausta —se excusó mientras intentaba dar varios pasos hacia el lugar en el que permanecería a salvo.

—Lady Gremont, ¿no quiere concederme otra pieza? Creo que me lo merezco después de haberla esperado —dijo extendiendo sus labios en una amplia sonrisa.

—En otro momento, lord Phillips —apuntó colocando la mano sobre el antebrazo de este.

—Quizá no esté disponible cuando a usted le parezca bien —masculló entornando los ojos.

—¿Me está coaccionando, lord Phillips? —espetó levantando el mentón sin dejar de avanzar.

—No, simplemente la informo que no puedo esperarla toda la velada —refunfuñó.

—No me espere, se lo ruego —pidió April aliviada al ver que su madre entornaba los ojos hacia ella.

—¿Estás cansada? —preguntó Florence caminando con rapidez hacia su hija.

—Un poco —respondió dando gracias a que por fin su madre entendiera uno de sus gritos de socorro.

—Gracias, lord Phillips, por bailar con mi hija. Ahora nos retiraremos unos momentos para poder descansar.

—Señora Campbell, lady Gremont —dijo Phillips tocando con la barbilla su pecho.

Los pasos del hombre al retirarse podían escucharse por encima de la nueva melodía. No había aceptado de buen grado aquella retirada, pero le daba igual. Ella no quería, ni deseaba, ser tocada de nuevo por un hombre así. Le daban asco. Los odiaba. ¿Acaso no entendía que cuando una mujer decía no, era no?

—Muy atrevido ese lord... —le murmuró Florence mientras tomaban asiento.

—Un descarado, diría yo —expresó April enfadada.

—Bueno, es la consecuencia de haber confesado que buscas esposo. Todos desean tener una oportunidad —añadió su madre.

—Sí, una oportunidad para lograr la fortuna familiar, no mi corazón —repuso mordaz.

—Pero de todos los que ves a tu alrededor... ¿quién crees que no ansía poseer tu fortuna, cariño? —preguntó de una manera tan sutil que April cayó en su red con facilidad.

—Solo él. —Señaló con la mirada al único hombre que le volvía la

espalda.

Michael había estado a punto de agarrarle del cuello al tal Phillips y asfixiarlo con sus propias manos, pero lógicamente no era la conducta que April deseaba en él. Si montaba un escándalo, toda posibilidad de conquistarla se esfumaría. Miró a su acompañante y le ofreció el brazo para hacerla regresar al lugar del salón que había ocupado antes de sacarla a bailar.

—Ha sido un baile maravilloso —comentó la mujer satisfecha—. Señor O’Brian, ha cumplido todas mis expectativas —añadió feliz.

—Me alegro. Espero, entonces, que haya perdonado cómo la traté en la cena. No suelo perder la compostura con tanta facilidad —se excusó.

—Si yo estuviese en su lugar, también la perdería —indicó con un halo de misterio.

—Mi trabajo... —intentó decir.

—Lady Gremont es una mujer afortunada por haber enamorado a un hombre como usted —dijo abruptamente—. Espero que pueda valorarlo como se merece. Si no lo consigue, si ella lo ignora, puede volver a pedirme otro baile.

Michael se quedó sin palabras. Enarcó las cejas y sonrió de buena gana a la mujer. ¿Tan evidente eran sus sentimientos hacia April? Sí que lo serían si ella se había dado cuenta.

—Acepto ese trato, lady Murphy —dijo mientras besaba su mano para despedirla.

—Buenas noches, señor O’Brian.

—Buenas noches, milady.

Decidió caminar despacio hacia donde se encontraba Norman. En aquellos momentos, lo único que necesitaba era una conversación sarcástica con Campbell para olvidarse de la actitud agresiva que lord Phillips había mostrado con April. Le recordó tanto al vizconde... Esa soberbia, esa autoridad sobre el resto del mundo y ese sentimiento de superioridad que mostraba por cualquiera que se colocara a su lado. Michael notó una pequeña punzada en su corazón al describir al susodicho personaje. ¿No se daba cuenta que ambos tenían varias cosas en común?

Respiró hondo intentando hacer desaparecer esa comparación de la cabeza. No, él no se asemejaba a nadie. Jamás trataría a April como un objeto, como un ser sin pensamientos, decisiones o anhelos. Él quería hacerla feliz, proporcionarle todo aquello que deseara y, por supuesto, amarla no solo

con su corazón, sino también con toda su alma. «Será interesante cambiar de estrategia...», le susurró una voz en su cabeza. Y como si fuera el estímulo que necesitaba para comprender qué paso sería el siguiente, se giró sobre sus talones, fijó los ojos en su objetivo y caminó hacia ella.

—No mires... —murmuró Florence a su hija tras advertir que el inspector se dirigía hacia ellas.

—¿Qué sucede? ¿No será lord Phillips de nuevo? —preguntó mirando hacia ambos lados.

—No cariño —la tranquilizó—. Se trata del señor O'Brian. Creo que quiere bailar contigo.

—¿Conmigo? —soltó atónita.

—Bueno, también puede pedírmelo a mí, aunque no creo que sea una alternativa demasiado plausible... —comentó divertida.

—No puedo... No debería... —empezó a tartamudear al tiempo que se movía incómoda en la silla.

—April, solo será un baile, ¿qué daño puede hacerte? Estoy segura de que habrás sufrido más bailando con lord Phillips, así que deberías otorgarle una oportunidad al inspector...

April clavó su mirada en aquel cuerpo titánico que caminaba hacia ellas. Un extraño dolor en el estómago surgió de repente. La respiración se volvió entrecortada, su corazón se ralentizó y las manos comenzaron a sudarle. Estaba nerviosa. La presencia de aquel hombre la alteraba tanto que no solo la confundía mentalmente, sino que también trastornaba las reacciones de su cuerpo.

Observó con descaro aquel cabello oscuro, la sombra de la barba que resaltaba el rostro varonil, sus pestañas, el color de sus ojos, la manera en la que su traje señalaba cada imponente músculo, la forma de caminar, cómo elevaba el mentón... Era un hombre tan terriblemente atractivo, tan viril, tan enigmático, que nadie podía comparársele. Estuvo a punto de levantarse para recibirlo como se merecía, pero decidió cambiar su actitud hacia él, a ver si, de este modo, se alejaba de ella y regresaba al regazo de lady Murphy. Sin embargo, cuando apenas faltaban cinco pasos para que se colocara frente a ella, una mano en su espalda la empujó hacia delante. April observó de reojo a su madre, quien se había alzado del asiento y miraba al inspector con cierta veneración.

—Señoras... —las saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Señor O'Brian —respondió Florence al ver que su hija no lo hacía—.

¿Qué tal la velada?

—Bastante bien, por ahora. Señora Campbell —habló dirigiéndose a April—. ¿Me concedería el honor de bailar conmigo?

—Pues... intentaba... —volvió a tartamudear.

—¡Estará encantada! —contestó Florence empujándola hacia él—. Aunque le advierto que el baile con lord Phillips la ha dejado exhausta.

—Me lo imagino... —murmuró sin poder apartar la mirada de ella—. Si es tan amable —prosiguió extendiendo el brazo—, le prometo que no la cansaré demasiado.

¿Había burla en su tono? April no lograba averiguar el motivo por el que el inspector le hablaba con ese tono. Mientras aceptaba su brazo lo miró de reojo, esperando encontrar la respuesta, pero no halló nada en aquel semblante serio. Con orgullo, porque ella notó cómo se le ensanchaba el pecho, alzaba el mentón y disfrutaba por tenerla a su lado, caminaron despacio hacia el centro del salón. Sin lugar a dudas era diferente a todos los demás. Allí donde encontró pomposidad e incluso soberbia en los caballeros que caminaron junto a ella, el inspector mostraba satisfacción y dignidad. De repente, ese dolor en su estómago se intensificó al descubrir la tremenda desigualdad que poseía con el resto del mundo y, pese a evitarlo con todas sus fuerzas, April sintió lo mismo al permanecer acompañada de un hombre tan honorable.

Había, aún, varias parejas que trotaban al ritmo de la música, aminorando sus movimientos al escuchar los últimos acordes. April se colocó frente a él, mirándolo a los ojos descaradamente. ¿Cómo era posible que la hiciera temblar de aquella manera? ¿Por qué le resultaba imposible respirar con normalidad? De forma automática, al oír el comienzo de lo que sería *su* baile, elevó la mano derecha para que se la tomase. La aceptó, aunque no como la última vez. Su palma apenas rozaba la suya, apenas sentía ese calor que él desprendía. Quiso suspirar y refunfuñar como una niña malcriada por no lograr lo que, hasta ese momento, no sabía que deseaba con tanto afán.

—¿Será un vals? —preguntó él enarcando las cejas.

—Eso espero —soltó sin pensar.

Michael sonrió levemente al escucharla. Tenía la misma necesidad que él de estar juntos, aunque jamás afirmaría algo así. Prestó atención a esas primeras notas y notó cómo su corazón latía desenfrenado al reconocer que se trataba de un vals, no cualquier vals sino el más bonito del mundo, el *Vals del Adiós* de Chopin. Con la suavidad propia que dictaba la melodía, colocó su

mano en la cintura de April y la fue dirigiendo por el círculo que habían formado las otras parejas.

Le encantó ver cómo sus tirabuzones flotaban sobre la pequeña figura, el vestido se alzaba del suelo para arremolinarse en la delgada cintura, se sonrojaban sus mejillas por el esfuerzo..., pero, sobre todo, se quedó embobado al ser consciente de la intensa emoción que notaba por la mujer que apenas tocaba. En aquel instante, entendió la razón por la que aquel baile era considerado descarado e inmoral, pero también supo que no tenía nada de eso si se bailaba con la persona adecuada. Quiso aproximar su palma a la cintura de April y notar el calor que emanaba, aunque se contuvo; le había prometido que la respetaría y, por su honor, que lo cumpliría.

—Está muy callado —dijo al fin ella.

—Estamos bailando... —respondió con matiz sarcástico.

—Pensé que aprovecharía el momento para conversar —prosiguió April con asombro.

—No tengo nada que decirle, señora Campbell.

En ese instante, April notó cómo su corazón se hacía añicos y unas descaradas lágrimas intentaron brotar de sus ojos. Pese haberle dicho que debía comportarse con respeto, estaba descubriendo que, en realidad, no era eso lo que deseaba. Quería a su descarado, atrevido y sincero inspector, que se arrimara tanto a su cuerpo que la dejara sin respiración. Sin embargo, lo que tenía frente a ella era otro lord, un hombre frío, distante y sin nada que ofrecer. De manera atrevida, abrió la mano que alzaba y la enredó entre los fuertes dedos, apretándole descaradamente.

—¿La he pisado? —preguntó Michael atónito ante tal contacto.

—No —dijo April ruborizándose.

—¿Entonces...? —espetó enarcando las cejas.

—¿Cuál es su nombre de pila? —soltó evitando responderle.

—Michael —confesó notando cómo su corazón subía por la garganta.

—¿Así se llamaba su padre? —insistió acercándose a aquel cuerpo que necesitaba tocar, aunque fuera con su inadecuado vestido.

—No. Mi padre se llamaba Elmet, pero mi madre se negó a llamarme de esa manera —explicó con una leve sonrisa. Era ella quien necesitaba el contacto y empezaba a llevar la iniciativa y, pese a no estar acostumbrado a compartir el control, le estaba resultando maravilloso.

—No es un nombre tan horrendo... —murmuró sonrojándose.

—No, por supuesto que no lo es. Y me hubiera encantado que mi madre

no opinara de ese modo —añadió.

—¿Por qué? —se interesó mientras sus ojos se encontraban con los de él.

—Porque todo lo que soy se lo debo al hombre que me enseñó cómo debía afrontar la vida —declaró después de tomar aliento.

—Si algún día puedo darle un nieto a mi padre, tendrá su nombre —le confesó.

—Ese día, el señor Campbell se convertirá en el hombre más orgulloso de la ciudad —dijo dibujando una gran sonrisa.

—¿Acaso no lo es ahora? —espetó enarcando las meladas cejas.

—Tiene razón... —corroboró acercando a la espalda aquella mano que, por no poder tocarla, se había congelado.

El leve movimiento de sus cuerpos, la pausada respiración de ambos e incluso la felicidad que ellos mantenían en secreto al estar juntos, no resultó invisible para Norman quien, desde la otra punta del salón, bebía de su copa al tiempo que mostraba un brillo en sus ojos un tanto peculiar. Nunca había dudado de que estaban hechos el uno para el otro; solo esperaba que ella misma lo descubriese con prontitud. Se dirigió hacia Florence, que también los admiraba con ternura. Se acercó a ella, le cogió la mano y se la besó.

—Hacen una magnífica pareja... —le murmuró su esposa.

—La única que debió tener nuestra hija —declaró con firmeza.

## CAPÍTULO XVII

¿Por qué pasaba el tiempo tan rápido? ¿Por qué un vals no podía durar una eternidad? April evitó mostrar su aflicción cuando finalizó el baile y, para aumentar su tristeza, tras observar cómo el inspector le ofrecía el brazo para reconducirla con Florence, dedujo que no le pediría otro. Hubiera sido muy atrevido bailar con ella dos veces, aunque le resultaría familiar ese tipo de descaro en él. Pero le había pedido respeto y se lo estaba ofreciendo. Entonces... ¿por qué se sentía tan penosa? ¿Por qué su corazón parecía empequeñecer a cada paso que daban hacia sus padres? Sabía con determinación la respuesta a todas esas preguntas. No tenía la menor duda de que deseaba tenerlo a pesar de sus innumerables defectos. Al contrario de los demás, que le dedicaban palabras halagadoras para aumentar su ego, él le había hablado con sinceridad; nadie intentaba contrariarla para no enojarla y eliminar una posibilidad para alcanzar la fortuna que sobrellevaba a su espalda, pero él se dirigía a ella con franqueza, sin temor a aprovechar la oportunidad.

Michael, porque ya sabía su nombre de pila, era diferente a todos los hombres que la habían rondado. No se basaba en adulaciones sino en realidades. April miró de reojo a esa imponente figura que permanecía a su lado y recordó la primera vez que lo vio. Le pareció un hombre insolente, atrevido, osado y muy descuidado con su imagen. Sin embargo, en esos momentos, hallaba un varón con las mismas cualidades, pero con el porte digno de un rey. ¿Cómo había sido capaz de cambiar tanto? ¿Sería el trabajo que ahora ostentaba el motivo de esa transformación?

La mente la condujo hacia el episodio de Scotland Yard y volvió a notar una punzada en su pecho. Se había enfrentado contra aquel villano, apartando a los demás para que no sufrieran daño alguno. Dirigió sus ojos hacia el vientre masculino, intentando averiguar si, bajo aquellas elegantes prendas, podía averiguar si continuaba dañado. Pero la rigidez de su cuerpo no le indicó nada.

—¿Qué le sucede? —le preguntó acercando su boca al oído—. ¿Por qué me mira de esa forma?



—Lo siento... —se disculpó sonrojándose de nuevo. Parecía una niña, una pequeña avergonzada por un acto impropio. Sin embargo, esa niña sintió un terrible escalofrío al percibir la caricia de su aliento en el cuello.

—No se disculpe, solo quiero saber qué piensa —la animó Michael colocando la mano izquierda sobre la de ella para reconfortarla.

—Me preguntaba si se ha recuperado de la herida que le produjo aquel criminal —se aventuró a decir—. Durante la velada, no le he visto quejarse ni un solo momento.

—Perdura... —le respondió—. Pero no soy de los que muestran sus cicatrices de guerra a los que me rodean —declaró.

¡Por supuesto! ¿Cómo no había deducido un hecho así? Él jamás alardearía de sus proezas o sus logros, pero tampoco del peligro que corría diariamente para salvar a los desagradecidos que lo observaban con altivez. El inspector se guardaba para sí los contratiempos de su trabajo. April suspiró hondo. No podía reflejar en su rostro esa emoción que comenzaba a sentir por él, aunque le resultó difícil contener unas pequeñas lágrimas que brotaron de sus ojos.

¿Cómo podía haber estado tan ciega? ¿Cómo no se había dado cuenta durante todo ese tiempo de quién era el hombre que estaba a su lado y qué significaba para ella? Porque, pese a desear despreciarlo con todas sus fuerzas, no podía olvidar qué le hacía sentir cuando lo tenía cerca. Ese revoloteo en su estómago, al que comparó con avispas picándole, tan solo eran mariposas aleteando. Esa aceleración en su latir, que creyó provocada por la inquietud que le causaba su cercanía, se trataba del entusiasmo que mostraba su corazón al verlo. Esa aparente ira que mostraba, el querer tenerlo delante para enfrentarse a sus palabras... solo era la necesidad que brotaba al alejarse de él tanto tiempo...

—Un precioso vals —comentó Florence cuando Michael apartó la mano de April.

—Sin lugar a dudas —afirmó el inspector—. Aunque se trate de una pieza para despedirse de la persona con quien se encuentra, es maravillosa.

«¿Despedirse? —pensó April mientras abría los ojos como platos—. ¿Pretendía despedirse de ella y no se había dado cuenta?».

—Existen demasiadas canciones tristes —intervino Norman, que observó cómo el rostro de su hija palidecía—. Por suerte tenemos buenos licores en Londres para olvidar ese tipo de tonterías.

—¡Norman! —exclamó Florence sorprendida por su comentario.

—También tiene razón, señor Campbell —comentó Michael con una enorme sonrisa—. Bueno, la velada ha terminado para mí. He de retirarme —expuso.

—¿Tan pronto? —soltó April.

—No es pronto para mí, señora Campbell. Mañana he de estar en comisaría al alba —explicó.

—Los criminales nunca duermen... —apuntó Norman.

—Ni respetan festividades —añadió Michael.

—Buenas noches entonces, señor O'Brian —habló Florence intentando no hacer más agónica la situación de su hija. No entendía el motivo, ni la causa exacta por la que ella mostraba tanta tristeza en sus ojos, pero lo averiguaría con prontitud.

—Señor Campbell, señoras —dijo Michael con un leve movimiento de cabeza—, que pasen una agradable velada.

—Igualmente —respondió Norman.

April no fue capaz de abrir la boca para responder a esa despedida. Tenía la garganta presionada por un nudo que le impedía hasta respirar. Había esperado que él prosiguiera en la fiesta, y que, en otro momento, le volviera a pedir un baile, pero no sería a sí.

Con los ojos bañados en lágrimas, dejó que se alejara de ella y que un frío invernal se extendiese por la zona de su cuerpo en la que él había permanecido. «Sé fuerte, April —se dijo—. El inspector no es el hombre que buscas. Recuerda qué te sucedió con Eric, ¿quién creías que era y quién fue en realidad? Además, no puedes empezar algo después de la noche en el Club...». Ese razonamiento la aturdió aún más. Ni se había acordado del *señor Dark* en las últimas horas, aunque era cierto que lo había comparado, en más de una ocasión, con Michael; su olor, su forma de actuar frente al otro dominante cuando apareció, su tono de voz... ¡Estaba alucinando! Sí, el trastorno que le producía el inspector la volvía realmente loca.

«¿Qué es lo que necesitas? —le preguntó esa voz en su cabeza—. ¿Sexo durante una noche a la semana o a alguien que se ocupe de ti durante el resto de tu vida? ¿Por qué te conformas con vivir tus fantasías con alguien que no conoces cuando puedes tenerlas con el hombre que las provoca? Porque... ¿quién imaginaste que permaneció a tu lado esa noche: él o el *señor Dark*?». Por supuesto que ella no deseaba revivir lo que padeció con Eric ni continuar los encuentros clandestinos con aquel dominante. Ella deseaba ir cogida del brazo de un hombre que exhibiera orgullo por tenerla, que ensanchara su

pecho para proclamar el amor que sentía por ella. Que la protegiera de cualquier situación peligrosa, que le hablara con franqueza, que no le diese la razón si no la tenía, que la apoyara en los proyectos que realizaría con su padre y que, sobre todo, no se aproximara a ella por su fortuna, sino por aquello que podía ofrecer como persona. ¿Y el amor? ¿Importaba estar enamorado de ese ser?

April miró hacia la puerta de salida y no apartó sus ojos hasta que la grandiosa figura de Michael desapareció, luego observó a sus padres y estudió aquello que expresaban con sus miradas. ¿Se amaron tanto desde el principio? ¿Nacería ese amor desde el mismo momento en el que se conocieron?

—¿Puedo hacerles una pregunta algo indiscreta? —demandó inquieta.

—¿Acaso te hemos prohibido alguna vez que lo hicieras? —soltó Norman expectante.

—No, nunca.

—¿Entonces?

—Me gustaría saber si siempre se han amado como lo hacen ahora —preguntó.

—¿A qué viene esa pregunta, April? —solicitó Florence.

—No —respondió Norman—. Cuando conocí a tu madre primero me sentí atraído por su belleza. Después, tras mucho tiempo de averiguaciones, esa atracción se convirtió en deseo y ternura.

—Pero ¿cómo se puede alcanzar lo que ambos tienen?

—Con el paso del tiempo. Entiende una cosa, cariño —habló en ese momento Florence—. Si tu padre se hubiera comportado como todos los demás hombres que me cortejaban, jamás lo hubiese elegido. Tomé una decisión arriesgada, pero acerté y esa pequeña chispa que había entre nosotros creció hasta lo que ves ahora.

—Comprendo... —murmuró tras tomar aire.

Sin dar explicaciones y bajo la atenta mirada de sus padres, April se giró hacia la puerta y caminó decidida hacia ella. No sabía qué estaba dispuesta a hacer, ni si era correcto o no. Sin embargo, debía arriesgarse porque lo único que tenía claro era que no quería perderlo.

—¡Michael! —exclamó cuando este dio un paso hacia el exterior de la residencia.

O'Brian se quedó inmóvil al escuchar su nombre de la boca de April. Pudo evitarla, continuar su camino y alegar, en un futuro, que no la oyó. Pero

no podía rehusar a la llamada de una mujer, y menos la de ella. Apoyó las plantas de los zapatos en el suelo y se dio la vuelta. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué lo había llamado por su nombre? Estas y muchas preguntas aparecieron en su cabeza en un instante. Lógicamente, no quiso pararse a buscar las posibles respuestas. En mitad de su confusión, caminó dando unas enormes zancadas hacia April.

—¿Sucede algo, señora Campbell? —preguntó mirando detrás de ella, buscando, a la desesperada, a esos padres que no debían permitir que su hija se alejara del salón sin compañía.

—¿Por qué se marcha? —demandó con una mezcla de temor y desesperación.

—Como he explicado, he de retirarme lo antes posible para continuar con mi labor. ¿Qué reputación adquiriría un inspector que trasnocha tanto que es incapaz de levantarse al alba? —respondió tras acercarse y mantenerse a una distancia prudencial.

—¡Miente! —exclamó enfadada.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —espetó levantando las cejas.

—Porque no le importa lo que digan de usted. Me lo ha dejado bien claro desde que le conozco. Posee una personalidad muy parecida a la de mi pa... —No pudo terminar la frase. Michael la cogió del brazo y la condujo hacia un lugar más discreto, hasta una zona donde los ojos de los criados no podían alcanzarles.

—¿Qué pretende, señora Campbell? —inquirió enojado—. ¿Quiere montar un escándalo? ¿Desea que todo el mundo hable de este inapropiado encuentro?

—¿Se preocupa por mi reputación o por la suya? —alegó mordaz—. Si no estoy confundida, nunca ha actuado como si le importara qué pensarían de nosotros o de usted mismo —añadió entornando los ojos.

—¿Cree que apartarnos de esta manera tan misteriosa es velar por su reputación o por la mía? —insistió airado—. ¿Qué desea? ¿Qué motivo la ha hecho salir de ese salón y gritar mi nombre en mitad del *hall*? —volvió a preguntar.

April respiraba de forma intermitente. Sus mejillas ardían y apenas podía controlar ese rápido pulso que ya notaba en sus sienes. ¿Debía ser sincera? ¿Debía enfrentarse a él de una vez por todas? Pero... ¿qué podía decirle? «He salido en su búsqueda porque he descubierto que no necesito un hombre como los que me han avasallado hasta el momento, que lo quiero a

usted». No, eso era una bobada. Ella tenía que averiguar primero qué ocultaba el inspector en su corazón para ofrecerle el suyo.

—¿Por qué no ha cumplido su palabra? —dijo al fin.

—¿Mi palabra? —repitió abriendo los ojos como soles.

—Sí, su palabra de cortejarme —soltó. Las manos le temblaban e incluso el tono de su voz vibraba más de lo normal, pero si quería averiguar la verdad debía ser fuerte.

—He cambiado de parecer —respondió arrogante—. Nunca he sido una alternativa a valorar. Soy de los que piensan que hay un único sí o un único no.

—¿Alternativa? —preguntó enarcando las cejas.

Fijó sus ojos en los de Michael y contuvo la respiración. Esperaba que la razón de ese cambio de parecer fuera distinta a la que se imaginaba. Porque de ser así, la única persona culpable de todo lo que sucedía era ella misma.

—He sido informado de que esta noche ha proclamado durante la velada que busca marido y, ante tal descubrimiento, he decidido no convertirme en uno de sus pretendientes —aclaró con firmeza y orgullo.

—Entre la alta sociedad, si no se explica que una mujer busca esposo, no se entiende la razón de un cortejo —se excusó mientras clavaba la mirada en el suelo.

Eso era lo que ella se había temido, que supiese la absurda decisión que tomó cuando se marchó de la casa. Pero todo eso era una pantomima, una sandez para ponerle el camino un poco más difícil, para que luchara por ella, no para que la abandonara.

—No suelo basarme en protocolos aristocráticos porque no soy uno de ellos, señora Campbell —respondió con enfado—. Y ahora, regrese al salón, no es adecuado que una vizcondesa mantenga una conversación clandestina con un hombre como yo.

—¡No! —exclamó April desesperada.

—No, ¿qué?

—No voy a marcharme hasta que averigüe cuáles son sus verdaderas intenciones —insistió levantando la barbilla de nuevo.

—No creo que desee descubrir cuáles son mis verdaderas intenciones. No serían beneficiosas para usted... —comentó apretando los dientes y dibujando una pérfida sonrisa.

—Indíquemelas y yo sopesaré si son útiles para mí o no. Pero necesito que me ofrezca la oportunidad de elegir —dijo con tono suave.

«¿Elegir?», pensó Michael con rapidez. ¿Ella quería elegir? Pues si tanto ansiaba tener esa posibilidad debía volver al salón y mirar a su alrededor. Más de un caballero se arrastraría ante ella para que le brindase una oportunidad. Sin embargo, allí se encontraba, frente a él, con el riesgo de que fueran descubiertos y de que causaran una situación bochornosa.

—Márchese —ordenó al tiempo que empezaba a girarse para salir de allí.

—No voy a hacerlo —señaló April tomando la valentía suficiente para alargar la mano y coger al inspector del antebrazo—. No hasta que me diga qué quiere de mí.

—¿Qué quiero de usted? —inquirió Michael clavando sus ojos en aquella mano—. ¿De verdad desea escuchar qué quiero, April? —preguntó dirigiendo la mirada hacia aquel rostro que adoraba.

—Sí —afirmó ella no solo con un suave y débil monosílabo, sino también con un leve movimiento de cabeza.

—¡Lo quiero todo! —dijo mientras usaba esa presión en su brazo para apartarla aún más de donde se encontraban—. No me conformo con un poco, ni con una mísera mitad. Cada vez que deseo algo tengo que obtenerlo por completo —reveló al tiempo que presionaba la espalda de la mujer contra la pared—. Quiero que esta cabeza sea mía —añadió tocando con suavidad el laborioso peinado—. Quiero que estas mejillas solo se sonrojen por mí —prosiguió la caricia sobre el moflete derecho—. Estos pechos, ocultos hoy con una escueta tela, deben tener mi nombre. —Sus palabras empezaron a tener un tono más ahogado, excitado por ese deseo que no debía mostrar tan libremente—. Quiero que todo lo que estoy tocando me pertenezca, April Campbell. Deseo que seas mía el resto de mi vida y que podamos vivir sin temor a satisfacer nuestras necesidades y anhelos. Quiero poseerte cuando quiera y que acudas a mí cuando tú lo necesites. Quiero protegerte, velar por ti cada día, que me adviertas cada vez que me aparte de tu lado que debo cuidarme para regresar a tus brazos. Quiero convertirme en la última persona que veas cuando la noche caiga y la primera que esté a tu lado cuando aparezca el sol, y admirar el brillo de tus ojos cada vez que eso ocurra. Quiero llenar mi hogar con tu fragancia al igual que deseo que la mía vista tu cuerpo desnudo. Quiero escuchar mi nombre en tu boca cuando te haga el amor, cuando mis manos toquen cada milímetro de tu piel. Quiero ser el único, al igual que tú serás la única. —Según iba narrando aquello que había mantenido oculto, sus manos se deslizaron por April con tanto ímpetu que

parecía un sediento en mitad del Sáhara. Acarició aquellos pequeños senos que exhibía como manzanas en un frutero. Descendió por su torso, percibiendo cómo la respiración de la mujer se entrecortaba al paso de la mano. Continuó bajando y alzando ese vaporoso vestido malva que con tanta elegancia había lucido. No paró de levantarlo hasta que las yemas de sus dedos sintieron el calor del cuerpo de ella—. ¿Te parece beneficioso para ti? —le preguntó apartando ese trato educado que había mantenido hacia ella tras pedírselo.

—Sí —respondió ella separando levemente sus labios para poder respirar.

—¿Estás segura de eso, April? No soy un hombre que se conforme con migajas de pan —la informó al tiempo que sus manos buscaban el calor que encontraría entre sus muslos.

—Sí —repitió cerrando con suavidad los párpados al notarlos pesados por la llegada de la pasión—. Eso es lo que quiero, Michael.

—Y yo —sentenció antes de unir su boca con la de ella.

Mientras la besaba y su lengua conquistaba e invadía el interior de April, la mano de O'Brian halló el calor y la humedad que esperaba encontrar. Un gruñido de placer y satisfacción brotó de su garganta; estuvo a punto de separarse de ella para contemplar el sonroje de aquel hermoso rostro, pero no deseaba alejarse de aquella boca que sabía a champán ni apartar aquella mano que ansiaba hacerla tocar el Edén.

Despacio, se abrió paso entre los esponjosos labios sexuales, notando el calor de estos. Con una lentitud impropia en él, palpó la hendidura femenina hasta que logró tocar el pequeño botón hinchado y excitado por él. Respiró hondo, provocando un leve distanciamiento entre ambas bocas, pero no mantuvo esa lejanía lo suficiente como para que ella hablara. Sus dientes, fuertes y blancos como el nácar, mordieron el labio inferior de la mujer hasta que escuchó un leve sollozo. Y, entonces, volvió a besarla con ese ardor y pasión que sentía por ella desde el momento que la descubrió. Años, demasiados años transcurrieron para alcanzar su ansiado sueño, sin embargo, Michael volvería a pasar por ese calvario si ella acudía a sus brazos como había hecho esa noche.

—April... —susurró tan suave que ni él mismo se escuchó—. Dime que es esto lo que deseas, mi amor.

—Sí —contestó ella inclinando levemente la cabeza hacia atrás, invitándole a proseguir, a que no finalizara jamás.

—No te imaginas cómo me siento ahora... —dijo al tiempo que frotaba el pequeño botón con dos de sus dedos—. Esto es el paraíso, pequeña. Noto mi mano caliente, mis dedos impregnados de tu esencia femenina. Estás ardiente, lujuriosa por mí. —Esperó una respuesta por su parte, aunque no la obtuvo.

Ella intentaba enmudecer sus gemidos y evitar aquellos zarandeos que le proporcionaba su cuerpo agarrándose con fuerza a las solapas de su abrigo. Michael rememoró la noche que ella bajó las escaleras en camisón, el impacto de los pequeños puños sobre su pecho, el placer que le causó aquellos golpes en él. Siempre... Siempre había sabido que ella era la mujer que necesitaba a su lado...

—Michael... ¡Oh, Michael! —sollozó al tocar con su alma el primero de sus orgasmos—. No pares por favor, déjame alcanzarlo... —gimió.

—Cada vez que lo desees... —murmuró acercando su boca a la de ella—. Cada vez que lo necesites... te lo daré —determinó justo en el instante que la besaba de nuevo y de que esos dedos que hacían vibrar el clítoris se introdujeran en el interior de la mujer como si fuesen su propio sexo.

—Más... —pidió—. Quiero más...

—Cariño... No es adecuado que... —intentó decir.

—Me has prometido que me calmarás cuándo y dónde quiera y lo quiero ahora mismo —dijo entornando los ojos, sonrojándose aún más por su atrevimiento y notando cómo su corazón aumentaba un ritmo difícil de sobrellevar.

—¡Oh, amor mío! —exclamó Michael perdiendo todo el control que había mantenido. ¿Cómo podía conducirlo a tal locura? ¿Acaso no era consciente de que no era el momento de poseerla?—. Déjame que te proteja, que cuide de ti de manera correcta —suplicó.

Con pesar, apartó la mano de debajo de la falda. Necesitaba poner cierta distancia entre ellos y que volviera la razón. Pero no lo logró cuando advirtió que las manos de ella, aquellas que se habían pegado a las solapas de su prenda con desesperación, bajaban despacio para tocar ese duro miembro que luchaba por salir al exterior.

—Mantén tu promesa, Michael O'Brian —le desafió.

—No deberías... —comentó en voz baja mientras echaba la cabeza hacia atrás. ¿Podía gritar de placer? Porque jamás había sentido nada parecido. April desabrochó el botón de su pantalón buscando, desesperada, tocar su duro sexo. Y lo tocó. Y lo acarició rodeándolo con suavidad. Y



Michael se halló en un estado de frenesí tan increíble que a punto estuvo de arrodillarse—. Me rindo... —dijo mediante un suspiro largo y profundo—. Me rindo ante ti, April Campbell.

Y tal como ella demandó, Michael sacó su erecto falo, alzó la tela de la falda hasta su cintura e hizo que ella enredara sus piernas en él.

—Conmigo —empezó a decir sin meditar sus propias palabras—... no hallarás ternura en el sexo, April. Soy un monstruo, soy una bestia sedienta de algo que casi nadie entiende. —En ese instante la penetró con dureza, con toda la necesidad que sentía.

—Si eres un monstruo —dijo April clavando sus uñas en la espalda vestida del inspector—, yo también lo soy...

—¿Quieres que te domine, que te someta con la fuerza que requiere el monstruo que vive en mí? —preguntó embistiéndola por segunda vez con tanto ímpetu que podía tocar el final de su matriz.

—Sí —respondió ella acercando su boca a la de él—. Quiero y necesito todo lo que puedas ofrecerme —declaró antes de unir sus labios a los masculinos.

Terminó por rendirse, por dejarse llevar, por perder el poco control que poseía. Michael la poseyó con tanta pasión, con tanta impaciencia, que notó cómo su corazón abandonaba su pecho. Sí, se marchaba de su cuerpo para entrar en el de ella, como estaba haciendo su sexo, su alma e incluso su bestia. Era suya, siempre lo había sabido... y por fin la conseguía.

—Michael... Michael... —repetía una y otra vez su nombre al percibir las invasiones de él.

—April... amor mío —dijo al notar cómo su semilla recorría su sexo para impactar en ella—. No soy nadie sin ti —confesó en voz baja.

—Ni yo sin ti... —contestó April a esa confesión.

Las últimas sacudidas de placer fueron tan intensas que O'Brian empezó a debilitarse. Como pudo, pegó la mujer a la pared y colocó su cabeza en el torso femenino. Su corazón latía al compás del suyo, al igual que la respiración. Por primera vez en su vida no quería abrir los ojos por si descubriría que todo había sido un sueño. La había tomado como el *señor Dark* e imaginó que nada podía sobrepasar al placer que encontró. No obstante, se equivocó. Tomar a April Campbell como Michael O'Brian significó muchísimo más que esa vez.

De repente, la confusión lo golpeó. ¿Qué sucedería a partir de ahora? ¿Volvería ella a los brazos del *señor Dark*? ¿Se conformaría con el inspector?

Si ella lo aceptaba, tarde o temprano tendría que desvelarle qué ocurrió en el Club y no solo se encontraría enfadada por el descubrimiento, sino que él se moriría de dolor si no era capaz de confesarle lo que había hecho ese miércoles. ¿Cómo podía complicarse tanto una cosa tan sencilla?

April percibió un comportamiento diferente en Michael. No se mantenía alejado de ella sino más unido que nunca, pero su mente estaba en otro lugar. ¿Tendría dudas? ¿Acaso su acto imprudente no había calmado todas sus incertidumbres? Para aplacar esa inquietud, alargó sus manos y las posó sobre la cabeza de él, enredando sus dedos entre el negro cabello.

—¿Qué piensas? —se aventuró a decir.

—En lo que haré mañana. Como comprenderás, después de lo sucedido entre los dos, tendré que presentarme ante tu padre para pedirle tu mano... —murmuró Michael sin moverse.

—Creo que sería lo adecuado —dijo sonriendo de oreja a oreja. A Michael no le importaba montar un escándalo entre los dos, sino enfrentarse a su padre. ¡Eso sí que era divertido!

—¿Y si no me concede la petición? —preguntó apartándose lentamente de ella. Con mucho cuidado y ternura la ayudó a estirar el vestido y, cuando finalizó, él se adecentó también.

—Bueno, podrías convencerlo si le prometes que nuestro primer hijo se llamará como él —dijo burlona.

—¿Otro Norman en la ciudad? ¡Creo que nadie está preparado para eso! —respondió mordaz.

—Será un Norman O'Brian, tal vez resulte una buena mezcla... —señaló colocando sus palmas sobre el torso que continuaba con una respiración entrecortada.

—Prometería lo que fuera por tenerte, April Campbell Fodernet. Lo que fuera... —dijo antes de volver a besarla.



Norman no apartaba la mirada de la puerta por donde había salido su hija. En más de una ocasión se planteó abandonar la sala y salir a buscarla, sin embargo, tenía una corazonada y, para su placer, era bastante agradable.

—¿No tarda demasiado? —espetó Florence colocando la mano sobre el antebrazo de su marido. Habían bailado ya dos piezas y April no había aparecido. Aunque le agradaba que su hija al fin supiera qué deseaba, no era prudente que todo el mundo descubriese que se había alejado durante tanto

tiempo.

—Tendrán mucho de qué hablar... —indicó Norman dibujando una sonrisa.

—Pero empezarán a murmurar sobre ella. Ya sabes lo jugoso que es proclamar un rumor y mucho más después de lo que hizo Eric —expuso Florence con aflicción.

—¿Crees que deberíamos inquietarnos por la posibilidad de que nuestra hija pierda su virtud? —preguntó sarcástico.

—¡No es eso! —exclamó airada.

—Pues entonces, no sigas con eso en la cabeza. April tiene... —se quedó callado al verla entrar. Contempló cómo le brillaban los ojos y sus labios se extendían levemente para dibujar una sonrisa; el sonrojo de su rostro la hacía hermosa y Norman dedujo que su presentimiento era cierto. «¡Por fin!», exclamó una voz en su cabeza—. Mira, ahí viene. Puedes preguntarle tú misma por qué se ha demorado tanto.

—No puedo ser tan descarada... —le regañó.

—Pues yo estaré encantado de serlo.

—Ni se te ocurra, Norman Campbell. Si pones a nuestra hija en un aprieto, te prometo que no dormirás en nuestro lecho durante una buena temporada.

—Cariño, creo que el único que ha puesto en un aprieto a April ha sido el inspector —agregó divertido.

—Ni lo insinúes. Si no mantienes escondida esa lengua... —le advirtió antes de que ella se aproximara lo suficiente para escucharla.

—¿Todo bien? —le preguntó Norman cuando ella se acercó.

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Porque... —Miró a Florence y comprendió que la advertencia era firme, que no le perdonaría si se atrevía a preguntarle aquello que le rondaba por la cabeza—. Porque tu madre está cansada y desea regresar ahora mismo a nuestro hogar.

—Pues ya somos dos. Hoy ha sido un día agotador... —empezó a decir al tiempo que caminaba de nuevo hacia la salida.

—¿Cómo de agotador, querida? —demandó Norman que, en ese instante, notó un pequeño dolor en el lado izquierdo de su torso.

—Bastante... —murmuró April sonriente al entender que su padre había deducido qué había ocurrido entre ella y Michael.

# CAPÍTULO XVIII

En mitad de la noche, bajo el silencio que reinaba en el hogar, April escuchó el reloj de cuco sonar cuatro veces. Seguía sin entender, después de quince años, cómo podía agradarle a su padre ese sonido tan terriblemente siniestro. Aunque esa noche no parecía el ruido fantasmal de su niñez, sino un objeto indicándole que eran las cuatro de la madrugada y que todavía no había sido capaz de cerrar los ojos. Pero... ¿cómo hacerlo después de lo sucedido?

Desesperada, entusiasmada y bastante inquieta, se apartó las sábanas y se levantó de la cama. En aquel momento, se arrepentía de no haber aceptado el ponche que su madre le ofreció para que descansara. Se hallaba tan despejada que no podía frenar el sinfín de ideas que surgían en su cabeza. Se había decidido. Sí, ella había tomado la determinación de ir tras Michael para lograr algo que, hasta ese instante, no sabía que deseaba. ¿Sería el cambio de su actitud lo que causó esa repentina decisión? Posiblemente. Tras el comportamiento del inspector, tras observar la frialdad y seriedad que le mostró frente a los demás, su corazón le gritó que no podía hacerlo cambiar, que le encantaba que actuara con descaro, con sinceridad, con firmeza y que se comportara furioso por los celos...

April sonrió de medio lado al recordar la cara de sorpresa que expresó al verla aparecer en el *hall*. Había mirado tras ella, posiblemente buscando las figuras de sus padres. Pero en esa ocasión fue sola, puesto que no necesitaba la ayuda de nadie para lo que pretendía. Con las mejillas calientes, como si hubiese estado frente a la chimenea durante horas, con las manos temblorosas y con una excitación difícil de contener caminó hacia la silla que se hallaba frente al tocador. Necesitaba entretenerse con algo que la hiciera eliminar esos pensamientos poco adecuados para una mujer en soledad y cepillarse el cabello por cuarta vez era una buena opción.

Al visualizar su propia imagen se escandalizó. ¿Quién era aquella mujer que se reflejaba? ¿April Campbell o la vizcondesa viuda de Gremont? Sin duda alguna era la primera. Los ojos de la vizcondesa jamás brillaron de esa manera, ni exhibió unos carrillos tan rojos ni sonrió de entusiasmo. En efecto,

la vida como esposa de Eric la hizo palidecer y ese estado de aflicción le arrebató poco a poco las ganas de vivir. ¿Cuántas veces deseó morir cuando permaneció durante aquellos horribles meses en la cama? Muchas, quizá porque tenía la certeza de que el causante de dicha enfermedad era Eric. ¿Qué era aquel caldo que la obligaba a tomar...? Cerró sus ojos, haciendo un esfuerzo por concentrarse en aquellos años, en aquellos meses, y descubrir qué sucedía a su alrededor. Lo recordaba vagamente...

Ella permanecía en un estado de tristeza tras lo ocurrido, Eric intentaba hacerle tomar un brebaje para animarla, no podía levantarse, sus piernas no podían sostenerla, lloraba, gritaba y sudaba... mucho. Debió informar a sus padres de lo ocurrido, pero cuando notó cómo aquel pequeño salía de sus entrañas, tan diminuto, tan débil y sin nada de vida, aceptó el consejo de su marido. «Creo que no deberías desvelarle a nadie lo que ha sucedido —le dijo Eric cuando el médico se marchó—. No solo entristecería a tus padres, sino que les darás la oportunidad de pensar que sufres el mismo mal que padeció tu madre y eso, querida, no te conviene. ¿Qué pensarían todos aquellos que nos conocen sobre tu incapacidad de darme un heredero?». Y se mantuvo callada.

April suspiró y volvió a mirarse en ese espejo. No, la mujer que se reflejaba frente a ella era la señora Campbell, como la llamaba Michael, y estaba llena de energía, entusiasmo y felicidad. ¿Cómo era capaz de aportarle tanto un hombre con esa actitud? Porque, sin duda alguna, el inspector era una persona muy peculiar. A ella no solo le agradaba ese cuerpo hercúleo, sino que había empezado a adorar ese carácter agrio que mostraba a los demás y la transformación que sufría cuando ella estaba presente. «Lo quiero todo —recordó—. No me conformo con un poco, ni con una mísera mitad. Cada vez que deseo algo tengo que obtenerlo por completo». Y lo tendría por su parte. Sería de él no solo en cuerpo y alma, sino que le daría todo lo que ansiara de ella. La imagen de ellos dos haciendo el amor, respirando entrecortados, notando esas presiones en su interior, los jadeos, sus palabras de afecto... la ruborizaron de nuevo. ¿De verdad un hombre tan frívolo podía convertirse en el amante más apasionado? ¿Cómo era capaz de transformarse en un hombre tan pasional en cuestión de segundos? «Un monstruo», él se definió como tal cuando la hizo suya y ella, en mitad del éxtasis, le respondió que también lo era.

April se llevó las manos hacia el rostro intentando calmar ese desesperante calor. Si continuaba tan encendida, pronto le aparecerían en la

piel pequeñas quemaduras. ¿Sería así el resto de su vida? ¿Michael tendría que llamar al médico cada vez que hicieran el amor porque ella llenaría sus mejillas de ampollas? Sin poder borrar una sonrisa traviesa, se inclinó hacia la palangana y se humedeció los carrillos con el agua helada. Para su placer, sintió algo de calma, pero solo un poco. De repente, al ver cómo las gotas vagaban por su rostro asemejándose a las perlas brillantes que se producían al hacer el amor, recordó la última vez que estas aparecieron en su rostro y, ante tal hallazgo, se levantó del asiento con brusquedad.

No había reparado en ello, no había pensado ni un solo minuto en eso y se trataba de un problema que debía zanjar lo antes posible. Si Michael le dijo que deseaba todo de ella y estaba dispuesta a cumplir su deseo, ¿cómo podía deshacerse del *señor Dark*? «Tengo que hablar con Vianey —se dijo—. Ella sabrá cómo he de actuar». Empezó a recorrer la habitación de un lado para otro, frotándose las manos, notando cómo su corazón se aceleraba debido a la angustia. Todavía tenía tiempo suficiente para resolver el problema. Había quedado con él el miércoles y era domingo. En cuanto amaneciera, en cuanto los primeros resquicios de luz aparecieran, marcharía hacia Jhopenser para hablar con la baronesa. Le comentaría lo sucedido y ella entendería por qué se negaba a esa cita con aquel hombre.

No obstante, ¿tendría que presentarse para explicarle que no volvería nunca más? ¿Y si la descubrían? ¿Y si por una malvada casualidad Michael descubría que ella visitó aquel Club? Toda esa inquietud agradable producida por el encuentro con el inspector empezó a transformarse en desesperación. Vianey le juró que nadie conocería su identidad, que ningún miembro del Club sería descubierto, pero... ¿y si el *señor Dark* no era capaz de abandonarla? Había proclamado que era suya, que le pertenecía y que era la mujer que había esperado toda su vida. ¿Mantendría esa promesa? ¿Lucharía por continuar a su lado aunque ella lo rechazara? Triste y desesperada se sentó en el colchón y frotó su rostro con angustia. ¿Cómo se había metido en semejante lío? Durante siete años le fue fiel a Eric, jamás pensó en amantes y, ahora, después de haber enviudado y de no tener que dar explicaciones a nadie, se encontraba en una encrucijada de difícil resolución. «¿Y si le cuentas la verdad? ¿Y si le confiesas que has estado con otro hombre pero que mientras te penetraba pensabas que era él?», le habló esa voz en su cabeza que últimamente escuchaba con mayor frecuencia. ¡No podía hacer tal cosa! ¿Qué pensaría Michael al declararle tal idiotez? ¡Si hasta apareció al día siguiente de su visita al Club preocupándose por ella a pesar de estar herido!

«Nada bueno —le respondió esa voz de nuevo—. Se sentirá ofendido, humillado y te abandonará». Y sentenciaría que todo lo que le había sucedido en la vida se lo tenía merecido por libertina.

Unas lágrimas brotaron de sus ojos. No podía creer que todo pudiera esfumarse por una desesperada decisión. ¡El diario de Úrsula! Sí, aquel libro erótico la había inquietado tanto que le hizo pensar cosas inapropiadas. ¿Podría ponerlo como excusa? ¿Podría Michael perdonarla si alegaba que, en un momento de debilidad, leyó el libro y se confundió? Y, para colmo de males, había practicado aquello que él le susurró con otro hombre... Se reiría de ella. Frente a su pálido rostro, él soltaría una carcajada por excusarse con tan tremenda idiotez. Jamás lo tomaría como una justificación sino como un acto acusatorio.

April debía ser consciente de que no se dirigiría a un aristócrata inmoral sino a un hombre que era implacable con los engaños. «¡Maldita sea!», bramó para sí. Necesitaba aclarar todo ese alboroto antes de que Michael apareciera en Shother para pedir su mano porque, si no podía solucionar ese problema, no lo aceptaría. Desesperada, caminó hacia la ventana, se sentó en el alféizar de madera y esperó la llegada del alba mientras rezaba para que Vianey la ayudara a salir del tremendo lío.



—Qué mañana más extraña... —reflexionó Florence mientras tomaba el desayuno con su esposo.

—A mí me parece muy normal que nos levantemos con una ligera y continua lluvia —comentó Norman tras observar cómo las gotas de agua manchaban el cristal de la ventana.

—No me refiero a eso, sino al ambiente que se respira en nuestro hogar —explicó.

Norman inspiró con fuerza, buscando aquello que le indicaba su esposa, pero no descubrió nada.

—¡Bobadas! —exclamó antes de llevarse un trozo de pan tostado con miel a la boca.

—No son bobadas, Norman. Piensa un poco... —Al ver cómo abría los ojos esperando una explicación, prosiguió—: ¿No te parece raro que ningún caballero le haya enviado flores a nuestra hija?

—¿Eso es lo que te preocupa? —soltó sonriendo de oreja a oreja.

—En mi primera aparición en sociedad recibí, antes de levantarme,

veinte ramos de flores —dijo enojada—. Sin embargo, ella no tiene ninguno todavía.

—No fue su presentación en sociedad, además, ¿para qué quiere April las flores? ¿Acaso pretende abrir una floristería? —preguntó mordaz.

—¡Norman! —le regañó Florence—. ¿No sabes qué significan ese tipo de regalos para una mujer?

—Sí, un problema —declaró justo antes de tomar un sorbo de té.

—Solo tú podrías denominar así un halago. —Se enfurruñó y apartó el plato de comida de su lado.

—Cariño, fuiste testigo de la actuación de nuestra hija y mucho me temo que los demás caballeros también. Ella se decidió por el inspector y este, salvo que ponga a sus pies al criminal más buscado, no tendrá otro tipo de detalles con April.

—¡Claro! Y si es así... En vez de venir a pedir su mano, mandará a uno de sus agentes para que ocupe su lugar —respondió irónica.

—Esa alternativa no es viable. Por cómo actúa cuando está junto a ella, no sería capaz de ver a nuestra hija con otro hombre... —comentó dibujando una enorme sonrisa.

—También me he dado cuenta de ello... ¿No te parece que se trata de un hombre demasiado posesivo?

—Protector —rectificó con rapidez Norman—. Cuando un hombre está enamorado de una mujer se vuelve un perro guardián. Además, April necesita aquello que nunca ha tenido. ¿No advertiste la manera en la que el inspector la llevaba del brazo? Parecía un gran gallo exhibiendo su colorido plumaje en un corral de gallinas.

vizconde.

—Fue April quien corrió tras él. Ni tú ni yo la obligamos a nada. Por mi parte, siempre he sabido que el señor O'Brian era el hombre adecuado para nuestra hija —apuntó reflexivo—. Acuérdate de lo que ocurrió en aquella fiesta. Todavía puedo ver sus ojos repletos de furia cuando descubrió que Gremont tenía la intención de dirigirse a April.

—Y vaticinó lo que ocurriría después.

—Sí, pero gracias a eso permanecí atento al futuro de ella. ¿Qué crees que hubiera pasado si le hubiese ofrecido todo aquello que aspiraba ese ignorante?

—Que no solo nuestra hija se hubiese arruinado —dijo con un suspiro.

—En efecto. Así que no debes inquietarte por no tener un centenar de



perfumados ramos de flores en la entrada, April ya no valora ese tipo de detalles —añadió mientras se levantaba del asiento posando sus palmas sobre la mesa y empujando la silla con las pantorrillas—. Bueno, comencemos un nuevo día y, si Dios es complaciente, iniciaremos la etapa de nuestras vidas que siempre hemos soñado.

—¿Tan seguro estás de que aparecerá? ¿No tienes ni una pequeña duda? —espetó fijando sus ojos en Norman que caminaba hacia ella—. Tal vez no se decida...

—El inspector no perderá otra oportunidad para alcanzar lo que siempre ha querido. —Acercó su boca al cabello de ella y lo besó—. Así que prepara la imagen de madre sorprendida porque en cualquier momento llamará a la puerta.

—Eso espero... —murmuró.

Justo en el momento en el que Florence se había levantado para acompañar a Norman fuera del comedor, April abrió la puerta portando en sus manos una pequeña caja. Ambos padres se quedaron observándola durante unos instantes y los dos advirtieron que el rostro de su hija mostraba una mezcla de alegría y entusiasmo.

—Buenos días, ¿han desayunado ya? —preguntó acercándose a ellos.

—Buenos días, acabamos de terminar —respondió Norman clavando la mirada en la caja—. ¿Qué es eso?

—Un obsequio que ha enviado el inspector —contestó. Cuando se aproximó a la mesa, depositó la cajita y ambos contemplaron lo que había en el interior.

—¡Fresas! —exclamó la madre sorprendida.

—Bueno, no son flores, pero es un bonito regalo —apuntó Norman sagaz.

—¿Flores? ¿Para qué quiero yo flores? Todas las que desee las puedo coger de nuestro jardín —dijo April frunciendo el ceño.

—Eso mismo he dicho yo... —intervino el señor Campbell complacido.

—¿Cómo sabes que son del inspector? —demandó su madre que no pudo contener el deseo de coger una fresa. Le encantaban tanto o igual que a su hija.

—Porque dentro había una nota y estaba firmada por él —explicó con una leve sonrisa.

—Además de su firma... ¿ha escrito algo más? —se interesó Norman.

Se encontraba más emocionado que April. Tal vez porque su sueño, su

deseo y el único rezo que había realizado desde que conoció al inspector se estaba cumpliendo. ¿Cómo podía adorar a un hombre tan esquivo como el señor O'Brian? ¿Cómo tenía la firme idea de que era la persona adecuada para su hija? Posiblemente porque actuaba de la misma manera que él tras conocer a su esposa. No le importó que fuese la hija primogénita de un duque, ni que la familia lo mirara por encima del hombro, ni que intentaran evitar cualquier encuentro entre los dos. Él luchó por encima de todas las adversidades que halló hasta lograr que Florence se convirtiera en su esposa.

—Me informa de que nos visitará a las cuatro de la tarde —dijo al fin April.

—¿A las cuatro? —repitió Florence estupefacta—. ¡Nos queda poco tiempo! ¡He de preparar tantas cosas!

—Con un buen té, será suficiente —señaló la hija.

—¿Un té? ¡Mejor un buen oportó! —exclamó Norman.

—No creo que sea acertada esa elección, padre. Recuerde lo que sucedió con Eric y, mucho me temo que el señor O'Brian seguirá negándose a tomar una bebida de su mano —añadió divertida.

—¡Tonterías! ¿Cuántas veces tendré que proclamar mi inocencia? ¡Esto es desesperante! —exclamó mientras se alejaba de ellas—. Ni que fuera un asesino en serie... Disculpe... ¿no opina igual que yo? Pues beba de mi exquisito licor, que mañana no respirará —farfullaba.

—Pobre esposo mío... —comentó Florence mirando cómo su marido realizaba un sinfín de aspavientos—. Por mucho que lo intente, seguirán creyendo en su culpabilidad.

—¿Piensa que él lo hizo? —preguntó enarcando las cejas.

—No, por supuesto que no —respondió con rapidez—. Él puede hacer muchas cosas, pero jamás mataría a un hombre, por mucho que lo odie. — Florence clavó sus ojos en la caja y sonrió. No eran flores, pero era un delicioso detalle—. Cambiando de tema —dijo dirigiendo sus ojos hacia April—. ¿Tienes pensado qué vestido vas a lucir? Aunque sea la segunda vez que piden tu mano, también ha de ser especial.

—Por suerte, tengo el ropero repleto de nuevas prendas, así que elegiré la primera que vea apropiada —dijo sentándose para desayunar. Cuanto antes terminara, antes podría visitar a Vianey y, pese a ser interrumpido su primer deseo al ver el regalo de Michael, tenía que llevar a cabo su plan antes de las cuatro.

—¿Qué color le gusta al señor O'Brian? —espetó Florence sentándose

de nuevo—. Sería un bonito detalle por tu parte recibirlo con su tono preferido.

April se quedó inmóvil durante unos instantes al descubrir que no lo sabía. Rememoró con rapidez la forma de vestir del inspector y no halló otra tonalidad salvo el azul oscuro o el negro. ¿Serían sus colores preferidos o los utilizaba porque le proporcionaban un porte elegante? Respiró hondo, dirigió la mano hacia el asa de la tetera y se llenó la taza.

—Creo que le gusta el bermellón —dijo después de elegir uno al azar—. Aunque ya sabe que ese color no me favorece.

—Pero podías hacer un pequeño esfuerzo, cariño —apuntó Florence—. Seguro que le complace verte con su color preferido.

—¿Qué tal si buscamos el vestido turquesa? —soltó de repente. Si quería impresionarlo, si quería dejarlo con la boca abierta, era la mejor opción. Así le demostraría que el tiempo no había transcurrido entre ellos. ¿Le agradaría ese detalle? ¿Se acordaría del vestido que lució la primera vez que la vio?

—No sé dónde estará... —murmuró la señora Campbell—. Cuando te marchaste, la señora Sellar se encargó de recoger tu alcoba y guardar todo lo que poseías en una decena de baúles.

—Bueno, mientras visito a Vianey y le explico qué sucederá esta tarde, podría registrar todos esos baúles y preparármelo.

—¿Quieres emplear el poco tiempo que tienes en hablar con Vianey? —preguntó enarcando las cejas.

—Ya sabe cómo es la baronesa, si descubre que me he comprometido de nuevo por otra boca que no sea la mía, estoy segura de que interrumpirá la ceremonia para vociferar, delante de todos los invitados, que soy una desagradecida después de todo lo que ha hecho por mí y, tras las acusaciones, se llevará la mano a la frente para desplomarse fingiendo un desmayo —explicó con la esperanza de que su aclaración fuera creíble.

—Sí, tienes razón... —reflexionó—. ¿Ese es el motivo por el que luces esas horrendas ojeras? —comentó Florence atrapando otra fresa.

—En cierto modo... —respondió bebiéndose el té con rapidez—. Entienda que después de los años con Eric, volver a convivir con otro hombre...

—¿No estás segura de que el señor O'Brian sea el adecuado para ti? —quiso saber—. Te recuerdo que nadie te obligó a salir corriendo tras él.

—Si me lo hubiese preguntado hace una semana, le habría contestado

con un rotundo no. Sin embargo, después de ayer he entendido que Michael es la única persona que puede hacerme feliz —confesó.

—Michael... —susurró Florence.

—Ayer me dijo cómo se llamaba... —intentó excusarse por hablar de esa forma tan íntima.

—No me sorprende su nombre, cariño, sino el tono que has utilizado para hacerlo —aclaró.

—¿Qué tono he utilizado? —preguntó mientras miraba las fresas resistiéndose en tomar una. No, no podía coger ni un trocito si ansiaba conseguir lo que él le insinuó en la nota.

—El mismo que usé yo cuando supe que aquel insolente joven Campbell se llamaba Norman —explicó ruborizándose.

—Algún día deberíamos charlar sobre ese episodio de su vida. Nunca me desveló cómo el abuelo aceptó el casamiento.

—¡No le quedó más remedio! —exclamó Florence levantándose del asiento.

—¿Por qué? —insistió April alzándose también.

—Porque... porque... —titubeó sonrojándose por momentos.

—Porque... —perseveró la hija abriendo los ojos, expectante.

—Porque era, es y será el hombre adecuado para mí —declaró antes de darle la espalda y salir despavorida del salón. ¿Cómo iba a confesarle a su hija que se había presentado en el antiguo hogar de Norman y que ella había subido hasta su alcoba? ¡Nunca! ¡Eso no podía desvelarlo jamás!

April se quedó mirándola con los ojos entornados. Por primera vez su madre tenía un secreto que guardaba con afán. Uno que la avergonzaba. ¿Acaso sucedió algo entre sus padres que no podía confesar? Bueno, por suerte para ella, su padre nunca le ocultaba nada y aprovecharía cualquier momento para preguntarle qué ocurrió entre ellos. Le interesaba averiguar cómo el temible duque no se opuso al matrimonio de su hija primogénita con un simple plebeyo.

Con una sonrisa grandiosa, se dirigió hacia el *hall*, debía resolver el problema antes de que Michael apareciera en su hogar. Despacio, se llevó la mano hacia su pecho para sacar la nota que le había escrito. Las mejillas volvieron a teñirse de rojo y su respiración se aceleró. ¿Cómo podía ser tan osado? ¿Y si alguien hubiera leído la nota antes que ella? Sin embargo, esos detalles, ese atrevimiento, lo hacían diferente al resto de la humanidad. ¿Cómo era capaz de hacer revolotear a las mariposas de su estómago con

tanta facilidad? ¿Cómo era posible que, pese a estar lejos de ella, la mantuviera excitada todo el tiempo? ¿Cómo era capaz de enloquecerla con unas simples frases? En efecto, no le había mentido. Michael era un monstruo, una bestia lasciva que nunca podría ofrecerle un momento de serenidad.

April sonrió mientras acunaba la nota en su pecho, apretándola con fuerza. No debía leerla de nuevo, no debía permitir que ese calor emergido desde su bajo vientre brotara como un fuego poderoso. No obstante, aunque no debía hacerlo, pegó la espalda en la pared y, tras comprobar que no había nadie a su alrededor, desplegó el papel despacio...

*No me gustan las flores y como ayer descubrí que las fresas son tu fruta preferida, he decidido enviarte una pequeña caja como obsequio a tu valentía. No te las comas todas, deja tu estómago vacío para esta noche; he comprado otra caja para nosotros... ¿Sabes que las fresas son una fruta afrodisíaca?*

*Te veré a las cuatro.*

*Tuyo para siempre,*

*Michael O'Brian.*

*P.D: Me encantará averiguar qué sabor obtendré cuando mi boca las coja directamente de tu piel.*

Sintiendo cómo sus rodillas empezaban a flaquear por la promesa de Michael, intentó mantener la compostura para hablar con Larson, quien permanecía impassible frente a la puerta principal.

—Señora Campbell... —la saludó nada más verla.

—Necesito cuanto antes el carruaje, he de salir.

—Por supuesto, le diré a Shoel que la acompañe.

Estuvo a punto de soltar una carcajada por el comentario del mayordomo. Como era de esperar, después de lo sucedido en Scotland Yard, no se fiaban de dejarla sola por si se hallaba en otra situación peligrosa. Pero, por paradojas del destino, ya lo estaba y no de la manera que Larson imaginaba.

Después de sentir el calor de su abrigo sobre la espalda, April salió al exterior para esperar a Shoel. Se hallaba tan desesperada que ni la leve llovizna podía mantenerla en el interior de Shother un segundo más. Cuando el hijo de Larson bajó y abrió la puerta, April corrió hacia él.

—Buenos días, señora Campbell. ¿Hacia dónde quiere que la lleve? — preguntó suspicaz el hombre.

—Hacia Jhopenser —aclaró al tiempo que ascendía hacia el interior.

—Perfecto —escuchó decir mientras cerraba la puerta.

Apoyó la cabeza en la acolchada pared, sopesando cómo afrontar la situación. ¿Tendría que aparecer en el Club? ¿Debía ser ella quien hablara directamente con el *señor Dark*? ¿Le daría la libertad que necesitaba? ¿La perseguiría? Tras suspirar hondo y entrelazar sus manos enguantadas como si fuera a rezar, April dejó su mente en blanco. No quería seguir pensando en un hecho que no tendría solución hasta hablar con Vianey. Y sin darse cuenta, mediante el traqueteo del carruaje y el cansancio, se sumergió en un profundo sueño.

# CAPÍTULO XIX

No fue consciente de haberse quedado dormida hasta que Shoel abrió la puerta y la llamó mediante suaves susurros. Después de abrir los ojos y despertar, April aceptó la mano del lacayo y bajó despacio. Continuaba esa ligera lluvia que empapaba todo aquello que tocaba, pero, por suerte, el suelo aún era firme y la probabilidad de caer de bruces sobre el barrizal no era muy alta. Miró al cielo y suspiró. Esperaba que mejorase a lo largo del día; como siempre, los días lluviosos le ofrecían una tristeza que no debía sentir en un momento tan especial.

Bajo la atenta mirada de su cochero, ascendió las escaleras levantándose con las manos su vestido. Debía subir apresurada, sin embargo, sus pies le pesaban una tonelada y avanzaba demasiado lenta. ¿Por qué reaccionaba su cuerpo de esa manera? ¿Sería por la breve cabezada o porque en el fondo presentía que Vianey no podría ayudarla? Desesperada, dejó caer la falda del vestido, levantó la mano y dio un fuerte golpe con la aldaba. La aparición del mayordomo fue rápida, como si la estuviera esperando tras la puerta.

—Buenos días lady... señora Campbell —rectificó con rapidez al recordar la última vez que ella visitó el hogar de la baronesa.

—Buenos días —respondió con una sonrisa mientras le ofrecía el abrigo y los guantes—. ¿Lady Swatton está despierta?

—Sí, la señora se encuentra desayunando en el comedor diurno —informó al tiempo que recogía en sus brazos las prendas de ella—. ¿Desea esperar mientras anuncio su llegada?

—¿Tiene compañía? —quiso saber mirando en dirección al comedor.

—No, señora. Milady está sola en estos momentos —indicó expectante.

—Entonces, no se preocupe. Yo misma me presentaré —dijo antes de dirigirse hacia la sala.

¿Cómo debía explicarle a Vianey lo sucedido? ¿Tendría que empezar por hablarle sobre sus sentimientos hacia el inspector y luego aclararle que debido a ello no quería ir más al Club? Nunca había moderado sus palabras ni sus decisiones con ella, siempre le habló sin reparo, aunque, esta vez, la situación era diferente. ¿Qué le sucedería a Vianey cuando le explicara al

*señor Dark* que la mujer que pactó con él no regresaría? ¿Tendría problemas? ¿La expulsarían del Club? Miles de dudas aparecieron en su mente en la pequeña caminata. Sin duda alguna, no solo ella estaba en un serio aprieto, su amiga también. Parada frente a la puerta suspiró hondo y abrió.

—Todavía no he terminado —gruñó Vianey sin mirarla.

—Buenos días, lady Swatton —la saludó desde la entrada.

—¿April? —soltó dirigiendo sus ojos hacia ella—. ¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó levantándose del asiento.

—Necesito hablar contigo —declaró.

En el preciso segundo que sus pies comenzaron a dirigirse hacia su amiga, la mujer que a pesar de no tener su misma sangre se había convertido en un familiar muy amado por ella, empezó un llanto agónico que la sorprendió. ¿Tan desesperada estaba?

—¡Oh, cariño! —exclamó la baronesa acogéndola entre sus brazos—. ¿Qué te sucede? ¿Por qué lloras de esa manera?

—Yo... Yo... —balbuceó con el rostro pegado al gran pecho de Vianey—. Te necesito...

—Aquí estoy, pequeña —respondió acariciándole el cabello—. Como siempre. —Despacio y con suavidad, la apartó de su cuerpo para hacerla sentar en la silla contigua a la suya—. Tranquila, pequeña. Cuéntame qué sucede. Sabes que te ayudaré en todo lo que pueda —confirmó no solo con sus palabras sino también con un reconfortante apretón de manos.

—No sé por dónde empezar... Me siento tan desconcertada que apenas puedo pensar con claridad —comentó desesperada.

—Comienza por lo simple, luego proseguiremos con lo complicado —la animó.

—En esta ocasión no hay nada simple... —respondió enjugándose las lágrimas con la servilleta que Vianey había utilizado para desayunar. Ante ese acto tan inadecuado, la baronesa enarcó sus cejas.

—Bueno, entonces, te preguntaré y tú me responderás. ¿Por qué has aparecido en mi hogar antes del mediodía?

—Porque no me queda tiempo.

—¿Por qué no te queda tiempo? —repitió atónita.

—El señor O'Brian vendrá esta tarde a Shother para una propuesta de matrimonio —confesó.

—¿El inspector quiere casarse contigo? —preguntó abriendo los ojos como ventanas. April asintió—. Y, por cómo lloras, no deseas hacerlo... —



comentó con un ligero tono de tristeza.

—¡No! ¡Al contrario! ¡Quiero casarme con él! —respondió con rapidez.

—¿Esta era la parte complicada? —preguntó alargando la mano para coger el asa de la tetera.

—No, es la parte sencilla —manifestó levantando el rostro—. Aunque aún no soy capaz de concretar por qué deseo hacerlo...

—O'Brian es un hombre encantador —dijo Vianey—. Quizá sea uno de los motivos.

¿Podría contarle la verdad? ¿Debía explicarle cosas que ni sus padres conocían? «Tienes que hacerlo —le insistió la voz de su cabeza—. Ella siempre ha sabido entenderte...».

—Me hace sentir viva —empezó a decir—. Desde que apareció de nuevo en mi vida...

—¿De nuevo? —la interrumpió antes de dar un sorbo al té.

—Michael...

—¿Michael? —preguntó dibujando una sonrisa.

—Michael apareció hace mucho tiempo en una fiesta que ofreció mi padre —prosiguió—. En aquel momento era un agente de calle. Ya sabes cómo ha sido siempre mi padre, utilizó su amistad con el anterior inspector para protegerme en aquella ceremonia. Ese día fue un descarado. Se acercó cuando salí al balcón y, aunque no voy a repetirte las cosas que me susurró, puedo confesarte que me dejó desconcertada durante bastante tiempo.

—Posiblemente hasta que Eric Graves se cruzó en tu camino —añadió la baronesa con cierto resquemor.

—En cierto modo tampoco desaparecieron tras casarme... —dijo reflexiva—. Pero no te voy a explicar qué o cuándo pensaba en él, solo te indicaré que fui fiel a mi esposo y que no volví a saber del inspector hasta que lord Rutland y lord Riderland se presentaron en mi antigua casa acompañándolo.

—Y, ¿qué sentiste al verlo de nuevo? —quiso saber Vianey mostrando una enorme sonrisa.

—Apenas le presté atención. Estaba tan desquiciada por todo lo que sucedía que no pensé en el hombre que había agarrado mi cintura sin soltarla frente a la atenta mirada de los lores. Me desmayé, presa del pánico, perdí el conocimiento y una sirvienta me explicó, tras despertar, que el inspector fue quien me depositó sobre mi lecho.

—Bueno, eso es típico de... ¿Michael? Es un caballero pese a aparentar

un comportamiento inadecuado.

—Cuando Eric murió a causa del veneno que bebió, indagó la procedencia de esa botella. Por desgracia, se la había regalado mi padre esa misma tarde. Así que Michael acudió a mi hogar en multitud de ocasiones haciendo un sinfín de preguntas.

—He de suponer que barajó la posibilidad de que fuese tu padre quién lo mató —reflexionó.

—Pero no lo hizo. Sé que él no sería capaz de hacer una cosa así. Lo más probable es que Eric lo tuviese planeado y, tras su muerte, lograría causar el daño que tanto deseó realizar a mi familia —dijo con pesar.

—Continúa... —la alentó.

—En una de sus visitas, les interrumpí en la biblioteca. Alzaban la voz y, por cómo sonaban, parecían enfurecidos. Y así era. Mi padre le pedía que liberara al hijo de los Seller y él se negaba alegando que era cómplice en el asesinato de lady Cooper. Aunque te parezca increíble, mi padre intentó ofrecerle dinero para que lo dejara en libertad.

—No me sorprende... —murmuró Vianey—. Tu padre haría cualquier cosa por las personas que le son fieles.

—Ya, pero... ¿al inspector? ¿Después de leer todo lo que narraban los periódicos? Como es lógico, intervine y, pese a que en ese instante me pareció que no alcanzaríamos la liberación de Shoel, pocos días después apareció en casa.

—Puedo concluir que tu presencia calmó a los dos, ¿verdad? —dijo la baronesa antes de beber otro sorbo.

—Sí, creo que sí. Pero desde ese momento, desde ese día, cada vez que tenía sobre mi mesa el periódico, apartaba las hojas hasta hallar lo que buscaba —comentó April mirando hacia la nada.

—¿Qué buscabas? —insistió Vianey.

—Saber de él.

—¿Por qué?

—Porque mi padre me informó, el mismo día en el que los interrumpí, que el agente de aquella fiesta y el inspector eran la misma persona —declaró.

—¿Qué importancia tenía para ti ese detalle, April? ¿Si lo rechazaste en el pasado, por qué no lo harías años después?

—No lo sé, Vianey —dijo volviendo su mirada hacia ella con lentitud—. Tal vez porque siempre ha estado ahí, en mis recuerdos, en mi cabeza.

¿Te imaginas qué puede pensar una mujer cuando pasan los años y solo encuentra un lecho vacío y frío porque su marido se ve con su amante y no se acuerda de su esposa? Durante mucho tiempo pensé que me volvería loca. Sin embargo...

—¿Sin embargo? —repitió mientras posaba su brazo izquierdo sobre los hombros de la afligida April para consolarla.

—Me he mantenido siempre firme. Nunca he tomado decisiones a la ligera, ni con Eric —apuntó al ver cómo ella entornaba sus ojos—. Pero Michael me hace perder toda la sensatez que he adquirido durante mis años como lady Gremont.

—¿Cómo te hace perder esa sensatez?

—Es... diferente —dijo sonrojándose.

—¿Puedes concretar, cariño? Porque, aunque no lo creas, todos somos diferentes —señaló divertida.

—Me gusta su osadía, su descaro, su manera de hablarme, de dirigirse a mí. Cada vez que está cerca me comporto como una niña inquieta, temerosa y excitada.

—Es un buen comienzo...

—Me habla con sinceridad, no le asusta incomodarme o bajarme los humos aristocráticos que adquirí siendo vizcondesa. Pierdo la noción del tiempo cuando estamos bailando, cuando siento su cuerpo cerca del mío —indicó volviendo la mirada hacia la nada—. Odio que se aleje, que no encuentre una excusa para verme todos los días y, cuando contemplé cómo fue herido, mi corazón dejó de latir al pensar que lo perdería de esa manera algún día.

—¿Te refieres a la tarde que presenciaste la reyerta frente a Scotland Yard? —April asintió—. Su trabajo es peligroso y no puede protegerse tanto como le gustaría.

—Luego creí que si cambiaba su actitud podría darle una oportunidad a ese sentimiento que empezaba a crecer en mí. Así que le exigí que se comportara como un noble y lo hizo. Pero no me sentí feliz al notar esa frialdad, esa rectitud que siempre han mostrado los demás. Fue entonces cuando descubrí que mi interés hacia él se debe, sin duda alguna, a la diferencia que posee Michael con el resto del mundo.

—Interés... No conocía ese sinónimo para expresar el amor —anunció Vianey apartando la taza.

—No sé si es amor lo que siento por él. Todavía no he sido capaz de

concretar mis sentimientos. Mi única certeza es que no deseo mantenerlo lejos de mí —aclaró.

—¿En quién piensas cuando te postras en el lecho? ¿Quién aparece en tus sueños? ¿Tu corazón se agita al verlo o se mantiene calmado? ¿Sientes temblores en tus manos, sudorosas al tocarlo? ¿Qué sucedería si algún día te encontraras frente a tu puerta a un agente informándote que el inspector ha sido herido de gravedad? ¿Has pensado alguna vez en cómo serían sus hijos? ¿Qué sentirías si te convirtieras en la señora O'Brian? —preguntó sin apenas tomar aire.

April respiró profundamente. Conocía la respuesta a todas las preguntas, pero tenía sus dudas... ¿Qué sucedería en el futuro? Eric también la entusiasmó y le ofreció un mundo imaginario e irreal. ¿Haría lo mismo Michael?

—Salí de la sala cuando él se marchó —dijo al fin.

—¿En la fiesta de los Shalfeit? ¿Delante de todo el mundo? ¿Qué hicieron tus padres?

—Sí, sí y nada. No sé si esto contestará a tus preguntas, pero fui incapaz de mantenerme impassible al ver que se alejaba. Corrí detrás de él y... bueno, después de hablar y aclarar nuestros pensamientos, me dijo que se presentaría en Shother para pedir mi mano. —Las mejillas cambiaban de tonalidad con rapidez. De pronto eran rojas, luego blancas y, si hubiera podido adquirir el color verde, lo habría conseguido sin esfuerzo. Evitó mirar a Vianey. Ella podía averiguar, a través de sus ojos, aquello que le resultaba difícil de contar. ¿Qué imagen ofrecería si le confesaba que se entregó a él bajo la escalera? No, no podía revelar ese detalle, lo guardaría como custodiaba su madre el suyo.

—¿No sucedió nada más? —espetó la baronesa entornando sus ojos—. Porque, por la manera en la que arden tus mejillas, advierto que me estás ocultando la parte más jugosa.

—¡Vianey, por favor, no insistas! —exclamó azorada.

—Está bien, dejaré que mi mente me ofrezca lo que ya imagino. Pero... —prosiguió girándose hacia ella—, sigo sin comprender por qué has llorado con tanta amargura cuando has aparecido. Hasta ahora, solo me has dicho cosas hermosas.

—Lo complicado viene después... —April cogió la servilleta y empezó a retorcerla—. No sé cómo liberarme del *señor Dark*.

—¿Liberarte? —preguntó enarcando las cejas—. ¿No vas a visitarlo de

nuevo este miércoles? ¿Vas a romper tu promesa?

—¿Acaso no me has escuchado con claridad? —soltó enojada—. Voy a aceptar una propuesta de matrimonio y, aunque para los inmorales aristócratas sea normal tener un amante, jamás le seré infiel.

—Ya veo... —murmuró levantándose de la mesa. Cuando se puso de pie, las migajas de pan que acumulaba en el regazo de su negro vestido cayeron al suelo sin hacer apenas ruido—. ¿Quieres explicarle al *señor Dark* que no aparecerás porque vas a casarte?

—Si puedo evitar darle tanta información, mejor. En cuanto se enteren que el inspector se ha comprometido con la viuda de un asesino, todos los periódicos se harán eco de la noticia y, para mi desgracia, el *señor Dark* descubrirá quién soy en realidad. No me gustaría que en un futuro... —dijo con tristeza.

—No sé cómo responderte a eso —dijo después de meditar sobre el asunto.

Antes de responderle a April debía hablar con Michael, él sería quien resolvería el dilema. ¿Querría que ella se presentara de nuevo en el Club? ¿Le desvelaría quién era para que toda la conmoción de ella desapareciera? En cuanto se marchara, le enviaría una misiva y esperaría con inquietud la respuesta. Si no obraba de manera adecuada, la perdería.

—¡No sé qué hacer! —exclamó sollozando de nuevo. Sus manos soltaron la servilleta y se dirigieron hacia su rostro para ocultarlo—. ¡Me siento como una desgraciada, una mentirosa, una persona dañina! —exclamó en mitad del llanto—. ¿Cómo reaccionaría Michael si descubriese que he estado con otro hombre mientras me cortejaba?

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué tesitura más horrorosa! —gritó Vianey acercándose a ella. No se refería al estado que presentaba April, sino a la situación en la que ella misma se encontraba. No podía aliviar la desesperación de la mujer porque le debía fidelidad a Michael, pero tampoco podía dejarla de aquella forma tan desgarradora. «Piensa, Vianey, piensa...», se dijo—. Mi querida niña, ¿el inspector te cortejaba cuando acudiste al Club?

—Apareció en mi hogar y... y me besó —respondió.

—Vale, yo he besado a muchos hombres después de que mi bendito esposo muriera, pero a ninguno le prometí cortejo —aclaró.

—¿No sería el revés? —la corrigió.

—No me interrumpas, jovencita —la reprendió—. Como iba diciendo,

un beso no significa nada salvo eso. ¿Te dijo el inspector algo más? ¿Algo que te indicara cuál sería su propósito?

April miró hacia la superficie de la mesa, intentando recordar aquel momento.

—Me dijo que insistiría hasta conseguirme —dijo al fin.

—Bien, eso sigue sin aclarar que deseara casarse contigo, así que no debes preocuparte por ese pequeño desliz —comentó aliviada.

«Sí, que desearía tenerlo frente a mí para asfixiarlo con mis propias manos...».

—Lo que importa, querida niña, es lo que hagas a partir del momento en el que se arrodille y te ofrezca el anillo —insistió para hacerla entrar en razón.

—¡Pero lo hará esta tarde y había quedado con el *señor Dark* el miércoles! —clamó desesperada levantándose del asiento.

—Vamos por partes... Regresa a tu hogar, ponte elegante para la llegada de tu prometido y déjame que yo hable con el *señor Dark*. En cuanto tenga una respuesta, te la haré llegar en la mayor brevedad posible.

—¿Y si quiere que suba a la habitación? —soltó asustada.

—¿Recuerdas que te dijo que siempre te respetaría? —le mencionó.

—Sí, al igual que me declaró que era la mujer que había esperado toda su vida y que sería solo de él —añadió.

«¡Maldito seas, Michael O'Brian! ¡Te retorceré tus dotes varoniles cuando estés frente a mí!», bramó airada Vianey en su mente.

—Eso suelen decirlo todos los dominantes —mintió la baronesa abriendo sus brazos para que la muchacha se introdujera en ellos—. No debes hacer caso a tales comentarios, no son ciertos.

—¿De verdad? —preguntó aliviada.

—Sí, cariño. De verdad. —Y en mitad del abrazo, Vianey cruzó los dedos—. Deja de preocuparte. Regresa con tus padres, ponte el mejor vestido que tengas y recibe como es debido a tu futuro esposo —repitió con dulzura—. Permite que tía Vianey se ocupe de todo lo demás a cambio de un pequeño trueque.

—¿Un trueque? —preguntó retirándose lo suficiente para que la baronesa apreciara que había arqueado las cejas.

—Debes prometerme que la primera hija que tengáis se llamará como yo. Ya que no puedo, ni podré, tener descendencia, me aprovecharé de la fertilidad de mi sobrina.

—¡Claro que lo haré! ¡Te lo prometo! —exclamó abrazándose a ella con fuerza—. ¡Gracias, Vianey, te quiero muchísimo!

—Y yo a ti, pequeña. Y yo a ti...



Percibió el bullicio que había en el interior de la casa nada más estacionar Shoel el carruaje. A través de la ventana del vehículo vio a la señora Seller correr en el pasillo de la entrada hacia la puerta de atrás, por la que se accedía al hogar recorriendo la cocina. Pese a la interminable lluvia, observó a dos de las doncellas limpiando, desde el interior, los cristales de las habitaciones. Cuando salió, creyó no hallarse frente a su hogar. ¿Cómo podían haberla transformado en cuestión de horas? La baranda de piedra, en la que se apoyaba para subir los peldaños desde el jardín a la entrada principal, tenía anudados ramilletes de color bermellón. ¿Cómo se le ocurrió decirle a su madre que era el color preferido de Michael? ¿Y si no era así? Intentaría encontrar un momento para explicarle lo sucedido y que halagara ese detalle por parte de su madre.

Con su abrigo sobre la espalda, resguardándola de esa llovizna, April se puso la capucha y subió esa atildada entrada alzándose el vestido. No se comportaron así cuando Eric le informó que la visitaría dos días después para pedir su mano. Parecía una tontería, pero ni se molestaron en preguntarle qué necesitaba o qué requería para ese momento. Todo parecía muy diferente con Michael. ¿Sería el presagio de esa nueva vida? ¿Todos se alegraban tanto de la decisión que la apoyaban con su esfuerzo?

Dejó caer el vestido, se quitó la capucha con lentitud y, antes de llamar, se volvió hacia el jardín. ¿Era su percepción o hasta habían eliminado las malas hierbas? Con una sonrisa de oreja a oreja, April se giró y, notando cómo su pecho se ensanchaba ante la felicidad que sentía, cogió la aldaba dorada y la golpeó dos veces.

—Señora Campbell, menos mal que ha venido —dijo Larson desesperado—. Su madre había pensado en enviar a un sirviente en su búsqueda.

—¿Quién ha puesto los ramilletes de flores en la baranda? —preguntó mientras le ofrecía el abrigo.

—¿No le gustan? —espetó al tiempo que sacudía las gotas de lluvia de la prenda.

—¡Me encantan! —respondió.

—Me satisface escucharla porque mi esposa... la señora Seller se ha encargado de anudarlos después de hacerme recolectar todas las flores que encontré en el jardín de color bermellón.

—Lo siento... —se disculpó dibujando una leve sonrisa.

—No se disculpe, señora. Ha sido un placer. Solo espero que el inspector admire el recibimiento —dijo con un halo de esperanza.

—Seguro que lo hará —comentó intentando ocultar esa carcajada que deseaba salir de manera escandalosa por su boca—. ¿Dónde está mi madre? —quiso saber mientras miraba de un lado para otro.

—Sigue en la habitación de costura. Según escuché, han encontrado el vestido que pidió y llevan toda la mañana almidonándolo —informó Larson sin mover sus pies del suelo.

April lo miró de soslayo, sabía que quería decirle algo, pero no se atrevía.

—¿Qué sucede, Larson? —insistió al ver que no era capaz de hablar sin su permiso.

—¿Puedo darle ya la enhorabuena? Me volveré loco si no lo hago... —añadió ruborizándose.

—¿La enhorabuena? —Enarcó las cejas.

—Por su futuro compromiso —aclaró—. He de confesarle que, la primera vez que apareció el señor O'Brian por nuestro hogar, quise echarlo a patadas, pero después de haber liberado a mi hijo y tras descubrir que tiene un gran corazón, solo puedo felicitarla por haber escogido al mejor hombre de esta ciudad.

—Bueno... todavía no ha venido. Puede arrepentirse...

—No creo y menos después de haber mandado...

—¿Qué ha enviado el señor O'Brian? —le interrumpió con brusquedad. Si había recibido otra nota como la que acompañaba a las fresas, ¡lo mataría!

—Una botella de oporto, señora. Se la he hecho llegar al señor hace un rato —le informó atónito.

—¿Tenía una nota? ¿A quién iba dirigido? ¿Dónde está mi padre? —preguntó desesperada.

—En la biblioteca. El regalo no era para usted sino para el señor —aclaró al verla tan alterada.

¿Podía respirar? Sí, lentamente, pero podía hacerlo. ¿Cómo se atrevía a perturbarla de esa manera horas antes de su aparición? ¿Quería hacerla sufrir? Sí, eso debía de ser. ¿Oporto? ¿Le había enviado oporto? Una sonrisa



maliciosa apareció en su rostro. Lo conocía. Sí, empezaba a conocerlo y eso la llenó de alegría. «Él jamás aceptará una bebida ofrecida de tus manos», le había dicho sarcástica a su padre, y no se equivocaba. De repente miró hacia la biblioteca. ¿Cómo se habría tomado su padre tal atrevimiento? La respuesta la obtendría en breve.

—Gracias, Larson, por sus palabras. Sabe que para nosotros la familia Seller es muy especial —declaró abrazándolo con fuerza.

—¡Son nuestros únicos familiares! —exclamó Larson llorando—. Mi esposa, mi hijo y yo estamos muy agradecidos por el trato y el respeto que nos han mostrado; doy gracias todos los días al Señor por aceptar la oferta de empleo que me ofreció aquel día su maravilloso padre.

—¡No diga eso, que me hace llorar también! —dijo entre sollozos.

—Le deseo mucha suerte esta vez, señora Campbell, y si no erro en mis presentimientos, él sabrá valorarla —comentó ahogado por los sentimientos y manteniendo de nuevo la distancia—. Y si no consigue apreciarla como debe, tenemos experiencia en hacer desaparecer a los que no son adecuados para la familia.

—¡Larson! —exclamó sorprendida mientras el mayordomo se marchaba.

¿Cómo podían mofarse todos de un tema tan importante? ¿Acaso ninguno de los que vivían bajo el techo de Shother entendían que la persona con quien se casaría era un importante hombre de ley? «¡Oh, Dios mío!», exclamó llevándose la mano derecha hacia el rostro por la desesperación. No tenían cura. Ninguno de ellos podía encontrar el remedio para comportarse como era debido durante unas horas.

Después de resoplar, se dirigió hacia la biblioteca, necesitaba hablar con su padre y aplacar la furia que Michael le habría producido al enviarle descaradamente el licor con el que celebrar el compromiso. Antes de golpear la puerta posó la oreja en la hoja de madera e intentó descubrir si brotaban palabras de su padre inadecuadas, pero todo permanecía en silencio, demasiado silencioso.

—Adelante. —Oyó a su padre decir cuando llamó con dos suaves golpes.

—¿Se encuentra bien? —preguntó sin alejarse de la entrada. Echó un vistazo rápido a su alrededor, descubriendo el envoltorio del obsequio y la botella frente a él.

—Pasa, April, y toma asiento, debemos conversar —dijo con un tono

nada reconfortante.

—Si es sobre el regalo que le ha enviado el señor O'Brian, Larson me ha informado de ello —comentó mientras caminaba hacia el interior.

—No se trata de eso, aunque he de explicarte que me ha divertido comprender que el inspector, en el fondo, es una persona ocurrente. Pero no voy a referirme a eso, me gustaría hablar contigo tal como debí hacerlo el día que Eric pidió tu mano.

—Son situaciones diferentes... —indicó mientras se sentaba.

—Lo sé. Pese a que te parezca increíble, siempre he tenido la certeza de que O'Brian era el único hombre que podía hacerte feliz, sin embargo, ¿eso es lo que deseas? ¿De verdad quieres casarte con él? No quiero que te sientas presionada por la opinión que tengo sobre el inspector, ni por cómo todo el mundo le respeta, o...

—¿Crees que habría salido corriendo tras él si no tuviese claros mis pensamientos? —dijo mirándolo a los ojos.

—No tienes la obligación de nada, April. Me da igual lo que ayer ocurriera entre los dos.

—Padre... —dijo sonrojándose.

—Nunca hemos puesto impedimentos a tus decisiones, cariño. Tanto tu madre como yo hemos querido que las elecciones que tomaras fueran acertadas y, si no lo eran, que lucharas con uñas y dientes por sacarlas adelante. Pero... ¿sabes a qué clase de vida vas a enfrentarte? Te casarás con un hombre que se encara con el peligro día tras día. Sabrás cómo sale de tu hogar, pero dudarás si logrará regresar de la misma manera.

—Lo sé... —murmuró clavando la mirada en el suelo—. Al igual que soy consciente de lo que me perderé si no lo intento.

—¿Tanto te ha ofrecido en lo poco que os habéis visto? —se interesó al escuchar tal confesión en su hija.

Cuando Eric apareció, ella solo hablaba de la vida que tendría como vizcondesa; de las fiestas, de los eventos, de sus apariciones en sociedad llevada del brazo de un hombre tan hermoso. Sin embargo, no estaba haciendo referencia a la corpulencia del inspector ni al respeto que todo el mundo le tenía al estar él presente. Estaba hablando de felicidad. ¿Habría escarmentado? ¿Pediría a la vida aquello que no obtuvo?

—Me basta una mirada suya para saber qué desea, qué piensa o qué intenta decirme. Mi corazón se descontrola cuando lo veo aparecer y, aunque parezca una locura, no siento temor por nadie salvo por mí misma.

—¿Por qué? —insistió Norman más feliz que su hija.

—Porque me gustaría permanecer todo el tiempo a su lado, robando su presencia a todo aquel que lo reclame. Lo quiero solo para mí... —declaró.

—Eso mismo sentí, siento y sentiré por tu madre —confesó con un suspiro—. Entonces, no me quedará más remedio que aceptar su proposición y brindar con el licor que me ha enviado.

—Ha sido un gesto muy generoso por su parte —comentó aguantándose una risotada.

—Sí, mi futuro yerno tiene una manera muy peculiar de actuar —refunfuñó.

—¿Te ha enviado una nota? —soltó buscándola sobre la mesa.

—¿Cómo la que recibiste esta mañana? —preguntó enarcando las cejas—. Sí, aunque estoy seguro de que no sería tan osada como la tuya.

—Él no ha sido osado —le defendió—. Es un hombre muy respetuoso.

—Si es cierto lo que dices, podemos hacer un trato, si quieres.

—¿Un trato?

¿Qué le sucedía a todo el mundo para declarar con tanta facilidad pactos con ella?

—Sí —afirmó Campbell con un leve movimiento de cabeza—. Yo te muestro la mía —indicó mientras sacaba la nota del cajón—, y tú me enseñas la tuya.

—¿No la tengo! —exclamó azorada—. La debí perder...

—Entonces, no hay trato —apuntó Norman con una pícaro sonrisa.

Estuvo a punto levantarse y arrebatarse el papel por la fuerza, cuando ambos se volvieron hacia la puerta al escuchar cómo se abría con ímpetu.

—¡Gracias a Dios que has llegado! —exclamó su madre respirando como si hubiera corrido por el jardín—. Acompáñame. Hemos encontrado el dichoso vestido.

—¿Qué vestido? —preguntó Norman ocultando la nota en su bolsillo.

—El que se ha empeñado tu hija en lucir esta tarde —refunfuñó Florence.

—¿Cuál? —insistió.

—El mismo que llevé cuando conocí a Michael —afirmó April.

—Buena elección —corroboró su padre levantándose del asiento—. Estoy seguro de que lo dejarás sorprendido.

—Eso espero... —respondió Florence exhalando un gran suspiro.

## CAPÍTULO XX

¿Así que April había visitado a Vianey para pedirle ayuda con el *señor Dark*? Michael sonreía con agrado tras leer la nota que la baronesa le había hecho llegar. Lógicamente, además de explicarle que apareció en su hogar antes de las diez de la mañana, le regañaba por haberla puesto en una tesitura semejante. No podía reprocharle esa reprimenda puesto que debió ser muy duro para ella observar cómo April se derrumbaba, tras confesarle su decisión de aceptar la propuesta de matrimonio, y no poder aliviarla contándole la verdad. La sonrisa desapareció de manera fulminante cuando releyó las últimas líneas que le había escrito: «Estudia bien tu jugada, Michael. Si no actúas de manera adecuada, la perderás para siempre». Y tenía razón. Si, tras narrarle la verdad, huía de su lado, se quedaría sin ella y permanecería sumergido en un estado de agonía eterno. ¿Qué elección debía tomar? ¿Sería conveniente hacerla aparecer en el Club y continuar fingiendo el papel que allí desempeñaba? ¿Era mejor darle esa libertad sin que regresara ante él?

Michael se levantó de su asiento y caminó por el interior de su oficina. Nunca imaginó que la relación con ella pasaría de unos encuentros esporádicos en el Club a convertirla en su esposa. Sí, era cierto que más de una vez soñó con tenerla para siempre, pero... ¿había sido consciente, en algún momento, de que podía conseguir ese deseo? Se colocó frente a la mesa, apoyó las palmas sobre la superficie y respiró hondo. No, nunca había pensado que la alcanzaría, que ella terminaría aceptándolo. Aquella mujer siempre había sido inalcanzable, sin embargo, ahora podía tocarla, sentirla, amarla... «¿Y si le cuentas la verdad en el Club?», se preguntó. Sin lugar a dudas era la alternativa más insensata que podía tomar. No le haría pasar tres días repletos de calvario cuando debía disfrutar con los preparativos de la boda. «Boda...», caviló en silencio.

Ni en sus pensamientos más ambiciosos evocó una palabra tan importante y ahora lo hacía con una pasmosa soltura. Agachó la cabeza, fijando sus ojos en el estuche que colocó sobre la mesa. ¿April lo aceptaría después de todo? ¿Seguiría a su lado tras declararle que, aquel monstruo del que le habló, era el mismísimo *Dark*? De repente sintió cómo la fuerza de su

cuerpo lo abandonaba, las palmas se escurrían por la mesa debido al sudor. Jamás creyó que se hallaría en una situación tan desastrosa. Estaba a punto de alcanzarla y de perderla a partes iguales.

Su vida se asemejaba a la balanza de esa justicia ciega que la sostenía. «¡Padre, ayúdeme!», exclamó desesperado. Hacía mucho tiempo que no lo nombraba, tal vez porque hacía mucho tiempo que no necesitaba la ayuda de alguien tan importante para él. Siempre había luchado solo desde que sus padres fallecieron, desde que lo dejaron desamparado bajo la protección de sus propias decisiones...

—¡Está bien! —clamó golpeando la mesa—. ¡Lo haré! Pero no en ese maldito Club sino en mi casa. Ella sabrá quién soy en cuanto abra la puerta de mi alcoba —determinó con firmeza.

Y así sería. En el momento en el que April contemplara cómo había decorado su dormitorio, no le quedaría la menor duda de que él era el dominante que tanto la inquietaba. Cogió el estuche, lo metió dentro del bolsillo de su chaqueta y salió de aquella habitación que lo asfixiaba. Necesitaba enfrentarse a su destino lo antes posible.

La lluvia había cesado; por suerte para él, el tiempo empezaba a cambiar. ¿Sería una premonición? ¿Le estaría indicando su padre que hacía lo correcto? Se abrochó el abrigo, se metió en el carruaje y, después de sentarse, hizo algo que no había hecho en años: rezar.



—Ha pasado mucho tiempo y no me siento tan bien como aquel día... —dijo April mirándose en el espejo.

Su madre y la señora Seller habían hecho un magnífico trabajo al recuperar el lustre del vestido. La suavidad y el brillo no habían mermado, el encaje permanecía intacto y nadie podría imaginarse que se trataba de un modelo con siete años de antigüedad. Sin embargo, al abrochar los botones, percibió una ligera presión en el torso. ¿Le había aumentado el pecho? No, no se trataba de eso sino de su respiración. Respiraba deprisa, como si hubiera comenzado una carrera. «Relájate... —se dijo—. Todo saldrá bien». Se giró hacia la derecha y luego hacia la izquierda, admirando una y otra vez la silueta que le proporcionaba aquella prenda.

—Empiezo a dudar de si he elegido el vestido adecuado...

—¡No diga tonterías, señora! ¡Le sienta igual de bien!

—¿No crees que está demasiado ceñido? —preguntó dudosa al tiempo

que sus palmas recorrían la tela.

—Que yo recuerde, la última vez que lo lució la prenda se ajustaba a su cuerpo de la misma manera. Lo único que ha cambiado es su forma de exhibirla —se aventuró a decir Ethere. Al ver cómo su señora la miraba expectante, continuó su explicación—: La primera vez que lo llevó puesto deseaba dejar sin aliento a todos los caballeros que la observaran, sin embargo, en esta ocasión, al único que desea ver sin respiración es a su futuro esposo y, como bien sabe, el señor O'Brian no es como los demás.

—Entonces... ¿no se fijará en mi vestido? —espetó divertida—. ¿Piensas que si solo me ocultara bajo una tosca camisola le impactaría de igual manera?

—No sería conveniente que usted cubriese su cuerpo con una prenda así... —dijo divertida—. Según he oído, el inspector la devora con los ojos.

—¿Quién dice una cosa así? —soltó sonrojada.

—Todos los sirvientes, señora —aclaró con cierto temor.

—¿Y por qué opinan de ese modo? —perseveró mientras se llevaba la mano hacia uno de los tirabuzones que tocaba su hombro izquierdo.

—Por cómo la observa cuando está a su lado. El señor O'Brian no controla su comportamiento cuando la señora está presente —añadió tímidamente.

—Y tenéis razón —declaró April con una amplia sonrisa—. El señor O'Brian es un descarado —expresó orgullosa antes de soltar una carcajada.

—Será muy feliz con él —señaló la doncella caminando hacia atrás para contemplarla con mayor precisión—. Los caballeros que no ocultan sus intenciones, que no esconden sus verdaderos sentimientos, son los más fieles. —Tras su manifiesto se quedó callada. ¿Cómo había podido decir tal tontería después del sufrimiento que padeció con el vizconde?—. Lo siento, señora. Creo que la emoción del momento me ha impedido escoger las palabras adecuadas.

—No te preocupes, Ethere. Pienso lo mismo que tú —comentó en voz baja.

—¡Ha llegado! —exclamó Florence abriendo la puerta de golpe—. ¡El señor O'Brian acaba de estacionar su carruaje en el jardín! —tronó inquieta.

El corazón de April dio un vuelco con tanta fuerza que casi la hizo arrodillarse frente a ellas. Había venido, estaba allí y, como siempre, cumplía todo aquello que le prometía. Una inoportuna duda la asaltó antes de darse la vuelta para contemplarlo salir del vehículo. ¿Estarían haciendo lo correcto?

¿Esta vez elegía adecuadamente? Entonces lo vio bajarse y la sonrisa que dibujó al observarla detrás del cristal calmó cualquier indecisión. Tal como le había dicho la doncella, Michael era ese hombre que había esperado encontrar. ¿Por qué no lo descubrió aquel día? ¿Su inmadurez y el deseo de convertirse en una aristócrata la cegaron y la apartaron de su verdadero destino? Quizás ella debía padecer la vida que tanto ansió para descubrir que nada de lo que le rodeaba era tan importante como encontrar a una persona cuyo principal objetivo era amarla y protegerla.

April puso su mano enguantada de encaje blanco en el cristal para saludarlo y se quedó sin respiración al ver que Michael le respondía lanzándole un beso. ¿Por qué ninguna de las personas que amaba podían comportarse como era debido?

—April tenemos que bajar al *hall*. No podemos perder mucho tiempo cuando nos reclamen —le informó Florence, que había estado observando a su hija sin pestañear.

—Sí —respondió ella afirmando suavemente con la cabeza—. Bajemos...

Michael caminó erguido hasta la entrada sin poder borrar la sonrisa de su rostro. Ella lo esperaba, permanecía atenta a su llegada. ¿Tendría dudas? ¿Pensaría si estaban haciendo lo correcto? Pero esa sonrisa de satisfacción desapareció al recordar la segunda parte de su plan. ¿Cómo se comportaría cuando no se arrojara frente a ella para pedirle matrimonio? ¿Aceptarían sus padres que la alejara de Shother sin afianzar el compromiso? ¿Qué sucedería después de llevarla a su hogar? ¿Eso que sentía en su garganta era el palpar de su corazón? Parado frente a la puerta, tomó aire y llamó. «*Alea jacta est*», se dijo.

—¡Señor O'Brian! —exclamó Larson con tanta euforia que se ruborizó rápidamente por su inapropiado comportamiento.

—Larson, ¿verdad? —El mayordomo asintió—. ¿Cómo se encuentra su hijo? —se interesó mientras le ofrecía el abrigo.

—Perfectamente, señor. Gracias a usted, la familia Seller vuelve a ser feliz —indicó Larson recogiendo la prenda y colocándola sobre su antebrazo izquierdo—. No sé cómo podré agradecerle algún día su inmensa bondad...

—Soy yo quien está agradecido por la actuación de su hijo al proteger a la señora Campbell frente a la puerta de comisaría —comentó extendiendo la mano.

—Siempre hemos protegido a la familia Campbell, señor —aceptó con admiración el saludo del inspector—. Y sobre todo a ella.

—Bueno, espero que desde hoy me cedan ese honor, si ella me acepta, claro está —comentó sarcástico.

—No dude que lo hará —afirmó Larson dibujando, por fin, una gran sonrisa—. Si es usted tan amable de seguirme, el señor Campbell le espera en la biblioteca.

—¿Le llegó mi obsequio? —preguntó enarcando las cejas.

—¡Por supuesto! Y tal como le indicé, no lo ha tocado —dijo ocultando la leve sonrisa que se había dibujado en su boca.

—Perfecto... —susurró complacido.

Caminando detrás del mayordomo, Michael miró de reojo hacia la primera planta. Notó su presencia e incluso podía oler su embelesador perfume. Permanecía escondida, acechándolo como un cazador a su presa. Por un momento deseó verla descender, como aquella primera vez, pero por suerte para los dos no lo hizo. Si April se hubiese asomado, él se habría dado la vuelta para dirigirse hasta ella, cogerla de la cintura y besarla con ese deseo que afloraba en él cada vez que estaba a su lado. ¿Cómo podía hacerle perder con tanta facilidad el estricto control que tenía sobre sí mismo? Porque era única...

—Adelante —escuchó decir a Norman.

O'Brian accedió al interior de la biblioteca que había visitado en multitud de ocasiones por otros motivos. Por supuesto, nada había cambiado desde el jueves por la mañana, horas después de haberse encontrado April con el *señor Dark*. Frente a él, justo al lado de la cristalera, se hallaba la mesa de caoba oscura donde Norman estudiaba sus documentos. Como en todas sus visitas, amontonaba carpetas y papeles en ambos lados de la mesa. Delante, como si estuvieran aguardando su llegada, dos sillas con un durísimo asiento le invitaban a sentarse un tiempo limitado. La chimenea ardía como si alguno de los sirvientes hubiese echado, nada más verlo aparecer en el jardín, cuatro gruesos troncos.

Con paso solemne, avanzó hacia donde se hallaba Campbell, que se había levantado para recibirlo. Por muy extraño que le pareciese, solo se escuchaba el crujir de ese leño ardiendo y sus pisadas sobre la alfombra.

—Señor O'Brian —le saludó extendiendo la mano.

—Señor Campbell —respondió aceptando ese acto cortés.

—Me alegro de verle de nuevo en mi hogar —comentó Norman



señalándole una de las sillas.

—Me agrada saberlo —apuntó sátiro—. Aunque pensé que me echaría de la residencia tras ser informado de mi propósito.

—He de admitir que sopesé dicha alternativa, pero después de hablar con mi hija y confirmarme que desea convertirse en la señora O'Brian, reprimí cualquier deseo de echarlo. Sin embargo, antes de dar mi beneplácito por esa proposición, me gustaría hacerle una pregunta.

—¿Cuál? —espetó Michael desabrochándose los botones de la chaqueta para acomodarse en la silla.

—¿Es lo que desea? ¿De verdad quiere convertir a April en su esposa? Tenga en cuenta que su trabajo es bastante peligroso y, aunque sepa protegerse, cabe la posibilidad de que algún día pueda resultar herido de gravedad...

—Pensé que se decantaría más por preguntarme si amo lo suficiente a su hija para darle la vida que se merece —señaló el inspector enarcando las cejas.

—Sé que la ama —dijo con firmeza—. Lo hace desde el primer día que acudió usted a mi casa ocupando el lugar del antiguo inspector.

—Confía mucho en sus...

—¡Solo un hombre enamorado podría mirarme a la cara con los ojos inyectados en sangre y advertirme que mi hija estaba en peligro! —declaró Norman sin titubear—. ¿Por qué no volvió cuando lo requerí, señor O'Brian?

—Porque tenía mucho trabajo —se excusó. Michael contempló aquel hombre con un halo de misterio. ¿Había sido capaz de averiguar la verdad antes que él? ¿Tan evidente eran sus sentimientos hacia ella?

—¡Miente! No aceptó mis invitaciones porque temía confirmar los sentimientos que ha mantenido siempre por mi hija y, en cierto modo, lo entiendo. En el pasado, April era una niña consentida, con miles de ideas erróneas en su cabeza. No obstante, he de confesarle que siempre he tenido la esperanza de que lo eligiera.

—¿Quería que me casara con su hija? —espetó asombrado—. Porque de ser así, le hubiese agradecido que me facilitara el camino... —comentó cruzando las piernas.

—Se valoran mejor los sentimientos cuando se piensa que no se alcanzarán —afirmó reclinándose sobre su asiento y juntando los dedos, ofreciendo más peso a su explicación—. Ha venido para proponerle a mi hija matrimonio, ¿verdad?

—Sí —respondió rotundo.

—Perfecto... —murmuró reflexivo.

—¿Qué le preocupa, señor Campbell? —demandó al apreciar el cambio que mostró su rostro. No había mofa en él sino desconfianza—. ¿No está de acuerdo con este enlace? —perseveró mirándolo sin parpadear.

—Estoy conforme con esa propuesta porque sé que April por fin será feliz, no obstante, hay algo que me inquieta en todo este asunto —apuntó Norman serio.

—¿De qué se trata? —Michael se cruzó de brazos y respiró pausado. Se imaginaba a qué se debía la inquietud de su futuro suegro, pero quería que él mismo se sincerara. No podía comenzar una alianza entre los dos con temores.

—Me gustaría saber qué futuro pretende ofrecerle a mi hija. Tenga en cuenta que, dentro de unos años, ella será la heredera de toda la fortuna que poseo —confesó finalmente.

—No me tomaré sus palabras como una ofensa porque sé el motivo por el que las expone. Sin embargo, creo que durante el tiempo que llevamos conociéndonos, ha podido comprender que mi atracción por su hija se aleja mucho del interés que puede suscitarme esa fortuna —manifestó sereno y exhibiendo una fingida aflicción.

—Pero si es tan amable de aclararme qué pensamientos tiene al respecto, las posibles dudas quedarán zanjadas en el acto —insistió Norman inmutable.

—Ella se ocupará de su fortuna tal como usted le habrá enseñado. Por supuesto, la ayudaré en todo lo que necesite, pero jamás la obligaré a que tome una decisión que no desee —aseveró.

—Se lo agradezco —dijo Norman con un nudo en la garganta—. Sabía que escucharía esas palabras de su boca, señor O'Brian, ahora solo me queda desearles toda la felicidad que puedan alcanzar.

—Todavía no debe precipitarse. Ella no me ha aceptado —comentó esquivo.

—Estoy seguro de que lo hará —dijo Norman añadiendo a sus palabras una leve sonrisa.

—Antes de que ella responda, quiero mostrarle esa vida que guardo como inspector de Scotland Yard —alegó un tanto inquieto. ¿Sería excusa suficiente para salir con April fuera de Shother sin levantar sospechas?

—No le comprendo —señaló Campbell confundido.

—Me gustaría que ella descubriese, por sí misma, aquello que puedo ofrecerle. Supongo que sería adecuado para la futura señora O'Brian averiguar *in situ* qué labores realizará su marido cuando la deje sola en el hogar. Como bien ha indicado, me expongo a un sinfín de peligros a diario — prosiguió con su argumentación.

—¿Quiere dar un paseo con mi hija antes de que ella le responda? — preguntó asombrado Norman. Sabía que era un hombre diferente, pero... ¿tanto?

—En efecto —reafirmó Michael con un leve asentimiento.

—Eso solo le concierne a April —sugirió el padre—. Aunque créame que le sorprenderá su decisión tanto como a mí.

—No puedo empezar un matrimonio con engaños indebidos, ni quiero que ella piense que obtendrá una vida irreal, eso solo conduciría a un desastre futuro, señor Campbell —se justificó.

—Norman.

—Michael —respondió.

—Pero... no es adecuado que paseéis sin haberos comprometido — insistió dudoso. Norman se llevó la mano derecha hacia su barbilla y se la acarició, acentuando con ese gesto la incertidumbre producida por la exposición del inspector.

—Me debe un favor —dijo Michael serio.

—¿Un favor? —soltó Campbell mirándolo sin pestañear.

—Sí. ¿Acaso no recuerda que liberé al hijo de su mayordomo?

—Lo recuerdo perfectamente —gruñó.

—Es un intercambio, Norman. Usted no pone impedimentos y yo doy por zanjado el tema —declaró O'Brian categóricamente.

—Está bien. Dejaré que ella le acompañe a ese paseo —dijo levantándose del asiento—. Aunque no sé muy bien cómo aceptará esa repentina decisión. Espero que ella pueda entender esa manera tan peculiar de pedirle matrimonio.

—Gracias.

April no había podido permanecer en el *hall* como deseó su madre. Cuando advirtió que la puerta se cerró tras la entrada de Michael, bajó las escaleras con rapidez y se dirigió hacia la biblioteca para posar la oreja en la puerta. Necesitaba averiguar qué decían de ella. ¿Le pondría muchas trabas su padre? ¿Sabría salir Michael airoso de todas ellas? Varias veces contuvo la respiración, pero el incesante latido de su corazón se oía con más fuerza que

sus voces. De repente no escuchó nada, permanecían en silencio. ¿Qué sucedería? ¿Se habría negado su padre aun conociendo su decisión? Presa del pánico, abrió la puerta y se pegó de bruces con el torso de su padre.

—¿Has estado escuchando detrás de la puerta, señorita? —le preguntó con tono enojado.

—No, ha sido una mera coincidencia. Iba a tocar cuando ha abierto —comentó agachando la cabeza para que Michael no advirtiera ni su sonrojo ni su mentira.

—Pasa de todos modos, el señor O'Brian ha de hacerte una pregunta —le informó Norman mientras recibía a Florence extendiendo su mano hacia ella.

—Señor O'Brian... —le saludó April con cordialidad.

—Señora Campbell... —respondió él acercándose hacia ella para tomarle la mano y besársela.

—¿Qué desea preguntarme? —Notó cómo su corazón se había transportado a su garganta, era incapaz de continuar hablando y sus piernas parecían debilitarse al observar esos voraces ojos.

La doncella tenía razón, Michael la devoraba con su mirada y no escondía sus emociones ante los demás. Por eso supo, en el mismo momento que entró, que le había agradado verla con el vestido. Lo recordaba. Sí, recordaba la prenda que lució la primera vez que se vieron.

—Me gustaría saber si puede aceptar un paseo —aclaró Michael.

—¿Un paseo? ¿Ahora? —exclamó estupefacta.

—Sí —confirmó él—. Me encantaría que me acompañara por las calles de la ciudad. He de hacerla comprender quién soy en realidad antes de continuar con mi verdadero propósito.

—¿Quién es en realidad? —expresó enarcando las cejas.

Michael volvió a asentir.

Asombrada se giró hacia su padre, esperando que él le indicara qué había sucedido entre ellos para que Michael no le pidiese, como debía hacer, matrimonio de un modo convencional. Pero no adivinó nada. El semblante de su progenitor estaba pálido, tanto como el de ella.

—¿Me acepta ese paseo, señora Campbell? —insistió O'Brian.

—Sí, por supuesto —dijo al fin.

¿Qué tramaría Michael? ¿Qué pretendía enseñarle? Le había dicho que averiguaría quién era en realidad, ¿de qué realidad hablaba? De pronto, pese a que él le cubrió la espalda con el abrigo que Larson le ofreció, empezó a

tiritar. Lo sabía. Michael conocía su secreto y no quería humillarla delante de sus padres retirando la proposición. De repente, April quiso volver a su dormitorio, tirarse sobre la colcha y llorar como una niña. Sin embargo, ya no era ninguna niña sino una mujer y, como tal, debía enfrentarse con entereza a sus actos, por muy arrepentida que se encontrara.

# CAPÍTULO XXI

Un silencio incómodo reinó en el interior del vehículo. April se sentó justo en el asiento que daba a la ventana de la puerta y Michael en la otra. No podía dejar de pensar en el motivo por el que había tomado la decisión de hacerla salir de Shother sin haberle propuesto matrimonio, ni tampoco cómo su padre había aceptado sin tan siquiera rebatir la disparatada idea. «Sabrás quién soy en realidad...». Esas palabras afluían en su cabeza una y otra vez. ¿Acaso Michael guardaba algo que ella aún no había descubierto? ¿O tal vez fue la excusa que ofreció para confesarle que había averiguado su visita al Club? Lo observó de reojo, intentando aclarar esas dudas, pero su rostro no desvelaba nada. Permanecía serio, con la mirada clavada hacia el exterior. Esa tensión de su cuerpo la mantuvo en alerta. Hasta el momento no se había comportado tan distante con ella y mucho menos estando solos. ¿Qué planeaba? ¿Qué misterio ocultaban aquellos ojos azules que no eran capaces de mirarla? Apabullada por la incertidumbre, decidió hablar para romper ese desesperante mutismo.

—Michael, yo... —empezó a decir.

—Imagino que te preguntarás el motivo de este repentino comportamiento —la interrumpió—. Como supondrás, no tengo la intención de pasear por las calles llevándote del brazo, sino que pretendo dirigirnos a mi hogar. Quiero enseñarte algo antes de que respondas a mi pregunta —le informó.

—¿A tu hogar? —repitió girándose hacia él. Su espalda, esa que había mantenido recta como una tabla, comenzó a encorvarse de manera inadecuada. Su respiración, agitada en cada inspiración, comenzó a ser tan desenfadada que notó cómo su estómago luchaba por sacar todo aquello que contenía en su interior.

—April... —murmuró con tanta tristeza que a ella se le rompió el alma—. Nunca te he engañado, amor mío, y no lo haré jamás —añadió acercándose por fin. Le cogió las manos y las dirigió hacia su boca para tranquilizar la inquietud que mostraba con un beso.

—Michael, yo... —insistió en hablar. ¿Sería el momento de desvelarle

eso que le reconcomía las entrañas? «Nunca te he engañado, amor mío y no lo haré jamás». ¿Cómo podía confesarle tal cosa? Porque lo sabía. ¡Por supuesto que conocía que ella había ido al Club y que se había entregado a otro hombre! Por eso le hablaba de engaños—. Me gustaría comentarte algo que ocurrió la semana pasada. Creo que deberías saberlo antes de que lleguemos a tu casa.

Michael la miró a los ojos y observó cómo se le llenaban de lágrimas. Su boca, temblorosa por lo que intentaba decir, se arrugaba sin ella ser consciente. ¿Podría besarla para evitar que continuara hablando? ¿Un beso sería suficiente para que ambos se olvidaran de esa noche?

—No lo hagas todavía, April. Espera a que lleguemos. Una vez resguardados de todo lo que nos rodea, hablaremos largo y tendido —apuntó besando de nuevo esas manos temblorosas.

Despacio, apartó la mirada de él y la fijó en el cristal. Si no estaba equivocada, recorrían Mayfair, el barrio de Londres perteneciente al distrito de Westminster. ¿Vivía en aquella zona tan cara y prestigiosa? ¿Michael había comprado una residencia en aquel lugar? ¿Eso era a lo que se refería? Con los ojos abiertos como platos y con el corazón en un puño, dirigió sus ojos hacia él, esperando encontrar las respuestas.

—No pensarías que me alojaría en una cochambrosa casa de campo, ¿verdad? —preguntó como si le leyese el pensamiento—. No creo que la señora Warren me hubiese permitido tal desfachatez —dijo dibujando, por fin, una leve sonrisa.

—¿La señora Warren? —repitió entornando los ojos. Nunca le había hablado de ninguna mujer y, a pesar de esa zozobra que sentía por lo que sucedería cuando el carruaje se detuviera, fueron los celos los que causaron un intenso sonrojo.

—Mi ama de llaves —aclaró.

—Ajá... —dijo aliviada.

—Cuando llegué a Londres buscando un empleo con el que sobrevivir, leí en el periódico un anuncio sobre alquileres de habitaciones. La señora Warren hospedaba a los inquilinos en su hogar por un módico precio. Con el tiempo, esa arrendataria gruñona y autoritaria se convirtió en la familia que no tengo. Tras muchos meses buscando algo que me proporcionara el salario suficiente para pagarle y alimentarme, ella me habló de una noticia que escuchó en el mercado. Según parecía, el magistrado que dirigía Scotland Yard necesitaba una docena de agentes nuevos. Hasta ese momento, no pensé

en hallar otro oficio que no fuese el que me enseñó mi padre, pero el sonido de mi estómago me indicó que debía cambiar de opinión. Así que un día, cansado y desesperado, me decidí a seguir las indicaciones que me ofreció la señora Warren —narró, haciendo desaparecer, con la historia, ese nerviosismo que ambos padecían.

—¿Qué ocurrió? —Nunca había leído sobre el pasado de Michael. Su vida parecía haber comenzado desde que consiguió su actual cargo, aunque ella ya lo había conocido cuando no era más que un agente de calle.

—Aparecí en la oficina del antiguo inspector y le dije que buscaba trabajo. Por supuesto, rechazó mi ofrecimiento de manera categórica —dijo mientras dibujaba otra leve sonrisa—. Pero no me rendí. Durante un mes entero me planté frente a la puerta de aquel despacho pidiendo una oportunidad.

—Y te la dio... —habló ella sin apartar sus ojos de él.

—Sí, pero con un centenar de condiciones. Por suerte para mí, tengo la facilidad de aprender con rapidez y eso llamó la atención del inspector. Día tras día me sometía a un sinfín de pruebas, cada una más difícil que la anterior. Sin embargo, los resultados que obtuve lo convencieron de mi capacidad como agente.

—Leí en uno de los noticieros que él mismo te cedió el cargo —comentó April más tranquila.

—Fue un día muy emotivo para mí. Al fin lograba convertirme en el hombre que tanto deseó mi padre —dijo con nostalgia—. Estoy seguro que le hubiese encantado presenciar un momento tan importante en mi vida...

—No dudo que Elmet estuvo a tu lado. —Se refirió al padre de Michael por su nombre, ese que le había confesado la noche anterior.

—Eso espero... —dijo justo en el momento en el que el carruaje paró. Un nudo en la garganta le dejó sin respiración. Hablar sobre el pasado le había dado cierta tregua, pero ahora venía lo importante, ese presente y ese futuro que deseaba alcanzar y que podía perder en décimas de segundo.

—Señor O'Brian —habló el cochero al abrir la puerta.

Michael salió del interior con rapidez, extendió la mano hacia April y, cuando ella bajó, se la besó despacio.

—Este será, si me aceptas, nuestro futuro hogar —comentó con los ojos llenos de orgullo.

—Es... preciosa —dijo mirando la fachada.

—April Campbell, pase lo que pase ahí dentro quiero que sepas que no



puedo ni podré vivir sin ti —le susurró antes de llegar a la puerta.

La presión en el pecho de la mujer aumentó. ¿Por qué le declaraba eso justo frente a su hogar? ¿Temería que ella rehusara a vivir con él, a que lo rechazara? Intentó frenar el paso y confesarle allí mismo que no era él la persona inadecuada, sino ella. Ella era la única farsante. Ella era la única que había mentido. Pero una mano de Michael se posó en su cintura, invitándola a proseguir.

—¡Por fin aparece! —exclamó la señora Warren cuando abrió la puerta. En ese instante, al advertir que su señor no estaba solo, se sonrojó, agachó la cabeza y murmuró—: Discúlpenme... No debí hablar de ese modo.

—Señora Warren, le presento a April Campbell —anunció con tanta satisfacción y orgullo que April se quedó pétrea. ¿Alguien la había presentado alguna vez de esa forma? ¿Alguien habría mostrado tanta dignidad ante su persona? Salvo sus padres, nadie más.

—¡Señora Campbell! —volvió a exclamar abriendo los ojos como platos—. Encantada de conocerla... por fin —apuntó bajando la voz para que no la escucharan.

April miró a la ama de llaves y luego a Michael. ¿Le habría hablado de ella? ¿Conocería qué pretensiones tendría Michael? «No lo dudes —dijo la voz en su cabeza—. El servicio está al tanto de todo lo que ocurre en el hogar».

—Igualmente, señora Warren —la saludó al fin.

—Si es tan amable de ofrecerme su abrigo —dijo la sirvienta notablemente avergonzada.

—¿Le llegó lo que mandé con Borshon? —preguntó Michael observando a las dos mujeres.

—Sí —señaló sonrojándose todavía más.

—Bien, gracias. Puede disfrutar del resto de la tarde. Yo mismo atenderé las necesidades de mi invitada —señaló O'Brian mirándola con los ojos entornados.

—Muchas gracias, señor —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Otra cosa, señora Warren —la instó cuando la mujer había comenzado a dirigirse hacia el guardarropa que había en el pasillo derecho.

—¿Sí, señor? —preguntó enarcando las cejas. Como tuviese el descaro de preguntarle si había abierto la botella de champán o si había colocado las fresas como le indicó en aquella nota, se las vería con ella cuando la invitada se hubiese marchado.

—Si todo sale según lo previsto, ya puede ir llamando a un barbero. Creo que ha de cortarse el cabello —dijo mordaz.

—Esperaré a mañana, si no le importa. Aún no he visto nada en los dedos —le desafió. Y tras eso, continuó andando sin dejar de maldecir en voz baja.

—¿Por qué ha de cortarse el pelo? —se interesó April.

—Ha de cumplir una promesa —respondió cogiéndole la mano—. Ven, quiero enseñarte lo que guardo en el interior de estas paredes. Ardo en deseos de saber qué te parece mi humilde hogar.

Sintiendo el calor que desprendía esa gran mano entre la suya, caminó a su lado mientras le hablaba de las salas que había construido tras adquirir la propiedad. Aunque debió prestarle interés a lo que le explicaba, no era capaz de concentrarse en nada salvo en hallar el motivo por el que estaba allí. Fuera, en el carruaje, parecía un hombre inseguro, dudoso e incluso diferente al Michael que había conocido hasta el momento. Sin embargo, en aquel lugar regresó ese hombre que la hacía perder la razón.

Más de una vez la cogió entre sus brazos, abrazándola y besándola, como si necesitara ese afecto para continuar con su explicación. Le narró cómo consiguió los muebles del salón, cuánto tiempo tardó en redecorar la biblioteca e incluso el calvario que padeció al remodelar la cocina. ¿Podía tratarse de eso? ¿Su verdadera intención era mostrarle el hogar en el que vivirían juntos? April estaba confundida. Se hallaba en mitad de una lucha entre el sí y el no porque su mente le gritaba que sí, pero su corazón le insistía en que no.

—Los dormitorios están en el piso de arriba —explicó—. No tengo tantos como los que posees en Shother, pero para mí son suficientes.

Había llegado el momento de desvelarle la verdad. Se había entretenido indicándole memeces sobre cómo había redecorado su hogar para apaciguar el dolor que sentía en su pecho. Michael estaba seguro de que hasta la había aburrido con sus tontas explicaciones, pero debía tomarse su tiempo antes de que huyera de su lado. Aunque se alejara de él cuando abriese la puerta del dormitorio, aunque encolerizara al desvelarle la verdad, su mente le ofrecería el recuerdo de esos momentos y, si Dios era benevolente, algún día podría perdonarlo para darle la oportunidad que había deseado.

—¿No crees que sería inadecuado subir? —preguntó indecisa.

—No quiero poseerte en la habitación... por ahora. Tan solo pretendo mostrarte quién es la persona que está a tu lado para que no tengas dudas...

—explicó mientras le cogía la mano y la animaba a subir.

—Sé quién eres, Michael O'Brian. Ya lo he descubierto durante este tiempo —declaró estupefacta.

—Créeme —le dijo acercándose—, todavía hay algo que no te he contado y que, tal vez, te aparte de mí.

Cogiéndola de la cintura y adquiriendo la poca valentía que podía adquirir en ese instante, Michael la condujo por el pasillo de la izquierda hasta la última puerta. Había llegado el momento que tanto temía, que tanto odiaba y que deseaba no haber tenido que enfrentar nunca. Contuvo la respiración, notó cómo el corazón se le paraba y apenas pudo hablar.

—April... —susurró volviéndola hacia él.

—Michael... —le respondió abriendo los ojos como platos.

—Cierra los ojos, cariño. Déjame que te muestre la persona que tienes a tu lado, pero antes de desvelarte lo que oculto ahí dentro, quiero que sepas una cosa...

—¿El qué? —insistió ella notando cómo el corazón se desprendía de su pecho para dirigirse a la garganta.

—Que pase lo que pase... te quiero —declaró antes de besarla.

¿Sería su último beso? ¿Volvería a tomar esos labios? ¿Obtendría algún día ese sabor de su boca? ¿Cómo podría vivir sin ella?

Cuando el beso cesó, April intentó hablar, pero él no la dejó. Dirigió su mano derecha hacia los ojos, se los cerró y la giró hacia la puerta. Ya no había marcha atrás. O la tendría o la perdería para siempre.

El leve sonido de las bisagras al abrir la cerradura le indicó que permanecía frente a esa misteriosa habitación. ¿Por qué le atormentaba algo que insistía en enseñarle? ¿Por qué notaba un terrible dolor en el pecho? Algo horrible estaba a punto de suceder... Algo que les cambiaría la vida. Lentamente, como si los párpados le pesaran un quintal, los abrió y, al contemplar con precisión lo que había en el interior, se quedó paralizada.

—Hace algo más de cuatro años —empezó a contar detrás de ella—, tuve que investigar un caso peculiar... Como se necesitaba precisión y discreción, mi antiguo inspector me ordenó que me encargara personalmente. Según él, era el hombre ideal para hacerlo. Durante meses recorrí la ciudad a pie buscando una posible pista, pero todo lo que encontré no resultó certero. Por suerte para mí, un día hallé una minúscula relación entre mi caso y lady Swatton, así que me presenté en Jhopenser para que ella me explicara qué vínculo tenía con la víctima. «Nada salvo que ambos visitamos el mismo

lugar», fue su respuesta. Durante días medité esa frase y la expresión de Vianey al decírmela. Sabía que ocultaba algo, aunque un pálpito me insistía que no tenía nada que ver con el caso. Así que dos semanas después regresé a la casa de la baronesa y perseveré en averiguar lo que escondía. No me llevó al Club ni el primer día que se lo pedí ni el segundo, Vianey tardó mucho tiempo en estar segura de que era una persona de confianza. Pero cuando finalmente lo hizo, allí mismo apareció el *señor Dark* —declaró mirando la espalda de April, advirtiéndome cómo su cuerpo empezaba a doblarse, las piernas le fallaban y su pecho respiraba entrecortado—. Por favor... dime algo —rogó al permanecer tan callada.

Su capacidad de moverse o de pensar desaparecieron. Cuando abrió los ojos y contempló el interior del dormitorio de Michael, su cerebro se defendió sumergiéndola en un profundo estado de *shock*. No podía ser cierto, nada de lo que observaba era real, debía de estar viviendo una pesadilla de la que pronto despertaría... Sin embargo, cuando volvió a cerrar los ojos, cuando escuchó la voz de Michael detrás de ella, cuando notó las radiaciones de calor que emitía su cuerpo al aproximarse al suyo y el aroma que inhaló al tomar un respiro hondo, entendió que no se trataba de una pesadilla.

El *señor Dark* y Michael eran la misma persona.

Sus rodillas comenzaron a encorvarse, empezó a nublársele la visión y su estómago insistió en expulsar lo que horas antes había ingerido. Apocada, confusa y sin fuerzas para mantenerse durante más tiempo de pie, April alargó la mano hacia el marco de la puerta para sostenerse.

—¡No me toques! —le gritó cuando Michael intentó ayudarla—. ¡No me vuelvas a tocar! —bramó moviendo su cuerpo como si una avispa estuviese a punto de picarla.

—April, yo...

—¡No me hables más! ¡No me mires más! ¡No me toques más! —tronó enderezando su cuerpo—. ¿Te has divertido? —le preguntó volviéndose hacia él. Las lágrimas empapaban su pálido rostro, su mandíbula permanecía dura, apretada. Pese a esos gestos de tristeza, lo que dejó a Michael sin palabras fue la mirada oscura y desafiante que apareció en los bellos ojos de April—. Sí, seguro que lo has hecho... —añadió mordaz—. Has tenido que divertirme muchísimo al tener el control sobre mí, ¿verdad? ¡Qué satisfacción más grande tendrías cuando descubriste que mi fantasía era la misma que tú me declaraste! ¡Oh, sí! ¡Por supuesto! ¿Te reíste? ¿Disfrutaste cuando la cumplimos? —comentó apretando los dientes y sin ser consciente de que

había caminado hacia atrás para separarse aún más de él.

—April no es lo que piensas... —intentó aclarar mientras daba el primer paso hacia el interior de la habitación, dejándola a ella a su derecha. Miró con rabia su alrededor y deseó deshacerse de esa cama con la colcha negra, de esa alfombra oscura donde ella podría haber desnudado sus pies, de la butaca donde él permanecería observándola, del tocador donde se acicalaría después de un encuentro pasional... Todo eso no lo quería si April lo abandonaba.

—¿Qué no es lo que pienso? —repitió aún más irritada—. ¡Qué ocurrencia! —exclamó cambiando de la ira a la risa—. Todo este tiempo he estado preocupada porque guardaba un secreto y resulta que lo sabías. ¿Cómo se puede ser tan mezquino, señor O'Brian? —Regresó la rabia de nuevo. Entornó los ojos y lo miró como si con esa mirada pudiese matarlo—. ¿Cómo has podido permanecer a mi lado sabiendo lo que sucedió en el Club?

—En ningún momento me he divertido a costa de nuestro encuentro —intentó explicarse.

—¡Oh, vaya! ¡Ahora lo entiendo! —exclamó fuera de sí—. Como pensaste que no podías alcanzarme siendo un estúpido inspector, buscaste la manera de hacerlo como el *señor Dark*... ¿Con qué chantajeaste a Vianey para que terminara ofreciéndome? ¿Le prometiste discreción?

—April, cariño, relájate... No es así... —prosiguió acercándose.

—¡No me llames cariño! —clamó desesperada—. ¡Soy lady Gremont! ¡Soy la viuda del vizconde de Gremont! —vociferó al tiempo que, como un caballo desbocado, se dirigía hacia la puerta para salir de allí.

—¡No! —gritó Michael cogiéndola de la cintura para que no se marchara.

—¡Suéltame, maldito bastardo! —sollozaba sin dejar de darle fuertes golpes en el pecho—. ¡Suéltame, no te pertenezco! ¡No pertenezco a nadie! ¡Maldito bastardo! ¡Maldito seas, Michael! —prosiguió increpando hasta que sus fuerzas fueron mermando al igual que la intensidad de sus golpes.

—Desde que bajaste la escalera con el mismo vestido que hoy luces, he querido que fueras mía, April —comentó Michael con suavidad al ver cómo las manos de ella se extendían hacia el suelo y miraba hacia abajo—. Deseé morir cuando leí que, finalmente, te casabas con el vizconde. Estuve a punto de abandonar todo y lanzarme al abismo, pero por muy extraño que parezca, algo me decía que no me rindiese porque, tarde o temprano, tendría otra oportunidad. Así que luché con todo mi fuero interior para que cuando llegara ese día me hubiese convertido en un hombre digno de ti —confesó colocando

la barbilla sobre el cabello de ella. Pese a querer reconfortarla, April se mantenía igual de distante que una paciente en un psiquiátrico—. Con el paso de los años, justo cuando empecé a pensar que esa oportunidad no llegaría, apareció mi ansiada esperanza. ¿Piensas que no aprovecharía cada minúscula posibilidad para conseguirte? ¿De verdad crees que permanecería distanciado de ti, de la única mujer a la que he amado y amaré el resto de mi vida? Posiblemente no actué como debiera, no lo discuto. Tal vez debí seguir con mi empeño de alcanzarte siendo Michael O'Brian, pero cuando Vianey me dijo que pretendía llevarte al Club, la mera idea de imaginarte en brazos de otro hombre me volvió loco. No, amor mío, no podía perderte de nuevo...

—Eres la única mujer que he esperado toda mi vida... —susurró April las palabras que le dijo siendo el *señor Dark*.

—Sí, cariño, así es. Eres mi única mujer —corroboró el inspector con un halo de esperanza—. La noche que apareciste con la máscara, confusa, asustada e indecisa, medité sobre cómo debía actuar. Te prometo por mi vida que mi intención no era poseerte sino hablar. Deseaba averiguar todo de ti. Sin embargo, cuando te pregunté sobre cuál era tu fantasía sexual y según narrabas descubrí que pese al tiempo y los años yo había estado a tu lado al igual que tú siempre habías estado conmigo, ese monstruo que habita en mi interior se despertó con tanta fuerza que me resultó imposible reprimirme a sus deseos.

—Estabas herido... —susurró acercando por fin su frente al pecho agitado del hombre.

—¡Nada podía evitar que apareciera ante ti! Nada salvo mi propia muerte... —afirmó con solemnidad.

—Pero sabías la verdad. Conocías lo ocurrido entre los dos... —continuó impasible.

—¿Acaso he utilizado esa verdad para acercarme a ti? ¿Te he chantajeado, April? ¿Te he obligado a estar conmigo alegando lo sucedido? —reiteró cogiéndola de los brazos para separarla un poco de él.

—No... —respondió en voz baja.

—Por supuesto que no, cariño. —La abrazó de nuevo—. Jamás haría algo que te perjudicara, que te provocara humillación. Te quiero tanto que soy incapaz de hacerte daño. He permitido, durante todo este tiempo, que vivieras alejada de mí, que obtuvieras la vida que tanto ansiabas, pero ya no puedo mantenerme al margen. Quiero vivir el resto de mi vida contigo, April Campbell. Deseo convertirte en mi mujer.

—Pero después de esto... Después de...

—Lo sé. Por eso soy consciente de que, si necesitas tiempo, te lo daré —dijo con un nudo presionando su garganta—. Porque siempre me encontrarás aquí, esperando tu regreso.

Debía liberarla, debía abrir los brazos y permitir que se marchara, pero ¡le resultaba tan difícil hacerlo! Pese a sus palabras, su corazón le gritaba que no lo hiciese porque, lo más probable, era que no regresara. Con lentitud fue apartándose de ella, concediéndole esa libertad que requería. Michael echó varios pasos hacia atrás sin poder apartar la mirada de aquel cuerpo roto por el dolor. No volvería. Estaba claro que se alejaría de él para siempre...

—¿Por qué tu habitación y la del Club son semejantes? ¿Has traído a tu hogar alguna sirvienta?

—¡No! —respondió con rapidez aproximándose de nuevo a ella, pero April levantó su mano para que no se acercara—. Jamás ha estado aquí otra mujer salvo la señora Warren.

—Entonces... ¿por qué has construido este lugar? —preguntó dirigiendo la mirada hacia la habitación.

—Tenía la esperanza de que algún día pudiéramos disfrutarla... —dijo con tono suave.

—¿Disfrutarla? —soltó más airada de lo que pensó encontrarse.

—April... desde el primer día que te encontré supe que eras la mujer que debía permanecer a mi lado —confirmó con solemnidad—. La única que saciaría mi monstruo el resto de mi vida.

—Pero yo no supe quién era en realidad hasta que leí el diario de Úrsula —murmuró.

—Quizá tu forma de actuar en aquel balcón, el descubrir que te excitaste con mis palabras me advirtieron de eso...

—¡Mientes! —gritó.

—April, no miento, amor mío. Te prometo que, desde que puse mis ojos en ti, solo he soñado con tenerte, con ofrecerte aquello que has anhelado y que yo también he deseado. Sé que obré mal al no desvelarte que era el *señor Dark* e incluso debí negarle a Vianey su intención de conducirte hasta el Club, pero me volví loco al imaginarte por fin a mi lado.

—Había quedado contigo el miércoles... —susurró—. ¿Qué pretendías hacer si hubiera aparecido? ¿Hablarme de nuestro compromiso? ¿Contarme que las dos personas erais la misma? ¿O tal vez esperabas hablarme de otra fantasía para que ambos la hiciéramos realidad en el Club? —Alzó poco a

poco la voz.

—Solo quería tenerte... —se defendió.

—¡No es una respuesta, Michael! —le reprendió—. ¿Qué habría sucedido si no corro tras tus pasos, si no hubiéramos tenido el encuentro de ayer?

—Te habría esperado como el *señor Dark* y te habría ofrecido la máscara roja —le explicó sin poder apartar sus ojos de ella.

—¡Maldito seas! —bramó—. ¿Querías convertirme en tu sirvienta para siempre?

—¡No! Solo quería y quiero que seas mía, aunque sea de esa manera. Nunca sopesé la idea de enamorarte como Michael y deduje que tal vez de esa forma...

—Me has traicionado, Michael O'Brian. En el fondo eres igual que todos los demás.

—¡Te quiero, April! ¡Y todo esto lo he hecho porque no puedo vivir sin ti! —clamó desesperado.

Pero, tras escuchar sus palabras, April se giró sobre los talones y salió de la habitación cerrando la puerta tras su salida. No, no podía regresar. Pese a que su corazón se aceleraba en cada paso que daba, pese a que lo único que pensaba era en volver a sentir el calor de su cuerpo, no podía ceder. «¿Por qué? —demandó la voz en su cabeza—. ¿Acaso no sospechabas que eran la misma persona? Recuerda, April, recuerda todas las semejanzas que hallaste; su olor, su forma de hablar, cómo te hacía sentir... Tú misma sabías la verdad. Eras consciente de todo. Lo único que te faltaba era que él lo confesara y lo ha hecho. Además, te ha declarado que esto lo ha construido para vosotros. ¿Qué más pruebas de amor necesitas?». «

Aunque la voz insistía en hacerla entrar en razón, bajó las escaleras. Quería salir de aquel lugar, respirar y sentir la humedad del exterior. Acercó la mano a la manivela con la intención de girarla para abrir. Sin embargo, no tenía fuerzas para hacerlo. Algo en su interior le impedía apartarlo de su vida para siempre. ¿Por qué? ¿Por qué no era capaz de dar un paso? «Porque lo amas y porque sabes que en el fondo tiene razón —declaró esa voz—. Él ha estado en tu cabeza desde aquel día. ¿En quién pensabas durante tus noches frías y solitarias? ¿A quién veías cuando cerrabas los ojos? ¿Qué sentías al imaginar lo que él te describió en aquel balcón? ¿Quién estuvo a tu lado cuando al fin la cumplías?». «

April se volvió hacia la escalera, observando el rellano del piso. ¿Qué



sucedería si se marchaba? ¿La esperaría de nuevo? Sí, estaba segura de que él aguardaría su regreso. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Meses, años? ¿Qué haría él mientras ella volvía? ¿Aparecería en el Club y tomaría bajo su protección a otra sirvienta? La mera idea de imaginárselo con otra mujer le causó una ira inconcebible. No le importaba lo que hiciera en el pasado, porque ella misma perteneció a otro hombre, pero en ese momento, cuando los dos eran libres, no podía concebir que Michael tocara a otra mujer. Quería sus besos, sus caricias, sus palabras, su amor... ¿no le bastaba esa reflexión para confirmar que el tiempo y la distancia no eran necesarios?

Azorada, se cogió el vestido, se lo levantó y subió las escaleras como si el mismísimo diablo la persiguiera. No había marcha atrás, Michael era el hombre que había esperado toda su vida y no cabía la posibilidad de apartarse de él.

—¿Qué me ofrecerás? —gritó cuando abrió la puerta de golpe.

O'Brian permanecía sentado sobre su cama, con las manos ocultando su rostro, cuando ella apareció.

—¡Todo! —respondió levantándose con rapidez—. Todo lo que me pidas te lo daré, April.

—Quiero la vida que me describes, Michael. Ansío el hombre que me ama, que me habla de manera osada, ese que me protegerá y respetará cada día de mi vida —dijo caminando hacia él—. Pero también deseo tener al dominante que encontré en el Club porque, al igual que tú, tengo anhelos que nadie ha podido calmar hasta que te encontré —desveló sin titubear—. Quiero esa máscara en mi rostro cada vez que nos encontremos en esta habitación, que no salgamos de aquí hasta que ambos calmemos esos monstruos que viven en nuestro interior. Quiero tu amor, tu comprensión, tu verdad... —Tomó aire para poder concluir, al fin, su discurso—. Quiero que ese corazón dividido me pertenezca para siempre.

—Siempre ha sido tuyo, April Campbell —declaró con firmeza mientras se acercaba a ella.

—Si es así, aquí me tienes... —dijo con un suave hilo de voz.

—¡Oh, amor mío! —exclamó abrazándola con fuerza—. ¡Te quiero! ¡Te quiero! —clamó en mitad de una lluvia de besos.

Las manos de ella se enredaron en su cuello acercándolo aún más a su cuerpo tembloroso. Dejó que la colmara de besos, de caricias, de afecto. Permitió que ese deseo que sentía cuando Michael se encontraba a su lado, aflorase. «Único —le dijo la voz—. Él ha sido y será el único...».

—¿Te casarás conmigo? ¿Me aceptarás como esposo, entonces? — preguntó colocando sus manos en las mojadas mejillas femeninas.

—Sí —contestó—. Me casaré contigo, Michael O'Brian.

Justo cuando ella esperaba el beso que prometía tal declaración, Michael se distanció un poco. Metió la mano en su chaqueta y sacó una caja.

—Espero que sea de tu agrado. Aunque sé que el raso es tu tela preferida, no supe si te gustaría lucirlo en esta pequeña prenda —le dijo mostrándosela.

—¿Qué es?

—Ábrela —la incitó.

Con las manos temblorosas, April abrió la caja.

—¡Michael! —exclamó al ver el contenido—. ¿No habrías pensado regalarme esto delante de mis padres? —preguntó sobresaltada.

—Esto es solo para nosotros... —dijo sacando el antifaz rojo de la caja. Despacio, se lo colocó sobre el rostro de la mujer y ató los lazos—. El anillo está en el otro bolsillo —añadió.

—¿Rojo? —preguntó mirándole a través de esa máscara que la convertía en suya para siempre.

—Por supuesto, amor mío —respondió abrazándola de nuevo.

¿Podía sentirse más feliz? ¿Podía haberse imaginado alguna vez que se encontraría así de dichoso? Por fin April lo aceptaba y admitía como suya la oscuridad que ocultaba en su interior. Por suerte, ya nadie podría distanciarlos nunca más.

—April, cariño, debemos macharnos. Hemos de decirles a tus padres que has aceptado la propuesta —indicó con cierto pesar. No deseaba romper la magia del momento, pero si no la llevaba con prontitud a Shother tendría un grave problema con quien se convertiría, en pocos días, en su suegro.

—Primero has de cumplir tu promesa —replicó suspicaz.

—¿Cuál? —quiso saber confundido.

—La que me hiciste esta mañana —desveló sonrojándose.

—No sería adecuado hacerlo antes de ir a tu hogar —le dijo mordaz.

—¿No te parece buena idea cumplir otra fantasía ahora mismo? Porque —empezó a decir mientras colocaba sus manos en la cintura del pantalón y desabrochaba los botones muy despacio—... estamos en nuestra habitación, tengo puesta la máscara y, tal como respiras, el *señor Dark* acaba de aparecer...

—¡No me enloquezcas, April Campbell! —exclamó ardiendo en deseos

por complacerla—. Porque si cumplo mi promesa, no me saciaré con comer la fruta sobre tu cuerpo sino que la haré recorrer por tu piel, tal vez hasta la saboree bañándola en tu esencia. Además, tengo una botella de champán preparada para derramarla sobre tu cuerpo desnudo. Quiero, deseo y estoy loco por averiguar qué combinación hallaré cuando las mezcle en tu sexo.

La imagen de April desnuda, bañada en licor y él recorriendo con su lengua cada centímetro de ella, causaron que el monstruo despertara reclamando aquello que imaginaba.

—¿Es *una declaración de intenciones*? —demandó metiendo las manos dentro de las calzas.

—Es *una* de todas las fantasías que aparecerán durante el resto de nuestras vidas... —ronroneó al sentir los dedos de April acariciando su sexo.

—Bueno, pues si te sirve de aliciente, no creo que mis padres se preocupen de nuestra tardanza. Imagino que se entretendrán preparando la boda. Tal vez, hasta no adviertan nuestra presencia cuando aparezcamos en Shother —señaló al tiempo que acariciaba el gran falo de arriba abajo.

—¿Y por el olor que desprenderás a champán? —dijo sacando esas manos peligrosas de su pantalón. La cogió en brazos y la dirigió hacia el diván de color negro que había junto a la chimenea, donde pudo tumbarla para su placer.

—Tampoco... —murmuró clavando los ojos en el hombre que pronto se convertiría en su marido.

—Te quiero, amor mío —comentó mientras le levantaba la falda.

—Te quiero, Michael O'Brian y... te quiero también a ti, *señor Dark* —añadió tras descubrir la caja de fresas y la botella de champán en una vasija metálica repleta de hielo.

# EPÍLOGO

## Quince meses después.

Norman miraba anonadado a las dos mujeres que amaba. Ambas charlaban sobre la experiencia tan increíble que habían sentido al convertirse en madres. Florence rememoró el parto de April y su hija narró cómo el pequeño había venido al mundo. Estaban tan felices y mostraban tanta ilusión que fue incapaz de interrumpirlas, pese a que no le resultó agradable escuchar ciertas partes de la conversación.

—Creo que voy a ver a mi nieto —dijo levantándose del asiento—. Me ha parecido escuchar que me reclamaba —añadió sonriendo de oreja a oreja.

—No hagas nada inadecuado, Norman. Si el pequeño está descansando no lo despiertes —le advirtió Florence.

—No lo haré —le prometió.

—Sabe que miente, ¿verdad? —susurró April a su madre.

—Lo sé. A ti te hacía lo mismo. Cada vez que estabas dormida, se colocaba frente a la cuna y te movía para confirmar que seguías respirando —reveló con una leve sonrisa de complicidad.

Después de escuchar cómo cuchicheaban sobre él, Norman salió del comedor con paso ligero. Pronto llegaría el padre de la criatura y, como en las veces anteriores, se colocaría frente a él custodiándolo como un ángel guardián. ¿Acaso pensaba que le diría o le haría algo inapropiado? Solo quería tenerlo entre sus brazos, acunarlo como hizo con April y susurrarle los proyectos que había pensado para él cuando tomara las empresas Campbell. Estaba seguro que, al igual que su madre, si le enseñaba desde la cuna, sería el hombre más inteligente del mundo.

Con una sonrisa de oreja a oreja, se posicionó frente a la puerta del dormitorio. Podía oler desde allí ese aroma a bebé que el pequeño desprendía. Una fragancia a pureza que en muy pocos lugares podía detectar. Despacio, sin apenas hacer ruido, abrió la puerta. Tal como le dijeron, se encontraba descansando en su cunita. Norman caminó suave y apartó las cortinas de la misma forma. Era precioso. Aquel pequeño retoño era el bebé más hermoso

del mundo. Frunció levemente el ceño al descubrir que aquella melena seguía siendo oscura y que, por las dimensiones del cuerpo, sería tan grande como su padre.

—Bueno, nadie es perfecto, pero, por suerte, tienes el nombre más apropiado para ti —susurró.

—No estoy muy seguro de eso —intervino Michael que se había apoyado en el marco de la puerta cruzándose de brazos—. Todavía sigo pensando que debimos haberle llamado Elmet, como mi padre, y no Norman.

—Norman es el nombre idóneo para mi nieto —comentó ensanchando el pecho—. Y mi hija ha sabido elegir con sensatez.

—Ya veremos... —comentó descruzando los brazos y caminando hacia el pequeño—. ¿Qué le contaba? Espero que nada sobre lo que tiene planeado para convertirlo en un hombre de negocios.

—Es un Campbell y, como tal, no le hará falta que le muestre qué decisión tendrá que tomar para ser un hombre de provecho.

—Es un O'Brian y, si lo observa con detenimiento, descubrirá que no hay ningún rasgo de la familia Campbell en él.

—Espere a que crezca...

—¿Me dirá alguna vez la verdad? —preguntó tras comprobar que el pequeño se encontraba sumido en un sueño profundo y placentero.

—¿Qué verdad? —soltó desconcertado.

—Sobre la muerte del vizconde Gremont. Ahora somos familia y no debe preocuparse por encontrar a dos agentes frente a su casa para llevarlo preso —comentó mordaz.

—Yo no hice nada —se defendió nuevamente—. Aunque más de una vez quise aniquilarlo con mis propias manos, nunca fui capaz de llevar a cabo mis pensamientos.

—No me lo creo... —murmuró mientras se dirigía hacia la puerta.

—Pues es la verdad —insistió Norman.

—No tarde en bajar. Me gustaría enseñarle mi nueva adquisición —comentó entornando sus ojos.

—¿Otra arma? ¡No me gustan las pistolas! —resopló.

—Pero he de enseñarle a manejarlas por si algún día decide que no soy el marido adecuado para su hija —añadió sarcástico—. Ya sabe que los O'Brian somos inmunes al veneno.

—¡Maldito sea tu padre y su tenacidad! —exclamó en voz baja frente a la cuna. En ese momento, una vez que Michael se marchó, el pequeño abrió

los ojos y lo miró fijamente—. No fui yo y no me mires como lo hacen todos. Te prometo que nunca vertí el veneno en la botella de aquel desgraciado. Sin embargo, me alegro muchísimo de que tu abuela tuviese el valor que yo no encontré en aquel momento. Jamás imaginé que Florence fuera tan valiente. Gracias a ella, tu madre encontró al hombre que la ha hecho tan feliz. Pero lo que verdaderamente ha merecido la pena eres tú —dijo colocando su mano derecha sobre el pecho del nuevo Norman—. Si hubiera sabido que llegarías al mundo después de todo lo ocurrido, no habría dejado que ella lo hiciera, yo mismo habría sacado la valentía suficiente. No te imaginas el horror que padeció tu querida madre con ese mal bicho. Pero ahora todo ha pasado y, por suerte, otro Norman Campbell seguirá con el legado que he creado. Por cierto, cuando seas mayor, omite que no añadido el apellido de tu padre a ese nombre tan bonito que tu madre te ha puesto. Creo que no le agradaría saberlo...

Y como si fuera un pacto entre los dos, el pequeño alargó una mano para agarrar con fuerza el dedo de su abuelo.

Nota de la autora:

Como habrás observado, en esta novela me he permitido ciertas licencias que no pude plasmar en Los Caballeros. En mi defensa, alegaré que O'Brian y los Campbell no son de la aristocracia y, por suerte para ellos, hacen aquello que desean sin importarles el qué dirán.

Espero que te haya gustado la historia de Michael y April, por mi parte he concluido mi misión, que no era otra que la de desvelarla.

Te espero en la próxima historia.

Un beso enorme,  
Dama Beltrán.

# AGRADECIMIENTOS

Gracias a todas las damitas por continuar leyéndome y seguir apoyándome día a día.

Y por supuersto muchas gracias a mi familia y a todas las personas que nunca me abandonan.



# DAMA BELTRÁN

Sin lugar a dudas soy una escritora de brújula. Aunque intento estructurar mis novelas, no lo consigo. No sé cómo, pero mis personajes toman el control y finalmente son ellos quiénes me indican qué debo escribir y en qué momento.

Mi afición a este mundo de locos se remonta a mi niñez. Me encantaba escuchar a mis profesores eso de inventa un cuento, aunque en mi caso era una novela entera... En mi adolescencia dejé aparcadas mis historias para intentar ser yo la protagonista. No me quejo, pero descubrí que todo lo que brilla no es oro. Encontré una persona maravillosa, con quien tengo dos diablillos y que, en contadas ocasiones, puede llegar a comprender mi afición.

Escribí mi primera novela en el 2013 y, aunque pensé que sería la única, os prometo que hay Dama para años.

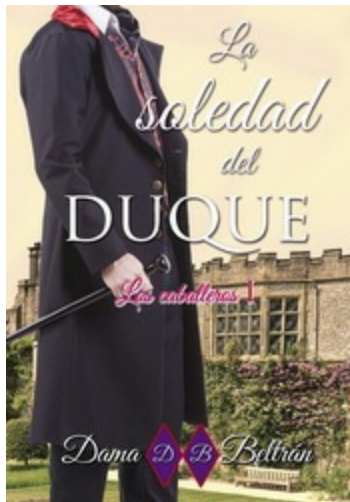
Puedes seguirme en:

FACEBOOK: <https://www.facebook.com/autoradamabeltran/>

TWITTER: <https://twitter.com/EscritDamaBeltr>

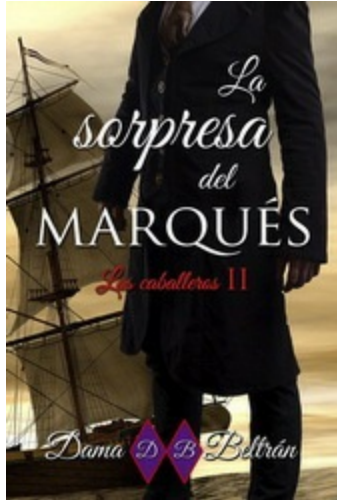
INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/dama.escritora/>

# OTROS TÍTULOS



La vida libertina del futuro duque de Rutland finaliza tras batirse en un duelo de honor con un marido engañado. Avergonzado por las secuelas de dicho desafío, decide abandonar Londres y marcharse a Haddon Hall, el apacible lugar donde creció, albergando la esperanza de encontrar la paz que tanto le urge obtener; sin embargo, la llegada de una noticia inesperada altera esa supuesta calma y provoca que el duque se emborrache. Pese a los consejos de sus allegados, decide montar a caballo y galopar por sus dominios. Cuando abre los ojos tras una desafortunada caída, descubre que una mujer lo ha estado cuidando en algún lugar apartado y escondido de sus tierras. Su nombre, Beatrice, y su único deseo, vivir en soledad el resto de su vida.

[Cómpralo en Amazon](#)



Roger Bennett, el futuro marqués de Riderland, se define a sí mismo como un caballero dispuesto a ayudar a las pobres infelices carentes de placeres sexuales. Le gusta tanto su vida que desea continuar así hasta el final de sus días. Sin embargo, una persona truncará esa vida de libertinaje que tanto ansía mantener.

Resignado por tener que vivir con una esposa a la que no conoce ni ama, decide enfrentarse con entereza a su futuro. Aunque cuando sus azulados ojos se clavan en Evelyn, descubre que todo aquello que deseó se ha evaporado. Pero el amor hay que trabajarlo y para un hombre al que le ha sido fácil romper corazones, le resultará increíble ver cómo el suyo se hace añicos como el cristal.

[Cómpralo en Amazon](#)



Dicen que el enamoramiento juvenil nunca se olvida, tal vez porque es lo suficientemente puro y real.

Después de años buscando a Anais Price, soñando con tenerla de nuevo a su lado, Federith Cooper ha de casarse con lady Caroline, puesto que lleva en sus entrañas al hijo de ambos, o eso piensa él. Pero su vida matrimonial es un infierno; su esposa rechaza su presencia, su ternura e incluso siente repulsión por él, el hombre más educado y respetuoso de Londres.

Federith intenta asimilar la vida que le ha tocado, aunque...¿durante cuánto tiempo podrá mantener ese comportamiento frío y aristocrático que sus padres le inculcaron desde niño, cuándo el amor de su vida reaparezca años después?

Un verdadero amor no desaparece con el tiempo, y la promesa que hizo de protegerla, cuidarla y amarla, tampoco.

[Cómpralo en Amazon](#)



Thomas Sanders y Virginia Wallace quedaron unidos en el pasado por una apuesta, pero cada uno siguió su camino imaginando que lo sucedido no alteraría sus vidas.

Sin embargo, cinco años después se reencuentran en un remoto pueblo cerca de Texas. Durante este tiempo, Thomas ha intentado rehacerse de las secuelas que le produjo una ruptura matrimonial que lo llevó a la autodestrucción. Virginia, por su parte, observa cómo su mundo laboral se trunca y es apartada, sin poder remediarlo, a un lugar cuya existencia desconoce y donde se reencontrará de nuevo con el hombre que la dejó marcada para siempre.

Con el paso de los días, las vivencias entre ellos se hacen más intensas, fuertes e íntimas. Sin embargo, justo cuando Tom cree que puede conseguirla y alcanzar la ansiada felicidad, Virginia se aleja de él de nuevo.

¿Podemos huir de nuestro destino? ¿Será capaz Virginia de vivir apartada de ese cowboy rudo, dominante y enigmático?

[Cómpralo en Amazon](#)



Mathew Thompson desea vivir feliz en Old-Quarter, pero lo único que le falta para lograrlo es conseguir que Miah se entregue a él por completo. Sin embargo, él no es el único que desea alcanzar el amor de la joven.

Bruce Malone no se dará por vencido y hará lo que sea, por muy terrorífico que pueda parecer, para no dejarlos disfrutar de su amor secreto.

Pero ellos no van a ser los únicos que verán cómo sus vidas se alteran en un pueblo de apenas cincuenta habitantes...

¿Es posible encontrar la felicidad cuando se huye de un pasado que se desea olvidar?

[Cómpralo en Amazon](#)



Esta es la historia de Adele, una médico forense que intenta hacerse un hueco en una profesión masculina. Sin embargo, toda su lucha laboral se verá interrumpida tras la llamada de un padre roto de dolor pidiendo que acepte el caso de su hija. A partir de este momento todo su mundo caerá en picado. Descubrirá algo que jamás creyó encontrar y esto será el motivo por el que se adentrará, sin darse cuenta, en una trama llena de emociones, mentiras y sufrimientos.

[Cómpralo en Amazon](#)